Almas enREDadas

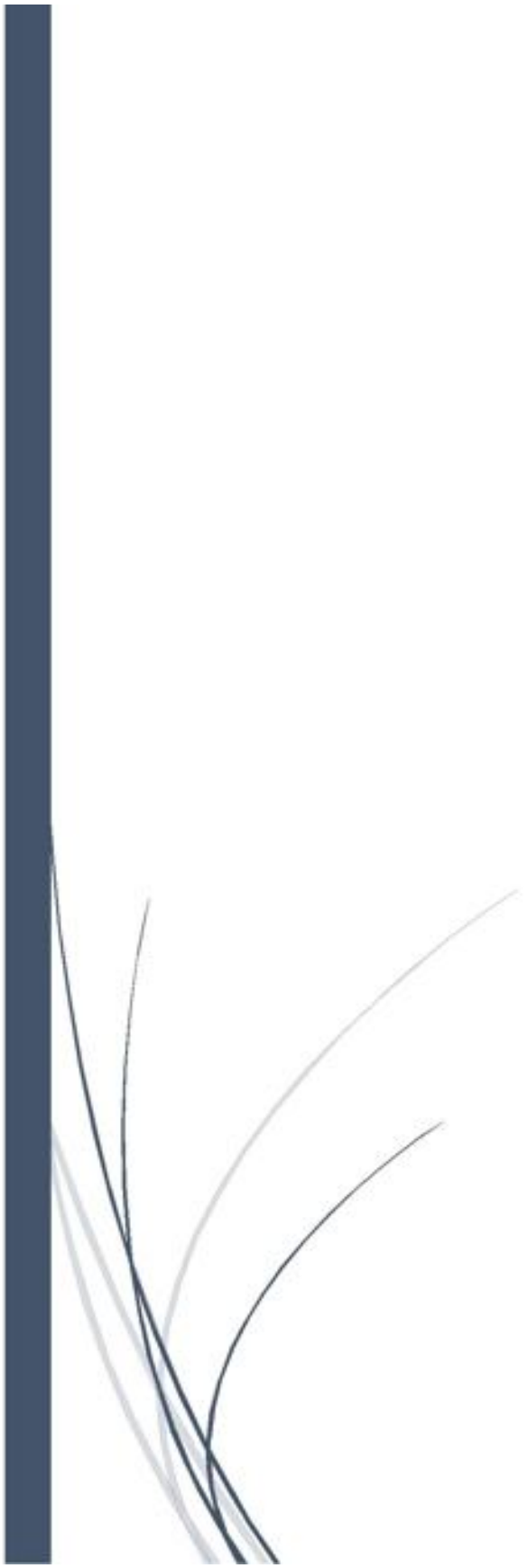


EVA JENNER

Almas enREDadas



EVA JENNER



Almas enREDadas

“Hoy me desperté con las ganas de ser valiente, me puse un vestido y los labios color carmín...
Quizás me piense los zapatos me siento fuerte... hoy es el día, lo haré por mí.”
María Artés – Imaginar

No dejes que nunca, nadie, te quite las ganas de hacer cosas por ti. De vivir por ti. De ser feliz por ti.

Esta novela está dedicada a todos mis seres queridos con los que hablo cada día, a mi pareja, Miguel, y a mi mejor amigo, Iván. Os quiero con locura.

Índice

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

EL DIARIO DE ALMA

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Capítulo 1

A dangerous mind (Within Temptation)

Aún me cuesta asimilar lo que me ocurrió. Pese al tiempo que ha pasado, no puedo evitar sentir que todo debería haber sucedido de otra manera.

Estoy sentada en el ordenador, mirando a través de la ventana de reojo observando como el viento pelea fuerte con la vegetación que anida en mi patio. Desde aquí, puedo ver con envidia la libertad del aire, como se mueve orgulloso y arrogante, sin temor a sus consecuencias. Como va arrastrando todo con él sin importarle el resultado de lo que deja a su paso.

Destrucción, hojas levantadas, tierra espolvoreada, trapos medio colgando del tendedero que sólo se sostienen con una pinza de la ropa de plástico o madera… Pero nada más.

Aprendí desde pequeña que cada acto conlleva una consecuencia. Que todo lo que siembras lo recoges y, en muchos casos, he oído desde siempre que “el karma existe”. ¿seguro? Porque se me ocurren muchas razones para que yo estuviera pasándolo mal y muchas razones para que yo estuviera pasándolo bien. No sé si será el karma, no sé si será el destino, pero si estoy segura que soy lo que han hecho de mí mis actos, para bien o para mal.

Hace cuatro años que mi vida dio un giro. Digamos que los hechos que nos pasan, nos dejan una marca en el alma en el que, el paso del tiempo, como si fuesen las vueltas que da el tambor de una lavadora, va limpiando esa manchita que habita en nosotros. Pero no siempre es así. Algunas marcas están arraigadas, internas, tatuadas en la piel.
Por eso no dejo de darle vueltas a las cosas, a las mías, a las que me rodean, e incluso a las que aún no han pasado y las que son posibles que no pasarán nunca. Y no, no os voy a contar la típica historia de una mujer que busca al amor de su vida e intenta dar con su príncipe azul y el trabajo perfecto, y que tiene un trabajo que la llena y la apasiona como una empoderada mujer.

Va ser que no. Mi vida siempre ha sido lo más aburrida, poco intensa y lo menos perfecta que existe, sin embargo, algunas situaciones me han hecho replantearme la posibilidad de que esté viviendo un propio Show de Truman. Hay cosas que ni aposta, se pueden salir tanto de tiesto como me ha pasado a mí. Situaciones que me han venido aún sin buscarlas lo más mínimo, y eso querido lector, es lo que me ha llevado a abrir este documento y empezar a cantar.

Lo haré por el principio, como una historia improvisada que necesita un origen de donde comenzó la travesía.

Un mes cualquiera de 2019…

Me levanté del ordenador donde estaba actualizando unos documentos del INEM, y después de maldecir varias veces las malditas captchas, pude acceder a mi información y validarme el paro. Porque sí, soy de esas personas que no están cotizando en la seguridad social, y eso queridos lectores, es otro de los problemas que se me suman en esta historia que os voy a contar.

Apenas hace unos minutos que conseguí pegar el culo a la silla, porque no es que tenga una vida intensamente social, es que mi trabajo requiere de mucho tiempo, y de casi ninguno para mí.

¿Pero cómo que tengo trabajo y aún así estoy apuntada al paro? Pues porque soy de esa parte de la población que tiene *"chapús"*, es decir, que trabajo en negro de lo que me va saliendo.
Compagino mi día a día cuidando de distintas personas mayores con ser ama de casa, y a su vez saco tiempo algunas veces para hacer de limpiadora en distintas casas. A mis 32 años aún no he conseguido el trabajo de mi vida, sólo he pasado por distintas oportunidades que quedaban entre mal, desfavorecedoras o eran de un limitado periodo de tiempo.
Bajé hasta la cocina para prepararme un café, y aproveché ese momento de relajación y soledad para llamar a mi mejor amigo.

David no vivía muy lejos de mi casa, pero hablar con él hacía que la distancia se redujera a centímetros. Ya podíamos estar mensajeándonos o hablando por voz, que siempre lograba sentirlo cerca.

Casi me sabía su número de memoria, marqué y esperé el tono de llamada. Me colgó y sonreí, siempre hacía lo mismo, por lo que esperé unos segundos hasta que sentí mi teléfono vibrar y vi su nombre en él.

- Necesito unas vacaciones. – Dije mientras cogía la taza y me dirigía a mi habitación. – Y tu seguramente necesites otras, más o igual de urgentes que yo.
- ¿Cuándo nos vamos? – Siempre me gastaba la misma broma, en la que, si hubiera podido caer, le habría dado una fecha.
- Pues mira… - titubeé – por mí cuando me digas, total en casa no me echarían mucho en falta.

Yo vivía con mi marido. Llevábamos doce años casados, y estuvimos dos de novios. Sí, tus cálculos son correctos, yo tenía 18 años cuando decidimos empezar nuestra vida juntos y hoy día, parecíamos llevar toda una vida ya.
Recuerdo cuando la gente que nos conocía en aquel entonces, nos decían que no íbamos a pasar de los tres años del terror. Por lo visto, cuenta la leyenda, que las parejas jóvenes que empiezan, al paso de los tres años, su relación se rompe.
No os voy a mentir. Israel y yo habíamos pasado por mucho juntos, demasiado, tanto bueno como malo, pero yo era de esas personas que perdonaba todo y, seamos claros, también me habían perdonado a mí.

Pero no sólo pasamos esos tres años, si no que nos hemos mantenido sujetándonos el uno al otro y hemos tenido una bonita familia. De peludos por supuesto. Cosa que no tenía contenta del todo a nuestras familias, las cuales siempre nos sometían a un tercer grado, sobre cuando esperábamos ampliar la familia, cuando íbamos a dar nietos o sobrinos, o que a este paso se me iba a pasar el arroz.

Mi respuesta era siempre la misma, que yo ya tenía hijos y que esos eran de los que nunca me iban a decepcionar ni abandonar y mucho menos juzgar. Pero volvíamos a la conversación cliché de lo bonitos que son los hijos y lo importante que es traerlos al mundo para sentirse una mujer completa. Porque el estigma social nos hace creer aún que es necesario tener hijos para tener una familia o sentirse realizada, cuando deberíamos entender que es tan válido ser padres como no serlos, y que eso no cambia nada del amor de una pareja y su validez. Como si a estas alturas de la vida, yo fuera una niña, pero bueno, que divago.

Mi marido era el claro ejemplo de lo que me gustaba en un hombre. Y es que había pasado por las distintas etapas físicas que me han ido gustando en mis diferentes épocas. Si bien cuando era una adolescente me gustaba tenerle con el pelo largo y la barba, en plan Hugo Silva *en Los hombres de Paco*, con el paso de los años había optado por tener afición por los tíos de cabeza rapada. Mi interés en su similitud con JD de *Gears 5* era meramente casualidad. Pero no sólo de pelo y barba viven mis gustos, recalcando que esto último era algo que me había atraído desde pequeña. Ya que, en mi más tierna infancia, podía pasar horas acariciando la barba espesa de mi padre, siendo yo la que le decía “papi pinchas, no te la quites”.
En cierto modo, he buscado en hombres la referencia física de la esencia paterna, ya que los hombres que me suelen gustar comparten muchas similitudes con mi progenitor. Quizás por eso es mi héroe.

Israel me sacaba dos años, es decir tenía 34. Además de pasar el 1,78 tenía una complexión fuerte, ancha y cuadrada que le hacía parecer a veces un armario empotrado. Mi armario. Era moreno, de tez clara. Y sus ojos eran muy similares a los míos color chocolate, sólo que a veces parecían tornarse un poco verdosos dependiendo de la luz. Pero su sonrisa era lo que más brillaba de él cuando reía. Tenía además vello en el pecho, que era un detalle que siempre me gustó en un hombre, ciñéndome nuevamente a mi figura paterna. En general estaba muy satisfecha con él y no sólo por el amor que le tenía, si no que físicamente era todo cuanto yo albergaba en un hombre.

Digamos que tuve mucha suerte de que él se fijase en alguien como yo, siento una jovencita enana, repleta de curvas, gafas y estilismo dudoso.

Pero así era yo, extraña por naturaleza y ahí brillaba mi especialidad.

David estaba teletrabrajando como siempre que le llamaba a esta hora. Podía escuchar las teclas a través del auricular y como, pese a estar centrado en su trabajo, sacaba tiempo para mí y mis pájaras.

- Tengo ganas de verte, te echo de menos. – Dije con la boquita pequeña. – Que te parece si salimos este fin de semana por ahí.
- ¿Y qué pasa con Israel? – siguió tecleando.
- Pues si quiere que venga y si no que se quede aquí, yo necesito un respiro, me ahogo.
- ¿Ya has terminado hoy?
- Salí antes de trabajar, el hijo de Justi está de vacaciones y se ha venido a casa con ella, por lo que he podido salir antes. – Gimoteé aliviada, - aunque estas horas de menos no las cobraré obviamente.
- ¿Te apetece que comamos hoy juntos?
- Me lees la mente, te lo iba a proponer, hoy estoy sola en casa e Israel no vendrá hasta la noche.
- Termino y paso a recogerte.
- Deja, voy yo dando un paseo en lo que terminas.
- Como quieras, ¿dónde vamos?
- A la cafetería ésta del centro que fuimos la última vez, la que está cerca de la panadería Marín.
- A mí no me engañas, quieres pedirte el sándwich marengo del otro día.
- No sabes lo que te perdiste por no hacerme caso… No he probado nada igual.
- Pero hoy comemos dentro, que el aire que hace me va a volar hasta las gafas.
- Exagerado. – Me reí. – como quieras, si yo con tu compañía tengo suficiente.

Hablamos de cosas cotidianas en lo que él terminaba unas cuantas cosas y cuando me advirtió que le quedaba poco por hacer colgamos y me fui a arreglarme. Bueno, más bien a ponerme algo decente.

Eché de comer a Frosty, mi gato. antes de meterme en el baño a darme una ducha. Kiara, mi otra gata, decidió que aquel día era demasiado aburrido y necesitaba con que distraerse.

Después de acicalarse lo menos 20 minutos, pensó que era divertido meterse en el baño conmigo y que, mientras yo me duchaba, podía afilarse las uñas con la puerta.
Tras varios berridos míos diciéndole que se estuviera quieta, como cantando algo en lo que yo misma me inventaba mi propia letra en un inglés que era más bien un idioma desconocido, terminé por salir.
Abrí la dichosa puerta y ella salió directa al comedero. Quienes tenemos gatos o perros sabemos que, si una puerta está cerrada, automáticamente esa puerta se convierte en un portal a otra dimensión donde debe estar en constante movimiento. Si la cierras y están fuera, te rascarán para que les abras y entren, si la cierras y están dentro, te rascarán para que les abras y salgan.
El caso es llevar la contraria y poner a prueba tus nervios y tu paciencia.

Subí tiritando hasta mi habitación, donde mi pequeño ángel de 4 patas me observaba desde su foto. ¡Cuánto lo echaba de menos! Se me removía el pecho cada vez que me acordaba de él, lo cual era constantemente. Porque pese a ver pasado dos años, se fue una parte muy importante de mí y de mi vida.
Aquello fue el comienzo de un cambio para mí, un cambio forzoso que me hizo transformarme tanto por dentro como por fuera.

Cuando me quité la toalla y abrí el armario para coger la crema, se me cayó parte de la ropa encima. Resoplé, maldiciendo a mi pareja por este hecho que seguro, había sido culpa suya. Tenía la maldita mala costumbre de dejar la ropa amontonada y siempre me tocaba a mí, como buena ama de casa, arreglar todo el alboroto.

¡Cómo entendía a mi madre! Y como la idolatraba desde que empecé a hacerme cargo de mi propia vida yo sola. Y es que no somos conscientes de lo que una madre hace por nosotros hasta que nos toca ponernos en sus zapatos y simular la vida que ellas llevaban.

Porque siempre hemos tenido la perspectiva, de que una madre tenía que ser una modosita ama de casa y que tenía que hacerse cargo de las tareas del hogar, de los niños y de la comida. Pero mi madre, como muchas otras tantas, no había sido así.
Ella trabajaba muy duro fuera de casa, se hacía cargo de su marido, mi padre, y sus hijos, y encima siempre estaba todo impecable, impoluto, ordenado, limpio y unas comidas que ya quisiera el cocinero este crítico de la tele, hacerlas.

Dejé la ropa que me había caído en estampida encima de la cama hecha y cogí la crema. La extendí por mi cuerpo, haciendo hincapié en mis tatuajes, los cuales me hice aquella vez que decidí cambiar, para hidratarlos y me puse la ropa interior que pillé, unos vaqueros elásticos, una camisa blanca de manga larga y las zapatillas negras de deporte.

Bajé hasta el baño donde me peiné, me sequé el pelo con el secador y me hice una pequeña coleta en mi corta melena azul de estilo bob.
Sí, azul. Fue otra de las cosas que hice cuando busqué un cambio en mi vida tras el suceso que me marcó. Me corté mi melena que me rozaba el culo para teñirla de un azul eléctrico que poco a poco fue cambiando de color, pasando por toda la paleta de azules y verdes, hasta convertirse en una peluca del Joker. Menos mal que podía mantener un bonito azul sin apellido a base de una mascarilla de color.

Me pinté los labios rojos como era habitual en mí, cogí mi bolso, las llaves del recibidor y salí. Antes de eso le había dejado una nota en la nevera a Israel, por si le daba por venir. Que bien se lo podía haber puesto en el WhatsApp, pero era de esas personas que les gustaba la intimidad de una nota pegada en la cocina o encima de la mesita.

No sé el tiempo que pude tardar en todo esto, pero cuando crucé la esquina vi a lo lejos sentado a David, con una copa de vino blanco y otra esperando en el asiento de enfrente a él.

- ¿Esperas a alguien, moreno?
- Sí, a ti. – Dijo mientras se levantaba para darme un beso.

- Pensé que querías comer dentro. –Dije mientras le devolvía el beso, me quitaba el bolso y me sentaba en la silla.
- Parece que el aire se ha reducido – Me tendió la copa. – Te pedido esto.
- Tu siempre te adelantas a todo.

Di un trago al vino que me sabía a gloria y pensé en la suerte que tenía de tener a alguien como David a mi lado desde hacía varios años.

Me sacaba once años, pero nuestra mentalidad estaba en completa sincronía. Era como esa otra mitad mía, como mi media naranja, que superaba todo lo expuesto en lo que debía ser un amigo, un familiar o una pareja. Era mucho más que eso.

Era la persona que me complementaba mentalmente y eso es algo que nadie te puede asegurar al completo hasta que no tienes una amistad así.

Su trabajo me estresa casi tanto o más que a él. Es analista programador en una consultora informática. ¿Te has quedado patidifuso? Pues te diré lo que me explicó él el día que le pregunté qué quería decir esos palabros tan raros que me sonaban a chino.

Por lo visto se dedica a desarrollar programas y webs, tanto para sectores públicos como privados. Y el pobre mío sufre cada quebradero de cabeza que más de una vez me hubiera gustado secuestrarlo para fugarnos juntos a algún sitio donde, lo más estresante, fuera coger cocos para venderlos. Aunque personalmente prefiero una montaña con un pequeño huerto y con frío. Por lo que de arrastrarlo a algún lugar sería a Alaska, donde estaríamos viendo nevar a través de la ventana mientras la chimenea nos diera calor. Que divago.
Nos conocimos por un evento de videojuegos de la capital de Málaga, sin saber que vivíamos tan cerca, y comenzamos a jugar juntos a la consola. Desde entonces hemos ido amasando una especie de amistad firme y duradera que, lejos de desinflarse, sigue subiendo como si le hubiéramos añadido un palé de levadura química.

En todos los malos momentos que recuerdo desde que le conozco, he tenido su hombro para llorar, llegando incluso a estar en ocasiones que ni mi propia pareja estaba.

Compartimos una gran afición por hobbies como los videojuegos, y siempre que tenemos ocasión, no dudamos en pasar un rato juntos. Podemos tirarnos horas y horas hablando dentro o fuera de la consola, que no me cansa y que me siento reconfortada.

El camarero se acercó hasta nosotros con una libreta en la mano donde apuntó la comanda. Un sándwich marengo para mí y una hamburguesa con queso para David. Pedimos otra copa de vino blanco y cuando nos dejó solos, cogí la silla y me arrimé a él.

- Necesito unas vacaciones. – Y me apoyé en su hombro. – Me va a dar un apechusque a este paso con tanto estrés dentro y fuera de casa.
- ¿Tu sola? – Me miró. - ¿Cómo te ha ido estos días con la nueva abuela?

Llamábamos abuelos a las personas mayores que yo iba a cuidar. Trabajaba normalmente de 8:30 a 16:30, y por la tarde dedicaba el tiempo a arreglar la casa o ir a limpiar algún que otro hogar o escalera de vecinos que me contactaba por *Wallapop*.
Estábamos a miércoles, y el lunes había empezado con Justi, la cual iba un par de horas, después de Rafaela que la tenía de 8:30 a 10:15, Julio de 10:30 a 13:15 y Justi de 13:30 a 16:30.
Efectivamente, entre una casa y otra corría más que el coyote por el desierto, por suerte estaban todos cerca y tardaba menos de ese margen que tenía.

Mis abuelillos me daban lástima. Tenían unos días donde eran todo alegría y otros donde, juro por dios y la corte celestial, necesitaba una caja de diazepam para elefantes para mí sola.

Rafaela me había dado la mañana cuando me dijo que se negaba a tomarse la medicación, porque su madre, Sagrario, muerta hace 20 años, se había presentado esta noche diciéndole que lo que tomaba era veneno y que querían quitarla del medio. Así que, después de intentar hacerla entrar en razón sin éxito, porque los que cuidamos personas mayores sabemos que son más tercos que una mula de campo, opté por la técnica rastrera. Echarle la medicación en el actimel.

Pero la cosa de esa mañana agitada no quedó ahí, con mi batalla con esta señora de 87 años, no señor. Después tuve que enfrentarme a Julio, un señor un pelín verde que cada vez que paseaba con él, en silla de ruedas por el barrio, decía alguna perla que me dejaba a mí colorada como un tomate.

Esta mañana le dio con la hija de la panadera, Susana, la cual le dijo que le iba a llenar to' lo gordo con cemento del duro.
Tras explicarle siete veces porque eso no está bien visto en pleno 2019, pareció entrar en razón. Pareció. Antes de irme me dio un manotazo en el culo que su hijo, Juanma, cuando lo vio, le tuvo que llamar la atención. Ese hombre parecía el maestro Roshi, le faltaba el bastón y las gafas de sol.

Y tener cien años más, porque julio aún tenía la pequeña cifra de 78, pero con su dura vida en la obra, que no me quiero imaginar las barbaries que diría cuando estaba en el andamio y pasaba alguna jovencita, y varias caídas que tuvo, el pobre quedó en silla de ruedas.
Y hoy me había librado de, Justi. Justi era una mujer de 90 años que siempre estaba callada con su mundo interior. Hablaba con la televisión y por mucho que tú le dijeras algo, ella seguía en su mundo. Todo parecería idílico si no fuera porque creía que era su prima la del pueblo, la que intento quitarle a su Roberto antes de su boda. Imaginaros los espectáculos que tenía yo que vivir.

Así que me centré en la conversación con David y le puse al día.

- Pues mira, no iba mal – Dejé la copa en la mesa y me pasé la lengua por los labios. – El lunes me pareció una señora de lo más tranquila pese a que no paraba de mirarme entornando los ojos. Ella

hablaba con la tele, me decía que le pusiera la primera, y ahí estaba ella tan tranquila.

- Entonces bien, ¿no?
- Sí. – asentí cerrando los ojos. – Hasta que me dijo que como podía hacerle yo eso, con su futuro marido, después de todo lo que había hecho por mí.
- ¿Qué le hiciste el qué con quién? – David estaba el pobre que no se enteraba de nada,
- Por lo visto, me contó su hijo, que la prima de su madre, Amparito, se había liado con su padre cuando este estaba a punto de casarse. Fue un bombazo para el pueblo y una traición para su madre y por más que eso pasó hace más de 50 años, la señora no lo olvida. De hecho, cree que yo soy Amparito.
- ¿Tendrás algún abuelo normal algún día?
- Lo empiezo a dudar.

El camarero vino con nuestra comida justo cuando vaciamos las copas. Volví mi silla a mi sitio y nos pusimos a comer mientras seguíamos hablando de las cosas cotidianas que vivíamos ambos día a día en nuestro trabajo.
Era algo que me llenaba con David. La posibilidad de que, por un momento, el mundo desapareciera, y compartiéramos nuestro día el uno con el otro, por muy mierda que fuera. Me hacía desahogarme, volar, liberarme de la carga. Y además, me hacía sentir que le importaba a alguien todo lo que yo hacía en mi día a día.

Cuando terminamos de comer nos pedimos un café cada uno y poco después nos despedimos, porque él tenía que seguir trabajando y yo tenía que entrar en un rato a trabajar en una oferta que me llegó de limpiar un bloque de escaleras a las 17:30.

Aún eran las 16:15, tenía tiempo para ir a casa, cambiarme por algo más cómodo y estar un rato con los peludines en lo que llegaba mi hora de limpiar.

Capítulo 2

Hasta que el cuerpo aguante (Mago de Oz)

Yo estaba en el sueño más profundo, batallando con algunos seres del mundo de Morfeo que no me dejaban descansar. Corría, huía, y agitada respiraba hasta que el despertador comenzó a sonar devolviéndome poco a poco, hasta el mundo de los vivos lúcidos.

- Mmmm… cariño. – Murmuré entre gemidos llamando a mi marido. – Las 7.
- ¿Hum? – Y él se volvió a dar la vuelta ignorando mi llamada.

El despertador volvió a sonar cuando cerré nuevamente los ojos, dándome un lapsus de sueño que me volvió, momentáneamente, a los brazos de Morfeo.

- Joder, las 7:15 – Me quejé mientras me incorporaba en la cama y me sentaba al borde de esta para quedarme unos minutos mirando atentamente las zapatillas de casa.

Me giré sobre mi cuerpo y puse la mano en el brazo de mi chico agitándolo suavemente.

- Nene, las 7:15.

Me tumbé nuevamente pegada a él dándole un beso en la cara.

- Buenos días. – Susurré.
- Buenos días, cariño. – Me dijo mientras nos dábamos un beso y me incorporaba después.

Abrí la ventana y subí las persianas. Tenía a Frosty dándome los buenos días mientras que Kiara se los daba a Israel. Yo miraba con odio el móvil. Me quitaba lo más valioso de mi cuerpo, que era descansar y dormir.

Mi horror a madrugar me lo conozco bien, por eso, pongo varias alarmas que van sonando mientras yo las apago, para que, en algún punto, por insistencia de la melodía, termine levantándome. Una cada 5 minutos.

Mi hombre se levantó y ambos nos fuimos al baño a prepararnos. Tardamos poco y menos en estar limpios y de vuelta a la habitación para vestirnos . En silencio. Porque sabe dios lo que yo detesto hablar recién levantada.

Ambos nos pusimos el uniforme del trabajo. Yo mis pantalones negros de pitillo, la camiseta de manga corta del mismo color, la bata blanca de cuidadora y las zapatillas de deporte negras. Me puse una diadema en el pelo recogiéndome los flequillos.

Él sus pantalones grises oscuro, camiseta del mismo color y el chaleco. El calzado que llevaba era las botas del trabajo negras con las que, si te pegaba una patada, te rompía hasta el hueso más fuerte del cuerpo.

Nos fuimos a la cocina cuando estábamos listos y cogimos una taza de café cada uno. Ahí de pie y a toda prisa, cuando me preguntó que qué tenía pensado hacer hoy después de trabajar.

- Seguramente vuelva a casa, o en el mejor de los casos pase por casa de David para sacarlo de ese nido de trabajo que lo tiene absorbido.
- Bien, avísame con lo que sea – Dejó su taza en el fregadero. – vamos o llegas tarde a la primera.

Salimos, después de coger mi bolso, las llaves y decirles a los niños, incluido a Bruce, que volveríamos pronto y que se portaran bien.

¿Qué quién es Bruce? Pues es el hermano canino de Frosty y Kiara. Convivo con un perro y dos gatos que son el amor de mi vida y mi felicidad más grande. Y es que la vida sin ellos sería aburrida, vacía y triste. Bien lo sé yo.

Por suerte la casa de Rafaela estaba a poca distancia de la mía, y eran ya las 8:10, después de salir a las 7:50 de mi casa. Me bajé del coche que conducía mi chico, después de darle un beso en los labios y decirle que tuviera un buen día.

Él trabajaba en unos almacenes como mozo y entraba más tarde que yo, pero también salía mucho más tarde de su trabajo, es por eso que la mayoría de días no nos veíamos hasta por la tarde, bien cerca de la noche.

Cuando llegué y llamé al portero, me abrió Rafaela con un buen humor mañanero que ya quisiera yo para mí. La pobre estaba más allá que acá, pero sin embargo, siempre tenía unas palabras graciosas con las que amenizarte el día.

Entré en el salón y colgué mi bolso en la percha del recibidor, en frente del espejo donde me miré un par de segundos antes de ir hasta a ella.

- Buenos días Rafaela. – Le di un beso y le acompañé al sofá. - ¿qué quiere desayunar hoy?
- Ay, hija. Que no me llames así, tu llámame Rafi – Se apoyó en el respaldo del sofá. – quiero la tostada esa que me haces tú tan buena con su mermelada.
- ¡Pero si ayer me dijiste que te llamase Rafaela! – Le respondí sonriendo. Sus cambios de parecer me iban a volver loca. – te hago el desayuno y te tomas la medicación, ¿de acuerdo?
- Ay niña, no sé… - Dijo no muy convencida con mi propuesta.
- Es por su bien, hágame caso, que quiero tenerla aquí mucho tiempo y para ello debe tomarse su medicación.

Muy a regañadientes, esta vez aceptó. Aunque temía en que momento me iba a sacar a relucir las negaciones de su madre muerta. A la cual, cada vez que veía en alguna foto de las que tenía por el salón, al mirarla me daban ganas de santiguarme.

Que reparo me daban las fotografías en blanco y negro de los rostros solos, que parecían que te seguían con los ojos. Aquella mirada tan siniestra se te clavaba en la tuya y un palpito en el pecho te hacía apartar la vista por el escalofrío que recorría mi cuerpo.

Le encendí la tele a Rafaela, le puse la primera donde estaba *La hora de la 1: La política*, y me fui a la cocina. La escuchaba hablar quejándose de todos los políticos que salían en televisión, que si el desarrapado de la coleta, que si el hombretón de la barba, que si el tonto rojo… ella tenía repertorio para todos.

Me reí, pensando en la posibilidad, de que yo llegase a su edad, aunque fuera con la mitad de su vitalidad, y con la certeza de que para ello tuviera que tomarme casi una farmacia de pastillas.

Le preparé su leche manchada de descafeinado con sacarina, su media tostada de mantequilla con mermelada de fresa y en otro platito le puse la medicación.
Sintrom, torasemida, digoxina, parches, para la tensión… tenía una para cada cosa. En parte comprendía que a veces se negase a tomarla, yo en su lugar no sé qué haría.

Cuando le dejé la bandeja en la mesa del comedor y le tendí la servilleta de tela que le puse en el cuello a modo de babero, y que le llegaba hasta los muslos, le ayudé a incorporarse un poco más y me senté a su lado con mi desayuno. El cual se empeñaba en que me lo tomase con ella sí o sí.

Con mi media tostada, la mitad que le había sobrado a ella y mi café, la acompañé, escuchando cada soez que soltaba por esa boquita para dirigirse a los personajes que nos acompañaban por televisión.

- Niña tienes que comer más. – Me dijo cuándo aparté mi plato con migas de pan. – Esta juventud no coméis nada más que galguerías.
- ¡Pero si a mí me sobran kilos, no me faltan! – Le sonreí incrédula. – Además, usted no sabe las manos que tengo yo para la cocina. Desde niña.
- Pues le voy a decir a mi hija que te contrate, estoy cansada de esa comida que me traen a servicio que no tiene sabor y esta sosa.
- Pero Rafi, usted no puede tomar sal por la tensión, es lógico que se la sirvan así.
- Que no, que no. – Insistió obcecada. – Que te digo yo que esa comida no es ni recién hecha. ¿Tú has comido comida de hospital,

hija?

- Pues sí, varias veces. – Lo que recordaba era horrible.
- Pues esta es peor. – Sentenció.
- ¡No me diga! – me llevé la mano al pecho consternada. – Pues ahora que lo sé, si me lo permite, la próxima vez que haga un buen puchero con su codillo, su jarrete y tocino, le traigo un tuper.

Los ojos le centellearon, como si le acabase de decir la maravilla más grande del mundo.
La dejé con su programación habitual de la 1 y me fui a la cocina a fregar los cachivaches del desayuno. Además, después estuve arreglando toda la casa. Tampoco era mucho, la mujer vivía sola, sus hijas iban todos los días a hacerle algo allí y visitarla, y yo sólo tenía unas horas con ella para el desayuno, compañía y recoger los trastos del día anterior.

Normalmente apenas tenía que hacer.
Sin darme cuenta y después de estar sentada con ella en el brasero un rato donde me estaba dando morriña, me fijé en que pronto sería mi hora de irme.
Así que me levanté, me fui a la cocina por su *Actimel,* el cual le daba cada día poco antes de irme.

Cuando vi que eran las 10:15 cogí mi bolso y me fui, no sin antes darle un beso y poniéndole el teléfono a mano por si, en lo que llegaba mi relevo, tenía alguna urgencia. Me tiré cuesta abajo hasta doblar la esquina y llegar a casa de Julio, después de caminar unos 10 minutos.

- Soy Alma. – Dije tras escuchar un quién es al otro lado de la puerta.

Juanma, el hijo de Julio, me abrió ya como era habitual en él, en pijama. El hombre estaba en paro y pasaba el día encerrado en casa con su padre y no quería pisar la calle, por lo que me contó su hijo, tuvo que buscarme a mí para que me encargase de Julio por que no era capaz de llevar todo él solo. Y no le culpo. Julio es un buen hombre, pero hay que echarle de comer a parte. Desde que Anita, su mujer, murió, éste cumple todos los clichés de viejo verde que va detrás de todas las faldas que pasan por su lado.

Yo lo sobrellevo entre humor y ternura, porque me hace gracia ya que me recuerda al duende tortuga, pero aún así más de una vez, se le ha visto el plumero con la intención de que su mano viajara hasta mi culo.

- Papá, que te tomes el dichoso desayuno y dejes que te arregle esa barba de una vez.

Cuando entré al salón me encontré a Juanma de esta guisa con su padre, el cual se negaba a cortarse la barba y decía que no quería desayunar, que aquello era mucho para él.

- Venga, Julio, usted tiene que comer para coger fuerzas, acuérdese de lo que pasó la última vez.

La última vez que pasó por el hospital, le habían operado de dos hernias inguinales que lo tuvieron hasta varios meses de recuperación. En ese tiempo, con la poca actividad que tenía y la vida sedentaria, y el poco desgaste de energía que su cuerpo procesaba, dejó de comer prácticamente y le cogió una anemia que tuvieron que paliar con bolsas de sangre en vena. Así me lo contó Juanma el primer día que fui y que me puso al corriente de su padre.

Con muchos reproches y una mala cara impropia de ese abuelillo setentón que siempre tenía palabras cómicas que soltar a una mujer, al menos a mí me lo parecían, accedió y se tomó a regañadientes su desayuno.
Ahora quedaba afeitarlo, que eso ya era harina de otro costal.

- Julio, ¿quiere o no quiere que las mujercitas que vemos en nuestros paseos le miren y se queden prendadas de usted? –Pinché donde más le dolía, su ego masculino.
- Yo ya tengo suerte de tener una moza como tú que me acompañe cada día, hija. – Se puso reflexivo mirándose las manos. – Tu sí que eres una mujer como las de antes con sus carnes para agarrar. Las niñas de ahora están todas raquíticas y son todas iguales.
- Julio que se me desvía. – Me reí mientras le pasaba el brazo por debajo del suyo para levantarlo del sofá. – vamos con su hijo para que lo afeite en condiciones y podamos dar el paseo mañanero.

¿Recordáis que os dije que más de una vez intentó tocarme el culo? Pues ese día lo consiguió. Pero no le dije nada porque estaba delante su hijo y no quería que le diera una reprimenda. Por lo que me callé y le miré con cara de “se mira, pero no se toca”. Cosa que le dio igual, el pobre hombre, muy listo él, me enganchó el culo como si fuese un salvavidas al que te agarras en pleno naufragio.

Le dejé en el baño con Juanma y me puse a fregar los cacharros del desayuno. Después barrí, limpié el polvo y fregué en lo que ellos seguían ahí dentro. Hice la cama y preparé la ropa de Julio que se iba a poner después, y a los minutos salió ya discutiendo con su hijo mientras decía comentarios que yo no lograba entender, pero que a Juanma le hacían gracia.

Entre los dos le vestimos. Me daba pena un hombre como él que había sido un tiarrón de los que cargaban sacos de cemento al hombro, verle ahora tan desvalido y tan poca fuerza para sostenerse en pie.

Cuando lo pusimos en la silla y con ayuda de Juanma para sacarlo a la puerta, bajando el escalón, me despedí de él con una sonrisa y me fui empujando a Julio.

- Susanita – Gritó al pasar al lado de la panadería. - ¡Ay quien fuera ratón!
- Julio, por favor – Me aguanté la risa a duras penas. – Por cierto, tengo que llamarle la atención por lo de antes.
- ¿A mí? Si yo no he hecho nada, mujer – dijo muy ofendido y desvalido, haciéndose el tonto.
- Sí, usted. Como se le ocurre tocarme el culo… que soy su cuidadora, y estoy casada.
- Ay, hija, si es que ya estoy muy mayor y no sé lo que hago… - torció el cuello como si fuera un pato. - ¡¡¡guapa!!!
- Usted sabe perfectamente lo que hace – Me agaché para decirle bajito en el oído. – ¿O me va a decir que no sabe que esa rubia que acaba de pasar es un bellezón?

- Si tú lo dices… - Miró a otro lado mientras arrugaba la nariz. - ¿a qué huele?
- Pues no sé, ¿a qué huele?
- Como a colonia de esa fina.
- Seré yo que me he echado esta mañana a toda prisa y no sé ni cual.
- Acércate que te huela, niña

Me agaché a su lado y me acercó la nariz mientras asentía.

- Guapa y hueles bien. – Cerró los ojos y suspiró. – Quién te hubiera pillado con 20 años menos.
- O con 30, Julio, que usted podría ser mi abuelo perfectamente.
- Ay, dichosa edad… - Cruzó las manos sobre sus piernas mientras yo seguía empujando el carrito. – Pero ¿sabes qué?
- ¿Qué?
- Que tengo mucha suerte de llegar a estos años. Mi Anita la pobre con su enfermedad del corazón no duró ni lo que estipularon los médicos.
- Tiene que recordar los buenos momentos, Julio. Los malos nos vienen solos cuando vemos situaciones similares, tenemos que recordar los buenos y forzarnos a vivirlos en nuestra cabeza con una sonrisa. Bastante lloramos ya en su perdida como para seguir atormentándonos con ello.
- ¿Y tú dices que tienes 30 años? – Giró su cabeza hasta mirarme. – Mira que pareces chiquitilla pero hija, que profundo.
- Tengo 32 años, Julio. Que no le engañe mi corta estatura ni esta cara de cría tras las gafas. Me mantiene joven mi mal genio.
- Una como tu quiero para mi Juanma, que arte tienes, niña.
- Su hijo tiene buenos genes y encontrará a una mejor que yo, dele tiempo.

Y con esta charla cotidiana nos fuimos hasta el parque de los abuelos, donde le dejé con un par de amigos suyos, Genaro y Francisco, jugando a las cartas un rato.

- Un rato Julio, estaré en ese banco mientras usted lo pasa bien con estos dos caballeros. Si necesita algo avísame.

Me fui hasta el banco que estaba cerca de la pileta de agua y me senté, puse mi bolso en mis piernas y saqué el móvil. Mandé un mensaje a David.

Alma

Hoy me han olfateado como una perra… pa' lo que he quedado

David

Siempre podría ser peor, podrían haberte montado como a una perra

Alma

Calla por dios, que ha sido Julio, el mutenroshi de Málaga.

David

Luego te quejas diciendo que no le interesas a nadie

Alma

Coño, pero que sea de mi edad, no un señor que podría ser mi abuelo.

David

Pues yo también te lo digo y no me haces caso

Alma

Porque tú eres mi amigo, no cuentas. Igual que Israel tampoco cuenta, porque es mi marido.

David

¿Has mirado lo que te pasé por Twitter esta mañana?

Alma

Ni tiempo he tenido, ahora entraré mientras julio está sacándole céntimos a estos dos jubilados.

David escribiendo…

Alma

¿Me pasas el link?

David

Eso es lo que estaba escribiendo… te conoceré ya.

Cuando me pasó el enlace y accedí, vi que tenía unas 30 y tantas notificaciones pendientes de revisar… que pereza me daba, aún así accedí y vi una por una todas mientras con la oreja puesta, estaba oyendo a Julio contar una historia sobre aquella vez que en la obra se les rompió el botijo con agua fría en pleno agosto, y tuvieron que ponerle un parche de cemento para intentar llegar hasta la tarde.
Lo que no haya pasado este hombre…

Vi que tenía unos cinco nuevos seguidores, que supuse que habían llegado a raíz de mi último tweet donde subí una receta de cocina. Una tarta de chocolate blanco que nos habíamos zampado entre Israel y yo en una tarde. Se ve que en Twitter también gustó. Y de paso miré el concurso donde me había mencionado David para ganar un set de juegos.
Siempre concursábamos, más nunca nos tocaba ni las gracias.

Estaba engatusada mirando Twitter y compartiendo cosas cuando vi que varias veces, alguien estaba dando me gusta a casi todo. Y se me hacía familiar el avatar. Comprobé que era uno de los que me había seguido recientemente y miré su perfil con curiosidad para ver que teníamos en común y, a poder ser, seguirle.

Cuando vi varias cosas, sin bajar mucho más, le di a seguir. Compartía cosas de animales y videojuegos, lo cual era más que suficiente para devolverle el *follow.*
Y ahí se me pasó el tiempo y cuando quise acordar, estaba cogiendo la silla de ruedas de Julio mientras le insistía en que se despidiera de Genaro y Francisco, y yo hacía lo mismo llevándome un piropo por parte de ellos dos. Desde luego estar rodeada de ancianos tenía su aquel. Tenía más que asegurado que me echaran un piropazo o abrieran tanto la boca que peligrara su dentadura.

Llegamos justo a tiempo a casa y Juanma nos abrió, me ayudo a meter a su padre y la silla, y lo dejé viendo la tele.
Salí corriendo hasta casa de Justi. Corría más que el coyote en el desierto para llegar a mi hora a cada una de las casas, y cuando me abrió el conserje del edificio, y entré, la sonrisa de Justi se esfumó.

- Amparito, ¿qué haces tú aquí?
- Que no soy Amparito, doña Justi, soy Alma, la cuidadora.
- Anda, ya decía yo que Amparito no tenía coño de llevar el pelo así.
- Mamá por favor. – Me reí, vi a su hijo salir de la cocina con un delantal y no pude evitar quedarme mirando ese cuerpazo que gastaba. – Hola Alma.
- Hola. – Sonreí como una autentica gilipollas porque tendía a ponerme nerviosa con este tío. - ¿Vamos a la bañera, Justi?

Agarrada a mi brazo la llevé hasta el baño donde la ayudé a quitarse la ropa, no sin antes caldear la habitación para que no me cogiera frío y no me pillase una pulmonía la pobre mujer.
Estábamos a mediados de septiembre y empezaba a refrescar.

Por suerte para ambos, era un plato de ducha, lo que facilitaba que la pudiera meter dentro. Con ayuda de mis manos y agarrándose a las asas metálicas que había en la pared, conseguí ponerla en su sitio y gradué el agua.
Principalmente habían contactado conmigo para bañarla y asearla día a día, ya que ella no quería que su hijo Gabrielito, la viera como su madre la trajo al mundo. Le daba vergüenza.

Y la anterior chica que iba a ayudarla con eso, se había quedado embarazada y no podía coger peso. Todo el que hayamos cuidado de personas mayores con movilidad reducida, sabemos que requiere de una fuerza corporal que yo no sé dónde la tengo, pero que la tengo y la saco para cogerlos casi a pulso. Eso sí, tendría que ir mirándome algún buen masajista económico. Y a poder ser guapo como el de un relato que leí por ahí en una web.

Gradué la temperatura del agua echándola sobre mi muñeca, como se gradúa con los bebés, (a veces la técnica del codo no es suficiente) y la mojé con suavidad pidiéndole que me avisara si el agua cambiase de temperatura. No quería ni freírla ni dejarla congelada.

Después de mojarle el pelo le extendí su champú de coco que tanto le gustaba y le di un buen masaje que me agradeció la mujer. Al ser una mujer bajita, podía acceder bien hasta su cabeza, aunque tuviera que inclinarme un poco porque mi estatura no daba mucho de sí.

A continuación, cogí su esponja rosa, le encantaba el rosa, y le eché el gel del mismo olor y la enjaboné despacio por todo el cuerpo.

Es curioso como las mujeres y los hombres, en determinadas edades que nos impiden, nos da igual que nos vean como dios nos trajo al mundo. Es decir, el pudor parece irse con la necesidad de que nos ayuden. Claro está, hay casos. Además, hay personas que no es que sientan vergüenza de que las vean, si no que no quieren que sean sus propios hijos los que lo hagan. Sólo si son del género opuesto. Quiero decir que una madre siempre estará tranquila con su hija, pero no con su hijo.

Y un padre estará cómodo con su hijo, pero no con su hija.
Cuando acabé de enjabonarle hasta los dedillos de los pies, la aclaré entera y le puse la mascarilla en el pelo para darle suavidad. La cual aclaré al instante.

La sequé un poco con la toalla dentro de la propia ducha y le coloqué el albornoz rosa. Le estrujé el pelo y le puse la toalla a juego para que goteara el pelo y así secárselo mejor.
Una vez sentada en la taza del váter, se quedó mirándose en el espejo.

- Sabes hija, me recuerdas a alguien. – Me dijo mientras le secaba el pelo con la tela y cogía el cepillo.
- ¿Ah sí? – Sabía lo que me iba a decir, pero le seguí el rollo. - ¿A quién, Justi?
- A mi prima, Amparito.
- ¡No me digas!
- Sí, sí, la muy furcia se lio con mi Roberto poco antes de ser mi esposo.
- Cuanto lo siento. – le eché colonia nenuco como a ella le gustaba, por el cuerpo después de secarla. – Pero mujer, ganaste a Roberto.

- Ay… - suspiró. – Siempre pensé que Roberto me engañaba con alguien.
- ¿Y aún así seguiste con él?
- En mi época los matrimonios se arreglaban, no se tiraban a la basura por suposiciones.
- Y es todo un reto tirarse toda la vida con una pareja.
- Ya lo veras cuando te cases. – Se levantó para que la vistiese.
- Ya estoy casada, Justi, llevamos doce años. – Le puse el pantalón y los calcetines de pelo que tanto le gustaba por su suavidad.
- La hostia. – Me sorprendía el vocabulario de esta mujer a la vez que me hacía gracia. – Pues ya son años para lo joven que eres.
- De hecho, espero que sean muchos más. – Le puse el jersey y cogí el secador. – Vamos a secarte el pelo.
- Dudará tanto como lo cuides – Me dijo mientras cerraba los ojos y echaba la cabeza hacía atrás. – y lo cuidarás tanto como lo quieras.

Sin duda alguna, aquellas palabras de una mujer que empezaba a confundir épocas, recuerdos y realidades por sus años, me hizo pensar sobre aquella frase. Tenía muchísima razón. En la mayoría de casos, todo dura dependiendo del cuidado que le des. Con las personas era lo mismo. Los matrimonios eran una planta que había que regar lo suficiente para que nunca se marchitara, una historia que había que arreglar si se estropeaba, y un amor que había que conquistar cada día.

Le sequé el pelo y la peiné, la dejé en el sofá y le hice algo de compañía, ya que su hijo se acababa de ir a trabajar. Tenía curiosidad por saber en qué lo hacía, y opté la posibilidad de preguntarle a Justi, pero lo deseché. No quería sonar a entrometida. Y ahí me quedé, hablando con ella, repitiéndole las mismas cosas una y otra vez porque se les olvidaba de un momento a otro, pero escuchando atentamente los sabios consejos que me daba sobre el amor y el matrimonio. Pese a ser yo a ratos la furcia del pueblo que le robó a su Roberto.

Cuando llegó las 16:30 me fui, y al llegar a casa, Frosty y Kiara pasaban de mi culo, mientras que un energético Bruce se tiraba para mí con toda su fuerza y me comía hasta las pestañas.

Es increíble lo diferentes que son ambas especies. Los gatos parecen pasar de ti, te dan cariño cuando ellos quieren y necesitan y por eso no dejan de ser cariñosos, pero guardan con celo sus sentimientos. Los perros, sin embargo, deciden demostrar todo el cariño y amor que te tienen lanzándose hacia ti sin miramientos. Mi Pequeño de color blanco con manchas negras y canela, no pesaría más de 10 o 12 kilos, pero tenía una fuerza embistiendo sobre humana.
Los dos gatos, sin embargo, el naranja y la blanca, parecían ir a su bola y su única preocupación ahora mismo, era que no les había llenado el comedero hasta rebosar. Por supuesto el cuenco podría estar perfectamente lleno, que si no tenía una montaña de comida como los Ferrero de la Preysler, se ponían a pedir más dándole zarpazos al saco de pienso. Los tenía demasiado mal criados, parecían Borjamaris de la vida.

Les eché como ellos pedían y me fui desvistiendo por el camino hasta la cocina, donde puse a calentar la olla con la sopa que hice la tarde anterior para tenerla preparada. Mientras hervía, me puse el pijama, cogí un libro de mi autora favorita y, antes de sentarme, lo dejé en la mesa para acercarme a mis niños y darle arrumacos un rato más en lo que llegaba el momento de echarle el arroz a la sopa.

Capítulo 3

Nothing else matters (Metallica)

Al fin llegó el más que ansiado viernes.

Aún faltaban unos minutos para que Israel saliera del baño completamente terminado y mientras tanto, opté por echar una ojeada rápida a twitter. No sin antes dejar un clásico buenos días lleno de iconitos a David como cada día.

Nuevamente me saturó la cantidad de notificaciones que tenía pendiente. No lo entendía… ¡si sólo ponía paridas mías y cosas ridículas! Sin embargo, cada día y en cuanto dejaba un par de horas a lo mucho sin mirar, se me petaba la bandeja de notificaciones de mensajes privados y de avisos de los retweets, likes o seguimiento que me habían hecho.
La gente no tenía vida más allá de la red parecía ser. Y me puse a divagar como era habitual.

Mientras removía la cucharilla en la taza de café caliente que me había servido para mí y para mi chico, me quedé engatusada con el móvil pensando en lo curioso que era nuestra era moderna. En mis tiempos, la gente nos comunicábamos mediante los clásicos SMS, las llamadas perdidas, popularmente llamadas toques, y sobre todo el cara a cara. Hoy día, desde hace varios años, la burbuja cibernética había estallado por completo salpicándonos a todos, las gotas de agua que podríamos llamar conexión.

No lo puedo negar, yo era una de esas personas que vivía prácticamente en la red. Contando historias, enseñando recetas de cocina, compartiendo casos o post de animales, fotografías de todo tipo de cosas, lugares o situaciones, incluyéndome a mí, y cosas sobre videojuegos.

Sin embargo, me aficioné a poner cierto tipo de fotos que en un principio eran inocentes y sutiles.

Aquella mañana me eché una foto mientras me llevaba la taza de café a la boca y tenía la bata abierta, con un filtro en blanco y negro y con una frase de esas que parecen muy profundas pero que en el fondo son producto de tu mente poco lúcida porque, joder, eran las 7:30 de la mañana. A esa hora, nadie podía tener ganas de vivir. Salvo que pensaras en el viernes y en el descanso próximo al fin de semana.

Nada más subirla, en cuestión de unos segundos, en los que yo seguía actualizando la timeline, vi 5 notificaciones nuevas de gente que realmente no sabía ni quien era. Alguno me sonaba de alguna que otra interacción, pero poco más.

Y es que eso era otro detalle contradictorio de internet y las redes sociales. Te acerca a multitud de gente, pero realmente no conoces a nadie. Quien hay al otro lado puede decirte que es una cosa que realmente no es, que se llama de una forma diferente a la real, o por el contrario, sin pensarlo ni darte cuenta, coincidir al 110 % en cosas que os hacen compatibles.

Porque internet, como la vida “real”, también conlleva mentiras y riesgos, pero grandes verdades y sentimientos.

Que esa es otra, hablamos de la vida real, como si la gente que estuviera a través de la pantalla fuera de mentira, o un autómata que sigue las directrices de lo que tus dedos buscan aporreando teclas a través del ciberespacio mediante un teclado. Se nos olvida en muchas ocasiones, que la persona al otro lado es eso, una persona. Que puede mentirte, decirte la verdad o restringir información propia, pero eso no quita que sea un ser humano igual que tú. Y como tal, hay que tener responsabilidad afectiva para todo y todos.
Es por ello que, en demasiadas ocasiones, más de las que me hubiera gustado, he tenido experiencias cibernéticas que podrían considerarse perturbadoras, siniestras o increíbles. Los hay quién lo tomarán a bromas y otros que te consideren tan chalado como el propio qué te lo hizo experimentar.

A mi marido lo conocí en la red. Sí, sí. Hace muchos años como ya os comenté anteriormente, y sin embargo todo nos salió estupendamente y tenemos una gran vida en común. Porque la distancia no es un problema si pones ganas, empeño y esfuerzo. Igual que una pareja que viva al lado de tu casa, si no la cuidas también se marchita. Las relaciones a distancia no son tan distintas, sólo tienen un extra, y es la superación personal y de pareja, es donde realmente te muestras las ganas que tienes por estar con esa persona, y donde, por desgracia, los celos hacen más mella.

La desconfianza, los celos, las inseguridades, se incrementan con un *boost* en la distancia. Y nadie lo puede evitar. Es lo que nos hace humanos. Sin embargo, os puedo asegurar que la satisfacción sufre otro aumento cuando puedes contar tu historia a los demás y te miran con esa cara de incredulidad, como si fuerais protagonistas de un cuento perfecto. Pero sobre todo lo más importante por encima de todo, es el hecho de estar al fin con esa persona que tanto amas. La distancia, cuanto más ansías algo y más alejado lo tienes, con más ganas te aferras a ello cuando lo puedes obtener al fin.

Por aquel entonces yo tenía un amigo que fingía muy bien serlo. Y que estuve con él mientras su paso por la red generaba un caos y un acoso cibernético que dejaba huella donde él pisara. Era como una versión española y joven del *Joker*.
Yo sentía pena por él, la eterna carga del empático, y no pude hacer otra cosa que estar cerca de él todo lo posible para brindarle mi apoyo y atención. ¿Y qué pasó? Pues os lo resumiré. Se aprovechó de mí, jugó conmigo, y se rio de mis sentimientos. Mi marido, en aquel entonces otro amigo, estuvo a mi lado hasta que pasó lo inevitable. Nos enamoramos.
Desde aquel momento, el *Joker*, me abrió tanto, pero tanto tanto los ojos, que me costaba confiar en la gente. Pero con el paso de los años y las experiencias vividas nuevamente en la red, he podido volver a confiar, aunque guardo cierto recelo como cicatriz de guerra.

Aquella mañana un mensaje se salió de lo habitual, cuando en mi bandeja de entrada recibí un “buenos días” impropio de alguien que no conocía pero que sí seguía, y justo cuando iba a responderle, Israel salió del baño y me dijo que nos íbamos.

Llegué a mi primera abuelilla, y eché la mañana entre negaciones de Rafaela, los chistes verdes de Julio y las frases de sabiduría de Justi, y la mañana, no sé si por ser viernes o por lo a gusto que estaba con mis abueletes, se me pasó corriendo.

Tanto fue así que cuando miré el móvil porque lo escuché sonar, tenía varios mensajes de twitter, de WhatsApp y alguna llamada perdida de mi marido.

Esperé a salir para devolver los mensajes y llamadas, y cuando iba andando de vuelta a casa le di a la lista de contactos y le di a mi chico. Me lo cogió casi cuando iba a colgar viendo que no contestaba.

- Dime.
- No, dime tú, que me has llamado y no podía cogerlo.
- Nada, era para decirte que hoy no podré salir a la hora de comer. – Hice una mueca de descontento. –
- ¿Y eso? -Subía la cuesta a duras penas, hacía un aire demoledor y casi parecía que me frenaba al andar.
- Hemos tenido un percance en el almacén. – Explicó mientras yo escuchaba de fondo alboroto. – Están todos revolucionados porque nos ha dicho el jefe que hasta que no arreglemos esto no nos quiere ver salir. Que hay mucho pedido pendiente por enviar.
- ¿Pero qué ha pasado? – Saqué las llaves del bolso mientras andaba.
- Que hoy han venido unos chavales a hacer prácticas con la carretilla elevadora y se ve que no llevan muy bien el manejo de palancas. – se rio – Se han estampado contra varias estanterías y han tirado todo lo que tenían por delante.
- Joder, ¿pero no hay heridos ni nada no?
- No, no, todo bien, pero nos toca a los pringados currar. – Escuché como le decía algo a un compañero – te tengo que dejar, nos vemos a la tarde. Te quiero.
- Y yo a ti – Le respondí sonriendo. – Ten cuidado.

Los viernes siempre salía al mediodía y comíamos juntos. Aunque tenía que esperarle un buen rato, aprovechábamos para pasar un rato contándonos como había ido la semana. Sin embargo, hoy me tocaría volver a comer sola, otra vez.
Iba a responder al WhatsApp de mi amigo, pero opté por llamarle. Lógicamente me colgó y me llamó él, como siempre hacía.

- ¡Hola! – Exclamé con alegría. – No te he podido contestar porque he llevado una mañana que no he parado y se me ha pasado volando.
- Hola. – Me dijo al otro lado del teléfono. - Lo suponía. ¿Qué tal la mañana?
- Productiva, ya sabes. Lo desvaríos de unos, los achaques de otro y las perlas verdosas de Julio.
- Me va hacer competencia ese viejo verde.
- Solo te faltan casi 40 años para que te pongas a su altura, ya mismo le pillas. – Me reí - ¿Qué tal tu mañana?
- Resolviendo incidencias. – El estrés se notaba en su voz y le conocía como si le hubiera parido.
- ¿Te falta mucho?
- No, ¿por qué?
- Voy a pasarme por casa a dejar la bolsa de la ropa y echar un ojo a los peques y voy a por ti. – Sentencié. –Voy a sacarte de ahí, necesitas que te dé el aire y yo también, que hoy como sola.
- No me puedo negar, ¿no?
- Ni lo pienses. Te sacaré a rastras si es necesario.

Doble la última esquina y llegué a mi calle, abrí la puerta de casa y dejé la bolsa con ropa que usaba como recambio durante las semanas, en el baño, al lado de la lavadora. Me comí a besos a los peludines, incluyendo a esos dos gatos que me miraban con aires de superioridad juzgándome por irme cada mañana a trabajar para tener un céntimo con que pagarles su pienso de gatos pijos, y Bruce casi me degasta la cara a lametones.

Me lavé la cara, me cambié de ropa y me puse unos vaqueros, las zapatillas de deporte de salir y que no usaba para trabajar y una camiseta de manga corta. Aunque hacía aire hacía un sol que pegaba hasta calor. Septiembre estaba loco de atar este año. Bueno, y últimamente. Porque lo mismo te encontrabas en una tormenta que tenías que abanicarte por la calle.

Les eché de comer antes de irme y les cambié el agua, incluso le di una chuche a Bruce por lo bueno que era y no haberse comido nada fuera de lo normal en mi ausencia, entonces cogí el bolso y las llaves y me fui a casa de David.

Alma
Ábreme que me va a dar una insolación aquí.

A los segundos lo vi asomarse a la ventana y escuché como la puerta del edificio se abría. Subí los tres pisos al borde de la asfixia y me maldije por mi pánico irracional a los ascensores.

También maldije el culo que estaba echando y del que me costaba tirar escaleras arriba, pero eso es más difícil de cambiar que el propio terror a subirme a un ascensor.
¿Sabéis que el pánico a los ascensores no tiene un nombre concreto ni es catalogado como fobia en sí? Sino que, está dentro de dos categorías de fobias. La claustrofobia, fobia a los espacios cerrados, y la acrofobia, que es un terror excesivo a las alturas.

El caso es, que estaba ya en la puerta de David esperando que saliera, y cuando le vi aparecer le planté tal beso en la cara que, menos mal que no tenía novia, porque el pintalabios era de larga fijación, si no ahí habría tenido un gran problema el pobre.

Pese a sus intentos por decir que estaba terminando, seguía ultimando cosas del trabajo hasta que le cogí del brazo y le obligué civilizadamente a salir, porque no quería verme enfadada.

Fuimos a Cervecería Arte & Sana Craft Beer Café, ubicada en la plaza la merced. Mientras nos acoplábamos en los asientos negros de cuero que no se movían del sitio, una chica joven con el pelo rizado y una sonrisa esplendida se pasó a tomarnos nota con la libreta minúscula en la mano.

Obviamente me pedí un vino blanco que me tenía que quitar todas las penas. Él se pidió una coca cola zero mientras miraba la carta.

Realmente poco se podía comer allí, era más un sitio de tapas, pero lo que buscábamos nosotros no era un surtido gourmet, si no pasar un rato juntos para quitarnos un poco la pena del resto de la semana. Además, yo tendría que descansar que hoy tenía una última escalera que limpiar a partir de las 19:30.

Eran las 17:00, aún tenía tiempo. Al igual que Israel, David terminaba los viernes antes de lo que acababa el resto de la semana, es por eso que opté por darle un respiro saliendo a comer algo. Dos pájaros de un tiro, ni yo comía sola, y él descansaba. Y lo mejor de todo, pasar un rato en buena compañía.
Como buena amante del queso me sorprendió probar los taquitos de queso añejo con salsa de canela que nos pusieron de aperitivo. Entre eso, los pinchos de tortilla de patatas y las croquetas, pedimos después un bocadillo de lomo para cada uno e íbamos que nos las pirábamos de llenos. El café no lo perdoné. Obviamente.

Saqué varias fotos de todo lo que iba llegando que puse en mi Twitter y en mi Instagram en historias. Tenía verdadera obsesión por compartirlo todo. Prácticamente los demás vivían mi vida a través de la pantalla de mi móvil y sabían casi todo de mí. Era un libro abierto para los demás.

Mientras estábamos hablando y picoteando de los manjares que nos servían, mi móvil empezó a sonar, con avisos de notificaciones. No hice caso.
Pero volvió a sonar al rato, y al siguiente, y al otro, hasta que David me miró mientras dejaba el vaso en la mesa.

- ¿Pero qué has subido?

- Nada. – cogí el móvil y miré. – Esto, lo que estamos comiendo. No sé qué pasa últimamente que tengo Twitter revolucionado.
- Tu siempre lo revolucionas.
- No, ahora más. – Le di mi móvil – Échame una foto así pensativa, anda.

Riéndose de mí el muy cabrón, me la echó, y lógicamente también la subí. Se veía de fondo el final de la barra del bar, donde una vitrina enorme completamente de cristal, estaba llena de botellas de todo tipo de bebidas. Encima se veía el logotipo del sitio en letras de color amarillo resaltando con el fondo negro.

Dejé el móvil en la mesa blanca al lado de mi servilleta usada y seguí charlando con mi amigo. El móvil volvió a sonar. Otra notificación de Twitter que miré por la pantalla sin necesidad de entrar. Alguien había dado like a mi último tweet. Pero no le hice caso y seguí a lo mío.

Entre unas cosas y otra acabé hasta arriba, empachada y acordándome con pesar que, en unas horas, que digo horas, un rato, estaría limpiando un bloque entero de pisos con sus correspondientes escaleras.

El tiempo con David se pasaba volando. Era esa persona con la que podías hablar de todo o no hablar de nada que estabas a gusto, cómoda, tranquila, relajada. O bien te estabas riendo como una descosida por temas que no tenían importancia, como estabas en una conversación profunda abriendo nuestro corazón al otro. Y es que él sabía todo de mí, hasta como descifrarme. Conocía a la perfección mis ánimos, mis reacciones, mis preocupaciones y mis intrigas. Por eso era tan sencillo estar y hablar con él. Nunca jamás juzgaba, siempre me apoyaba y era un guía que me llevaba por el buen camino.

Era mi luz blanca, mi ángel. En definitiva, mi *Leo Wyatt*. Así que cuando miré el reloj vi que eran las 18:30 y que tenía que ir dándome prisa para ir hasta casa, cambiarme para ponerme cómoda para limpiar e ir al edificio donde me esperaban.

Nos despedimos en mi casa que no le pillaba de camino, porque, aunque tuviera que dar toda la vuelta, él se empeñó en hacerme compañía.

Me vestí a toda prisa, cambié de bolso a la bandolera y me fui hasta allí. Saqué los auriculares inalámbricos para ponerme spotify, y al ritmo de Demarco y su Gitana, empecé por la parte de arriba, limpiando la terraza. Por suerte la gente era bastante concienciada con las zonas comunes y estaba decente, sólo tuve que barrer, limpiar un poco las esquinas para las telarañas que habitaban en ellas y fregar con un par de manguerazos.
Aproveché y llamé el ascensor para limpiarlo y que me entrara la poca luz que ya había de la calle.
Bip bip bip. El móvil sonaba.
Seguí empezando desde arriba a barrer el suelo, bajando los cinco pisos de escaleras que había, mientras *Como te imaginé* se colaba en mis oídos. Me desconectaba, me evadía del mundo mientras oía música y escuchaba en este caso lo que el cuerpo me pedía, flamenco. Porque yo soy de esas personas que escucha de todo dependiendo de su estado de ánimo.

Una vez llegué hasta abajo y había barrido todo, limpié el polvo de los cuadros que había, las barandillas, y las macetas de plástico de cada descansillo.

Bip bip bip.

Y terminé por pasar la fregona y escuchar cuando una canción terminó, como una puerta se abría y un murmullo de gente se aproximaba.

- ¡¡Está recién fregado!! – Grité cagándome en todo porque no había más momentos para pisar que ese. – Pisad por un lado, por favor.

Pero nada, cuando asomé la vista todo estaba lleno de huellas y yo estaba que echaba humo. Maldije a esta gente por ser tan poco empática y civilizada con el trabajo ajeno y pensé en mi ángel de 4 patas, que siempre me respetaba lo fregado y se subía a la silla o al sofá para no pisarme.

Cuando terminé, me apoyé en la pared, dejando la fregona cruzada en la puerta de la entrada a modo de advertencia. Pero no advertencia de “está recién fregado”, no, si no a modo de advertencia de “quién pase por aquí se lleva un palazo”.

Saqué de mi bandolera el botellín de agua del día anterior y le di un trago. También cogí mi teléfono del bolsillo y miré a qué había venido tanta notificación.
Un par de mensajes privados que no respondí, como era habitual en mí, y algunas notificaciones de mis RT’s y los me gusta.

Me eché otra foto y la subí, con los pelos revueltos, la camiseta sudada por el cuello y de fondo el palo de fregona. Sí, todo muy glamuroso.

Cuando se secó todo guardé los utensilios en el cuartillo de la limpieza y me fui para casa. Eran cerca de las 9 de la noche, llegué a mi casa en cuestión de un cuarto de hora. Por suerte vivía en el centro y tenía todo relativamente cerca.

Cuando entré me encontré a Israel en el ordenador, jugando muy concentrado a algún videojuego nuevo que se habría pillado, porque a mí no me sonaba. Me acerqué hasta él, le di un beso, me senté en su regazo y le susurré palabras obscenas acercándole los pechos a la cara. Entre comentarios cómicos y tonterías me volví a levantar. Fui hasta los peludines a comérmelos a besos y poco después estaba en mi habitación poniéndome cómoda con el pijama.

Era un dos piezas fino de color blanco y gris, me venía bien.
No había calor ni frío, era una mezcla que iba cambiando por momentos.

Fui a la cocina y preparé dos sándwiches Monsieur. Le pedí a mi marido que pusiera la mesa y una vez puesto los tapetes, los vasos y el zumo que bebíamos ambos, llegué yo con los platos.

Sentados en el sofá frente a la tele veíamos Friends mientras cenábamos. Al terminar me tumbé con los pies en sus muslos y al poco rato debí quedarme dormida, porque lo último que recuerdo es a él susurrándome un “vamos a la cama, nena” y como una zombi que no controla su cuerpo, le seguí a nuestra habitación.
Era fácil olvidarse de todo por el cansancio y tener el bienestar con tan poca facilidad. No existía ni trabajo, ni móvil, ni redes, ni gente, ni nadie. Solo la paz del fin de semana.

Capítulo 4

Born to touch your feelings (Scorpions)

Me di la vuelta en la cama medio dormida aún y me puse boca arriba. Sentí a mis pies algo moviéndose y el peso presionarme mientras ascendía por mis piernas hasta acoplarse en todo su esplendor en mi pecho, sintiendo como algo suave y a la vez afilado me llegaba hasta el cuello y me arañaba levemente un pecho.

Sonreí y abrí los ojos para, a través de la oscuridad por las persianas bajadas, intuir la silueta de Frosty.
Encendí la luz de la lamparita de la mesita de noche y observé como esa gran bola de pelo naranja se dormía sobre mí con la pose propia de un dios.

- Buenos días mi niño. – Murmuré mientras le acariciaba la cabecita.
- Buenos días. – Respondió mi marido.
- Era al gato. – le miré riéndome. – Pero buenos días a ti también.

Era sábado, no tengo idea de la hora que era porque tengo la costumbre intocable de dormir en completa oscuridad para que ningún rayo de luz del amanecer y del día me perturbe el sueño y el descanso.

Estiré el brazo hasta a mesita que había al lado de la cama y palpé hasta dar con mi móvil, intentando no moverme mucho para que el gato no sintiera mi osadía como una ofensa a su comodidad.
Lo cogí y desbloqué la pantalla y lo primero que hice fue bajar la luz, después me fijé en la hora, las 11:38. Que gusto y que placer no tener que madrugar y poder perrear en la cama con los animales y el maromo. En lo que mi marido se espabilaba, y porque yo no era de muchas palabras recién levantada, estuve navegando por internet por las distintas redes sociales haciendo tiempo para darle los buenos días a David, al cual no quería interrumpirle si estaba dormido, ya que era uno de los dos días que tenía para descansar.

Hice mi ronda en Twitter donde ojeé la treintena de notificaciones pendientes que tenía desde la noche anterior. Vale que no eran muchas, pero para mí que era una simple mindundi en la red, era un mundo. Además, tenía varios mensajes privados que ni me digné en mirar. Detestaba hablar por mensajería privada, era como si me obliguen a socializar y no me sentía cómoda. Y siempre tenía la ligera sensación de que se mantenía una conversación de besugos en la que simplemente, ambas partes, nos dignábamos a responder por obligación.

Sólo por el rabillo del ojo, como se suele decir, presencié varios mensajes con enlaces dentro a tweets que yo había posteado, y algunos otros con fotografías, que era mejor no mirar, y algún que otro educado dándome los buenos días. Tuve una ligera sensación de Déjà vu y que algo tenía pendiente, pero no caía en qué, por lo que no hice mucho caso.

Salí de ahí y entré en Instagram, donde pese a tener candado, siempre tenía varias solicitudes de seguimiento pendientes de gente que no sabía ni quién era. Obviamente no acepté, ya que pedía por activa y por pasiva que cuando me mandasen alguna me avisaran, para saber que nickname tenían y aceptar en caso de considerarlo oportuno.

Subía mi vida a esa red, casi mucho más que en twitter, y no me apetecía que gente sin escrúpulos, miramientos y por cotilleo, me inspeccionara y me desnudara el perfil de arriba abajo.
Frosty se acomodó nuevamente reclamando mi atención, por lo que tuve que dejar el móvil en la mesita, porque los animales deciden sobre su postura y la tuya ya que tú no tienes derecho a moverte, o serás una persona horrible que los atormenta, y escuché la puerta abrirse, viendo cómo se asomaba Kiara y entraba detrás de ella Bruce. ¡Todos a la cama! Yo seguía en mi misma posición, pero mi marido estaba cada vez más cerca del suelo porque los peques estaban ganando terreno en esta batalla por la comodidad y su mami.

Pues ya estábamos todos. Israel se removió en la cama, dándose la vuelta hasta ponerse de cara a mí. Me acarició el pelo y yo imaginé lo que quería, ya que empezaba a sentir algo latente perforando mi muslo.

- Ni lo sueñes, no podemos y no los voy a echar.
- No, no. – Dijo muy seguro. – Cuando se vayan.
- Sabes que no se van a ir. – Me incliné hasta darle un beso en los labios. Aprovechando esa bola de pelo naranja para moverse y dejarme libre.

Me abracé a él y no besamos, rozando mis labios con los suyos, acariciando mi pelo entre sus dedos, y pegado a mí. Sintiendo como su erección crecía bajo el pijama y retumbaba en mis muslos.

Cuando pensamos que teníamos el momento idóneo y no habíamos olvidado del pequeño ejército que teníamos como espectadores, sentí una bola enorme impactar contra mi culo.

Palpé para sentir algo peludo, y que Frosty no era, así que cuando miré de reojo vi a la bola de nieve de Kiara, como con su mata de pelo completamente blanca se arrinconaba en el interior de mis rodillas.

Por otro lado, Bruce estaba encima de nuestros pies dando vueltas sobre su cola mientras saltaba de felicidad, y lejos de enfadarnos por el intento frustrado de intimidad, nos dio un ataque de risa que acompañó al sonido del pez con sonido al que le había dado Frosty un zarpazo para que se moviera.

- Luego. – Le dije incorporándome en la cama. – Voy a hacerme un colacao, hoy no quiero café.
- Luego. – Repitió como si fuera una amenaza terriblemente apetecible.

Me fui hasta la cocina después de dar varios besos a los enanos y cuando subí con el desayuno, que era simplemente un colacao y un café, me volví a meter en la cama. Hoy tocaba día de vaguería, no iba a salir de la cama nada más que para comer.

Cogí el móvil con intención de mandar un mensaje a David, pero este se me había adelantado.

Hablamos durante un rato sobre algunas cosillas banales, sacando a relucir algún que otro detalle de videojuegos, algo que había leído en la red, o cosas tan sencillas como qué íbamos a hacer esta tarde.

Le confesé que tenía pensado ver una película con mi marido en la cama, como hacíamos cada fin de semana, o darnos algún maratón de una serie.

En cualquier caso, terminamos jugando al parchís online en lo que nos daba a ambos ganas de salir de la cama.

Al medio día hice algo rápido para comer, un par de filetes empanados para cada uno, una tortilla de patatas y ensalada, lo cual acompañamos con un vino dulce viendo en la tele una serie de humor española.
Cuando acabé de fregar la cocina y me lavé los dientes, Israel se encargó de preparar el café, y nos tumbamos en el sofá muy acomodados y encajados como si fuéramos dos piezas del tetris, para ver una película que habíamos visto miles de veces y que aún así, nos gustaba ver. La roca.

Ambos nos quedamos engatusados viendo la gran actuación de Sean Connery, Nicolas Cage, y Ed Harris, recordándonos muchísimo siempre que la veíamos, a un videojuego llamado Metal Gear Solid 2. De nuestra saga favorita.

Y ahí pasamos la tarde, comentando en determinados momentos algunas escenas de la película mientras nos acobijábamos el uno en el otro completamente desconectados del mundo.

Mi móvil sonó. Porque cuando antes esperaba que apareciera él con el café, subí una publicación a Twitter con lo que íbamos a ver. Rápidamente, varios me gusta y retweets me fueron notificados y a los que no hice mucho caso. Pese a estar en las redes diariamente, no era yo una persona que viviera enganchada del móvil ni que diera prioridad a ese artilugio y su conexión con el mundo, simplemente era un complemento más que me gustaba experimentar.

La tarde fue tranquila, y cuando llegó la noche me puse a jugar con mi grupo online, donde estaba David junto a dos más, en lo que mi chico, se ponía a sus cosas. Ambos compartíamos un mismo espacio en el que podíamos tener nuestra propia libertad, sin tener que ser siameses, pero sin llegar a estar ausentes.

Cuando eran las 2 de la madrugada caímos en la cama presa del agotamiento. Agotados, sí. De no hacer nada en todo el día. Es curioso como también te puedes cansar sin hacer nada y estar de completo descanso.
Al final cuando estábamos más allá que acá, en el mundo de los despiertos, le dije que su luego me había dejado esperando, a lo que él me contestó con un quejido mientras se daba la vuelta y se acomodaba para dormir. Yo no tenía ganas, pero pincharle era un placer del que jamás podría privarme.

Me di la vuelta y me acurruqué en mi lado, para segundos después sentir como él se giraba sobre su cuerpo en el colchón y me echaba un brazo por encima para abrazarme. Los dos pegados, encajados, ¿conocéis alguna manera mejor de dormir que con la persona que amas pegándote en su pecho? No, no la hay.

El domingo me despertó el sonido lejano de la puerta de la calle, el olor a chocolate caliente y los churros de la cafetería de la esquina. Maldito, este quería cebarme por dentro y por fuera, y yo sólo podía dejarle hacerlo.

Me levanté de la cama como si el colchón quemase, fui hasta descalza al salón y, quemándome viva los dedos, me agencié un churro y me puse a comerlo. No miré ni la hora que era, aquello estaba demasiado bueno.

Israel apareció con dos tazas donde vertió el chocolate caliente y me dio una, junto a un beso. En silencio yo comía como si llevase un mes a dieta. Y eso que se supone que recién levantada no me entra nada. Pero ya se sabe, *por arriba o por abajo, el churro me atrajo.*

Me esmeré al medio día haciendo un arroz con pollo y un alioli casero, y mientras lo primero seguía su curso, limpié toda la casa. La comida fue tranquila, la tarde un placer viendo una película en el sofá con mi cabeza en su pecho y los pequeñajos encima nuestra, y la noche vuelta a lo del día anterior, jugar hasta dormirme.

El lunes se me hizo cuesta arriba como cada inicio de semana.
Pese a ver pasado un fin de semana tranquilo y relajada descansando de todo, yo sentía que no podía tirar de mi cuerpo.

Menos mal que la noche anterior Israel se encargó de liberarme tensiones cuando salí de la ducha antes de acostarme en la cama, lo necesitábamos, ambos. En lo que íbamos hasta la casa de Rafaela me entretuve mirando el móvil.

Alma
Buenos días (y un chorrito de iconitos)

David
Buenos días bonita, ¿cómo estás?

Alma
Como si me hubiera atropellado un caballo de camino al establo. ¿Y tú?

David
De lunes… eso lo resume todo.

Alma
Ya somos dos. Estoy de camino a casa de Rafaela, después cuando tenga un descanso te aviso, un beso.

David
Un beso, ánimo con la mañana.

Alma
Igualmente

Comprobé que la gente seguía su rutina de estar en Twitter quejándose de todo, cuando poco antes de llegar y tras haber terminado de hablar con David, entré a esa red social. Veía a todos lloriqueando por cosas sin importancia, y que mis notificaciones no dejaban de crecer. ¿De verdad siempre había tenido tantas? Últimamente parecían haber crecido y me llegaban en masa. Aunque también puede tener que ver que cada día me seguía gente nueva y que yo, pese a ser muy activa, no solía interactuar en concreto, pública o privadamente.
Pero aquel día respondí a uno de los mensajes que me daban los buenos días, mayormente porque quería evitar que se formase una imagen borde de mí que nada tenía que ver con la realidad. Alguien que había visto varias veces darle me gusta a alguna publicación, compartir mis retweets y que me pareció curioso y amable.

xXSlayerXx
Buenos días

Origami90
Buenos días

xXSlayerXx
¿Qué tal?

Origami90
Bien, a punto de entrar a trabajar ¿y tú?

xXSlayerXx
Igual, los lunes son una mierda

Y no volví a responder porque llegué a casa de mi abuelilla y me bajé del coche, dándole a mi marido antes un beso en los labios, y subí aprovechando que la puerta del bloque estaba abierta.

La mañana se pasó lenta, y no se animó hasta que a última hora tuve un respiro y cogí mi móvil para mensajearme con mi amigo. Pero él no respondía, por lo que supuse que estaría en alguna de esas reuniones que lo tendrían durante un buen rato ocupado.

Por la tarde volví a entrar en internet y comprobé que tenía otro mensaje de Slayer. Me pasaba algunos post sobre animales que compartí con gusto y pena a partes iguales, también me había dejado algo de videojuegos y me comentó la posibilidad de seguirme en Instagram a lo que acepté.

Apenas le había conocido y me daba confianza.
Sin embargo, dicen que la confianza es algo que cuesta mucho de ganar y se pierde fácilmente, por lo que cuando vi que algunos de mis post de Instagram fueron censurados, rápidamente se me pasó por la cabeza la posibilidad de que ese chico me hubiera denunciado algo. ¿Por qué? Bueno, la gente se aburre mucho y nunca sabes por donde te van a salir.

Además, últimamente había aceptado a varias personas y desconfiaba de que pudiera ser cualquiera de ellos.
Por lo que hice una criba eliminando gente, cerrando el círculo hasta comprobar, si es que lo hacía, quien era el que me denunciaba mis fotos.

Pero no di con él, y cuando le expliqué a ese chico que le había eliminado por desconfianza me sentí la peor persona y la más rastrera del mundo. Así que le volví a aceptar y esta vez yo fui la que también le siguió a él, descubriendo que tenía animales y que compartía conmigo afición por los videojuegos y los tatuajes. Me pareció curioso que ambos tuviéramos en la misma zona un tatuaje de la misma temática, no era muy común verlo la verdad.

Poco a poco fuimos hablando cada vez más, me alegraba verle cada día cuando entraba en twitter y veía que tenía un mensaje privado adelantándome a que sería él. Pero no pasó mi importancia de ahí.

Una semana, dos, y ni vi relevante contarle a David nada sobre aquello, puesto que no le daba yo la más mínima atención. Sin embargo, algo dentro de mí me estaba haciendo confiar, me estaba haciendo acomodarme en aquella conversación y eso, para mí, era algo inaudito. Por lo que no vi venir que me estaba metiendo de lleno en algo que no iba conmigo. El problema de la química es que llega con quien menos te lo esperas y cuando menos lo imaginas. De hecho, había ya conversaciones extrañas que no lograba entender tras leerlas.

Como aquella vez que le pasé, sin saber por qué una foto de mi escote alegando el color de un jersey, porque era uno de sus favoritos y me soltó un comentario cómico sobre la delantera que tenía. O cuando estábamos hablando de lunares y le enseñé los que yo tenía en el pecho y bajo de él. Lo cual fue compensado con otra foto por su parte, comparando distintos lugares de nuestros cuerpos.

Aquella otra ocasión en la que yo me caí por las escaleras, y pedí a mi marido que me echase crema y, cuando me mandó él un mensaje me encontraba yo espatarrada en la cama bocabajo con el culo al aire respondiéndole a sus buenas noches.

Aquel día, sin saber ni yo misma porque, me sentía tan cómoda y tan a gusto con él, que decidí ponerme de rodillas en la cama, de lado, y echarme una foto en la que se me veían los muslos y se observaba perfectamente que no llevaba bragas.
¿Por qué se lo dije? No lo sé. Estaba cómoda, en confianza, y la química entre ambos era tan enorme que podíamos hablar de cualquier cosa, incluyendo comentarios fuera de lugar que hacían subir la temperatura a cualquiera en otras circunstancias, pero era eso, bromas y era… realmente acogedor.

Su comentario de “Si yo estuviera ahí no podría controlarme” me hizo soltar una carcajada que alertó hasta a mi chico, que se encontraba a mi lado, pero acostumbrado a mis idas de olla no prestó mucha atención. Menos mal.

Las conversaciones cada vez eran más triviales, más íntimas, más curiosas, y ambos íbamos alargando el tiempo hasta despedirnos. Por aquél entonces, yo seguía muy cuerda y en mi sitio, pese a estar con más atención en el móvil que anteriormente.
Mensajes que me hacían pensar y darles vueltas a cosas tan absurdas como “me he acordado de ti al ver esto” o “si quieres ese juego te lo puedo dejar yo”. Cosas sin mucha importancia pero que, para mí, que no estaba acostumbrada a ceder parte de mi espacio a nadie, significaban pasitos en una amistad.

No acepté esa especie de “regalo” que podía pagar cuando pudiera, sino que recibí ese regalo de parte de mi marido y me metí de lleno en ese videojuego que se comía mis horas libres del día y parte de la noche.

Aquella noche que nunca podré olvidar estaba hablando con él, cuando mi marido se asomó a la ventana oyendo ruidos extraños y me alertó de que había un incendio cerca. Pero yo no sabía cuan de cerca era. Sólo sé que, en cuestión de minutos, yo estaba llamando a David desesperada diciéndole que había fuego en casa. Salí rápidamente al patio donde veía los torbellinos de humo negro, como el fuego seguía corriendo y el sonido de las brasas sonaba con fuerza una siniestra melodía. Llamé a los bomberos nerviosa, prácticamente en estado de pánico y les pedí que mandaran bomberos, diciéndome que les dijera la dirección. Por suerte, algunos otros vecinos ya habían llamado y venían de camino.

Tanto él como Israel me apremiaron para salir de ahí y, con ayuda de mi chico, pudimos sacar a los animales e irnos a casa de una vecina en lo que la policía, que ya nos estaba intentando desalojar, y los bomberos controlaban todo.

Fue aterrador.

Ver las llamas abrirse paso a través de la vegetación de la parte de atrás de la casa, como la luz ardiente recorría cada centímetro de suelo, comiéndose todo a su paso y arrasando con todo cuando se le cruzaba, llegaba hasta el interior. Los laterales de la casa se estaban tiñendo de negro, quemándose por completo, y veía, como en un segundo plano, como los vecinos gritaban y una señora mayor lloraba gritando “mi casa, mi casa”.
Los gritos de la gente, los animales nerviosos y asustados, fue realmente un hecho que jamás podremos olvidar.

Recuerdo mi último mensaje en la red, que fue para Slayer, “hay fuego” a lo que él respondió, “coge un extintor” con tono jocoso. Claro qué, él no sabía que aquello había pasado de verdad, porque hasta ese momento, nosotros estábamos lanzándonos bromas y comentarios picantes con insinuaciones. En plan “no llevo braguitas bajo el pijama y estoy que ardo”.

Estábamos en casa de una vecina, donde nos puso unas sillas en su portal, para que estuviéramos sentados esperando a que los bomberos sofocaran las llamas. La policía también rondaba, intentando desalojar varias casas más por precaución, ocupando casi toda la calle impidiendo que de ahí pudiese salir alguien en algún vehículo.

Al día siguiente vi que tenía varios mensajes de él preguntando como estaba, ya que yo había puesto en Twitter comentarios en los que narré lo sucedido, porque dormir después de un incendio era imposible.

No podía ni bajar las persianas y eso que era una persona que requería total oscuridad, pero la sombra de un fuego y que no lo viéramos venir por esa razón, me aterraba y me sobrecogía por dentro. Me pasé la noche sentada en la cama mirando hacia la ventana como una completa paranoica, y con el pánico a que las llamas reviviesen y los rescoldos tomasen fuerza otra vez, propagando el fuego y que todo volviera a repetirse.

Fui incapaz de responder a nadie que no fuese David o mi familia, los cuales estaban llamándome desde que les había dicho que había fuego y desde que les pasé un video con las llamas corriendo y yo de fondo gritando aterrada.

El estrés me comía, no sólo ya del día a día y la monotonía, sino ahora el pánico a que volviera a suceder. Por suerte pilló en fin de semana y con más suerte aún, no hubo víctimas ni daños mayores.

Pero yo me sentía superada, necesitaba un respiro de todo y que mi cabeza descansara, así que pedí a una amiga que estaba en paro que ocupase mi puesto un mes en lo que yo me tomaba un descanso. Como no tenía jefes no tenía que rendir cuentas a nadie de mi trabajo y mi ausencia, y puse a Mónica en mi lugar mientras yo me tomaba ese respiro.

Hablé con mi marido para irnos a mi ciudad natal, Jaén, donde crecí, y aunque le encantaba la idea, me dijo que no podía pedir días en su trabajo. Era comprensible. El sí cotizaba, y su trabajo sí era más serio.

De ojos al mundo claro, porque su trabajo consistía en mover y ordenar paquetes, mientras que el mío consistía en ayudar a las personas, pero claro… la lógica empresarial.

Así que, hablé con mis padres y les presenté la posibilidad de irme un mes con ellos y mi hermano pequeño allí para descansar y evadirme.

Al principio creyeron que mi matrimonio estaba en crisis y que me iba a divorciar, pero después de ser testigos con la oreja puesta en las puertas de casa, descubrieron que mi único objetivo era liberarme del estrés volviendo a mis raíces.

Para ello volví a retomar el contacto con Cristina, mi amiga de la infancia, con la que realmente nunca perdí la confianza y el trato, pero que al estar lejos se veía algo resentida nuestra amistad.

Dicen que la amistad es como las plantas, que requieren de regarse para mantenerse. Sin embargo, nuestra amistad era como un cactus, aguantaba mucho sin ser regada.
Iba a echar de menos esos días y esos encuentros con David, así que iba a tocarnos a los tres, tener una relación a distancia.

Ahora, pese a estar con mi familia, miraba más el móvil por Israel y David. Este primero, aparte de echarle de menos a él, me mandaba constantemente archivos multimedia de los pequeños, a los cuales extrañaba mucho.

Los primeros días se me hicieron duros. No conseguía dormir bien, me sentía vacía y sola en la cama sobre todo donde echaba en falta unos brazos que me acogieran y el peso de mis pequeños sobre mi cuerpo. Hasta tal punto llegué de querer que me abrazaran, que me metía en mi cama de soltera a mis peluches de cría para que me hicieran compañía.

Disfrutaba el tiempo allí al máximo, cada minuto y segundo del día, desde por la mañana temprano, hasta la madrugada, me pasaba el día con mi familia, visitándolos a todos y haciendo cosas juntos con ellos.

Apenas tenía tiempo para jugar, leer o hacer algunas de las cosas habituales que hacía en mi hogar, aunque era lo que quería ¿no? Salir de la rutina.

La hora de la siesta en casa era sagrada, algo que yo desde que me fui a vivir con mi pareja, no solía practicar. Por lo que después de comer, tanto mis padres como mi hermano, se iban a sus respectivos cuartos y yo me quedaba desubicada sin saber qué hacer. Opté por lo obvio y accesible. Mirar internet.
Volví a entrar en Twitter cada día sobre esa hora dedicando más tiempo del que era necesario. Durante este tiempo, había seguido recibiendo mensajes del Slayer, siendo el día después del incendio el único que le respondí con un “gracias” a su “si necesitas algo tu o tus peques dímelo”.
Desde entonces, me había mandado varios mensajes a distintas horas que no respondí, o bien por qué no los veía, porque se me olvidaba, porque no me apetecía o por que no eran horas y no quería molestar. Dejó de mandarlos unos días antes de que yo le respondiera, y se disculpó diciendo que no quería quedar como un pesado, lo que me enterneció. Me sentía mal por el hecho de no haber sido capaz de responder, pero no le daba mucha más importancia de la que tenía porque al fin y al cabo sólo era un nick de internet.

Pero las siestas eran casi diarias y yo me aburría, hablaba con mi marido y con David y estaba a ratos en la mensajería privada de Twitter, mientras que intentaba llevar el WhatsApp, hasta que me volví loca e hice algo que yo no solía hacer bajo ninguna circunstancia.

Twitter iba mal, todo el que lo use sabe que los mensajes llegan retardados, y no, no es una excusa para pedir el número de teléfono. Esta vez al menos. Y la verdad es que me sentía cómoda y a gusto con él, podíamos hablar de todo, pasábamos de un tema a otro, coqueteábamos… me hacía sentir bien con aquellas bromas que me hacían sentir… especial.

Eso es la palabra. Sentí que tenía una amistad especial en la que se había cogido la confianza muy rápido, en la que conoces a alguien y ves señales por todos lados de que debes tener contacto con esa persona.

Prácticamente, no fui consciente de que cupido estaba ahí apuntándonos con su arco para lanzarnos una flecha compartida que nos uniera con un lazo de amistad. Pero había mucha química, mucha intimidad, tranquilidad, saber que tienes una persona con la que hablar y juguetear contando tonterías y seriedades, que puedes responder cuando quieras que no te lo va a reprochar ni perder interés. Hay gente, mucha además que quieren que estés hablándoles todo el día y que sólo ellos sean tu razón para estar, sin embargo, con él no era así. Éramos como dos estrellas que se habían separado hacía tiempo y se habían vuelto a reencontrar. Como esas amistades que son tan, tan, tan limpias, que por mucho que pasen meses o años y no habléis, cuando lo hacéis sentís que no ha pasado el tiempo. Y eso me pasaba con él.

No éramos amigos, no podíamos dedicar una palabra de sólo seis letras, pero con una magnitud infinita a algo de apenas unas semanas, pero tampoco le sentía como un intruso como me pasaba con la mayoría que solía entablar algún tipo de conversación e intentaban llevarla por esos derroteros. Sin embargo, sentía una conexión tan familiar y extraña, que parecía que en otra vida quizás, habíamos sido algo que nos había mantenido juntos.

La “relación” con Slayer había surgido de manera natural, impulsiva, sin darnos apenas cuenta, habíamos entablado un nivel de intimidad sorprendente que dejaba muchas puertas abiertas y por las que yo no sabía por cual ir. Era un poco instintivo, una especie de sé que no debo, pero en el fondo quiero ver a donde me lleva, creyendo tener completamente el control por ambos en esas charlas humorísticas en las que tan bien lo pasábamos.

Era ese trozo de mí que sentía que siempre había estado ahí, pero que nunca me paré a hacerle caso.
Era complicidad. Tranquilidad. Confianza.
Nuestra amistad subió como la espuma en el mar tras la marea, y ninguno lo vimos venir, yo al menos no. No fui capaz. Así que haciendo caso a mi instinto y la confianza tan rápida e inesperada que había desarrollado con él, hice algo impropio de mí.
Le di mi número.

Capítulo 5

Sweet dreams (Eurythmics)

Había soñado con Israel. Echaba en falta sus brazos arropándome en la cama, su manía con tirar de las sábanas para enrollarse en ellas como un burrito dejándome a mí a la intemperie, sus clásicos ronquidos en mi oreja cuando estaba pegado a mi cuerpo, con mi espalda en su pecho, mi culo en la curvatura de su cintura pegada a su paquete, y sus piernas envueltas entre las mías.

Echaba en falta sentir el calor humano, y felino, de dormir acompañada. También esa sensación de estar protegida por si alguien malvado entra en mitad de la noche e intenta hacerte daño. Aunque siendo realistas, todos sabemos que, si eso pasara con mi marido en casa, yo sería la heroína que saca el cuchillo del cajón de la lencería para defenderse. Sí, guardo eso ahí, no me preguntéis por qué.

El caso es que notaba enormemente la ausencia de mi chico en mi cama. La cual para ser de adolescente y soltera, me parecía hasta grande, y no lograba ni entrar en calor.
También es que Jaén era sonada por sus cambios climáticos extremos y yo ya empezaba a sopesar la idea de dormir en el salón, con un colchón en el suelo, pegada a la chimenea.

Intenté, sin éxito, secuestrar al gato de la familia y meterlo en mi cama, como hace años hice con mi pequeño ángel cuando vivíamos todos juntos y lo intentaba acostumbrar a mí, pero esta vez no hubo éxito. El cabrón felino no sólo tenía la apariencia física de un puma, si no la misma agilidad para escabullirse entre las mantas e irse a la puerta a arañar la madera.
No tuve más remedio que levantarme de la cama la noche anterior e ir tras suya para abrirle, quedándome con los pies congelados en el proceso y con más frío aún en mi cuerpo, por haber dado esos pasos descalza con el suelo a punto de criogenizarse.

Cuando me metí en la cama, acompañada de todo el ejército de peluches de mi niñez, y me aferré a las mantas haciéndome un ovillo, tardé un poco en entrar en calor y quedarme plácidamente dormida en los brazos de Morfeo.

Israel llegaba a casa después de un día de trabajo y se metía en la ducha. Yo le escuchaba, e iba tras él hasta el baño, viendo su silueta a través de la mampara de cristal de relieve, y advirtiendo en qué posición estaba, de espaldas a la abertura.
Me desnudé sin hacer mucho ruido, quitándome los pantalones del pijama de entretiempo con topos rosas, después sacando la camiseta por la parte de arriba, quedándome sólo en unas braguitas blancas, ya que sujetador no llevaba. También me las quité, deslizándolas por mis piernas y sacando los pies para arrinconarlas al lado del lavabo.

Me solté el pelo, tirando la goma en el bidet y abrí la puerta corredera de la ducha, para colarme hasta su interior.
Él me escuchó, giró la cabeza sobre su hombro y sonrió, mientras yo pegaba mi cuerpo al suyo, rozándole la espalda con mis pechos, endureciéndose los pezones al contacto de nuestra piel.

Gradué el agua, queriendo ponerla más caliente como a mí me gusta. Tan achicharrada que casi podía verme la piel enrojecida. Se quejó, como hacía siempre que nos duchábamos juntos, así que opté por sobornarle de la mejor manera que sabía.
Cogí la esponja mientras él nos echaba el agua por encima poniendo la alcachofa de la ducha en posición más alta para que diera a ambos, y eché el gel de vainilla. Puse la esponja en sus hombros y comencé a masajear despacio con ella enjabonándole mientras veía desde un lateral, como su erección empezaba a crecer.

Recorrí mi camino en su cuerpo de arriba abajo, parándome en el vientre y aprovechando parte de la espuma para continuar el recorrido con mis manos. Cogí su erección y la acaricié despacio esparciendo la espuma en ella y subiendo y bajando mientras él echaba la cabeza hacía atrás y acariciaba mi culo retrocediendo sus brazos.

Seguí por sus muslos ayudándome de la esponja, bajando por sus piernas y hasta sus pies. Miró hacia mí. Me incorporé y me di la vuelta, cogí el grifo de la ducha y enfríe un poco el agua para aclararle cuando terminé su cuerpo por completo.

Su polla seguía erguida, lejos de haberse calmado con mi atención minutos antes, por lo que volví a colocar la alcachofa en su sitio y me arrodillé delante de él, cogí su miembro con mi mano derecha y con una maestría que había adquirido con los años junto a él, me la metí en la boca despacio, sintiendo su mirada penetrarme desde arriba, llevando su mano hasta mi cabeza agarrándola firmemente para ver como entraba hasta el fondo de mi garganta.

Escuché sus gruñidos a través de la melodía suave que hacía de fondo el agua, un simulacro de lluvia de verano que pasa como una fiera tormenta y escampa rápido. Era relajante, era íntimo, familiar, humano, erótico.
Me adapté a movimientos lentos con mi cabeza mientras él entraba y salía de mis labios, cerrándolos yo levemente para que el roce le provocase más placer en cada acometida. Agarré sus huevos con la otra mano mientras con la derecha me ayudaba a masajearle, en el vaivén de entrar y salir. La saqué de mi boca, envolví la punta con la lengua y la volví a meter hasta tocar el fondo de mi garganta, para volverla a sacar, pasar mi lengua desde la base hasta la punta, chupar y volver a enterrarla entre mis labios.

Durante unos minutos parecía estar en pleno éxtasis y no quise parar, no podía, me excitaba darle placer y más aún con mi boca mientras él creía llevar el control de mi cabeza. Hasta que me pidió acelerar, y esta vez era él quien me estaba follando la boca buscando la cima de su propio placer.

Agarrando mi cabeza con ambas manos, entró en mí una y otra vez, llegando hasta el fondo de mi garganta con embestidas salvajes y rápidas. En la última estocada se quedó dentro, y me dijo que continuase yo. Así que volví a agarrarla, volví a masturbarle a la vez que chupaba para dejar que se corriera en mi boca.

Me ayudó a incorporarme y le tocó el turno a él, me enjabonó, entreteniéndose más de lo necesario en mis pechos, pero con sus manos y sin esponja, y continuó hasta el interior de mis piernas donde comenzó acariciando, hasta que terminó metiendo un par de dedos en mi entrada.

Pero no supe como continuaba. Un sonido perforante para mis oídos me fue devolviendo a la realidad hasta que fui consciente de que había sido un sueño, y que en realidad estaba sola en mi cama con las sábanas de las *súper nenas* y que mi compañero de cama era el señor oso.

Me di la vuelta y me puse bocarriba mientras escuchaba la bocina del butanero del barrio. Miré a la mesita de noche y cogí mi móvil. Las 11:30. Había dormido del tirón toda la noche y qué manera más bonita de soñar.
No tenía ganas de salir, mis padres estaban trabajando al igual que mi hermano, por lo que estaba sola en casa y no tenía ninguna prisa. Conecté el internet en el móvil, que siempre lo quitaba para dormir, y empezaron a llegarme notificaciones por doquier.

Por WhatsApp tenía a mi madre dándome los buenos días, a David haciendo lo mismo al igual que a mi marido. Pero el cuarto mensaje era algo que no me había parado a imaginar que estaría. Era un mensaje de Slayer, el cual aún ni sabía su verdadero nombre, lo que me apuntaba mentalmente el preguntárselo más tarde para grabarlo en mi teléfono.

Respondí en el orden de mamá, marido, amigo, y cuando ya estuve mirando un rato las redes sociales, decidí responderle al twittero.

Slayer
Buenos días

Alma
Buenos días

Slayer
¿Qué tal?

Alma
Bien, recién despierta, ¿y tú?

Slayer
¿Has descansado bien?

Alma

Sí, mucho, he tenido hasta un bonito sueño erótico con mi marido, pero la pena es que cuando me he despertado, no estaba él, si no el gran señor oso a mi lado.

Slayer

XDDD la pena es no haber estado yo ahí.

Alma

Pues mira… mejor que despertarse con un oso de peluche gigante sería.

Bloqueé el móvil y fui a hacerme el desayuno, pasando antes por el baño para hacer las necesidades básicas de recién despierta, y me detuve mirándome en el espejo tras lavarme la cara.

Me veía unas ojeras dignas de los días de ajetreo que llevaba, necesitaba relax, pero como siempre que venía a mi ciudad, mucha calma no tenía porque estaba de un lado a otro.

Cuando me hice el colacao y me senté con mi tostada en la mesa, frente a un gato silencioso que parecía estar juzgándome en plan “que hace una humana como tú en mi casa”. Hablé con él, explicándole lo que llevaba contándole años ya, que yo era su hermana o su tía, porque no tenía muy claro de si el gato era de mis padres o de mi hermano, así que cubrí ambos fuertes.

El gato parecía estar poco convencido. Me miraba, se relamía, y pensé que una de dos, o me quería comer a mí o quería comerse mi tostada. Pero pese a mi ofrecimiento de paz dándole migitas con mantequilla, él no quería, seguía enquistado mirándome. Sus ojos amarillos enormes, con unas pupilas más que dilatadas, me observaban cada paso que daba. Hasta que sintiéndome presa de un cazador furtivo, me levanté y fui a la nevera a buscar las gambas que mi madre había comprado la tarde anterior.

Cuando el gato me vio con dicho crustáceo en la mano, automáticamente me relacionó con la humana que había visto otras veces. Eso o que era un convenido. El gato llevaba años viéndome por allí y era muy cariñoso, pero seguía siendo rarito y muy suyo. Me recordaba muchísimo a Kiara, pero en su versión negra cual pantera.

Cuando le pelé la gamba al gato, (sí, soy consciente de cómo suena) y se la hice trocitos se la acerqué a la nariz, esperando que el olor a mariscada reviviera por completo sus instintos de amistad. Y así fue. Manolo, que así se llamaba el felino, se puso de pie y con sus zarpitas dio varios toquecitos como queriendo llevarse la gamba. Queriendo no, que el gato cabrón se la llevó y me miró con cara de ¿Ya está? A la espera de más.

Así que cogí unas cuantas más, rezando porque mi madre no las contara, y las pelé, las hice trocitos y se las puse en un plato minúsculo de porcelana, que tras lavarme las manos llevé conmigo al salón y lo puse a mis pies, para terminar de desayunar yo.

Con el gato ya amigo mío, seguí con mi tostada, la cual estaba más cerca de parecer un tempano de hielo que algo comestible, y desbloqué el móvil para ver que tenía varios mensajes de Slayer.

Slayer
Pues oye, cuando quieras me avisas y te hago compañía ahora que estás sola.

Alma
No me lo digas dos veces que llevo muy mal la sequía y la soledad conyugal.

Slayer:
Pues yo estoy solo en casa también

Alma
¿No trabajas hoy? ¿solo? ¿no tienes pareja?

Slayer
Estoy enfermo y no he ido a trabajar. Y no, no tengo pareja, ya no, desde hace unos meses.

Alma
¿Lo siento? No sé qué se dice en estos casos… por cierto, mejórate.

Slayer
Hablando contigo me mejoro rápido. La ruptura fue de mutuo acuerdo, iba muy mal la cosa ya.

Alma
¿Oye y cómo te llamas? Para ponerte tu nombre real aquí que parece que estoy hablando con el marine de Doom.

Slayer
Hombre, tengo un buen cañón, pero no como el de la BFG. XDDD, Me llamo Rafa.

Alma
Pues encantada Rafa, soy Alma, aunque mi nombre ya lo sabes porque me lo dicen mucho por Twitter.

Slayer
El placer es mío. Ya te dije que me llamó mucho tu nombre la atención.

Alma
¿Y qué edad tienes?

Slayer
6 más que tú por lo que he podido ver en Twitter.

Alma
Mentalmente tienes menos que yo. ¿Lo sabes no?

Slayer
No sé si alagarme o enfadarme.

Alma
Era bromita… muuuuuuack

Después de mi último mensaje se quedó callado, por lo que tanteé la posibilidad de haberme pasado en mis bromas. Sin embargo, poco después volvió hablarme y cuando me di cuenta era el medio día y mis padres estaban entrando por la puerta, con mi madre diciendo que me había mandado un WhatsApp para poner la mesa y que no le había ni respondido, ni le había hecho caso.

El tiempo con él corría como la pólvora tras la mecha. Tan pronto hablábamos de videojuegos, como estábamos hablando de mis animales y los suyos, o estábamos haciendo comentarios absurdos y ridículos de que haríamos en caso de vernos y si la distancia no estuviera presente, por lo que de pronto una duda me asaltó la cabeza. ¿De dónde era? No me lo había dicho, ni tampoco le había preguntado.
Iba a preguntarle, pero me detuve, no quería hacerle un interrogatorio hoy o parecería que estaba ligando con él.

Aquella tarde, mi madre estaba preparando ensaladilla rusa metida en la cocina mientras yo andaba en el salón con un libro en mi regazo, leyendo un poco a mi autora favorita. Mi hermano se encontraba en su habitación y mi padre estaba en la cama echándose la siesta.

Cuando estaba metida de lleno en una escena tórrida de pasión, las voces de mi madre me devolvieron a la realidad.

- Alma, ¿tú has comido gambas? – asomó la cabeza por la puerta de la cocina. – faltan unas cuantas.
- Eh… - Miré a Manolo.
- Ya veo. – Mi madre se rio, sabiendo perfectamente que había hecho. – el cabroncete te saca las gambas a ti y luego viene a pedirme a mí, por eso te preguntaba.
- Es que me miraba con una carita de pena, mami.
- Ya lo sé, por eso compro siempre de más, porque me gusta darle su ración de gambas todos los días.
- ¿Sabes que tienes malcriado al gato?
- Animalico, es muy mayor.
- Mamá, ni que fuera anciano. – Me acerqué hasta él que nos observaba cual partido de tenis y le acaricié la cabeza. - ¿Cuántos años tiene? ¿7?
- Pues tendrá unos 8 o así, pero míralo – Mi madre insistía en darme pena y justificar su chocheo con el gato. – Es muy bueno, no da un ruido.
- Pues conmigo no quiere dormir.
- Porque a él le gusta mi cuarto, pero tu padre lo echa porque le da alergia tenerlo en la cama.
- Pues bien que se lo metes en ella cuando se va a trabajar.
- Calla, a ver si te va a oír, que me paso un rato pasando el quita pelusas.
- Papá está roncando, ¿no lo oyes?
- Pero tiene el oído muy fino cuando quiere. – Mi madre se acercó a Manolo con una gamba. – Toma hijo, que no te de un ataque de deseo.
- ¡Ay mamá! – volví a mi libro mientras reía.

Era gracioso ver a mi madre tan encoñada con Manolo, cuando ella era de esas personas, que pese haber crecido con un gato y que mi abuela lo cuidara como un hijo, mi madre lo veía desorbitado. Además, ella siempre había adorado a los animales, pero nunca le había dado por tener uno en sí. De hecho, me crio a mi pequeño angelito cuando era bebé y gracias a mi madre, pude disfrutar y aprender con mi niño.

Pero cuando un día mi hermano me llamó diciendo que iba a llevar un gato a la casa le dije, “verás mamá que no quiere animales allí”. Sin embargo, igual por ser el ojito derecho de mi madre y consentirle todos sus antojos, mi madre no sólo accedió, si no que convirtió a Manolo en su niño. De hecho, insistió en que el gato se llamase Manolo, y con ese nombre se quedó.

Por la noche salí con mi amiga Cristina a tomarnos algo. Fuimos a un bar del pueblo que siempre estaba atestado de gente y que servían buenas tapas. No puedo ocultar que esa decisión fue reafirmada por mí porque comía por siete.

Mientras mi amiga fue al baño, el camarero vino a tomarnos nota y le dije que esperase unos minutos a que mi amiga volviera. Me disculpé y cuando se fue, saqué mi móvil para echar una foto al bar y los cuadros de grupos famosos que había allí.
Pero antes de hacer nada, vi que tenía mensajes pendientes y poca batería. Había estado todo el día con el teléfono liada y por la tarde, cuando me puse a leer, se me había pasado enchufarlo a cargar. Maldije. Así que antes de mirar los demás mensajes o las redes sociales, mandé un WhatsApp a Israel y a David para avisarles, que, si no me contactaban, estuvieran tranquilos que había salido con Cristina.
Después miré que Rafa me había escrito y que yo no le había hecho caso en toda la puñetera tarde porque estuve leyendo, hablando con mi madre y arreglándome. Me disculpé con él y le comenté que mi batería estaba a punto de morir, que si no respondía era por esa razón, que había salido con una amiga a la que echaba de menos y con la que quería disfrutar.

Cuando Cristina se sentó en la mesa y puso el bolso en la silla vacía, me miró fijamente.

- ¿Qué pasa? – pregunté mientras guardaba el móvil en el bolso.
- ¿Y esa sonrisa? – Dijo ella sonriendo mientras alzaba un brazo para llamar al camarero.
- ¿Qué sonrisa? ¿Qué dices? – No tenía idea de lo que decía.
- La que has puesto mientras estabas en el teléfono. ¿Es tu churri?
- Que va, es un amigo.
- Sí, ya. Un amigo. – Dijo muy irónica.
- Que sí. – estiré los brazos – Que es un amigo.
- Esa sonrisa no era de amigo.
- Joder, Cris, ¿y quién va a ser?

El camarero nos interrumpió, plantándose con la libreta en la mano y con manchas de vino tinto en la camisa blanca.

- ¿Qué os pongo? – Dijo él, boli en mano.
- Para mí un vino blanco.
- Yo una coca cola zero. – pidió mi amiga.
- De comer, ¿queréis algo? – Mi amiga y yo nos miramos mutuamente.
- Nos fiamos de tu criterio, tráenos algo rico.

Sonrió y se fue.
Mi móvil empezó a sonar con alerta de mensajes. Me puse tensa con los últimos comentarios de Cristina y miraba al bolso y la miraba a ella.

- ¿No lo vas a mirar?
- No. Estoy sin batería.
- ¿Me vas a decir con quién estabas sonriendo antes? – Dijo inquisidora. – Bueno, más bien por quién.
- Es una chorrada. – Le quité importancia. – Es un amigo que me hace gracia, sin más.
- ¿Y no tiene que ver con tu retiro espiritual sola por aquí, sin marido?
- ¿Qué? – Pregunté confusa. – Claro que no. Ya sabes, tuve un incendio cerca, el trabajo, el estrés, y las ganas de estar con mi familia se intensificaron.

- Hostias, es verdad. – Se llevó la mano al pecho. - ¿Qué coño pasó con el incendio?

Le conté todo a Cristina, detalle por detalle, y conseguí que, por al menos un rato largo, se olvidase de mi sonrisa por Rafa. ¿De verdad me hacía sonreír así? No era consciente de aquello. Aún no.

Pasamos una noche de chicas rememorando los últimos meses de la una y de la otra, recordando viejos tiempos y hablando de todo un poco, en general.

Nos sirvieron varias tapas entre las que destacaban tortilla de jamón, croquetas de gambas con picante, ensalada cesar, ensaladilla rusa y algún que otro montadito de lomo, pimientos y tortilla de patatas.
Era un bar curioso, porque nada más entrar lo que destacaba era un cartel al fondo de la barra donde había una veintena de tapas o más con nombres muy curiosos. El que más me llamó la atención siempre que iba era “el chochito” y “la pollita”, y es que el Bar bonsái, era un espectáculo visual donde su prioridad era que tú te llenases el estómago amortizando bien el bolsillo. Cada tapa tenía un nombre distinguido y excéntrico, y luego sus combinaciones podían tener o no similitudes. Pero lo pasabas realmente bien eligiendo y viendo la cara de la gente que nunca había ido allí.
Ah, también nos sirvió “unas tetas de goma”, que era básicamente un par de patatas rellenas de carne y con picante en su interior. Buenísimas.

Estábamos llenas, casi no podíamos respirar, ya que cada consumición de bebida te invitaba a comer una de esas grandes tapas extravagantes, por lo que, sin necesidad de pedir platos propiamente dichos, comías y te inflabas por un precio ridículo.

Eso explicaba que siempre estuviera a rebosar de gente.

Cuando me apuré el último vaso de Nestea, porque yo al segundo vino dejé de pedirlo, Cristina me acompañó a casa, estando la suya poco después de la mía, y le pedí que por favor me mandase un mensaje al llegar, que yo cuanto subiera y entrara en mi habitación pondría el móvil a cargar.

Al llegar lo enchufé, llamé a Israel y avisé a David, con el que estaba un poco distante porque me quería dar espacio para disfrutar de mi familia al máximo. Él tenía familia fuera, igual que yo, y sabía lo importante que era para mí disfrutar de aquel retiro junto a ellos y disfrutarlos cuando podía.

Cuando colgué vi que tenía un mensaje y una llamada perdida de Cristina. Me decía, que había llegado bien y que había subido los escalones de su edificio descalza. Menos mal que era un bloque de dos viviendas y la familia de abajo estaban ya más que dormidos.

Mi móvil también mostraba las 00:45, y cuando entré al WhatsApp vi que no sólo tenía mensajes de Cristina, si no de Rafa, la hora de algunos era de cuando estábamos en el bar y empezó a sonar y lo ignoré. Los otros eran desde hacía pocos minutos. Ojeé, con una sensación y un cosquilleo que me resultaba familiar y no lograba ubicar en la lista de sentimientos.

Rafa
¿Qué tal la noche?
Ey, ¿estás bien?
Avísame cuando estés en casa sana y salva.

Sopesé la idea de no responderle por la hora que era, por si estaba dormido ya que estaba enfermo. Y tras hablar con él de lo que le pasaba y que había pasado una noche de mierda, igual estaba ya más que dormido. Pero le vi *en línea* y respondí.

Alma
¡Hola!, estoy bien. Lo he pasado genial con Cristina. Voy a ponerme cómoda y a la cama, espero que te mejores. Mañana hablamos, buenas noches, un beso.

No tardó en aparecer su *escribiendo*.

Rafa
Me alegro que hayas disfrutado. Te acompañaría a la cama, pero no quiero ni pegarte la gripe, ni que tú me pegues un mamporro por pegarme a ti.

Me quedé un momento en silencio sin saber que responder, leyendo y releyendo el mensaje, escribiendo un “no te echaría” “te cuidaría” para al final poner otra cosa.

Alma
Ya que no estoy ahí yo para obligarte a dormir, duerme, que necesitas descansar. Buenas noches, Rafa.

Rafa
Buenas noches, preciosa.

Me desconecté rápidamente y quité el wifi del móvil. Me quité la ropa y me puse el pijama, antes de enfriarme porque mi habitación era un iglú y pronto tendría los pies como dos calippos. Me acomodé y cogí el sueño rápido.
Soñé con fuego, que corría, que alguien me perseguía, que un juez me juzgaba. Sin duda la huella del incendio me seguía allá donde iba, o eso creía yo… poco después empecé a dar otro tipo de significado a mis sueños y ninguno era por esa razón.

Por la mañana cuando abrí los ojos miré el móvil, aún con uno medio cerrado y molestándome la luz del brillo. Pero no me importó. Un ansia viva me comía por ver si tenía mensajes, y no por las redes sociales, las cuales últimamente tenía más abandonadas.

Entré en WhatsApp y di los buenos días a mi chico y a David, al cual sentía que tenía que contarle cosas para que él me guiara, porque empezaba a creer que yo estaba cayendo en una espiral de adicción en la que nadie me podría entender.

Nuevamente vi los buenos días de Rafa y se me encogió el pecho como si me hubiera dado un pellizco con los dedos. Pero no para mal, si no para bien. O eso creía yo. Hablar con él me hacía sentir como en una atracción de feria que te dispara la adrenalina. ¿Conocéis ese cacharrito llamado la nube? Pues cuando me subía en él y estaba en lo más alto sentía un nudo en mi estómago que me aceleraba y asustaba a partes iguales. Así estaba con Rafa.

Era contradictorio. Pero ver su mensaje, por inocente que fuera, ver que se acordaba de mí, que sentía interés, me elevaba a un estado la serotonina que no sabía deciros hasta qué punto era sano.

Mi marido estaba trabajando y apenas miraba el móvil, lo cual yo entendía. David más de lo mismo, pero es que yo tampoco ponía mucho interés en hablarle a ellos. Yo estaba metida en mi nuevo descubrimiento. Como cuando lees un libro por primera vez que te atrapa y que no puedes dejar de leer, y que cuando lo sueltas, tienes constantemente la historia en tu cabeza montando teorías.
Esto era mi propia historia, mi cuento, y estaba disfrutando de verme como protagonista. Me hacía sentir bien. Me hacía sentir especial. Como un hada de cuento.

Y así seguimos varios días. En los que yo pese a salir o estar rodeada de mi gente, estaba pendiente del móvil y sus mensajes.
Sonreía como si hubiera dormido con una percha en la boca cada vez que le leía. Le seguía cada vez más sus bromas, sus indirectas, su tonteo. ¿Es posible que estuviera coqueteando yo? Pues sí. Y de una manera que me salía tan natural que asustaba.

Así que seguimos conversando, llegando incluso a hablar mientras comía, poniendo a mi madre de los nervios que miraba de reojo a mi padre con cara de “dile algo a tu hija”.
Pero ninguno decía nada. Mi hermano, sin embargo, se cansó de aquel entorno en el que yo parecía estar ausente, y echando de menos a su hermana habló.

- Hermana, que estamos comiendo, deja el móvil. – Puso la mano en la mesa dando golpecitos con los dedos. - ¿Me estás escuchando?
- Eh, sí, ya voy. – Lo dejé en la mesa bocabajo, pero en cuanto cogí la cuchara para llevarme las lentejas a la boca volvió a sonar sin darme tiempo a comer.
- Hija – Mi madre me miró mientras yo volvía a coger el teléfono. – come, que se va a enfriar. Después lo miras.

- Mamá es que me está hablando Israel. – Primera mentira que solté por estar pendiente de ese aparato del demonio. – Es por algo de los animales.
- Llámale después, come.
- Hermana, que para lo poco que vienes vives enganchada al teléfono.
- Hija, hazle caso a tu madre. – Intervino mi padre también.

Tenían razón, y eso no era lo peor. Si no el hecho de que mentí culpando a mi marido de mi reciente obsesión. Porque sí, aquello podría considerarse una obsesión. Ya que desde que le di los buenos días a Israel y a David, poco más hablé con ellos. Había estado toda la santa mañana en línea y no había respondido ni a sus mensajes rápidamente como era habitual en mí.

Comí, con el nerviosismo de querer contestar mientras mi móvil seguía recibiendo mensajes, sonando, hasta que finalmente cesó el ruido. ¿Se habría cansado de ver cómo le ignoraba? no, eso no. Nuestro vinculo no iba así. Ambos respondíamos cuando nos apetecía. Pero nos apetecía mucho últimamente, ¿verdad?
De repente, se había convertido en un todo, en una ilusión, en una obsesión que me estaba devorando y cada minuto que pasaba, ansiaba saber más de él, más mensajes, más hablar, aunque fuera cualquier chorrada sin importancia.

Pero… ¿era tan importante para perder la noción del tiempo y de los que tenía alrededor? ¿Incluyendo a mi familia y amigos? Pensándolo en frio, no. Aunque la Alma de entonces no lo veía así. Aquella Alma estaba cruzando un puente hacia algo completamente nuevo, atrayente, adictivo, como una droga de diseño que ves y te parece atractiva, interesante, y la que no quieres probar pero que, te la pinta tan bien toda ella, que decides caer al final.

Esa era mi droga ahora, Rafa.

Creemos que sólo existen unas adicciones, como las drogas, el alcohol, los juegos o el sexo y el tabaco. Sin embargo, mucha gente desconocemos la importancia y la necesidad que puede presentar una persona. Y no hablo del plano físico. Porque yo sentía una dependencia de mi marido tremenda, ya que pasaba mucho tiempo con él y llevábamos muchos años, por lo que se me hacía perturbador y extraño, así como desolador, separarme de él, aunque fueran unos días. Prueba de ello que soñaba con él.

Mi pensamiento era levantarme y acostarme con Israel en mi boca, mi cuerpo y mi mente.

Pero estos días, había desarrollado una especie de adicción nueva, interesante, excitante. ¿Se puede ser dependiente de una persona? Sí. Totalmente. Y yo poco a poco estaba cayendo en la red de telaraña que internet había creado para mí. Igual que una araña atrapa a la mosca en ella, había caído yo. Pero con Rafa.

Capítulo 6

My dark disquiet (Poets of the fall)

Los días pasaron deprisa, siempre que estaba allí me ocurría igual, y yo intentaba pensar en excusas que pudieran alargar mi estancia con mi familia.

Empezó a hacer frío, pero frío de verdad. De ese que te deja sin circulación en la sangre y las manos se te quedan rígidas y no las puedes articular, y la nariz roja, sin sentirla, como si fueras el payaso Miliki, de los *payasos de la tele.*

Cada día que pasaba mi confianza con Rafa aumentaba y las horas que pasábamos juntos eran mucho más superiores que las que estábamos separados. Digitalmente hablando.

Un tema nos llevaba a otro y otro a otro y, en bucle, entablamos distintas conversaciones sincerándonos con muchas cosas, entre ellas el reciente cosquilleo que ambos sentíamos cuando hablábamos y bromeábamos de manera… de alto voltaje.

Tanto era así, que yo empezaba a distanciarme de mi marido y a no sentir ese anhelo y desesperación que siempre sentía al separarme de él. Y habían pasado dos semanas ya.

Aún no me había atrevido a contarle a David sobre este tema, porque no sabía cómo lo podía ver, quizás pensaba que estaba más loca de lo que ya consideraba, o quizás me entendería y apoyaría como el amigo comprensible que es.

Yo me pasaba las tardes de frío intenso pegada a la chimenea de mis padres acariciando a Manolo como si fuera Vito Corleone en *el Padrino* y con un libro en mis piernas, que leía a la vez que miraba el móvil hablando con mi obsesión.

Ya lo había asumido, era una obsesión. Pero no una obsesión sexual ni de amistad ni de ningún término concreto, sino que simplemente era una obsesión hablar como tal, daba igual el tema.

El libro me tenía enganchada, adoraba como esta mujer, mi autora favorita, escribía sin ningún pudor sobre las relaciones sexuales entre personas. Chica conoce a chico y surge el flechazo, pero después conoce a otro que a su vez también le ocasiona lo mismo, y ambos chicos quieren poseerla. ¿Y qué ocurre? Algo que no esperaba. Ellos dos eran amigos y solían compartir relaciones poli amorosas, algo que mucha gente criticaba y que yo en mi caso, no criticaba, pero me costaba entender. Hasta que lo vi detallado en el libro y expresado así. ¿Puedes enamorarte de dos personas a la vez? No había tenido la experiencia que respondiera correctamente a esa pregunta. ¿Te pueden gustar dos personas a la vez? Desde luego que sí. Y tres, y cuatro y… siempre fui muy enamoradiza en cuanto a hombres se refiere.

En el instituto mis amigas me retaban a hacer una lista de chicos que me gustaban y atraían, y aunque la cantidad ingente de nombres llenaban varios papeles, yo siempre estuve enamorada de uno.

El cual me tuvo en la friendzone durante varios años, pero dejemos ese trauma para otro momento, ya que cuando conocí a mi actual marido se me borró todo rastro de aparente amor y entendí, ahora sí al ser correspondido, lo que era el amor de verdad.

Un sentimiento que mucha gente dice y pregona a la ligera y que conlleva una gran carga emocional y sentimental detrás, pisándole los talones y dándole de hostias para volverte a la realidad.

Porque así es el amor, viene así de esa manera y nadie tiene la culpa.

Te ciegas, tu mundo sólo concibe una palabra, y es el nombre de esa persona, todo gira en torno a él, ves señales en todos lados de que es ÉL, de que tenéis que estar juntos sí o sí, aunque no las haya, y te ves compatible hasta sin serlo. Y además, todo te parece maravilloso, hasta sus fallos y defectos, sus manías, hasta que llevas años casada con él y una de sus manías es destaparte en la cama a las 3 de la mañana y encontrarte tu ahí, tiritando, mientras el arrastra la sábana, la manta y la colcha y duerme con una pierna fuera para regular, según él, la temperatura corporal.

Ahí dices, ¡ay señor cuanto te tengo que amar!, porque lo que más se me antoja en ese momento de delirio hipotérmico, es coger el cojín compañero al edredón y ponerlo sobre su cara hasta que suplique por su vida.
Pero no, sin embargo, lo que haces es levantarte, ponerte las zapatillas de casa casi al revés para que al pisar el suelo no te den ganas de hacer pis y tener que bajar, y vas hasta los pies del colchón para hacer la cama con tu señor dentro. Y luego cuando te vuelves a meter dentro, mientras él ronca en tu oreja, tú estás intentando dormir pensando en cosas que no vienen a cuento por culpa de la maldita ansiedad que le gusta desvelarte.

El caso es que el libro me hacía ver diferentes puntos de vista, diferentes tramas y diferentes vidas, y claro, a las mujeres nos encanta el drama y la tensión de las parejas, por lo que estos libros son como gasolina para un fuego, aumenta.

Entre página y página, yo contestaba a Rafa e iba dejando para luego responder a mi marido y a David, porque con ellos había confianza. Una confianza que empezaba a tener con Rafa cada vez más intensa e íntima.

Por la noche salí a cenar con mi familia. Mi hermano y mis padres. Y me llevaron a un chino que siempre que iba por allí me gustaba visitar. Estaba en el polígono, a las afueras, y era un bufet libre donde podías comer todo cuanto quisieras pagando un precio fijo de entrada.
Fui en chándal. No os digo más.

Cuando entramos nos dirigimos a la parte del final, estando más cerca de la ventana del local. El espacio era enorme y contaba con numerosas sillas y mesas de madera marrón caoba. Además, las sillas tenían un cojín burdeos que las hacía más elegantes. Y en el centro de cada mesa aparte de los diferentes tapetes individuales, había un jarroncito con flores chinas de ciruelo, las cuales me dieron ganas de llevarme al ser del color favorito de mis flores, blancas. A su vez también, había botecitos de soja y salsa agridulce para acompañar los platos que escogieras después.

Podías comer cuanto quisieras, pero había una norma que había que respetar. No se tira nada. Por lo que lo más correcto era echarte poco a poco de lo que te iba apeteciendo, aunque tuvieras que repetir cien veces de lo mismo, en lugar de cargarte de platos y después tirarlos. Lo que en mi barrio se decía como “se te llena antes el ojo que la tripa”.

Había varias vitrinas con cristaleras donde se encontraban todo tipo de manjares asiáticos. Y el olor que envolvía toda la estancia alimentaba por si solo y abría el apetito a lo grande.

Yo no había merendado y entre eso y el aroma que flotaba en el aire, yo estaba a punto de comerme hasta a los pobres chinos que estaban en la parrilla.

Ah sí, una de esas especialidades de allí era que tenías una gran cantidad de marisco y crustáceos, que podías comerlos tanto crudos como cocinados aparte. Tú te servías en un plato lo que quisieras e ibas a la zona del fondo, cerca de la mesa que habíamos escogido, y pedías que te lo hiciesen a la plancha.

Yo no sabía que echarme cuando me levanté y fui tras mi madre con el plato en la mano. Quería probarlo todo porque todo olía de maravilla y tenía una pinta exquisita.
Me acerqué a la primera vitrina y me serví un poco de tallarines con gambas, verduras y con una salsa riquísima, cogí un par de panes chinos que su sabor era similar a los de los donuts blancos de toda la vida, pero menos dulces, me eché también pollo con salsa de almendras.

Por otro lado, cogí pollo al limón, arroz tres delicias, rollitos de primavera, pato en salsa, ternera en salsa, y cuando me quise dar cuenta estaba en la espera de la zona de la plancha con un plato con gambones, navajas y conchas finas.

Cuando me senté a comer, bajo la atenta mirada de mis padres y mi hermano, se aguantaron la risa. Parecía que llevaba un mes sin comer por el ansia con la que yo devoraba los platos con los ojos.

Antes de probar bocado y meter mano al menú, cuando los demás tenían sus platos, cogí y eché varias fotos para colgarlas en Instagram. Comimos, acompañando la comida con un vino blanco suave y con agua.

Mis padres compartían varios platos en los que se podía ver marisco a la parrilla, fideos chinos, tallarines, verduras y rebozados.

Mi hermano aparte de la pasta en salsa como la que nos habíamos agenciado mis padres y yo, había cogido bandejitas de sushi que no me hicieron mucha gracia, pero que por supuesto probé las piezas de salmón.

Yo parecía un saiyan a la velocidad en la que mi comida desaparecía, y pese a comer con tranquilidad, yo engullía sin piedad. Sin embargo, el dicho es muy cierto, y es que comemos antes con los ojos que con la boca, por lo que con el último plato ya me costaba digerirlo.
Aún así me comí casi todo y camuflé parte de la comida sobrante con servilletas usadas en la mesa. Había que ser práctica.
Por supuesto no penséis que el derroche de cena iba a suponer que yo dejase pasar la oportunidad del postre. Claro que no.
Me fui a coger un plato y me eché, varias crepes con chocolate y nata, algunos bombones de chocolate blanco, pudin de chocolate, flan de huevo y un gofre con chocolate con avellanas. Además de dos bolas de helado de chocolate.

Desde luego, todavía me resulta una incógnita el hecho de cómo no reventé aquella noche porque luego, cuando me levanté, no podía ni andar. Tanto fue así y la pena que le di al chino, que nos invitó a un chupito de hierbas para bajar tremenda comilona.

Durante la cena mi móvil no paraba de vibrar, ya que por aquel entonces yo había optado por poner el teléfono en silencio para que el sonido no alertara a todo el mundo. Pero no hice caso. Israel y David sabían de mis planes esa noche y no me iban a interrumpir, por lo que seguramente sería o alguien random o incluso Rafa, con el que hablaba constantemente.

Cuando me monté en el coche y me dejé caer como un peso muerto en el asiento trasero, saqué mi móvil del bolso para ver, como con certeza, eran wasap de Rafa e interacciones de las redes sociales.

Me comentó, flipado, el hambre que le había dado, añadiendo un "y no sólo de comida" tras las últimas fotos que le mandé.
¿Recordáis cuando dije que había subido las fotos a las redes sociales? También se las mandé a él, y antes de salirme del bufet me metí en el baño a lavarme las manos y aproveché para sacarme una foto enseñando la lengua y mandársela a él.

No se la mandé a mi marido como hubiera sido lo normal en ocasiones anteriores, se la mandé a él.

Un cosquilleo creció en mi estómago y no era acidez por la cena, que me había tomado un protector antes siendo precavida y habiendo escarmentado de otras veces.

Durante el camino fuimos oyendo música, del repertorio que solía poner mi hermano que era el que conducía, mientras que mi padre iba de copiloto y mi madre sentada atrás, conmigo.

Ella me miraba de reojo, que lo sé yo, y yo me hacía la remolona mirando por la ventanilla o abriendo la conversación de mi marido cuando intuía que se asomaba. ¿Por qué escondía aquella amistad como si fuese algo prohibido o mal visto? No lo sé, pero en el fondo pensaba que nadie me podría entender. Quizás creerían que era algo más de lo que era y yo sólo lo veía como un amigo con el que reírme de todo y bromear de la manera más cachonda posible, sin tabúes, tirándonos la caña.

Ya íbamos por ahí, por tirarnos la caña.

Pero una madre es como la policía, no es tonta, y si alguien te conoce en el mundo es esa persona que te ha llevado nueve meses en su vientre y que te ha visto desnuda, te ha puesto pañales, te ha dado de comer y te ha limpiado el culo hasta que has sido autosuficiente. Vamos, que nadie te conocerá en la puñetera vida como te conoce tu madre, por lo que la mía sabía que ahí olía a cuerno quemao'.

- ¿Con quién hablas? – Me preguntó cerca del oído intentando que la escuchara con Metallica de fondo.
- Con nadie, un amigo.
- ¿David?
- No mamá, otro amigo.
- ¿Hace mucho que lo conoces?
- Pues… un mes… puede que dos.
- ¿De dónde es?
- No lo sé. – Y esto me quedó rondando en la cabeza hasta que pude preguntarle a Rafa.
- ¿Le has conocido por internet?
- Sí. – Le miré. – Se llama Rafa, es muy majo.
- Cuidado, hija.
- ¿Por qué mamá? – Pregunté confusa. – Es buena persona y me rio un montón con él.
- Por eso. – Me quedé inquieta mirándola. – No me mires así. Lo más peligroso de alguien es que te haga reír con facilidad.

Aquellas palabras de mi madre se me enquistaron aquella noche y me hicieron reflexionar y pensar un poco en lo cierto de aquello.

Yo siempre había tenido debilidad por los tíos gracioso, me parecía lo más atractivo de un hombre, el hecho de que me hiciera reír, y si a eso le sumábamos que tenía el don de perturbarme sexualmente con indirectas… sí, lo hacía peligroso.

- No pasa nada mamá, sólo es un amigo.

- También lo fue Israel. También lo fue tu padre. – Me acarició el pelo. – Los grandes amores, empiezan con grandes amistades.
- ¿Qué cuchicheáis? – Miró mi padre por el espejo retrovisor.
- Nada, tu hija, que esta noche se va a poner mala con lo que se ha metido entre pecho y espalda.
- Estoy bien. – Dije riéndome.
- Cuando lleguemos a casa podríamos dejar el coche e ir al pub de la plaza a tomarnos algo – Propuso mi hermano. – Para que mi hermana haga la digestión.
- Ah no- Dije yo sonriendo. – gracias hermano, pero si me meto algo más en el cuerpo esta noche, explotaré.

Cuando llegamos a nuestra calle y mi hermano aparcó, me bajé del coche con angustia. Entre la comilona que me había dado y el trayecto de baches y curvas, se me había removido todo y a este paso iba a parecer la niña del exorcista.

Di gracias a dios por haber sido medianamente lista en algo y haberme puesto el chándal, porque esto con los vaqueros no hubiera sido posible.

Subí las escaleras a duras penas, me metí en el baño y tardé un rato en salir. Porque la cena tenía que salir por algún lado y si no era por la boca… en fin. Cuando me lavé los dientes me fui a mi habitación y me puse cómoda con el pijama.

Manolo nos olisqueaba a todos oliéndonos a gambas del chino, y no sabía con quién irse. Tan pronto se iba con mis padres y escuchaba un “Manolo salte de mi cama ahora mismo” de mi padre, como iba detrás de mi hermano y oía “vente conmigo anda, que vamos a dormir”. Pero al gato le apeteció darme las buenas noches y vino hasta mi cuarto a olerme a mí y a mi ropa, que estaba tirada en la cama arrastrando parte por el suelo.

- Hombre Manolo, te dignas a venir.
- Miauu
- Sí, claro, ahora que huelo a gambas te vienes… mira que eres cabrón y listo.
- Miauuuu – Y se puso pegando el culo a mi ropa, le dio un telele en el cuerpo y se meó.

Cuando yo lo vi y me cagué en todo, el gato se fue pasillo adelante hasta meterse en el cuarto de mi hermano, que le había dejado la puerta abierta para que entrase después.

El hijo de puta del gato, seguro que había olisqueado en mis cosas y olía a mis gatos, y había decidido marcar el terreno.
Llevé la ropa al lavadero y la puse en el cubo de la ropa sucia. Mañana pondría la lavadora que ya era tarde.

Mis padres estaban ya acostados, después de darnos todos las buenas noches y darles un beso a cada uno de ellos como si aún fuera una niña, porque me encantaba disfrutar de esos momentos.
Me metí en la cama y me acosté después de cerrar la puerta, porque con ella abierta no podía dormir. Miré el móvil y empecé a hablar con mi chico.

Israel
¿Ya en casa?

Alma
Sí, menos mal porque estoy molida.

Israel
¿De comer? XD y ya vas a dormir?

Alma
Pues creo que sí, aunque me noto con empacho.

Israel
Es que eres muy bruta. Por cierto, te echamos de menos, ¿Cuándo vuelves?

Leer esa pregunta siempre me ponía en alerta. Entendía que mi marido tuviera prisa por verme, pero también parecía que no le importaba que yo estuviera ese periodo corto de tiempo disfrutando de mi familia. Él me tenía todo el año, debería dejarme disfrutar sin presiones de mis vacaciones.

Alma
No lo sé. Yo también te echo de menos, sobre todo ahora que tengo frío y tú me das calor.

Quise sacar a relucir el lado tontorrón para desviar un poco la conversación por el plano más cariñoso. Encendí la lamparita de noche que había apagado antes, y me subí el jersey del pijama para sacarme una foto a los pechos.

Alma
Te echo de menos aquí también.

Pero no recibí la respuesta que esperaba ni que yo quería leer, sólo unos cuantos emoticonos ridículos que simulaban sorpresa.
Ser una persona activa con cibersexo no era algo que atrajera mucho a Israel, no al menos desde que pasamos a estar juntos.
Cuando en nuestros inicios jugueteábamos y fantaseábamos por el Messenger, sí que cedía a hacer distintas cosas para divertirnos. Supongo que él creció y maduró mentalmente y que yo me quedé en esa etapa adolescente en la que todo se soluciona y se resuelve a golpe de seducción y provocación.

Con un poco de desánimo por el "corte" que me había hecho mi marido, decidí irme a la cama. Pero antes me despedí de él con el cariño habitual en mí, así como también lo hice de David.

Rafa me había dejado mensajes pendientes y no le había respondido, pero como no le vi en línea deseché la idea de contestarle, vaya que estuviera dormido.

Esa noche cuando estaba intentando coger el sueño no sabía en qué postura ponerme. Notaba la comida por mi cuerpo presionándome por todos lados. Tenía un empacho que ni piraña de *verano azul* con los bocadillos.

Venga dar vueltas, y levantarme, dar paseos, ir al baño con ganas de vomitar, angustia. No podía dormir. Cada vez que intentaba coger el sueño la acidez de mi estómago resurgía hasta mi garganta despertándome en el acto como si me faltase el aire. Hasta que no pude más, y me puse de pie, las zapatillas y encendí la luz de la mesita de noche.

Abrí con cuidado la puerta cagándome en todo cuando vi dos ojos brillando en la oscuridad observándome. Manolo tampoco podía dormir.

- Shhh, ¿qué haces tú aquí? – susurré. – Deberías estar con él que para eso te deja la puerta abierta.

El gato me miraba como el que ve un anuncio de la tele tienda a las 3 de la mañana. Con pereza. Él bostezaba y yo pasaba por su lado intentando no hacer ruido, a hurtadillas por el pasillo hasta que torcí a la izquierda para meterme en la cocina.
Busqué el bicarbonato. Todo esto con la luz del móvil porque no quería despertar a nadie encendiendo las luces de casa como si aquello fuera la feria de Sevilla.

Yo intentaba no tirar nada y tiraba todo, me agaché a recoger los cristales de un vaso que había tirado, con una mano, mientras con la otra mantenía la linterna del aparato, y estaba tan concentrada para no cortarme que no me di cuenta de que había alguien detrás de mí.

- ¿Manolo? – Me asustó de muerte mi madre. Asomándose por el umbral de la puerta a oscuras.
- ¡Joder, mamá! – Solté el cristal y me llevé la mano al pecho. – Que puto susto. Me vas a matar de un infarto.
- ¿Qué haces ahí? – Encendió la luz de la cocina. – Pensaba que el gato había vuelto a hacer de las suyas.
- No, soy yo. – Me levanté y fui a por el recogedor y el cepillo de barrer. – que estoy buscando el bicarbonato y se me ha resbalado un vaso.
- Pues yo creía que Manolo estaba intentando comerse otra vez las flores del jarrón. – Me sacó el bicarbonato del mueble de las especias, de la cocina. – Desde que las trajo tu hermano está obsesionado con ellas. Toma.
- Que puta angustia tengo, mamá. – me cogí un vaso poniéndome de puntillas y lo llené de agua hasta la mitad. – A ver si eructo ya y se me pasa.
- Es que has comido mucho, yo no sé cómo no lo has echado.

- Ya, bueno... – Eché una cucharita de bicarbonato en el agua, removí rápido y bebí sin respirar. – joder, que asco.
- Eres igual que tu padre – Suspiró. – Te tomas el bicarbonato como si fueran polvos pica pica.
- Es que es preferible esto a estar sintiéndome mal. – Me quejé.
- Pero eso a la larga te hará daño en el estómago, veras como te salgan úlceras como a tu padre.
- Si es que me tomé un omeprazol y no me hizo nada.
- Porque has cenado comida para un ejército, hija de mi vida, si es que eso era inhumano.
- Mamá, te vas a desvelar. – le dije intentando desviar la regañina. – ve a la cama, que termino de recoger esto y me voy a dormir.
- Que te mejores, hija. – Me dio un beso en la frente. – Buenas noches.
- Gracias mami, buenas noches.

Me volví a la cama, pasando por el pasillo y viendo que Manolo estaba en la de mi hermano a sus pies, observándome como un puma agazapado.

Cerré la puerta y me volví a acostar, mientras aún seguía eructando sin control y quedándome más a gusto que un arbusto. Ahora si podía dormir.

Pero cuando tenía el sueño cogido de lleno y estaba flotando en una nube de gloria y placer, acurrucada, después de al fin haber entrado en calor con las sábanas de pelo, escuché un estruendo que me hizo sentarme en la cama de golpe con el corazón a mil por hora.

Salí rápidamente de ella y fui hasta el lugar donde procedía el ruido y vi, con horror como el jarrón de las flores estaba reventado en el suelo y Manolo, que el cabrón había corrido más que Billy el niño, estaba en la cama de mi hermano con una margarita en la cabeza como si fuera Paco clavel.
La madre que lo ha parido.

Cuando mi madre viera esto le iba a dar un parraque, con lo que le gustaban a ella sus flores.

Las recogí, las puse en otro jarrón con agua más al fondo de la encimera, y recogí los cristales del roto, pasando después la fregona estrujada mientras mi madre aparecía por la puerta de su habitación.

- Mami, acuéstate, ya me encargo yo. – Le susurré rezando por no despertar a nadie más.
- ¿Ahora qué has roto?
- Yo nada. – Me defendí. – Manolo, que quiere ser jardinero.
- El hijo puta el gato. –La escuché refunfuñar. – Ten cuidado a ver si te vas a cortar.
- Tranquila, mamá. Acuéstate.

Cuando acabé me volví a la cama. Esta noche estaba siendo digna de meter en el libro güines de las noches de desvelo. Desde luego faltaba una vieja de fondo gritando bingo mientras rellenaba un cartón del bingo de los críos con pastillas juanolas.

Cuando me acurruqué, otra vez, recé a todos los santos que conocía para que dejasen a mi ardor y a Manolo dormir esta noche, consiguiendo con ello que yo y mi madre también durmiéramos. Por otro lado, envidiaba a mi hermano y mi padre, que tenían la misma facilidad de mi abuelo para dormirse en cualquier momento, situación y lugar. Aunque fuese en lo alto de un pincho.

Por supuesto, aquella noche de juerga casera no había terminado, y se me olvidó quitar el sonido del móvil antes de irme a dormir la primera vez, hacía ya horas, porque eran las 8 cuando Estopa estaba cantando vino tinto y mi móvil vibraba, se encendía y apagaba, y mi corazón estaba a punto de saltar por la ventana.

- ¿Sí? – Vi un número desconocido y me asusté, pensando lo peor, como siempre. - ¿Quién es?
- Buenos días, es usted ¿Alma Montoro?
- Sí. – Tragué saliva mientras me sentaba en la cama acojonada por la seriedad de la pregunta. - ¿Quién es?
- Mi nombre es Alicia Carbonell. – Hizo una pausa y mi corazón se aceleró más. Ya está, le había pasado algo a mi marido. – Le llamo por si quiere hacer una rebaja en su factura de teléfono.

Casi me cago en todos sus muertos cuando solté el aire de golpe.

- ¿Hola?
- No me interesa.
- ¿Con qué compañía está usted? – siguió a lo suyo. - ¿Cuánto paga actualmente?
- Que no me interesa, que no me llamen más.

Y colgué. Sé que fui agresiva. Pero es que estaba hasta el mismísimo de que me llamaran para intentar venderme la moto con algo. Y por más que les decía que no, seguían insistiendo. Que yo sabía que era su trabajo, pero leches, llega un punto donde roza el acoso.
Bloqueé el número en la lista negra de contactos no deseados, siendo el 90% de empresas telefónicas, y me volví a la cama.

Las 8:10. La madre que parió a cristo. Que ahora que no tengo que madrugar me despiertan con gilipolleces.
También puse el móvil en silencio.

Lo que ocurre cuando te despiertas tantas veces es que llega un punto donde estás agotado, no has descansado, tienes sueño, te duelen los ojos, la cabeza y vives entre la realidad y el plano del sueño sin saber muy bien que sueñas y que no.
Intenté dormirme, di varias vueltas en la cama, pero nada, ya no había manera de coger el sueño. Me había desvelado por completo.

Estuve vagueando en la cama un rato, cuestión de media hora o así, cuando conecté el internet del móvil y tenía varios mensajes de Rafa, uno de ellos dándome los buenos días pese a mi silencio de anoche.

Antes de responderle, le di los buenos días a mi madre, que por una vez me adelanté yo a ella. Y después abrí el chat de Rafa.

Alma
Buenos días, siento no haberte contestado anoche, pero era tarde y bueno… creí que estarías dormido. No quería molestar.

Rafa
Tu nunca me molestas. ¿Qué tal estás? Es muy temprano para ti

Alma
Pues he pasado una noche de mierda entre la acidez, el empacho y el gato. Y esta mañana me llama una vendedora de compañía de teléfono. ¿Y tú?

Rafa
¿Estás bien? ¿qué ha hecho el gato? Yo trabajando ya.

Alma
Sí, hoy estoy bien. Anoche me pasé comiendo jajajaj, El gato se le ocurrió jugar a los jardineros anoche y me puso esto como un campo de flores tirando el jarrón de mi madre.

Estuve un rato hablando con él de cosas sin importancia hasta que me llegó un mensaje de David dándome los buenos días.

David
¿Tan temprano despierta? ¿No sabes lo que son las vacaciones?

Alma
Calla que me ha despertado una pesada, he dormido casi ahogándome por la comida, y el gato por pocas me provoca un infarto.

Me levanté de la cama al rato de estar hablando con ellos y me fui al salón. Saber que mis padres y mi hermano estaban trabajando y yo ahí tocándome el pairo me hizo sentir mal. Tenían un negocio familiar dedicado a los animales.

Me fui a la cocina y vi las flores y pensé en tener un detalle con mi madre yo también.
Desayuné, hablé un rato con el gato intentando hacerle entrar en razón sobre que las flores no se comían, pero no pareció hacerme mucho caso, y siguió lavándose los huevos muy preocupado por su higiene corporal.

Cuando eran las 10 y la floristería de mi calle estaba abierta, me vestí con un chándal negro de terciopelo, me puse las zapatillas de deporte y peinándome un poco, salí hacia allí.

Le compré un ramo precioso con margaritas, rosas rojas, tulipanes y varias flores más en tonos muy vivos, y le escribí una tarjeta. Cuando llegué a casa, se las dejé sobre su cama, que siempre dejaba hecha “por si acaso” y cerré para que Manolo no quisiera probarlas también.

Los por si acaso de las madres ya los conocemos todos. Antes de acostarse hay que dejar la cocina recogida por si pasa algo. La cama siempre hecha por si viene alguien. Llevar siempre una rebequita por si hace frío. Llevar manga corta por si hace calor. Ir siempre depilada por si tenemos un accidente.

Que digo yo siempre… si me estampo en la carretera y estoy moribunda, lo último que van a mirar los médicos es si llevo pelos en las piernas, vamos digo yo. Pero desde pequeña tengo el run run y cuando salgo de viaje me depilo entera, y me compro bragas nuevas, que “si me pasara algo” lo suyo es llevar unas bragas que no estén rotas.
Si mi madre viera mi cajón de las bragas le daba un jamacuco.

Porque la que no tiene agujeros, tiene la goma estirada o el encaje salido. Por supuesto para venir aquí me compré varias, así ella no me regañaba… En el fondo yo sentía que seguía siendo una niña, y un puto desastre, al lado de mi madre.

Aunque eso me pasaría y me pasaba siempre. Para mí mi madre era mi heroína, la mujer perfecta con todas sus letras, trabajadora, valiente, luchadora, guerrera… no había nada que mamá no supiera hacer o no supiera arreglar o sobrellevar. Era mi Wonder Woman real, mi ejemplo a seguir.
Luego me veías a mí y era como la Barbie esta barata, la hacendado, que se les compra a las niñas cuando querían una Barbie de verdad pero eres pobre. Yo era todos los defectos que complementaban a la madre perfecta.

Me faltaban años, décadas o siglos para parecerme un cuarto a ella y ser un tercio de lo buena que era ella en todo. La admiraba. Igual que admiraba la habilidad que tenía para ver venir los problemas y yo no. Pero ella estaba ahí para advertirme sobre que un hombre te haga reír. El problema y la alegría que ello supone. El problema aquí se llamaba Rafa.

Capítulo 7

Big city nights (Scorpions)

Cuando me desperté aquella mañana de finales de noviembre, miré el móvil tras buscarlo con una mano a oscuras encima de la mesita. Vi la hora y resoplé, eran cerca de las 11 de la mañana y cuando volviera a mi rutina me iba a costar mucho madrugar.

Ya llevaba aquí un mes, y en un principio eso iba a ser el tiempo estipulado. Sin embargo, había planeado quedarme ya hasta después de las Navidades y volver el día de reyes como sorpresa para mi marido.

Este año sería uno, de los pocos, que pasaríamos separados en estas fechas tan señaladas.

En eso estaba pensando, y en cómo se lo iba a decir a él, cuando conecté el wifi de casa de mis padres y empezaron a llegarme notificaciones de mensajes de WhatsApp de Mónica.

Había hablado con ella días anteriores para preguntarle cómo iban mis abuelillos. Todo había ido bien, sin embargo, hoy me alertaba diciéndome que Rafaela se había puesto enferma y estaba en urgencias con su hija acompañándola.

Moni
No sabemos que le puede pasar, pero está en la sala de espera, acaban de hacerle una analítica.

Alma
¿Ha estado tomando la medicación? Sé que a veces es difícil para hacer caso y tomarla, pero yo recurro hasta a métodos sucios por tal de encasquetársela.

Moni
Hace unos días me dijo que su madre le dijo que no tenía que tomarla, que le iba a salir una úlcera. Pero aún así se la mezclé con la leche y se la terminó tomando pese su desconfianza.

Alma

¿Pero qué ha ocurrido? ¿Cómo ha sido?

Moni

Pues no lo sé, ha pasado muy rápido. Estábamos viendo la tele y el programa de Ana Rosa, cuando ha empezado a decir que se mareaba mucho, y eso que estaba sentada, a ponerse pálida y a vomitar todo el desayuno.

Alma

¿No habéis llamado a una ambulancia?

Moni

Claro, si es que han sido ellos la que se la han llevado al hospital a hacerle pruebas. Yo me monté en la ambulancia con ella, llamé a su hija de camino y me dijo que llegaría al hospital en breves.

Alma

Avísame si sabes algo más. ¿tu dónde estás?

Moni

Yo ahora estoy con Julio. Dándonos su paseo diario como me dijiste. Que, por cierto, no me avisaste del humor verde que gasta el viejo. Me ha tocado el culo todos los días desde que tú no estás.

Alma

Es parte de su encanto jajajaj. Pobre hombre déjale, es la única alegría carnal que tiene.

Moni

Ya veo ya, si yo le dejo, pero es que me parece un viejo verde.

Alma

Lo es. Lleva mucho tiempo sin una mujer. Por cierto, estoy pensando en quedarme hasta después de navidades, ¿te harías cargo?

Moni

Por mí perfecto, ya sabes que necesito el trabajo y ahora mismo no tengo nada que hacer.

Alma

Bien, pues cuadro detalles, planeo todo lo que tengo rondando por la cabeza y te digo.

Me despedí de Mónica y respondí varios mensajes que tenía pendientes, entre ellos de Israel y David, a los cuales les comenté lo que le había ocurrido a Rafaela.

Israel, que había parado a desayunar, me estuvo escribiendo y preguntando, sometiéndome a un tercer grado, sobre cuando tenía pensado volver.

Yo evadía darle respuestas claras y firmes, porque, aunque en el fondo le parecía bien mis viajes y tenía que entenderlo, seguía estando lejos de él y eso era algo que lo mataba por dentro. Lo cual me hizo sentir mucho peor a mí ya de por sí. Porque parecía que él lo pasaba peor que yo, y a mí me recomía la conciencia por no pensar lo mismo que él.

Cabe decir, que siempre que hacía estos viajes sola, me reencontraba con una parte íntima de mí misma. Quizás la soledad física y espiritual te hace reencontrarte con tu verdadera persona, o eso era lo que me pasaba a mí.

Necesitaba con urgencia desconectar, que es lo que hice cuando me fui hasta mi Jaén natal.

Con David sí que hablé de aquello y de las posibilidades que rondaban mi cabeza de alargar más mis vacaciones. Él me apoyó, como siempre hacía, por mucho que tuviera muchas ganas de verme. Su prioridad era que yo estuviera bien y le daba igual que hiciera para llevar a cabo ese resultado.

Aún no le había dicho nada a mi familia, aunque a ellos no les pillaría de sorpresa. Siempre me pasaba igual y cuando ponía una fecha límite, nunca llegaba o tardaba mucho en llegar. Yo poniendo fecha de caducidad a las cosas nunca había sido buena. Algo que me traería problemas más adelante.

Cuando me levanté y me fui al baño a lavarme la cara, me llevé un susto de muerte al ver una bola de pelo negra sobresaliendo por el filo del lavabo.
En mi cabeza rondaba la idea de una rata de tamaño monstruosa, ya que mi hermano meses antes había matado una en el jardín y me dijo que a veces, de noche, se escuchaban corretear por las paredes del bloque de al lado.

Eran construcciones antiguas. Todo el barrio tenía más de 40 años y los dueños anteriores se habían negado a reformar nada, por lo que ahora mis padres tenían la obligación, más bien se veían en ella, de coger e ir renovando y haciendo obra poco a poco hasta dejarla actualizada.

Llevaban unos años en esa casa y habían gastado más en arreglos que en las propias reformas, pero tenían el empeño de conservar ese hogar porque estaba situado en la mejor zona del pueblo y además de céntrico, tenía toda la gente que les interesaba tener alrededor.

Es lo que mi padre catalogó de tranquilidad plena.

Habían visto varios pisos y casas antes de mudarse a esta, y en muchas mejores condiciones. Pero todas tenían algún achaque, o muy retirado, o muy apartado, o muy a la entrada, pequeño, muy grande, muchas escaleras, sin ascensor, vecinos… Y esta casa, pese a ser humilde y tener sus problemas que se podían arreglar con mano de obra, les había encantado desde dentro hasta los vecinos que rodeaban la calle de atrás.

Pero no, no era una rata. Manolo decidió reclamar el lavabo aquel día y convertirlo en su cama. Como la chimenea estaba apagada, que era donde pasaba las horas muertas en invierno, decidió meterse en el baño donde mi madre se había dejado la calefacción puesta después de ducharse antes de irse a trabajar.

- Pero que … haces aquí, gato. – el gato levantó la cabeza y me miró, con los ojos entornados como perdonándome la vida por haber perturbado su descanso. – ¡Que me tengo que lavar la cara!

Pero Manolo no estaba dispuesto a ceder terreno, así que siguió dormido ahí, invitándome amablemente a que abandonara el baño y apagase la luz. Esto último lo deduje porque se tapó la cara descaradamente con la pata delantera.

Mi móvil sonó y cuando miré vi que Rafa me había contestado a mi respuesta de buenos días hacía un rato. Pero sonó con otro mensaje más y creí que era de él también, pero no, el nuevo mensaje era de mi madre, avisándome de que hoy iban a tardar un poco más en llegar porque estaban esperando un repartidor que llamó avisando de un inconveniente de tráfico y llegaría un poco más tarde a la tienda y no estarían para la comida. Que tenía dos opciones, o comer sola, o irme para allá y comer con ellos algo por ahí.

Opté por lo segundo.

Me di una ducha, en lo que Manolo seguía haciendo del lavabo su fuerte, y cuando abrí el agua caliente y el sonido de ésta empezó a llenar la habitación, escuché varias cosas caer al suelo. Asomé la cabeza por la cortina y comprobé que el gato había salido corriendo tirando todo lo que había en el mueble del lavabo. ¡La madre que lo parió!

Seguí embadurnándome de agua y gel, gel que por cierto había comprado mi madre el día anterior en Primor y tenía un olor a fresas con nata que daban ganas de llevárselo a la boca como si fuera un bote de nata montada.

Cuando salí y me puse la toalla, me sequé el pelo un poco con otra, y me la anudé en la cabeza.
Fui hasta el cuarto de mi madre, no sin antes quitar la calefacción del baño para que no se me olvidara a mí también.

Rebusqué en su cómoda las miles de cremas corporales que tenía hasta que di con la compañera al gel.

Cuando terminé me daban ganas de comerme a mí misma, entre el olor y la suavidad.
Me puse unos vaqueros azules desteñidos, una camiseta de interior blanca, y encima una sudadera gris con letras rosas en el pecho. Me calcé unas converse negras y me fui al baño a secarme el pelo con el secador, después de echarme una crema que me daba brillo y evitaba que se me encrespara con la humedad de esa zona.
Cuando acabé, me pinté los labios del rojo que era mi marca de identidad, me eché un poco de perfume y estaba dispuesta a irme. Hasta que recordé que no había hecho la cama.

No hacer la cama en casa de mi madre era un sacrilegio que no se podía consentir. Desde niña, me había inculcado la responsabilidad de que la cama tiene que estar bien hecha, quizás por eso tengo el toc que tengo con que las sábanas nunca se salgan del colchón. Además, hago las camas de perfección, que hasta las mujeres que voy a limpiarles las casas, es algo que me recalcan.

Ahora sí, tras hacerla, salí de casa con el móvil en el bolsillo trasero del pantalón, y las llaves en el delantero. No me llevé ni bolso.

Fui hasta la tienda de mascotas y vi a mis padres dentro, con la persiana medio echada para el cierre. Mi madre me dijo que me esperase con un gesto de la mano, y salieron.

Nos pusimos en camino a un restaurante de toda la vida donde los dueños eran amigos íntimos de mis padres.

Cuando entré al restaurante “Camarón”, al que llamaron así por el ídolo del flamenco. Cristóbal, el dueño, estaba en la barra charlando sobre fútbol con un cliente mientras llenaba un tubo de cerveza del barril. Mi hermano se fue para la terraza a coger mesa, pero en mitad de camino se paró a charlar con Marina, la camarera.
Sonaba “La húngara” de fondo en bajos decibelios, y supuse que eso era idea de Cristóbal como gesto cariñoso a mi madre, a la que le encanta el flamenco y la que me inculcó ese estilo musical (entre el repertorio ochentero de mi padre que también me pegó) desde muy niña.

Era grande. Tenía un espacio amplio por dentro donde había varias columnas de mesas de madera barnizadas con sus sillas a juego. En el centro, había mesas dobles para cuando iban más personas en grupo a comer, y luego tenía la parte de la terraza que abrían en verano, fiestas y durante la mañana hasta las 15:30 que era cuando se cerraba la cocina.

La cocina estaba al final, antes de llegar a la escalera que había a la izquierda para subir a los baños, y un poco más al fondo estaba el almacén. Esta no era excesivamente grande, pero cabían más de 3 personas perfectamente. Saludé a Micaela, la hermana de Cristóbal, que era la gran cocinera de allí.

Me fui hasta la barra para hablar con mi padre, cuando Cristóbal, que había salido de ella, me paró para darme un beso y un abrazo.

Era amigo de papá de toda la vida y cuando Cristóbal montó el bar/restaurante, no dudó en hacernos saber que éramos bienvenidos allí. “Para darle los dineros a otros os lo doy a vosotros” dijo un día cenando mi padre.

Mi móvil no paraba de vibrar en mi bolsillo trasero, y recé para que aquel masaje redujera mi celulitis. Pero no hizo el efecto deseado.

Micaela preparó un solomillo al roquefort con patatas salpimentadas a lo pobre, pedimos también una ensalada para todos los que estábamos ahí.

Cuando la cocina cerró ese día, eran las 16:30, más tarde de lo habitual.
Mi padre dejó las bebidas en una de las mesas dobles del centro y nos fuimos sentando. Era una fusión de cliente y camarero cuando iba ahí, porque con tanta confianza, aquel restaurante era como una segunda casa para él. Yo saqué mi móvil del bolsillo antes de posar mi culo en la madera, y lo puse bocabajo en la mesa, viendo de reojo que tenía un mensaje de Rafa.

Creo que llevaba tres días sin entrar a las redes sociales, porque desde que había obtenido el móvil de ese chico, ya no existía nadie más para mí en la red.

Mi hermano se traía unas miradas raritas con Marina, y mi madre me miraba de reojo a mí a la vez que a ellos dos, que estaban sentados uno al lado del otro y se reían tonteando con el cesto de las rebanadas de pan.

Porque sí, efectivamente, comíamos todos juntos. No éramos sólo clientes, éramos familia.

Le di un sorbo a mi Nestea, y con la insistencia de la vibración del móvil, que desde hacía días lo tenía siempre en silencio, las miradas de todos iban pasando de mi teléfono a mi cara. Hasta que Cristóbal saltó rompiendo el incómodo momento.

- ¿Es el novio que tienes por ahí?

- ¡Cristóbal! – Exclamé atragantándome casi con el té. – Ya sabes que estoy casada.
- Pues entonces será el maromo, ¿no le vas a contestar?
- Estará trabajando y habrá parado a comer. – Dije intentando esquivar la mirada de mi madre, que era muy lista y sabía que yo mentía.
- A ver cuando lo traes que le conozca yo. – Insistió.
- Uff, tiene mucho trabajo allí y alguien tiene que cuidar los animales que no me los puedo traer. – Pinché una patata y la llevé a la boca, a ver si con esa jugada me podría librar de responder a nada más.
- Déjame que le hable yo. – y se levantó de la mesa estirando el brazo para que le tendiera el móvil.
- No, no – Dios, estaba poniéndome de los nervios. – Que estará en el descanso y no lo quiero distraer, ya le responderé cuando comamos. Siéntate.
- Mujer, que a lo mejor es importante.
- Déjala, Cristóbal, que disfrute de un rato sin teléfono para variar. – dijo mi padre intentando echarme una mano. – Ha venido a desconectar, no es necesario que ningún hombre la marque.

Mi madre que era más lista que el hambre, sabía que yo estaba ocultando que no era mi marido, si no ese amigo que desde hacía días me tenía deambulando por la casa hasta las tantas. Cosa que ella había visto más de una noche, cuando se despertaba y echaba una ojeada al móvil y me veían en línea o mi último estado de conexión. Además, escuchaba como daba viajes y me escuchaba reír, aunque mi cuarto estuviera al final del pasillo en la punta opuesta, porque las paredes parecían de papel.

Mi hermano no se enteraba de nada, seguía a lo suyo riéndose como un bobo con Marina, la cual tenía una cara de estar colgada del chulazo de mi hermano, que no lo podía disimular. No era para menos.

No es porque sea mi hermano, pero ese morenazo de ojos verdes, 1,85 y cuerpo atlético, las traía locas.

Seguí comiendo, hasta que no pude soportar más la ansiedad y cogí el teléfono para ver que los mensajes no sólo eran de él, sino de mi marido.

Me sentí mal en ese momento porque sentí cierta… desilusión. ¿En qué momento había pasado a ilusionarme más por un tío de internet que conocía desde finales de septiembre, a mi marido que conocía desde hacía más de 14 años? No tenía el más mínimo sentido, y eso era lo que perturbaba a mi madre cada vez que me veía con una sonrisa de subnormal en la cara y veía que hablaba con mi nuevo amigo, y no con mi pareja.

Acabamos de comer a las 17:15 pasadas, ayudé con mi madre a Micaela a recoger la cocina y cuando nos tomamos el café antes de irnos, me dijo que la acompañara al baño.

- ¿Sigues hablando con tu amigo? – Me soltó de sopetón mientras se subía las bragas y yo me miraba en el espejo, a su vez mirándola a ella.
- Sí. – Me lavé las manos con el gel de frutas tropicales y me sequé con papel. - ¿Por qué me da la impresión que no te parece eso bien, mamá?
- Alma, ya eres adulta y tú tomas tus propias decisiones.
- ¿Pero? – Sabía que habría alguno.
- Tu cara no es la de un amigo normal.
- ¿Qué dices mamá?
- Que estás enchochada, hija. – soltó después de lavarse las manos, como había hecho yo antes.
- ¿Yo? – Pregunté muy ofendida. - ¿Es que no puedo tener amigos?
- David es un amigo, este no lo es.
- Mamá, David supera todos los niveles y la cúspide de amistad, este es otro tipo de amigo.
- Sí, de los que terminan dando problemas.
- ¿Qué clase de problemas? – Abrió la puerta después de secarse las manos y me invitó a seguirla.
- Los que irás viendo tú si no haces caso a tu instinto y a mis avisos. No eres tonta. – Me miró antes de bajar por las escaleras. – Vamos a casa anda.

Durante el paseo de vuelta a casa, mis padres iban de la mano, y mi hermano y yo detrás, con el móvil en la mano cada uno. Él sonriendo como un bobo, seguro que estaba encoñado de Marina y hablaba con ella.

Al pensar esto me dio un vuelco el corazón, ¿era eso lo que estaría pensando mi madre de mí con Rafa? ¿Esa era la imagen que yo daba? ¿Estaría encoñada yo y no me había dado cuenta? Era lo mismo que me insinuó Cristina aquella noche en el bar bonsái.

Llegamos, mi madre abrió con su llave y subimos uno detrás de otro, quedándome yo la última para cerrar la puerta de la calle.

Al entrar, mi madre estaba buscando a Manolo, porque no era habitual que no los esperara en la puerta y ella se preocupó.

- ¡¡¡Manolo!!!
- Leonor, ya aparecerá, estará dormido en algún lado. – Dijo mi padre.
- ¿Y si se ha escapado por el patio como aquella vez que se metió en casa de la vecina? – Estaba mirando por todos lados, y el gato no aparecía. – ¡¡¡Manolo!!!

Estuvimos un cuarto de hora buscando al gato, hasta que mi madre, al borde del ataque de nervios, fue a cambiarse el calzado al lavadero, donde estaban los calzados de todos, para salir a buscarlo, ya ataviada con un chándal, dispuesta a remover el pueblo entero para buscar a su gato Manolo.

- ¡¡¡Ay dios mío!!! – Gritó. – Venid aquí que lo he encontrado. ¡Ay mi Manolo, angélico mío!

Yo al escuchar a mi madre en ese estado, ya me temía lo peor. Que el gato se había comido los polvos de detergente de la lavadora, que se había bebido la lejía o el suavizante, que se había tirado por la terraza al patio de abajo, que había pasado lo peor de todo. Que Manolo había estirado la pata.

- Manolo, mi niño. – Escuché a mi madre lastimosa, como si tuviera una pena muy grande que no podía contener.

Cuando entramos nos la encontramos de pie, al lado de la secadora con Manolo en brazos, estrujando y acosando a esa pobre bola de pelo negra, y rozándole la cara por su cabeza.

- ¿Está bien? – Logré decir cuando conseguí respirar como una persona y no como una serpiente con sinusitis. – ¿Mamá?
- Sí que está bien, sí. – Ella seguía aferrada al gato a punto de llorar, y lo llevaba de vuelta a la cocina poniéndolo sobre la encimera. – Estaba dormido en la secadora, animalico, lo vería ahí calentito y tenía frío.
- Este gato nos va a matar de un infarto cualquier día a todos. – Mi padre se ponía la mano en la frente, resignado.
- Esta mañana me lo encontré en el lavabo cuando fui a lavarme la cara.
- Si hija, es que ya no sabe cómo echarte de su casa. – Abrió la nevera y sacó la bolsa con las gambas. – Nosotros pagamos la casa y el gato se adueña de ella. Cada día busca un sitio nuevo, es como los francotiradores, cambia de posición para que no lo detecte nadie.

Mi madre, que ya había pelado 4 gambas para Manolo, se las ponía hechas trocitos en un plato de porcelana pequeño donde le solía poner los caprichos. Además, le rellenó un cuenco con leche sin lactosa, para que no desarrollara intolerancia.

Mi madre me recordaba a mi abuela, la cual le pelaba el lenguado cocido a su siamés, para que este no se encontrase con espinas, y le iba a comprar jamón cocido bajo en grasas, para que el gato no le tuviera en cuenta cuando salía a hacer las compras por la mañana.
Aquella escena, y aquellos recuerdos, me hicieron pensar y deducir que en mis genes animalistas había sangre de ellas dos, por lo que así me vería en un futuro. Pero fui consciente de que eso ya estaba pasando, cuando me partía el lomo limpiando escaleras para que mis Borjamaris tuvieran su pienso de calidad y sus caprichos.

Después del susto de la secadora, mi padre se fue a echarse un rato y mi hermano se cambió de ropa y se fue sin decir ni mu.

Yo me fui a mi habitación a coger el libro para tirarme en uno de los sofás y leer un rato. Mi madre sin embargo se puso a preparar una fuente de gachas con cuscurrones y almendras fritas que casi hace que vaya levitando a la cocina.

- ¿Me las puedo comer ya? – Me asomé a la puerta y puse carita de pena.
- No, espera a la noche que se enfríen en condiciones.
- Pero mami…
- ¡Que no!

Y seguí leyendo. Bueno, haciendo el amago. Mi móvil no paraba de sonar y yo de responder todo el rato, minuto por minuto, a Rafa.

Rafa
Me he acordado de ti esta tarde.

Alma
¿Y eso?

Rafa
He visto una chica muy parecida a ti cuando he ido a comprar, y por un momento pensé que eras tú.

Alma
A ver si es que tengo un doble… pues espero que no me cambies por ella: P

Rafa
Jamás. Yo te quiero a ti.

Y aquello me pegó un pellizco en el estómago que me hizo abrir la boca y soltar un suspiro. Mi madre que estaba al lado me miró, y yo por el rabillo del ojo la vi. Es más, sabía que si la miraba directamente me saltaría retomando la conversación que tuvimos en el Camarón.

Alma
Yo también te quiero a ti.

¡Danger! ¡Peligro! ¡calavera con dos palitos!

Una parte de mí, la lógica, preguntó a la instintiva, porqué había dicho eso. Mientras tanto, mi madre seguía mirándome de reojo mientras cosía un pantalón de mi padre que le había comprado hace unos días.

Al final, cogí y me fui para mi habitación, mientras seguía hablando con él, centrándome solo en él, en hablar con él, en reír con él, y en ¿obsesionarme con él?

Alma
¿De dónde eras?

Rafa
De ningún sitio que suponga un problema para verte.

Capítulo 8

T.N.T (AC/DC)

Rafa se resistía a decirme de donde era, por lo que había dos únicas opciones.
La primera y la que sería un problema es que viviera cerca de mí. La segunda, que estuviera muy lejos y que estuviera tan interesado en mí como en mi imaginación yo fantaseaba, como para venir a verme. Lo cual también sería otro problema.

Aquella mañana me levanté a las 10 y algo y me fui a desayunar a la cocina aún en pijama, sólo con la bata por encima para apaciguar el frío que hacía aquel diciembre.

En los últimos años, no sabía si era cosa mía o no, pero notaba las temperaturas más locas que años atrás, y este año en Jaén estaba el frío disparado. Aquello parecía el polo norte. Y me pasaba las horas que podía pegada a la chimenea con el gato en mis pies.

Pero como estaba sola en casa y yo no tenía idea de encenderla, me tocaba o ponerme la bata o poner el radiador, y este último me daba pereza de pensar en lo que iba a tardar en caldear la sala, y además el posible dolor de cabeza que me daba tenerlo más de una hora puesto.

Le mandé un mensaje a Mónica a ver si sabía algo de Rafaela, ya que quedó en avisarme, pero lo último que me dijo es que se había quedado ingresada en observación.

Alma
Buenos días, ¿aún nada de mi abuelilla?

Moni

Hablé con su hija esta mañana. Me dijo que seguían en planta, ingresada, y que todo apuntaba a una subida de tensión y un poco de anemia. De ahí las arritmias que tuvo. Al tener problemas de corazón, la anemia le afecta más a las arritmias porque tiene que hacer más esfuerzo o no sé qué más me explicó.

Alma

¿Pero estaba comiendo bien? Joder, espero que se ponga pronto mejor y se vaya para casa. Esa mujer necesita la tranquilidad de su hogar, no un sitio donde estar desorientada.

Moni

Te iré diciendo. ¿Has pensado ya lo de quedarte más tiempo y cuánto va a ser?

Alma

Tengo que hablar con mi marido, no creo que le haga mucha gracia que me quede aquí más de lo que le dije, no si eso conlleva pasar las navidades sin mí.

Moni

Tiene que entenderlo tía, es tu familia y tu espacio.

Alma

Ya… pero no sé, ya veré como lo hago.

Le mandé un mensaje a Israel, intentando tantear el terreno, con una foto mía un poco provocativa. Pero como era lo obvio en él, me dijo un simple “muy guapa” sin más profundidad ni historias.

Aquello siempre me sobrepasaba. Yo no era una chica que se sintiera la más deseada del planeta, de hecho, estaba más bien por debajo del montón pobre, si es que se nos puede catalogar a las mujeres por montones como si fuéramos fruta de distintas clases, pero para que me entendáis… yo no entraba en la categoría de gran mujer físicamente, nada destacaba de mí salvo mis curvas las cuales me acompañaban desde hacía mucho tiempo y que aumentaron hace más de una década, cuando me casé y empecé a engordar por haberme acomodado y bajo la insistencia de mi chico de que yo estaba divina.

Te confías, comes porque él te invita, que si planes juntos, que si celebraciones, salidas, cenas, comidas, y terminas con 4 tallas más de pantalón en lo que canta un gallo.

Aún así siempre había aceptado mi cuerpo y siempre me había querido, porque si no me quería yo nadie lo iba hacer. Y aprendí muy de jovencita, que la belleza y el amor provienen desde dentro, el envoltorio siempre se desgasta, envejece y se termina desechando, pero nuestro corazón y mente es lo más valioso que tenemos las personas.

De hecho, cuando tenía 16 años buscaba que los demás me aceptaran, sin embargo, no supe ver lo más importante, y era aceptarme yo misma, ya que después de todo, es con nosotros mismos con los que vamos a estar toda nuestra vida, la gente viene y va, y quien te quiera lo hará independientemente de lo que diga una báscula.

Aunque los kilos nunca habían sido un impedimento para encender a mi chico y sacar a relucir mi sensualidad y erotismo. Sabía cómo posar y actuar con él, como provocarle, aunque esto en la distancia era cada vez más difícil. Sin tocarle o verme delante con sus propios ojos la cosa se complicaba.

Me metí en la ducha y dejé el móvil en el lavabo momentáneamente. Abrí el grifo y esperé que el agua estuviera lo bastante caliente como para enrojecerme la piel y me rocié con ella. Después dejé la alcachofa de la ducha en la pared y cogí la esponja donde eché el gel de fresa y nata de mamá. Me enjaboné y me sequé las manos con la toalla que llegaba desde la puerta y cogí el móvil.

Hice algunas poses para sacarme fotos donde se veían mi boca, mis pechos cubiertos de espuma y mi culo, donde goteaba agua y gel. Se las mandé.

Dejé el móvil donde antes y seguí duchándome, sintiendo la tentación de mandarle una foto de aquellas a Rafa… ¿qué diría él? ¿Le molestaría o le gustaría? ¿Me ignoraría o se sentiría incómodo?

Seguí lavándome el pelo y me aclaré, cuerpo y cabeza. Abrí la cortina y eché mano de la toalla, mientras en mi mente rondaba la idea en bucle de mandarle ese tipo de fotos a un tío que no era mi pareja. ¿Tampoco se veía nada explicito no? Sólo espuma y algo insinuante, nada más. Pero si era tan normal e inocente, ¿por qué le estaba dando tantas vueltas yo y me comía tanto el tarro? Me anudé la toalla y salí de la bañera y me quedé fijamente mirándome al espejo del tocador.
¿Qué me pasaba? ¿Por qué pensaba aquello de esa manera? Con él.
Miré al móvil y no recibía respuestas de Israel, estaría trabajando.

Mandé un wasap a David, pidiéndole que cuando estuviera más suelto del trabajo me llamase, que tenía que hablar con él.

Iba siendo hora de contarle lo de Rafa, aunque sólo fuera un poco por encima y ver qué opinaba él de manera ajena a todo aquello.

No estaba aún seca y seguía con la toalla blanca anudada en el pecho, cuando David me llamó.

- ¿Qué ocurre?
- Nada, no pasa nada. – Le tranquilicé. – es que quería hablar contigo.
- Sonabas muy seria, ¿seguro que estás bien? – Le escuchaba teclear de fondo. Seguía trabajando.
- Tengo que contarte algo que no te he dicho porque no le he dado importancia. – Me quité la toalla y cogí la crema que me había llevado yo de aloe vera. – Conocí a alguien hace unos meses y…
- ¿Alguien? ¿A qué te refieres? - Escuché el silencio. Lo cual me advertía que estaba más atento de lo normal.
- A un amigo. Un tío por twitter. – Dije despacio, pensando muy bien lo que iba a salir de mi boca para que no se mal interpretara. – Es buen chico, nos llevamos bien, hablamos mucho.
- ¿Cuánto le conoces?
- Lo bastante para saber que me hace reír y me lo paso bien.
- ¿Pero…?

- Mi madre cree que puede traer problemas, y Cristina dice que sonrío como una gilipollas.
- ¿Sabe que estás casada?
- Sí, sí. Además, que no quiere nada conmigo.
- ¡Ja!... no te confíes…
- Sabes de sobra que puede haber una amistad entre un hombre y una mujer.
- Sí, pero no conozco a ese hombre y te conozco a ti como mujer, para saber que puede pensar cosas y montarse su película y colgarse de ti.
- ¡Qué va! – tenía el teléfono entre el oído y el hombro y se me estaba escurriendo, mientras yo me echaba la crema. – Sólo somos amigos.
- ¿Y entonces cual es el problema?
- Ninguno.
- Alguno habrá para que hayas tardado meses en decírmelo.
- Porque… - Esa era una pregunta a la que yo le daba vueltas constantemente. - No ha salido el tema y no le di importancia.
- No te creas todo lo que te dicen, Alma.
- Que no… – Refunfuñé, porque parecía que me veían cara de tonta. – es sólo un amigo.
- Y bueno, ¿Cómo está Rafaela, sabes algo de ella?

Le conté lo que me había dicho Mónica hacía un rato y también le conté que tenía pensado decirle a Israel lo de mis vacaciones alargadas.

- Esta mañana le mandé una foto un tanto provocativa.
- Que suerte tienen algunos.
- Pues se ve que no tanta, porque me dijo “muy guapa” y a las siguientes que le he mandado no me ha hecho ni puto caso.
- Mujer, estará trabajando.
- Ya… - Pero no soné muy convencida. Por muy ocupado que estés, miras el móvil a cada momento y puedes responder un algo. - ¿Y tú como vas de trabajo?
- Pues llevo un rato liado con unos códigos que no salen.
- Cualquier día te vas a volver loco.

- Eso si no me he vuelto ya.

Cuando le colgué, ya me había puesto el pijama, no tenía pensamiento de salir ese día, en lugar de eso, aprovechando que era viernes y que mis padres vendrían en unas horas, iba hacer un arroz mixto, con gambas y pollo.

Antes de ponerme manos a la obra volví a mirar el WhatsApp, el cual miraba constantemente, parecía que estaba en línea 24 horas como las farmacias de guardia. Tanto era así que tenía el patrón de desbloqueo por huella dactilar a los 30 minutos, y desde que estaba en Jaén, no lo había usado casi nunca.

Vi que tenía varios mensajes de Rafa por responder, que había ido aplazando. Porque si le decía “estoy en la ducha y mojada” parecía más propio una invitación a que se metiera conmigo ahí, que al hecho de que me dejase un rato a solas.

Así que le respondí a su comentario de que tenía pensado hacer hoy.
Mientras le escribía y pese haber pasado ya más de una hora, esperaba que Israel me hubiera respondido, pero no fue así. Vi su último estado en línea, pero no me había contestado, por lo que las fotos las había visto pero no le había dado la gana de decirme nada.

Herví por dentro. Volvía hacer lo de otras veces, ver fotos mías pidiendo a gritos atención de su parte y el ignorándome.

Así que, por instinto en pleno brote de enajenación mental, le mandé la foto en la que salían mi boca y mis pechos enjabonados a Rafa.

Al instante me puso varios iconos y me dijo algo que me hizo imaginarlo y estremecerme mientras lo hacía.

Rafa
Quien fuera gel para recorrerte así el cuerpo

Alma
Jajajajaj anda ya

Rafa

Anda ya los 40 principales. ¿Pero tú ves lo que estoy viendo yo?

Alma

Pues claro, si me he visto en directo

Rafa

Y qué pena no haberlo visto yo

Que aquel tío me dijera eso sin poder tenerme delante y que mi marido, que llevaba viviendo conmigo, tocándome y follándome años, me ignorara… me tocó el ánimo y la moral.

Uno me lo bajó, el otro me lo subió, acelerándome hasta el pulso.
Subí la foto a mi Instagram, en mejores amigos donde le tenía a él, y me reaccionó a la historia. Y entonces la curiosidad me envolvió de golpe y entré en su perfil, cosa que antes no había hecho en todo este tiempo, ya que siempre estábamos hablando por WhatsApp y me daba igual lo demás, pero ahora, sentía esa necesidad de saber más de él. De cómo era él.

Cotilleé por su perfil bajando hasta la primera entrada, y empecé desde ahí a subir, observando una por una sus publicaciones desde hacía varios años.

Animales, juegos, tatuajes… una punzada de celos a la que no quería atender se me clavó en el pecho cuando vi a una mujer que supuse que sería su ex.

Seguí subiendo hasta que le vi a él. Físicamente era como lo imaginaba por sus explicaciones. Alto, moreno, barba…y estaba bastante fuerte. Menos mal que no era el típico deportista que sufriría una embolia conmigo y mi nula práctica de deporte, si no estaría perdida.

Tan emocionada estaba dándole para arriba, que no me di cuenta que se me escapó un Me gusta hasta que fue demasiado tarde. Mierda. Iba a saber que habría estado stalkeando su perfil. Qué vergüenza.
Estaba en plan *Joe Goldberg* con Beck, como una enferma acosadora y posesa.

Salí, y me llegó un wasap de él diciéndome un “¿me has estado mirando el perfil?” A lo que tardé en responder intentando encontrar una respuesta que no dejase mi dignidad y vergüenza en mal estado.

Fui a la cocina entonces y saqué las verduras y el pollo de la nevera para hacer el caldo del arroz.
Mientras troceaba las verduras y sofreía el pollo, tenía a Manolo dando vueltas por la cocina, a ver que se caía para poderlo pillar. Que le gustaba comer a este gato como si no hubiera mañana era un hecho.
Me lavé y me sequé las manos para coger el móvil y mandarle un mensaje a mi madre, diciéndole que hoy haría yo de comer y lo que iba a ser.
Me mandó varios stickers curiosos, como siempre hacía mi madre, la moderna. Más que yo, de hecho.
Y mientras el sofrito se hacía fui poniendo una olla con agua a calentar. Después me fui al salón y me senté mirando el móvil con la tele puesta por inercia, pero sin hacerle mucho caso.

Manolo se acostó en el balcón a tomar el sol, mientras que yo no le quitaba ojo para evitar que hiciera un número de escapismo como hizo Sean Connery en la Roca. Seguí hablando con Rafa, como cada día, a cualquier hora, siendo escasos los momentos en los que estaba separada del teléfono.

A estas alturas tenía tal obsesión, que llevaba siempre el cargador cuando salía de casa por si en casa de alguien o en algún lado, me quedaba sin batería. Cargando a tope hasta el último momento, y llegando incluso a meterme en un baño público a cargarlo por tener la batería baja y creer que se me iba a apagar.

Hoy día soy más consciente del grado de ansiedad, que, sin darme cuenta, tenía con y por él. Como el móvil absorbió mi mundo, mi vida, privándome hasta de entablar alguna simple conversación virtual o real con alguien que no fuera Rafa.
Cristina no paraba de mandarme mensajes, cada cual más soez que el anterior.

Cris
Pero contéstame, cacho puta. ¿Salimos esta tarde?

Pero yo no respondía. Y mucho menos quería salir. Porque hacerlo supondría que no podía dedicar tiempo al móvil ni a Rafa, y tendría que estar centrada en otras cosas.
Y también estaba el hecho, de que mi amiga no era tonta y me volvería a sacar la conversación del tío que me hacía sonreír.
Estaba demasiado ocupada hablando de chorradas y tirándome los trastos con Rafa, mi único ser en el mundo.

Cuando me dijo que iba a tardar un rato en hablar porque tenía trabajo que hacer, tampoco me puse a responder los mensajes pendientes de mi amiga u otras personas, no.

En su lugar me dediqué a releer la conversación con Rafa, imaginando en mi cabeza, ahora que tenía constancia de cómo era físicamente, cada escena que me había dicho y rememoraba en mi mente.

Tan absorbida estaba que no me percaté de que Manolo estaba subido en lo alto del mueble donde mi madre había puesto las flores que le regalé, y estaba más contento que unas castañuelas intentando comerse una margarita. Hasta que lo pillé infraganti y grité “¡¡¡Manolo!!!” Y el gato echó a correr tirando el jarrón y cayendo el agua por el mueble en cascada.

Por suerte no pasó a más. El jarrón no se rompió y las flores seguían dentro de él, sin embargo, iba a tener que estar un rato secando aquello.

Fui a por un trapo a la cocina y removí el sofrito cortándolo del fuego. Volví al comedor a secar lo que el gato había provocado y mientras tanto, mi móvil volvió a sonar.

No hacía falta mirar para suponer quién era. Ya que, desde hacía meses, y sin haberme dado apenas cuenta, mi nueva ilusión era que un mensaje me llegara. Se me ponía cara de idiota, sonreía, iba con un entusiasmo e ilusión a mirar la pantalla para ver si era de quien yo esperaba, creándome adicción.
Efectivamente era él, porque le di a la pantalla con el meñique que tenía seco, y vi su nombre en la ventana del WhatsApp.

Seguí secando a toda velocidad deseando terminar rápido para poder contestarle. Porque desde el momento que un mensaje me llegaba, yo no podía evitar responder al instante para que así, él también me contestara y seguir charlando durante horas sin parar.

Cuando pasé el sofrito por el chino y lo eché en la olla para que rompiera a hervir, saqué las gambas de la nevera y las empecé a pelar.
Tenía a Manolo a mis pies con la cabeza mirándome y los ojos clavados en las gambas y en mis manos. El tío ahí, más tieso que un garrote y que no decía ni miau. Parecía una alcayata.

Sin embargo, pudo ver a la perfección como le tiraba un cacho de gamba al suelo. Muy tonto no era no, pese a estar estático, se dio cuenta rápido de que la comida caía a su lado. Cuando acabó y la masticó, saboreándola, delicadamente y con esa educación, se puso de pie y con sus patitas negras en mi muslo me pidió más.
Intentaba darme pena, pero es que era una bola de pelo negra y no pasaba por un gato que estuviera pasando hambre precisamente.

Tenía la comida hecha, yo estaba en el sofá viendo la tele, cuando mi madre subió por las escaleras seguida de mi padre y mi hermano. Le di un beso y me fui hasta la cocina a echar el arroz y mientras puse la mesa.

Había esperado a que ellos llegaran para que no se pasara. Durante la comida tuve que hacer esfuerzos sobre humanos para no mirar el teléfono cuando sonaba la vibración. Mi madre me miraba de reojo, luego mi padre, y mi hermano resoplaba cada vez que el móvil vibraba. Mi familia me conocía, y sabía de sobra que no era mi marido. Otras veces había estado allí sola, y ni por asomo tenía ese enganche al teléfono.

Aún así, no miré hasta que quité la mesa y me metí en la cocina mientras ellos acababan, solamente para estar mirando el móvil y responder a los mensajes con una sonrisilla de idiota que me pillaba toda la cara.

Al final quedé con Cristina para ir a dar un paseo por el pueblo. Estábamos en esa época en la que empezaban a adornar las calles con diseños navideños y poniendo luces y accesorios por todos lados.

Adoraba la navidad, era mi época favorita del año y disfrutaba de esos momentos tan especiales, íntimos y bonitos en familia.

Recorrimos la entrada del pueblo y dimos la vuelta para hacer el recorrido opuesto, metiéndonos en aquel bar de las tapas que tanto nos gustaba.
Pedí vino y ella una coca cola light, además de la tapa de caracolas de hojaldre con carne de membrillo que nos pusieron. Buenísimas. Pero no echamos mucho ahí, y tras tomarnos 3 cosillas cada una, nos fuimos a un pub cerca de mi barrio donde nos metimos entre el jaleo de la música para ponernos al final de la barra, esperando a que el camarero nos atendiera.

Estaba a rebosar, por ser viernes, y tuvimos que repetir varias veces alzando nuestro tono de voz lo que queríamos. Cuando nos pusieron el puerto de indias con seven up en la barra cogimos la copa y el platito de frutos secos y nos fuimos a una mesa un poco apartada de las demás, lejos de la entrada.

El local tenía mesas de madera altas con banquetes del mismo material, muy rustico. En las pareces colgaban cuadros de cantantes del rock clásico similares a los del bonsái, y en la parte final de la sala había una tele enorme que pillaba casi toda la pared, donde salían varias canciones de karaoke que hacían reír a muchos de los allí presentes.
Gente con más de dos y tres copas de más, sostenían un micrófono en la mano y berreaban como gatos huyendo del agua, mientras sus amigos les insistían en que cantaran una más que había quedado fetén.

Cristina y yo mirábamos muertas de risa e intenté grabar sin que se viera mucho la cara para ponerlo en mi Instagram, el cual tenía bastante abandonado, pero preservando la identidad de los protagonistas.

Sonaba *Después que te perdí de Enrique Iglesias*, y lejos de escuchar aquella voz sensual y juguetona que te invitaba a la melodía que le acompañaba, escuchábamos gargajeos de gente que estaba ya con una borrachera impresionante.

Imitando a la perfección cómo cantan los gatos a las 3 de la mañana en lo alto del tejado en pleno celo, peleándose por la hembra,

Mi móvil sonó, y vi una interacción a mi historia en Instagram de parte de Rafa. Ponía un icono con lágrimas de risa y me mandó una foto de él tumbado en el sofá, de cuello para abajo donde se apreciaba perfectamente su cuerpo bajo la ropa, con un mensaje que decía:

xXSlayersXx
tu pasándotelo bien y yo aquí tan solo.

Leí entre líneas, y le respondí.

AlmaOrigami:
si estás solo es porque tú quieres.

Y dejé el teléfono bocabajo en la mesa. Di varios tragos a la bebida, mientras Cristina me contaba el último lío que tuvo.

- Así que después de pensármelo varias veces al fin me decidí y fui a hacerme aquel tatuaje que tenía ganas desde hacía tiempo.
- ¿Y qué pasó? – Cogí unos cuantos frutos secos del platillo.
- Pues que habíamos estado tanto tiempo tonteando por la red, que cuando nos vimos nos moríamos de vergüenza. – Dio un trago a su bebida.
- ¡Pero tía! – Exclamé acompañándola en un brindis. - Por nosotras.
- ¿Qué quieres que haga?, el tío está de toma pan y moja y encima que me hacía un favor, me rebajaba el precio.
- No jodas que te has vendido por un tatuaje.
- No, no. – Puso cara de horror. – Le dije que si accedía a que hubiera algo entre nosotros sería con la condición de que me pusiera el mismo precio que a todas, que no quería sentirme una putilla barata y aprovechada que se vende por tinta.
- Bueno, ¿me dices que pasó al final o deduzco que follásteis?
- Pues el caso es –Dio varias vueltas alargando la confesión. – que hemos quedado este fin de semana en irnos al campo de unos amigos de él. Así que igual suena la flauta y bueno… ya sabes.

- O sea, que aún nada. – Vi por el rabillo del ojo como mi móvil vibraba y volví la vista a mi amiga.
- Nos liamos, pero sin folleteo. – Se me quedó mirando cuando cogí el teléfono.

Vi su respuesta y se me deformó la cara en una sonrisa, mientras que un millón de mariposas que creí muertas hacía tiempo, volvían a tomar el vuelo en mi estómago.

xXSlayerxX
Preferiría estar contigo, pero no puedo, jajajaja

- Y tú, ¿Me vas a decir quién te tiene esa cara de boba y de que te ríes? – Yo estaba tecleando, ajena a mi amiga que me estaba haciendo aspavientos con la mano. – Alma, tía.
- ¿Qué? – La miré parpadeando varias veces. – Perdona es que estaba…
- Ya – Puso los ojos en blanco. – Estás que no estás. Ten cuidado.
- ¿Con qué? – Bloqueé el móvil. – No seas igual que mi madre.
- ¿Qué te ha dicho ella?
- Pues que tenga cuidado, igual que tú.
- Estás enganchada al móvil, no hay momento que lo sueltes.
- Eso es mentira. – Puse morritos. – Llevamos un rato hablando y lo acabo de mirar.
- Y lo tenías en cuenta. – Bebió un trago. - ¿O crees que no soy consciente de que estabas mirándolo de reojo?

Levanté los hombros en un gesto de despreocupación y bebí de mi copa, intentando evitar la mirada inquisidora de Cristina.

- ¿Desde cuándo? – Pero ella no se dio por vencida.
- ¿Desde cuándo qué? – Me hice la inocente.
- Qué desde cuándo llevas hablando con él.
- ¿Por qué supones que es un él? – Clavó sus ojos oscuros en mí. – Unos meses, pero sé lo que me vas a decir.
- Ah, ¿sí? – Se cruzó de brazos.
- Es sólo un amigo con el que me lo paso bien.

- ¿Puedo leer vuestra conversación?
- Qué cotilla eres. – guardé el móvil en el bolso. – Es privado.
- ¿Desde cuándo algo es privado para una amiga?
- Enserio, Cris, déjalo, por favor.

Mi amiga alzó las palmas en son de paz, avisándome que me dejaría tranquila, pero advertí en su silencio que no estaba satisfecha y que por mucho que estuviera un rato en una conversación de parcas palabras, más tarde o cuando tuviera ocasión, me haría otro interrogatorio.

Fui hasta la barra cuando nuestras copas se vaciaron, como si tuvieran un agujero minúsculo en la base del cristal, y pedí un par más. Esta vez en lugar de frutos secos pusieron gominolas.

Cuando llegué a la mesa con todo como pude, las serví y me senté, cogiendo algunas chuches y echándolas en la bebida para que se emborracharan de ginebra.

Evitamos el tema de Rafa, sin embargo, yo seguía mirando el chat cada vez que iba al baño, lo cual hacía más a menudo de lo normal y no porque me hiciera pis.

Miré mi último mensaje de Instagram y le contesté por WhatsApp.

Alma
Si por mí fuera y la distancia lo permitiera, te habría visto ya:P

Rafa
Dime día y hora que voy ipso facto.

Un nudo se instaló en mi pecho, y me retorcía, me inundaba, me llenaba de dudas y posibles pensamientos. Una imagen flash de Rafa abrazo a mí, dándome un beso en la cara, acariciando mi mejilla, mirándonos a los ojos.

Me miré en el espejo y decidí echarme agua aún con los labios pintados. ¿Qué hacía yo pensando aquello? ¿Por qué?

Cuando fui hasta la mesa poco después me encontré a Cristina con su teléfono, hablando con Jaime, el tatuador.

- Luego dices que yo soy la que está con cara de boba sonriendo. –Se la tiré.
- Sí, pero yo no estoy casada. –Me la devolvió con rebote.
- Has ido a hacer daño, cabrona.

Nos reímos, seguimos bebiendo y al cabo del rato el ambiente se puso las pilas, elevándose la música y los ánimos, empezando la pista de baile a llenarse de la multitud de gente que tenía nuestra edad, unos pocos más arriba o más abajo.

En ese pequeño pueblo tan tranquilo, había varias discotecas o pubs, y en ellos parecía haber una cuestión de territorios por edades. Había algunas que era prácticamente para adolescentes y veinteañeros, y otros como en caso de la bahía, el local en el que estábamos, tenía un público de los 30 para arriba.

Se respiraba un gran ambiente y mucha tranquilidad en cuanto a buen rollo. No faltaba el típico borracho que está armando follón o rompiendo una copa, por supuesto, pero en general se podía echar un buen rato sin tener a niños de papá dando el espectáculo con las pijadas.

Aquella noche me puse un vestido negro de escote palabra de honor con transparencias en brazos y partes del pecho. Llevaba también unas medias enfundadas en unas botas negras de tacón, y encima una chaqueta de cuero roja. Me había alisado el pelo y lo llevaba suelto en mi melena que estaba tomando longitud, y no me pinté nada más que los labios.

Cristina iba guapísima. Casi siempre con vaqueros de algún tipo, esta vez eran unos desgastados y rotos con rejilla en la zona de la ingle que dejaba claro que no llevaba ropa interior, y arriba una blusa anudada por encima del ombligo. Ella llevaba una chaqueta de cuero negra, su pelo rojo por la cintura suelto, y se había maquillado los ojos con raya y sombras de colores que combinaban con su ropa.

En los pies siempre apostaba por algún tipo de zapatillas de esas enormes y de marca que llevaban la mayoría de influencers de instragam ahora. Su estilo siempre había sido un poco gamberro, mientras que el mío pasaba por distintas etapas dependiendo de mi ánimo, como me veía, o la situación, sin llegar a encasillarme en uno en concreto.

¿Qué era diciembre y hacía frío? Sí. ¿Qué íbamos que lo rompíamos? También.

Nos echamos una foto juntas con la copa en la mano y sacando la lengua, y la subí a Instagram, etiquetándola.

Pocos segundos después mi móvil sonó y supe que Rafa lo había visto. Pues tenía un wasap de él con el link de mi publicación y con muchos iconos de corazones, diciéndome lo guapísima que estaba y lo feliz que me veía.

Nuevamente se me puso una sonrisa en la cara que no me podían borrar ni con una paliza, a lo que Cristina saltó. Le indiqué con la mano que dejara el tema o iba a rajarle el cuello ahí mismo, y le enseñé solo el final del mensaje.

- Que mono… - Pero se calló, y sé que pensaba algo más.
- ¿Pero?
- No sé, Al… tu verás.

No quise darle más vueltas de las necesarias a aquello, no quería ni plantearme si estaba haciendo mal ¿Por qué? ¿Por hablar con un amigo? Me levanté y me fui al baño y cuando cerré la puerta me subí el vestido dejando parte de los muslos al aire tras las medias que no llegaban a subir, saqué un hombro de la chaqueta y puse morritos, me saqué una foto y se la envié, a Rafa que estaba en línea.

Rápidamente vi su escribiendo, me planteaba que diría cuando vi muchos iconos.

Rafa
Estás preciosa, Alma.

Y me derretí. Estaba aumentando el nivel de gilipollismo con él y cada cosa que me decía me atontaba más que la anterior.
Le mandé otra, apoyada de cara en la puerta y con el vestido casi subido por el culo, faltando solo unos centímetros para que éste se viera.

Rafa
Madre mía, yo te veo así y no respondo.

Y aquel mensaje me hizo recordar nuestra charla tiempo atrás. Me coloqué el vestido con el subidón de ego que me dio y, que el alcohol empezaba a calentarme la sangre, y volví con mi amiga a la mesa. Cuando llegué se inclinó en el asiento y me dijo muy cerca de mi cara algo que me hizo inquietarme.

- Mira esos dos de ahí. – Miré por encima de mi hombro. – Pero disimula, tía.
- ¿Qué? ¿Qué pasa? – Yo había girado el cuello de tal manera que mi visión parecía la de un camaleón.
- No paran de mirarnos desde hace un rato.
- Pues que miren, déjalos, si es gratis.
- Yo creo que quieren algo.
- Sí. Beber como nosotras hacemos.

Entonces la vi levantarse e ir a la barra a pedir una copa más. Fui hasta allí para acompañarla y el camarero cuando nos las puso, nos dijo que esas estaban pagadas, que invitaban los chicos del fondo. Seguimos su mano y comprobamos que eran los mismos que había dicho Cristina.

Al volver a la mesa con ellos mirándonos y nosotras sonriéndole, yo me puse a hablar con Rafa diciendo que unos chicos nos habían invitado a una copa a ambas. Y le pasé foto con la frontal de forma disimulada de ellos, que estaban detrás de mí.

Rafa
A ver si me voy a poner celoso… no te separes de tu amiga

Alma

A mí solo me interesa hablar contigo

Rafa
Qué pena que sólo sea hablar

Alma
Bueno, igual alguna cosilla más…

Pero no pude ver que me respondía tras su escribiendo, porque Cristina me volvió a la realidad presentándome a los chicos. Los cuales nunca volví a ver porque no tenía el más mínimo interés.
Estuvimos un rato hablando de los trabajos de cada uno sintiéndome desubicada y con miradas extrañas cuando les dije que estaba casada y el tiempo que llevaba. Sorprendidos, dejaron de mostrar interés en mí y se centraron en mi amiga.

Al poco rato les corté el rollo y le pedí a ella que me acompañase a casa, que yo llevaba una cogorza como un piano y a saber dónde terminaría.
Pese a que el camino fue corto, iba haciendo eses cual borracha adolescente y cuando intenté meter la llave en la puerta, aquella cerradura giraba mucho sobre sí misma. Me quité las botas con ayuda de Cristina para subir las escaleras y nos despedimos.

Cuando llegué no vi ni a Manolo enroscado en las brasas de la chimenea, entre lo negro de uno y otro se camuflaba bien, me fui directamente a mi habitación.

Seguía hablando con Rafa, como no, al que le había confesado en alguna ocasión que beber me enciende la sangre y me envalentona.
Con sus piques y mis insinuaciones, terminé desnudándome mientras me hacía una sucesión de fotografías, cada vez con menos ropa, hasta que, en la última, estando en bragas y con las medias por el muslo, le pasé una foto de cintura para abajo.
Otra desnuda tapada solo con la sábana, y otra con la tela entre mis piernas asomando el escote metida en la cama.

No sé cómo pasó, pero me quedé completamente dormida con su chat abierto, con el móvil apoyado en la mesita de noche.

Intenté acomodarme en la cama y víctima del alcohol caí rendida en el sueño sin despedirme si quiera. Pero la cuestión no era que no me despedí de él, es que ni siquiera me dirigí una palabra desde el inicio de la noche con mi propio marido.

Todas las veces que había cogido el teléfono y estaba obsesionada con el aparato, había sido por hablar con ese tío.

Capítulo 9

Maybe i maybe you (Scorpions)

Me desperté cuando escuché a mi madre andurrear por el baño, después de ducharse.
El sonido del agua como una lluvia incesante me había ido desvelando hasta estar totalmente despierta. Y con unas ganas de orinar de escuchar el chorrillo del agua que, poco faltaba para hacérmelo encima.

Fui al baño corriendo, descalza, y volví rápidamente a mi cama. Intenté sopesar lo de la noche anterior cuando me di cuenta que no puse el teléfono a cargar, cosa que hago cada vez que voy a dormir y lo dejo toda la noche enchufado (que ya sé que no debo).

Recordé rápidamente que había pasado y que me había quedado frita. Pero lo que me hizo sentir un nudo en el pecho y taparme con la sábana para olvidar toda vergüenza, fue recordar que me puse en un tono cariñoso con quién no debía.

Si hubiera sido con mi marido, habría estado genial. Pero no, fue con un tío que apenas hacía unos meses que había conocido y que encima yo, tenía pareja.

¿En qué coño pensabas, Alma?, me regañé mentalmente por aquella pequeña pérdida de control. Se me pasó por la cabeza lo que Rafa pudiera pensar de mí, o como me iba a ver a partir de ahora. Quizás al verme como una vulgar fulana que se desnuda a la mínima copa que toma, lo hiciera alejarse de mí.
No le culpaba.

Sin embargo, lo que no pensé en ese momento es que debía de importarme más qué pensaría Israel si lo supiera. No le haría gracia, porque poniéndome en su lugar, a mí no me lo haría en absoluto.

Cuando cogí el móvil y vi que tenía un 10% de batería, tenía varios mensajes de Rafa pendientes por responder. También tenía mensajes de David y de Israel. Enchufé el teléfono a la carga y, tumbada aún en la cama, desbloqueé el teléfono y directamente se me abrió la app de WhatsApp, como prueba irrefutable de que sí, me había quedado frita mientras hablábamos Rafa y yo la noche anterior.

Rafa
Madre mía… quién te pillara así.
Parece que el alcohol te suelta un poco…
Deberías acostarte ya y descansar que mañana será otro día
¿Estás bien?
Supongo que te habrás ido a dormir, buenas noches y espero que descanses.

Cuando leí todos los mensajes resoplé nerviosa mordiéndome el labio, e incorporándome en la cama. Pensé en responderle, pero dejé el móvil en la mesita y me fui a tomarme un ibuprofeno a la cocina. Después leería los demás.

Algo que hacía de un tiempo acá, era darles prioridad a los mensajes de él que a los de las dos personas que son tan importantes para mí.

Miré en el armario de encima de la nevera, el más alto, donde escondía mamá los medicamentos, aún como costumbre de cuando mi hermano y yo éramos pequeños, y leí la nota que me había dejado mi madre en el frigorífico.

“Ve a comer a casa de tu tía, que me ha dicho que iba hacer comida para ti. Te he dejado el calentador puesto, puedes ducharte y librarte de la resaca.
Te quiere, mamá”.

Cada vez que estaba en casa, y rememorando momentos de cuando vivía con mis padres, mi madre me dejaba siempre una nota cuando salía de casa y yo estaba dormida o fuera, a modo de aviso. Me gustaban esos detalles tan suyos, esas cosas clásicas de usar aún el papel, cuando podría perfectamente dejármelo en un mensaje de WhatsApp, pero así era mamá y así me encantaba a mí que fuera. Como siempre que me dejaba alguna nota, la doblé y la guardé en mi bolso, que colgaba de la percha que había tras la puerta al subir las escaleras, en la entrada que daba al salón principal.

Además, me había dejado el calentador de agua preparado, ya que yo tenía un miedo inexplicable a encenderlo, y sólo me limitaba a apagarlo por necesidad y precaución.

Volví a la cocina y cogí un vaso del mueble de encima del fregadero para echarme agua. Me tuve que poner de puntillas al máximo porque no llegaba ni estirándome. Lo llené de una botella de agua que había en la encimera, y lo dejé preparado para cuando desayunara algo. No quería tomarlo con el estómago vacío.

No tenía hambre, así que me calenté un colacao y cogí un pequeño bollo de leche como obligación para la pastilla. Lo último que necesitaba era una úlcera de estómago.

Me lo puse todo en una bandeja y me fui al salón. Mi madre, en su gran sabiduría materna, sabía que me iba a levantar con el cuerpo destemplado, y por no dejarme la chimenea puesta y la estufa, que sabe que suelo esquivar, me había bajado el brasero antiguo de resistencias de la recámara de arriba y lo había dejado listo para que yo lo enchufara.

La adoraba. Siempre pensando en todo.

No había hecho el calor más que hacer acto de presencia, cuando noté algo pegado a mi pie. Y cuando levanté las enaguas de la mesa y miré, vi a Manolo ahí acostado tan tranquilo.

Puse en televisión aquel programa que siempre me gustaba a mí, pero que no seguía al pie de la letra, el de Crímenes imperfectos, y estuve viendo el asesinado de Loussie. Una mujer, a la que su novio había asesinado tras ser infiel con uno de los mejores amigos de éste, y que presa de los celos la tuvo una semana encerrada en su garaje para, después de haber planeado el crimen hasta el último detalle, asesinarla y deshacerse del cadáver.

Pero Tom, el asesino, no contó con que Loussie había dejado un diario donde decía que temía que su novio la descubriera y le hiciese algo, y con esta pista la policía tuvo de dónde coger hilo y tirar hasta llegar al gran trozo de tela que era el asesinato.

Y ahí estaba tan envuelta en ese programa y con mi bollo terminado y mi colacao casi bebido, que me pareció escuchar al fondo del pasillo mi móvil sonar y vibrar.

Caí en la cuenta de que desde la tarde anterior no había hablado ni con David ni con Israel y que seguramente estuvieran preocupados.

Le tuve que dar un toquecito al gato con el pie para levantarme y salí del hueco que me había hecho en el sofá para correr por el pasillo diciendo “ya voy, ya voyyyyyy” como si al otro lado del teléfono pudieran oírme sin descolgar.

Cuando abrí la puerta y entré en mi cuarto, el teléfono dejó de sonar en el momento, y maldije todas las compañías de teléfono que conocía. Cogí el teléfono y vi que la llamada perdida era de mi marido, marqué y me fui de camino hasta el salón a sentarme donde antes estaba y bajando voz a la tele escuché a mi chico descolgar.

- ¿Dónde coño estás? Me tenías preocupado – Resopló agrio. – Llevo desde ayer por la tarde sin saber de ti.
- Perdona – Me excusé como pude. – Estuve con Cristina toda la noche y se me fue el santo al cielo, además no tenía apenas batería y no quise tocar el móvil por si había alguna emergencia.
- Ya vi por Instagram que estabais en un bar. – Parecía poco contento por ello. - ¿Pensabas llamarme en algún momento?

- Joder, sí. - Me estaba poniendo de mal humor por su tono. - Estaba desayunando y tenía el móvil cargando, por eso no lo he podido coger a tiempo. ¿Estás enfadado?
- ¿Tú has visto que hora es? – suspiró y añadió – No, no estoy enfadado. Estaba preocupado por ti. No es normal que estés tan callada.
- Lo siento. – Me disculpé sintiéndome muy culpable por lo que había hecho la noche anterior con las fotos. – Es que estuve con Cristina hasta las tantas, se nos fue la mano con la bebida y llegué para acostarme. Tengo un dolor de cabeza…
- Podías haberme llamado o un mensaje.
- Si es que no le dije nada ni a David, del cual tengo mensajes sin responder.
- Y míos. – Dijo con retintín – Pero ni los has mirado, ¿no?
- Es que no he tenido tiempo.
- Te vi en línea ayer tarde, por la noche y hace un rato – Me puse pálida. – No has tenido tiempo de mandarme un mensaje diciendo, estoy bien, ¿verdad?
- Lo siento. – Insistí.
- Es igual – suspiró. – Te echamos de menos yo y los peques.
- Y yo a vosotros. ¿Cómo están los niños? – Siempre les decíamos así pese a ser animales. Eran nuestros niños.
- Pillé a Bruce con la cabeza metida en el saco de pienso de Frosty. Frosty ha decidido que encima del armario es un buen sitio para ir de aventura, y Kiara ha pensado que quizás dejar de comer le ayude en su gordura.
- ¿No come?
- Menos, voy a tener que cambiarle el pienso porque el TCA de la gata empieza a ser desesperante.
- Cómprale aquel que le hizo volver a comer la última vez. Y Frosty que deje de subirse al armario que es capaz de colgarse en las cortinas para bajar.
- ¿Capaz? - Se rio - ¿Qué te crees que ha hecho ya? Además, te voy a mandar un video para que veas como te llama.
- ¿Cómo?
- Cuando me ve entrar por la puerta de casa, dice mamá.

- ¿El gato?
- No, mi prima. Pues claro que es el gato.
- Eso quiero verlo. – Y tanteando el terreno le dije – Tengo que hablar contigo de una cosilla…
- Ese tono me asusta… ¿qué pasa?
- Pues… - Intenté darle largas, pero es que al final se lo iba a tener que soltar. – Sé que te dije que sólo sería un mes…
- Pero piensas quedarte más, ¿no?
- Es que vienen las navidades y…
- Me gustaría pasarlas contigo.
- Ya y a mí. – Olía a discusión a kilómetros. – Pero es que hace mucho que no las paso con mi familia y quiero aprovechar este año.
- Ya veré que hago yo.
- Puedes venir – Sabía que no lo haría por su trabajo, principalmente. – También puedes irte a casa de tus padres.
- Sabes que no puedo ir. Tengo una responsabilidad aquí. – me dijo como dándome una pullita.
- ¿Y yo no la tengo?, yo también trabajo. –Me defendí.
- Sí, pero cuando quieres darte unas vacaciones bien que te las das. Tu trabajo no es tan importante como el mío.
- Ah, claro. Es eso. – Ya estábamos otra vez. – Así que como yo no cotizo, no es trabajo. Que yo esté a cargo de personas no es trabajo, pero que tu estés a cargo de paquetes, sí. Por que como cotizas…
- Tampoco te veo muchas ganas de venir, sinceramente.
- Coño, porque hace meses que no veo a mi familia. – Yo ya empezaba a encenderme, como siempre que sacábamos el tema vacaciones. - tu como vives al lado de tus padres prácticamente no sabes qué es esto.
- Vivo en el pueblo de al lado.
- Sí, y en menos de 20 minutos te plantas en casa de ellos, no es igual que comerse casi dos horas de viaje en ir y dos en volver.
- Se me olvidaba que tu familia es más importante que la mía y tu más mejor que yo.
- Que no es eso… - Resoplé. – Mira, déjalo, que voy a tomarme una pastilla para la cabeza, que me duele.

- Ya…- Chasqueó la lengua contra el paladar. – venga, hablamos luego.

Y colgó. Ni un cuídate, ni un te quiero como siempre, directamente el tono de haber colgado sonando en el teléfono y yo con cara de gilipollas con el móvil en la oreja aún.

Cuando fui hasta mi cuarto a coger el cargador me fijé que tenía otro mensaje de buenos días de Rafa. Lo leí sin entrar en la aplicación y cuando llegué al salón lo enchufé en la regleta donde había enchufado el brasero para tenerlo a mano y lo dejé en la mesa.

Cogí la pastilla cuando me senté y me tapé, y me la puse en el fondo de la garganta, y me bebí el agua de un tirón para tragarla. Cogí nuevamente el móvil y abrí el WhatsApp para responder a David, que a este paso iba a llamar a la policía, los bomberos y hasta los GEOS por mi manera de callarme durante tantas horas sin dar señales de vida ni responder a los mensajes.

Pero deseché la idea de responder por ahí y opté por llamarlo. Al segundo tono me lo cogió.

- ¿Estás bien? – Estaba agitado y preocupado por su voz. – Me tenías preocupado, tía.
- Estoy bien. – Me puse la mano en la frente agotada por esta situación de descontrol que empezaba a tener. - es que anoche bebí y me pillé una borrachera tremenda.
- Que te gusta a ti el puerto de Indias.
- Demasiado. – Me reí porque sabía perfectamente que pedía siempre. – He hablado con Israel y está mosqueado.
- ¿Ya le has dicho que te quedas unos días más?
- Sí, pero no le he dicho cuanto, ni que esos días serán prácticamente un mes más. Se va a enfadar mucho.
- Tendrá que entenderlo.
- Además, que no he hablado con él desde ayer y me ha llamado hecho un obelisco.
- Basilisco. – Me corrigió. – Resaca y dislexia, hoy estás completa.

- Calla, que tengo un dolor de cabeza… me acabo de tomar una pastilla.
- Estate en la cama hoy y descansa. – Me sugirió.
- Que va, voy a casa de mi tía que la avisó mi madre que iría a comer. – Apagué la tele y vi como Manolo salía de debajo de la mesa como si fuera un lord sith arrastrando las enaguas. - Voy a ducharme y vestirme. ¿Tú que planes tienes?
- Descansar y jugar.
- Ahí, ahí. Es lo que debes hacer. – Sonreí porque lo tenía más que merecido. – Hablamos luego, pasa un buen día, un beso.

Cuando ambos nos despedimos dejé el teléfono cargando y me fui al baño. Obvié, nuevamente, responder a Rafa porque no sabía cómo excusarme de mi comportamiento de anoche. Y es que actué como una adolescente víctima de sus hormonas.

Me metí en la ducha y me lavé, exceptuando el pelo que me recogí en una coleta, y salí rápido, secándome en un momento porque tiritaba de frío.

Cuando fui al lavadero, que es donde mi madre tenía lavadora, secadora, almacén, zapatero y calentador, apagué el termo de agua mientras temblaba de frío aún con el albornoz de mi padre puesto.

Aproveché y cuando pasé por el salón, cogí el teléfono que ya había cargado lo bastante y vi que tenía más mensajes de Rafa.

Rafa
¿Te encuentras bien?
¿Estás molesta por algo?

Y resoplé dándole vueltas a aquello. Finalmente contesté.

Alma
Hola Rafa, perdona, es que anoche llegué muy pedo y me quedé dormida jajaja y esta mañana vi que no tenía batería y tuve que cargar el móvil y bueno… ya sabes

Se puso en línea al instante y vi el "*escribiendo*".

Rafa
Ah, ya, lo imaginé. Digo lo mismo está acompañada o se ha puesto enferma por la borrachera que llevaba anoche. Aunque también pensé que podrías estar enfadada.

Alma
¿¿¿Acompañada por quién???, si estoy sola en casa ahora mismo. Y enfadada no, si no has hecho nada tú, en todo caso yo que se me fue la olla un poco visto lo visto

Rafa
Anoche dijiste que te habían invitado a una copa, eso lo hacen normalmente para tener compañía un rato, digo bueno, a lo mejor quedaron en casa después y no sé…

No sé por qué, aquello me sentó como una patada en el hígado. ¿Pero qué se creía que hacía yo? ¿Qué iba por ahí liándome con todo el que me invitase a una copa? ¡Que estaba casada!
Aunque viendo lo ágil que fui para mandarle fotos, igual no era tan descabellado pensarlo. Me calmé mentalmente y pensé que responderle.

Alma
No voy acostándome por ahí con todo el que me invita a una copa. Siento haberme pasado de la raya anoche mandándote esas fotos.

Rafa
No, no. Joder, no me mal interpretes. Pensé que quizás habíais quedado todos a tomaros la última en casa como se suele decir. Y no tienes que disculparte, si no hiciste nada malo

Alma
Siento si te ofendí

Rafa
Pero ¿cómo me va a ofender? Yo encantado de verte siempre.

Alma
No voy por ahí mandando fotos a nadie ni liándome con nadie por estar borracha

Rafa
Que no te justifiques, que no hiciste nada malo ni yo pienso mal de ti

No entendía porque me estaba molestando tanto en dar explicaciones y porqué quería dejarle claro que no había hecho nada indebido con otros. Además, tampoco comprendía porque con él tuve más paciencia e interés en no discutir que con mi propio marido.
Cuando terminé de hablar con él me eché la crema corporal y me vestí. Me puse unos vaqueros azules y una sudadera de Mickey Mouse negra y roja, me quité la coleta y me peiné para dejarme la melena bob, cada vez más larga, suelta y me lavé la cara con tónico hidratante.

Cuando cerré la puerta de mi cuarto y fui al salón, desenchufé el brasero, y levanté las enaguas para que el calor saliera, viendo a Manolo con cara de pena por haberle quitado su calorcito.

En modo de disculpa y como soborno fui al lavadero a por su bolsa de chuches y le di un palito de salmón que se quedó mirando con cara de circunstancias. Por supuesto el gato, por culpa de mi madre, esperaba que se lo hiciera trocitos y me miró preguntándome con esos ojazos, por mi osadía en dárselo entero.
Se lo desmenucé y le eché más pienso, le cambié el agua, le quité la caquita del arenero y le puse leche sin lactosa como a él le gustaba. Se quedó más a gusto que un arbusto comiendo en la cocina y yo cogí mi bolso y bajé las escaleras para salir a la calle.

Bajé las dos calles que había hasta casa de mi tía y giré, para llegar a su portal. Desde la puerta, porque no me acordaba de su puerta ya que siempre se me olvidaba, y eso que desde hacía 15 años vivía ella allí, la llamé a voces limpias.
Se asomó y me dijo un “voy”, para segundos después escuchar el sonido del porterillo y de la puerta abrirse.

Subí el único tramo de escaleras que tenía hasta su piso y entré, habiéndome dejado ella la puerta previamente abierta.

Cuando la vi me dio un abrazo y un beso y me miró el pelo, diciéndome cuanto le gustaba. Mis primas salieron también a recibirme con su gata Marié en brazos, una siamesa de ojazos azules que era la mitad que Manolo. Pero este es que podía hacer competencia a Frosty y mi Kiara, siendo esta última una especie de rumana de gatos por su tamaño.
La gata cuando me vio se puso recelosa y hasta que no me reconoció de la última vez que me vio, no se vino conmigo a olisquearme.

Después, estaba tan tranquila y ronroneándome mientras le acariciaba el cuello.

Mi tía, que siempre había sido mi confidente por la escasa edad que nos llevábamos, siendo ella unos 10 años mayor que yo, se alegró mucho de verme. Aún no había ido a su casa desde que había llegado de viaje, porque entre que ella trabajaba y que yo estaba a otras cosas, no había tenido ocasión. A mis primas tampoco las había podido ver porque estaban tan liadas con la universidad, que apenas tenían tiempo ni de asomar la cabeza por la ventana.

Me metí en la cocina con mi tía, mientras mis primas ponían el mantel en la mesa.

- Tienes mala cara. – Me dijo mi tía mientras daba la vuelta a una tortilla de patatas con una pinta deliciosa. – ¿Extrañas tu casa?
- Que va – Me reí cogiendo impulso y subiéndome en la encimera para sentarme. – Es que anoche me fui con una amiga a la Bahía y me pasé con los puertos de indias.
- Ay, borrachilla – sonrió - ¿Cómo está Israel?
- Enfadado. Le he dicho que me voy a quedar unos días más aquí…
- Te echa de menos el pobre. – Volvió al plato de pan rallado para seguir liando las croquetas. - ¿Cuántos días?
- Ya, pero es que yo os echo de menos a vosotros si me voy. He pensado en quedarme otro mes… pero no se lo he dicho.

- Bueno, busca el momento.
- Tita… -Tenía que soltarlo o iba a reventar.
- ¿Qué pasa, hija? – Madre mía que plato de croquetas, no le podía quitar el ojo mientras pensaba lo que le iba a decir.
- Hay un chico… - Empecé y se me quedó mirando, quieta, dejando todo lo que estaba haciendo. – No, no es lo que parece.
- La última vez que empezaste así, me confesaste que habías conocido al que hoy día es tu marido. – Suspiró y puso los brazos en jarras. – No te voy a juzgar, cariño.

Mi tía, que siempre había sido como una madre más para mí, siendo la menor de las hermanas y la que era mi confidente en todo, se lavó las manos, las secó en un paño limpio de cocina y se hizo una coleta en su pelo largo y rubio, a la vez que se asomaba al umbral de la puerta y llamaba a mi prima Andrea para que empezara a llevarse cosas para el salón.

Ataviada con su mandil, mi tía se movía con soltura por la cocina, poniendo en fila la comida que había preparado y que al igual que mi madre, le gustaba que los demás degustaran.

Mi prima entró y se puso a hablar con su madre de algo de una compañera de la universidad, y mientras tanto yo, me perdí en mis pensamientos con la frase de mi tía. “La última vez me dijiste que habías conocido al que hoy día es tu marido”.

Y es que, hacía 16 años, por casualidades de la vida, conocí a un chico con el que tuve una gran amistad y química rápidamente. Comenzamos hablar y hablar, cada día más, hasta que un día decidimos vernos, al cabo de un par de meses, y empezamos una relación de novios en la distancia.

Por aquel entonces yo era menor y no podía irme de casa, o mis padres se hubieran vuelto locos, y él acababa de cumplir la mayoría de edad, así que, con mucha paciencia, amor y ganas, conseguimos llevar adelante nuestro noviazgo a través de la distancia y cuando yo cumplí los 18 años, en una locura, nos casamos por lo civil en una iglesia en mitad del camino entre su ciudad y la mía.

Con sus ahorros y los míos, y un poco de ayuda, conseguimos un pequeño alquiler barato y amueblado que fuimos pagando con muchas dificultades cada mes, hasta que nos estabilizamos trabajando.
Hoy día, por suerte, estamos más que acomodados. No nos sobra, pero tenemos lo suficiente para vivir y ser felices.
Aunque al principio me pareció fácil separarme de mi familia por la efusividad del momento y las ganas de estar con Israel, con el tiempo cada vez me ha sido más difícil estar alejada de mi familia, e incluso he llegado a sentirme culpable por priorizar, en cierto modo, el estar con él antes que con ellos.

Por esa razón me enfurecía que mi chico no me facilitara las cosas cuando estábamos a distancia y me pusiera tantas trabas para pasar tiempo con mi familia.

Recuerdo que la primera en saber mi relación con Israel fue mi tía Marta, la que me apoyó y me ayudó intentando hacer ver a los demás que aquello, algo tan “mal visto” e inusual por aquel entonces, no era nada malo ni un peligro, y que el chico en cuestión no era un aprovechado ni un psicópata, y que me quería de verdad.

Costó. Como dije anteriormente, mi marido y yo hemos ido teniendo un difícil camino por delante desde el principio, y nos costó mucho que la gente viera la realidad de nuestra pareja y la fortaleza que teníamos.

Pensar en aquello me dio un vuelco el corazón. Así era como estaba siendo mi actual vínculo con Rafa. Todo iba demasiado rápido, y ahora que me había parado un momento a pensar, me hacía recordar y revivir en lo que acabó mi primera vez.

No… mi tía tenía razones más que suficientes para plantearse mi situación, pero no, yo no lo haría esta vez, yo estaba felizmente casada y amaba a mi marido.

- Cariño – Mi tía me volvió a la realidad. - ¿Qué me querías decir?
- Es igual, vamos a comer. – Sonreí y le cogí el plato de croquetas de jamón y de pollo, que tenía en las manos ya fritas. – Esto tiene una pinta y huele que alimenta.

Mis primas y yo nos sentamos juntas, yo entre ambas, mientras que mi tía se sentó al otro lado de la mesa acercándose el sofá.

Comimos viendo una película que puso mi prima Alejandra. La mayor de las hermanas, sabía que me encantaba Moulin Rouge, y no tardó ni un momento en decidir que poner.

Yo sentía la mirada penetrante de mi tía, que al igual que mi madre, era muy lista, y también era madre, así que sabía intuir perfectamente los problemas que rondaban por la cabeza de las adolescentes. Y yo adolescente no era, pero me estaba portando como una niñata de 15 años ilusionada, y ella lo olía mejor que un pastor alemán de la policía.

Entre la tortilla de patatas, las croquetas, y la ensaladilla rusa con gambas que puso, me costó comerme después la torta de hojaldre con chocolate y fresas que había horneado para el postre. Aun así, no era por no hacerle el feo, es que soy una ansiosa con los dulces y aunque estuviera a punto de reventar me comí hasta el último trocito de fresa glaseada que había en mi plato.

Ayudé a mis primas a quitar la mesa, y mientras Andrea se iba a lavar los dientes, Alejandra estaba echando de comer a Marié, la cual pese al haber olido las gambas, no hacía como Manolo. Sino que pasaba totalmente de ellas.

Cuando nos quedamos solas en la cocina, le dije que ella fuese haciendo el café que yo fregaría los platos.
Mientras estaba enjabonando la vajilla, y ella estaba sacando la cafetera del mueble y el café, me volvió a preguntar.

- ¿Qué ronda por esa cabeza?
- Es que no quiero que me mal interpretes…
- No te voy a juzgar, si eso te preocupa – Y puso la cafetera italiana en la vitro.
- Es que he conocido a un chico. – Pausé y tomé aire, siendo consciente de que iba a ser la primera vez que diría algunas cosas en voz alta. – Y me siento muy… bien con él.

- ¿En qué sentido? – Se apoyó en la encimera y me dedicó contacto visual, aunque yo estaba de espaldas a ella.
- Pues… - Paré el grifo y cogiendo un paño de la pila me di la vuelta. – Me hace reír, congeniamos, tenemos gustos en común, hablamos mucho…
- ¿Cómo de mucho?
- Todo el día. Desde unos buenos días hasta unas buenas noches.
- Entiendo…
- Puede parecer lo que no es, pero es que ayer…
- ¿Le conoces en persona o por internet?
- ¿Hay diferencia?
- En tu caso no. Dados los antecedentes. – Se apretó el puente de la nariz. – A ver… Si Israel conociera a una amiga, y actuara con ella igual que tú con él, ¿Cómo te sentaría?

Vale, había tocado mi fibra sensible. Los celos se apoderaron de mí y me carcomieron por dentro, lo cual me hizo ver lo que mi tía intentaba explicarme.

- Me sentaría muy mal.
- ¿Por qué?
- Pensaría que me está engañando o tonteando con ella. – Dije tras muchas vueltas.
- ¿Has tonteado con él?
- Puede que sí…
- ¿Puede?
- Le he mandado fotos que no he mandado a nadie jamás, y que sólo las hubiera visto en ciertas circunstancias Israel.
- Ay, hija…- resopló. – Tienes dos opciones por lo que yo pienso.
- ¿Cuáles, tita?
- O te alejas de ese chico…
- ¿O? – Pregunté excitada, y presa de los nervios porque la idea de alejarme de Rafa no cabía ni en mi mente ni en mi pecho, me deshacía la sola idea de aquello.
- Te sinceras con Israel para que él sea el que decida si es bueno para ambos o no.

- No puedo contárselo, tita. – Me di la vuelta y seguí con los platos donde lo había dejado.
- Si crees eso, es porque en el fondo piensas que no está bien.
- No creo que haga nada malo, pero… - Me quedé unos segundos en silencio. – Él no lo entendería.
- Dices que te hace reír…
- Sí, mucho. – Sonreí acordándome de él gastándome sus bromas.
- Ten cuidado – Me dijo protectora.
- Eso dice mamá. – Cerré el grifó y me sequé. Había terminado.
- ¿Lo sabe?
- No le he dicho nada, pero ella intuye algo… ya sabes como es.
- Lo sé. Muy lista. – Me cogió de la mano. – Te diré algo que dice mucho tu madre y yo. Quién riendo la hace…
- Llorando la paga. – Terminé yo el dicho. – Espero que esta vez no sea así.
- Yo también lo espero cariño. Por el bien de los tres. – Negó con la cabeza. – Los únicos tríos que terminan bien son los musicales.

Y aquello me hizo reír.
Mi móvil no había dejado de vibrar en toda la tarde, y yo lo miraba, respondía rápido y lo volvía a guardar. En una de aquellas veces mi tía suspiró y no pudo evitar abrir la boca.

- Es él, ¿no? – Asentí guardándomelo en el bolsillo después de responderle que estaba en casa de mi tía, que había ido a comer.

Me preguntaba constantemente como iba, que hacía o que planes tenía. Era como si no pudiera dejar de saber mi estado, como advirtiendo que yo seguía ahí, que estaba con él, aunque fuera en la distancia. Y aquello lejos de agobiarme, me encantaba y me enganchaba un poquito más a él.

Cuando se había terminado de hacer el café nos llevamos las tazas, la suya y la mía, en una bandeja junto a un plato de pastelitos de crema que había hecho esta mañana, y que estaban de muerte.

Terminamos de ver la película las dos mientras mis primas estaban en su habitación estudiando, y Marié estaba en las piernas de mi tía aprovechándose del calor del brasero.

A eso de las 6 de la tarde minuto arriba, minuto abajo, mis primas y yo decidimos ir a dar una vuelta y merendar en una heladería que había por el barrio y que, además, tenía unos postres y unas bebidas de vicio.
Cuando llegamos a la Platera, no sé qué me gustó más, si el estilo vintage de la heladería, o que tenía unos cuadros chulísimos de Frida Kahlo por todas las paredes, incluso algunos no eran sus pinturas, si no frases enmarcadas de ella.

Las paredes compartían un blanco y un verde agua con rosita explotando los tonos pasteles, que eran perfectos para las mesas y sillas de madera que combinaban a la perfección. En la puerta había dos grandes conos de helado de nata artificial como lámparas, y un cartel en la barra anunciaba las especialidades del día.

Las dos camareras que había por allí llevaban un mandil rosa claro donde ponía en letras verdes del mismo color que la pared, la platera y su nombre.
La carta parecía salida de una sitcom de los años 50, estaba chulísima.

Pedí un batido de chocolate con nutella que tenía filipinos blancos por encima y un gofre con chocolate. Mi prima Alejandra un batido de fresas con nata y trocitos de fruta roja, oreo y crepes con chocolate y nata. Y Andrea un batido de chocolate blanco con caramelo y un donut glaseado blanco acompañando el vaso, pidiéndose aparte un gofre como el mío.

Me iba a ir a Málaga rodando, lo sé.
En lo que traían la comanda estuvimos hablando las tres de sus estudios, los cuales me estresaban sólo de oírlos. Una estudiaba química, la mayor, y otra farmacia. Yo les conté como me iba con mis abuelillos, acordándome de que tenía que volver a llamar para preguntar por Rafaela, a ver cómo iba.

Mi móvil volvió a sonar, captando la atención de mis primas, las cuales se miraron entre ellas.

- Prima, mucho miras tú el móvil, o el primo es un acosador o tú tienes a alguien ahí escondido. – Dijo Alejandra, la mayor.
- Es un amigo, bobas. – sonreí como una idiota cuando leí su, te echo de menos. Porque apenas le había hecho caso como era debido, pese que le había estado respondiendo.
- Claro, por eso parece que tienes una percha en la boca.
- Que me ha hecho gracia una cosa que me ha dicho.
- ¿Ah sí?, ¿el qué? – Y apareció la camarera con nuestra merienda.
- Nada, una tontería. – Miré todo con gula. – Madre mía que pinta.

Saqué el móvil y le eché una foto a todo. ¿a qué no sabéis a quien se lo mandé?, efectivamente, a Rafa. El cual me dejó con cara de subnormal leyendo mil y una vez aquella respuesta.

Rafa
Por muy buena pinta que tenga todo, yo te comería sólo a ti. Cuando nos veamos, ¿me vas a llevar ahí?

Y aquello me encogió el pecho por dentro, pensando en la idea de estar él y yo solos, frente a frente, rozándonos la mano por debajo de la mesa mientras compartíamos un batido de Nutella.

Pero yo…estaba casada. ¿Os lo he comentado alguna vez? Lo digo porque parece que a mí se me estaba olvidando es detalle importante. ¿qué me estaba pasando?

Capítulo 10

Highway to hell (AC/DC)

Después de varios días en los que seguía dándole vueltas al tema de Rafa y lo que había hablado con mi tía, más el extra de mi madre, intenté tomarme un pequeño respiro del móvil y desconectar, aunque fuese un día, para intentar desintoxicarme un poco de Rafa.

Claro que yo en ese momento, en el que seguía e iba aumentando mi ceguera con él, no tuve en cuenta que tenía un marido que me iba a preguntar por qué y que se iba a pensar que era culpa suya.

Después de tratar de explicar a Israel por el móvil mediante una llamada telefónica que quería descansar un día sólo de la red, me preguntó insistiendo varias veces, que qué demonios me pasaba.

Yo le daba largas, lógicamente, no iba a decirle que empezaba a sentir cosas por un tío y que no era él. Aunque yo en el fondo estaba más que convencida de que amaba a mi marido y de lo que sentía en mi corazón, no podía negar la evidencia de que lo que había despertado en mí Rafa era algo fuerte. No sabía ponerle nombre, amor, obsesión, diversión, interés… qué más daría, todo ello llevaba a lo mismo, a no poder separarme de una persona y a las posibles complicaciones que podía traer.

Llamé aquella mañana de mediados de diciembre a Mónica, para ver cómo estaba Rafaela y mis viejecillos. Rafaela ya estaba en casa y había necesitado un ajuste de la medicación, además de una pastilla suplementaría para controlar la tensión extra a las que tenía. También, le habían puesto unas gotas para relajarla un poco durante el día, Haloperidol, las cuales se negaba a tomar porque decían que la mataban.
Julio seguía bien por suerte, y Justi iba por buen camino, incluso había preguntado a mi amiga por “la niña” que se parecía a su Amparito.

Por otro lado, necesitaba una sesión con David de esas largas, extensas y de muchos puertos de indias para sincerarme, abrirme y explicarle como no hacía con nadie más, pero por desgracia estaba lejos, lo cual suponía un gran problema no sólo por echarle de menos, sino porque no podía contar con mi confidente y mi psicólogo personal.

Llamé a Cristina en cuanto me desperté, para ir a dar una vuelta por la plaza del pueblo y disfrutar de las luces y el ambiente navideño que se podía respirar en esta época. Mi favorita. Amaba la navidad y todo lo que bailaba en el aire gracias a ella, pero cuando caí que mi familia libraba ese día porque era sábado, decidí aplazarlo y disfrutar de mis padres y mi hermano.

Cuando me levanté de la cama y salí de mi cuarto a las 11 y pico de la mañana, ellos ya estaban en el salón, con mi padre viendo el programa de crímenes imperfectos, ya sabéis, de tal palo tal astilla.

Mi madre se encontraba planchando la ropa que acababa de sacar de la secadora y que aún se mantenía arrugada. Mi hermano estaba en el sofá con Manolo encima, mientras miraba su móvil completamente absorbido.

Era maravilloso, la chimenea desprendía un calor natural que hacía suspirar de gusto con ese frío que mandaba escarcha a los cristales del balcón, el olorcito a puchero que salía de la cocina, de la olla que tenía puesta mi madre, inundó mis fosas nasales.

Les di un beso a todos y les dije buenos días, porque, aunque yo tuviera mis 30 y… años ya, tenía la costumbre de darles un beso al levantarme y acostarme, o al llegar a casa. Quizás por esa razón mi familia siempre me veía como una niña aún, en lugar de como una mujer adulta y casada independiente.

Me metí en la cocina a calentarme un colacao, y mi madre me gritó desde el salón que abriera el horno, que había bizcocho de limón casero que había hecho esta mañana temprano.
Así era mi madre, el único día que tenía para descansar lo dedicaba a cocinar y las tareas del hogar. Madre, trabajadora y ama de casa entregada a su familia siempre, pasasen los años que pasasen.

Me senté a desayunar mientras veía con mi padre aquel programa de asesinatos, y mientras me comía el bizcocho vi por el rabillo del ojo como mi madre se alejaba a su habitación a colgar la ropa y le daba a mi hermano la suya para que este hiciera lo mismo.

Quedándome a solas con mi padre sentí la necesidad de abrirme a él. Un hombre con su edad, que rondaba los 54 años y que tenía “mucha calle” como se solía decir. Era como un erudito, un portavoz de la vida y para mí, era mi mayor ejemplo y referente en cuanto a hombres. Siempre vi a mi padre como un héroe, el mío. Como alguien que poseía la verdad absoluta y que, si él decía algo, es que iba a salir así. Siempre confiaba en sus palabras porque siempre, se hacían realidad.

Mi padre, aquel hombre canoso de ojos claros estaba con un cigarro en la mano mientras se ponía hablar solo al programa de televisión esperando que el narrador le escuchase.
Tenía el periódico que había ido a comprar temprano, doblado sobre la mesa, porque, aunque no trabajara, él sus madrugones no los perdonaba, era una cuestión de reloj biológico.
Conoció a mi madre cuando ambos eran aún muy jóvenes, y el flechazo fue inminente. Habían tenido un romance de película y cuando se enteraron de que iban a tener una hija, o sea yo, la felicidad inundó a ambos, sobre todo a él. Siempre he sido su ojito derecho y el motivo de su gran debilidad.

Mi padre había estado toda su vida trabajando, en distintos trabajos todos ellos, incluso llegando a tener más de uno a la vez.
Cuando me quedé a solas con él llamé su atención.

- Papá. – Me miró mientras apagaba su cigarrillo.
- Dime.
- Me gustaría preguntarte algo como hombre, no como padre e hija.
- Me estás asustando.
- Nah, es una tontería. – Y removí mi colacao mientras él bajaba el volumen de la tele. – Es que… ¿tú que pensarías de mamá si tuviera un amigo?
- Pues nada – Respondió confuso. – tu madre ya tiene amigos.

- Ya, ya… pero digo… si ella no te contara de la existencia de esos amigos.
- No te entiendo hija – Puso mala cara. – O no quiero interpretar lo que dices.
- A ver papá, no es nada de mamá, ¿vale? – Aclaré. – es que me he echado un amigo con el que me llevo bien y no sé cómo puede reaccionar Israel.
- Pues si es un amigo, es un amigo. – Dijo tajante. – Pero te digo una cosa, los hombres podemos ser perfectamente amigos de las mujeres, sólo que tienes que ver las matices que distinguen la amistad con querer un revolcón.
- Ya papá, no soy tonta. – Tenía siempre mucha confianza con él para hablar de estos temas, incluso recuerdo alguna vez que me hemos hablado de métodos anticonceptivos con naturalidad.
- No digo que lo seas. – se levantó de la silla y fue por una cerveza. – espera un momento.

Se perdió en la cocina y yo aproveché para meterme el ultimo trozo de bizcocho en la boca, y beberme de un trago el colacao que me quedaba.
Entró por la puerta del salón con su botellín y un platito de patatas fritas de bolsa, se sentó, quitó la tele y me miró.

- No digo que lo seas, Alma. Pero tienes que tener cuidado. No todo el mundo es tan bueno como Israel, ni todos llevan buenas intenciones. Algunos sólo buscan pasar un buen rato y les da igual que tengas pareja o no.
- Este es solo un amigo.
- Un amigo que te tiene pegada al móvil, igual que Israel te tenía pegada al ordenador. – suspiró. – eres muy impulsiva, hija. Te dejas llevar demasiado por los sentimientos más que por la razón.
- ¿Te has dado cuenta?
- Obviamente. Soy tu padre, tanto tu madre como yo hemos hablado de ello y no puede ser sano ese vicio que tienes con el teléfono. Viniste a estar con tu familia, está bien que estés un rato y hables con quien quieras, pero si esa persona ocupa parte de tu día… no es un amigo, es un problema.

- Pero con Israel no decías lo mismo.
- Porque con Israel no tenías pareja, hija. Pero por tu pregunta de antes… deduzco que a él no le haría gracia esta amistad, y si se la ocultas, es porque en el fondo sabes por qué.
- No quiero que piense lo que no es – Me defendí.
- No quieres dar explicaciones, pero sientes que las debes. -Se calló y sacó un cigarro del paquete que estaba a medio terminar - Israel es muy buen chico, hija mía, no lo eches a perder por una tontería.
- Que no papá, que es un amigo sin más.
- Para ti sí, pero ¿Qué eres tú para él? –Y la pregunta me pilló de sorpresa.
- Pues… - Dudé un momento. - Una amiga también.
- No le des esperanzas, a los hombres no nos hace falta mucho para tenerlas con una mujer.
- No se las doy, sabe que somos amigos.
- Hasta que cruces las líneas que no se deben pisar – Se acercó a la chimenea a poner más leña, aprovechando Manolo para ponerse a calentarse. – Ten cuidado hija.
- Lo tendré, papi.

Me levanté del sofá a regañadientes por lo calentita que estaba. Fui a la cocina para llevar mi vaso del desayuno y lo fregué en la pila, mientras veía a mi madre de fondo añadir agua al puchero y comprobar el estado de los garbanzos.

Le encantaba hacerlo a fuego lento si tenía tiempo, ella sólo usaba la olla exprés si no quedaba más remedio y se quedaba sin tiempo para cocinar.

La secadora terminó con una nueva tanda de ropa y la saqué poniéndola en un barreño, y me la llevé al salón, para doblarla aprovechando que aún estaba caliente y así no se arrugaba.

Le eché a mi madre una mano con las tareas del hogar y después de comer ese fantástico cocido que entraba como dios en el cuerpo del devoto, con su pollo y su pringá, fregué los platos.

Mi madre me dijo que la acompañara a la recamara de arriba que iba a buscar los adornos navideños, que íbamos a decorar la casa aprovechando su descanso y en familia, como cuando mi hermano y yo éramos pequeños.

Recuerdo que cuando llegaba diciembre y yo salía del cole, mi madre preparaba por la tarde chocolate caliente, galletas de mantequilla y bizcocho de limón, y nos poníamos a decorar la casa de arriba abajo.
Siempre nos sentábamos frente al árbol a colgar los adornos de él, y aún nos reímos, ya sin preocupación, de aquella vez que a mi hermano se le ocurrió desenchufar las luces del árbol y meter los dedos en el enchufe. Casi le dio una embolia a mis padres, que nos montaron en el coche en pijama y fuimos a urgencias directamente con mi hermano Andrés, para que le curaran las quemaduras que se hizo en la mano y le hiciesen un chequeo para comprobar que no corría peligro.

Desde aquello, mis padres tenían pánico a poner luces navideñas, aunque mi hermano aprendió rápido de su error y le sirvió la lección, porque no volvió a acercarse a un enchufe hasta que fue más mayor.

No cómo aquella vez que se cayó de culo en el brasero de debajo de la mesa, de resistencias, y se quedó con la marca de las resistencias marcadas en el culete durante días.

Desde luego mi hermano había montado cada espectáculo, que yo a su lado, que pegaba a los niños en el colegio si me miraban más de la cuenta, parecía hasta buena.

Subimos las escaleras hasta el desván, con Manolo pisándonos los talones como si aquello fuese un paso de semana santa y él fuera el nazareno que acompañaba al cristo.

Mi madre miró en una de las dos puertas que había arriba buscando las cajas que ponía “Navidad”. Sacó una enorme caja de plástico blanco con una tapadera azul y la puso encima de la gran mesa que usábamos en verano hace años para ponerla en la terraza, y la abrió, para comprobar que estaba todo. También cogió otra más pequeña de cartón donde se podía leer “belén”.

Me dijo que mirara en la otra puerta que debería de estar el árbol, y así fue. Cogí el pino de plástico tradicional de hacía muchísimos años, y lo bajé delante de ella.
Manolo parecía estar esperando saber lo que se venía, y es que cada año se encontraba mi madre menos bolas de las que ponía en el árbol al finalizar la navidad.

Cuando estábamos en el salón y mi padre estaba tirado en el sofá viendo Los mercenarios 3, mi madre empezó a sacar cosas de la primera caja para ir poniéndolas según su idea decorativa.

Pusimos varias tiras de color rojo, amarillo, verde y azul por las paredes, haciendo como pequeños arcos que se unían con los extremos. Luego sacamos lazos rojos que fuimos poniendo en distintos puntos del salón, sobre todo encima de la chimenea pegados a dos candelabros que la adornaban.
En lo alto de ésta, pusimos una estrella dorada de purpurina del tamaño de un plato llano grande. Después, en los cuadros que había en las paredes de fotografías, pusimos guirnaldas de colores que brillaban, y en la puerta de arriba y de abajo, una corona navideña de flores de pascua rojas, con purpurina dorada y hojas verdes.

Por el pasillo, de arriba y abajo pusimos más guirnaldas, algunas estrellas de nieve artificial, y lazos.
Después montamos el árbol y colocamos bolas de colores metalizadas en varias puntas de las ramas, luces de colores, estrellas, y una foto de cada uno de nosotros, como cuando éramos pequeños.

Rememoré con mucha ilusión, como si tuviera nuevamente 8 años, los recuerdos de estar en familia en esta época y disfrutar decorando todo con mi madre.

En la chimenea pusimos los cuatro calcetines rojos de papá Noel, además de más guirnaldas pequeñitas. Todo había quedado precioso, parecía una escena española de las películas navideñas americanas de los 90’.

Aquel ambiente me hizo despertar recuerdos muy dormidos y que me hicieron sentir tristeza, dándome cuenta de todo lo que había perdido el día que decidí casarme e irme lejos de mi familia.

Mi madre, como creyente que era, puso un pequeño portal de belén precioso y pequeñito cerca del mueble de la chimenea. El musgo, que para ser artificial parecía muy vivo, cubría parte de la mesita donde, días atrás, había un juego de tazas con tetera de plata.
Montó el portal, puso los bueyes, los pastorcillos, los animalitos, y a la familia de Jesús al completo. Además, le puso una cadena de luces por encima que se apagaba y encendía por segundos, dándole un aspecto precioso. Todo había quedado realmente bonito, acogedor, familiar.

Manolo no paraba de mirar todo, se había metido en todas las cajas intentando acostarse hasta en la que no cabía ni un tercio de su cuerpo. Pero Manolo, y los gatos en general, creían que con meter la cabeza y esconderla, ya era suficiente para que no se les descubriera.

Cuando las luces se encendieron por primera vez, como si él fuese nuevo en esto, se asustó, pegando un salto del suelo como si el techo lo estuviera succionando.
Después de ver al gato, víctima de un satisfyer de escayola, vi cómo se iba para el árbol, nos miraba a mi madre y a mí, y volvía a mirar el arbusto. El rondaba, como quién no quiere la cosa, a ver si caía la breva y podía pillar una bola con la que jugar. Cuando ambas nos fuimos a la cocina a hacer cruasanes de chocolate, el gato vio el cielo abierto.

Sentimos un “clock” que nos avisaba de que ya había una bola menos cuando nos asomáramos.
Saqué la cabeza por el marco de la puerta y le siseé, pillándole con la pata estirada intentando alcanzar un lazo.

- Manolo, ni se te ocurra o te corto el pito. – Gritó mi madre desde la cocina.
- Ven aquí, que como tires los adornos no hay gambas en una semana, manolo. – Le dije yo, a lo que el gato me miró como si no entendiera una mierda de lo que le estaba diciendo.

Todo estaba aparentemente tranquilo, y mi padre que se había quedado frito cuando Stallone hacía un salto mortal con voltereta milenaria, roncaba como un poseso con el mando en la barriga.

Mi hermano no daba señales de vida, o se había ido y no nos habíamos dado cuenta, o se había quedado frito en su habitación.

Mi madre y yo seguíamos con la segunda tanda de cruasanes, esta vez de chocolate blanco y oreo. E hicimos un litro de chocolate caliente que servimos en tazas para llevarlas al salón.

Cuando mi madre llevó la bandeja y apareció a los minutos con una cara extraña me preocupé.

- ¿Qué pasa mamá? – Le dije con el corazón en un puño.
- Tu padre…
- ¿Qué le pasa? – Y me intenté asomar al salón.
- No, nada. – Me agarró del brazo. – Es que cuando se levante va a liar una…
- ¿Porqué, qué pasa? – La cara de mi madre estaba pasando por varias fases, y la de ahora parecía aguantar la risa.
- Asómate sin hacer ruido, mira a tu padre y después al belén.

Mi padre tenía la camiseta banca del pijama llena de huellas de Manolo de las cenizas de la chimenea, además, estaba con musgo en la cabeza, que era segurísimo del belén.
Cuando miré para este, me encontré al gato acostado en el mueble con las patitas dentro del portal y con ganas de meterse él dentro. ¡La madre que lo parió! Mi madre lo llamó y le siseó, pero él no venía. Hasta que le enseñó un trozo de pollo del cocido por la puerta y el gato, tras mirar desconfiado, optó por venir a su ritmo, sin prisa y sin pausa, dándose un paseo.

A este gato se le conquistaba por la comida, claramente. Cuando entró en la cocina se sentó al lado del comedero y miró, como con superioridad, el trozo de pollo que le había puesto mi madre en el suelo.
Miraba al pollo y la miraba a ella, como diciendo “ni pienses que mis bigotes van a rozar ese sucio lugar que pisas”.

Por lo que mi madre tuvo que claudicar y echárselo en un plato junto a un poco de caldo y arroz del que había sobrado al mediodía.
El degustaba la comida como si fuera el mismísimo Chicote, y mi madre la pobre estaba ahí a expensas de hacer feliz al gato. Que lo tenía mal criado era quedarse corta, tenía al gato como si fuera el hijo de la duquesa de lba. Un Cayetano de casta.

Ahora faltaba ver que haría mi padre cuando se despertara y notara el musgo en su cabeza como si hubiera estado en el rincón más escondido de un bosque durante un mes, y cuando viera las huellas de la camiseta del pijama que se había puesto limpio aquella mañana, una de dos, o el gato le pedía disculpas o estaría una semana sin darle ni una gamba.

Mi madre lo llamó suavemente cuando nos sentamos con la bandeja de chocolate y dulces.

- Antonio…- Le tocó el brazo suavemente. - Antonio que son las 6:30 de la tarde, que si no esta noche no vas a dormir hombre.
- Que sí… ya voy – Dijo mi padre con irritabilidad, comprendiendo yo una vez más a quien debía yo mi mal despertar. - ¿Pero esto qué es?

Mi madre me miró de reojo engurruñendo los labios aguantando la risa. Manolo se asomaba por el marco de la puerta mirando a mi padre, como sabiendo el muy cabroncete, que había hecho algo malo, y yo me intentaba escabullir con la excusa de que iba a llamar a mi hermano a la habitación.

- Puto gato, ¡¡será hijo de puta!! – Maldijo cuando se sentó, cayendo todo el musgo encima de sus piernas. – te has quedado sin gambas toda la semana. Ni se te ocurra darle una, Leonor, o la tenemos. Que lo tienes muy mal criado.

Mi madre se estaba aguantando la risa hasta tal punto que ni le contestaba, porque si mi madre no hubiera estado así, ya le habría soltado alguna fresca como era habitual en ella. Ambos tenían muy mal genio, señal de donde venía yo. Y muestra de lo que el pobre Israel tenía que soportar conmigo.

Llamé a la puerta de mi hermano con la mano cerrada y me dijo que pasara. Estaba sentado en el ordenador con el WhatsApp web abierto y hablando con Marina. Me apoyé con el culo en el escritorio y me crucé de brazos mirándole, viendo como minimizaba las ventanas para que yo no viera nada, pero ya era tarde.

- Hermano, deja a Marina ya que está la merienda en el salón, vamos que se enfría.
- ¿Y tú qué?
- Yo, ¿qué de qué?
- Qué quién es ese Rafa con el que hablas tanto últimamente, que estás agilipollada, hermana.
- Un amigo. – Me puse a la defensiva. - ¿Cómo sabes tú eso?
- Estás tan absorbida con que no veamos con quien hablas que me fijé en el nombre del chat.
- Está muy feo hacer eso.
- Pues es lo mismo que has hecho tú con Marina.
- Touchée. – Sonreí ante la picardía de mi hermano menor, al que yo sacaba 5 años. – Andy, ¿Te traes algo con Marina?
- Es una amiga… - Se dio la vuelta con la silla y me miró. - ¿Qué te traes tú con Rafa?
- Nada, un amigo. – Me revolví incomoda. – Es un amigo.
- Pero hablas mucho con él y hasta tarde.
- Ya… pero es un amigo.
- Hermana…
- ¿Qué?
- ¿Alguna vez has sentido que una sola persona es tu mundo y que con ella el tiempo vuela sin darte ni cuenta, y que por mucho que pases, sólo ansías más?
- Desde luego. - Pensé en sus palabras, y me vino a la mente Rafa. Lo que me hizo sentir bastante mal después porque lejos de pensar en mi marido, había usurpado ese sitio y sentimientos ese “amigo”. – Pero a veces no nos damos cuenta de todo lo que estamos dejando de lado por dedicarnos íntegros a ello.
- ¿Eso te pasó con Israel? – Me preguntó mientras se levantaba de la silla y se estiraba el pantalón del pijama tapándose los tobillos.

- Sí. – Dije, aún sabiendo que el culpable de aquello no había sido precisamente él. – algo así.
- ¿Y con Rafa que ocurre?
- Nada. – Sentí una descarga eléctrica y un leve mareo esporádico. - ¿Por qué todos me preguntáis por él?
- Porque estás rara, hermana. No es normal este comportamiento en ti. Estás obsesionada con el móvil, otras veces has venido y casi no lo has cogido, y siempre que alguno te miramos te encontramos sonriendo. ¿qué te cuenta que te haga tanta gracia?
- Eso son cosas privadas. – Dije echándole el brazo por encima y guiándole hasta la puerta. – Tonterías nuestras, Andy, no hagas caso, si sabes que estoy zumbada. Vamos anda, que se enfría el chocolate.

Mi hermano que tenía 27 años era todo un hombre, pero, sin embargo, conseguía conservar aún parte de su inocencia. Sobre todo con las mujeres, con las cuales tenía un imán para las locas. Por suerte, ahora que estaba encoñado de Marina, esta era un buen partido.

Marina era una rubia que no superaba los 23 años y que tenía unos ojos azules preciosos y grandes. Pese a ser más bajita de que mi hermano que medía el 1’85, hacían una pareja preciosa. Está claro que mi hermano se llevó los buenos genes físicos de los dos, su estatura y la mía.

Nos sentamos los 4 en la mesa a merendar, saboreando el rico chocolate y los cruasanes tan buenos que hacía mi madre.

Debatimos sobre si ver una película en familia o salir a cenar por ahí aquella noche, pidiendo una pizza para que mamá descansara de cocinar.

Aquel día puse mi móvil en silencio, no iba a permitir que nada perturbara mi sesión familiar, pero debo reconocer, que estuve un tanto nerviosa y que comía y comía, incluso hacía cosas, para intentar controlar esos nervios de querer mirar el móvil y comprobar si tenía algún mensaje de Rafa.

Por la noche después de cenar y de ver doctor sueño todos juntos cenando una pizza que tenía doble extra de queso, entre otros ricos ingredientes, me lavé los dientes y me metí en la cama, teniendo ya el autocontrol por los suelos y cediendo a mirar el móvil.

Varios mensajes me saturaban el teléfono, de David, de Israel, de Cristina, de algunos amigos que sabían que había vuelto por vacaciones… pero ninguno captó mi atención tanto como aquellos 10 mensajes que terminaban con un *"¿estás bien? Te echo de menos, bonita"* que me había dicho Rafa.

Estaba acurrucada, tapada hasta el cuello con el edredón y las mantas y con un pijama gordito de pelo en colores pasteles, abrí su chat y le respondí.

Alma
Hola, estoy bien. Siento no haberte hablado hoy, pero tenía día familiar que libraban del trabajo y quería dedicarlo a ellos. ¿Tú qué tal?

Rafa
Ya bien. Jugando a la consola estoy. Estaba preocupado por ti.

Alma
No tienes por qué Pues yo estoy muerta de frío jajajaja

Rafa
¿No tienes estufa o algo?

Alma
Sí, pero prefiero el calor corporal.

Rafa
Y yo. Ay si estuviera cerca… te lo daría con mucho gusto.

Alma
Ah, ¿sí?

Rafa

Sólo si me dejas

Alma

Pues suena mejor que el método de entrar en calor que tengo yo sola…

Rafa

¿Cómo qué?...

Alma

Hasta mañana, buenas noches Rafa.

Y me despedí de él previendo que la charla se iba a ir de las manos, y sintiendo en mi interior un fuego que no se iba apagar así como así. Ni en días, ni en meses, y puede que incluso en años. No entendía que me pasaba exactamente, pero si hubiera seguido hablando, habría dicho cosas que una mujer casada no puede decir.

Los días pasaban y mi interés por Rafa y el suyo por mí, seguía creciendo a pasos agigantados. Era increíble pensar que alguien que conoces de repente, en tan poquísimo tiempo, logra colarse tan hondo en tu vida, alma y pensamiento. Pero siempre he sido fiel creyente de que las mejores cosas que nos pasan o las mejores personas que conocemos, aparecen en nuestra vida de casualidad, para suplir con creces las malas que nos sorprenden.

Aplacé mi salida con Cristina aquella vez cuando mi familia libró del trabajo, así que aquel martes de diciembre, previo a nochebuena, salimos por la plaza del pueblo con el frío que hacía, para darnos un paseo y merendar en La platera.

Me puse los vaqueros negros que llevaban pelito debajo, una camiseta de interior blanca y encima el jersey gordo de lana rosa, y los botines negros. Además, en la cabeza llevaba un gorro de lana blanco que resaltaba el azul de mi pelo.

Cristina parecía un personaje de un anime en pleno Alaska, se había puesto un chándal gordo con cremallera en la parte de arriba y llevaba bufanda por encima del plumón negro. Así como el gorro y los guantes. Por suerte para ella iba con zapatillas de deporte con unos calcetines gorditos y tuvo los pies tan calientes que a ratos me decía que tenía hasta calor. Maldita.
En la platera nos atendió Sofía, una chica rubia con tirabuzones que llevaba un delantal verde agua con su nombre, encima de un mono vaquero con un jersey de cuello alto en color crema.
Me pedí un batido de chocolate blanco con oreo y un donut de chocolate con avellanas por dentro, que además llevaba bolitas de cereales por fuera adornado con una mariposa de colores en un papel comestible.

Cristina pidió un batido de vainilla con caramelo y nueces que acompañó con un gofre con helado y chocolate por encima.
Verla tan abrigada comiendo helado iba a ser cuanto menos cómico, pero así era ella, rara por naturaleza.

Cuando nos trajo nuestro pedido, que fue muy rápido, nos sorprendió ver que nuestros batidos tenían cada uno algunos añadidos que no imaginábamos. El mío, por ejemplo, tenía un kínder bueno de chocolate blanco, mientras que el de mi amiga tenía trocitos de galleta de chocolate picada.

Hablamos del tiempo extra que me iba a quedar, que ya lo tenía decidido y que aún no se lo había dicho a mi marido de cuanto iba a ser. También estuve contándole que tenía pensado ir a la peluquería a retocarme el color y el corte, porque en noche buena cenaría con mis padres y mis abuelos paternos, y que, aunque iba a ser una cena tranquila en casa quería estar presentable.

Me insistió en que me cambiase el color, negándome de lleno a ponérmelo morado como ella quería, ya que yo era fiel a mi azul eléctrico de siempre.

Hice una foto a todo lo que llenaba la mesa antes de empezar a engullir como auténticas muertas de hambre, y la subí a twitter, el cual tenía desde hacía mucho, totalmente abandonado, a excepción de unas cuantas fotos de comida que subía puntualmente. En Instagram subía más, porque con el tema de las stories a veces subía algo de Manolo haciendo de las suyas. La última de hecho, fue de él bebiendo agua del grifo de la cocina con la pata. Como te lo digo. Y que el tío no había quien lo moviera de la encimera.
Estábamos saliendo de La platera, cuando mi móvil sonó y esta vez no era Rafa, que estaba muy callado porque tenía una urgencia de trabajo, si no que era mi hermano. En su mensaje, muy breve pero intenso, me decía un "hermana llámame por favor que es urgente" que me aterró, poniéndome un nudo en el estómago.
Cuando lo llamé, con cristina delante, me dijo que tenía que enseñarme una cosa, y que tenía que ayudarle con aquello. Por supuesto por mi cabeza pasaron todo tipo de cosas malas que se les presentan a los adolescentes, desde accidentes, drogas o … sepa dios qué. Así que me despedí de mi amiga y me fui para el bar donde lo encontré hablando con Marina en la puerta de este, y cambiándole la cara cuando me vio aparecer a mí.

- ¿Qué pasa? - Dije cuando llegué cogiéndole del brazo.
- Que hay un nuevo miembro en la familia y no sé cómo decírselo a mamá y a papá.

Yo me descompuse. Mi cara se tornó de todos los colores que pedían a gritos ayuda médica. No estaba blanca, estaba ya más cristalina que las ventanas de la chabola de un gitano. Sobre todo cuando son inexistentes. Mi hermano había dejado embarazada a Marina, ¿Cómo le explicábamos esto ahora a nuestros padres? Madre mía, que me vine a pasar unas vacaciones tranquila y voy a irme de aquí con el pelo blanco de estrés y no sólo por la predisposición genética a las canas.

Capítulo 11

Teeth (Lady Gaga)

Después del susto que me dio mi hermano aquella tarde, yo ya cogía con pinzas todo lo que me decía.

El cabroncete, como buen Montoro que era, tenía un sentido del humor un tanto peculiar, y cuando vio mi confusión respecto al embarazo de Marina, no dudó en seguir el juego hasta casi provocarme taquicardias.

No, Marina no estaba embarazada. Es que mi hermano, en un arrebato de compasión y amor por los animales, igual que yo, aunque luego diga que no, se ha encontrado un cachorro de un american bully XXL y no sabe cómo meterlo en casa sin que mi madre se dé cuenta.

Sin que mi madre se dé cuenta, repito. Pretende meter un animalico que, de pie, siendo cachorro, casi me puede echar la pata por el hombro a mí de lo grande que es.

Cuando mi madre lo vea le va a dar tal parraque que voy a tener que sacar el abanico de la abuela y hacerle aire como si fuera un siervo de la mismísima Cleopatra.

No le preocupaba mi padre, el cual pasaba de todo y le pondría un nombre tipo Sultán al que todos le diríamos que no, le preocupaba mi señora madre, que siempre está diciendo que no quiere más animales, como cuando mi hermano decidió que era buena idea adoptar una iguana y no contárselo. Aquel día cuando se escapó de la pecera de su habitación y se la encontró acostada en su cama, mi madre tenía hasta otra voz cuando pidió socorro.
Aunque cabe decir, que con Manolo siempre dijo lo mismo, que no quería gatos, y ahora tiene a Manolo como si fuera el mismísimo Anubis.
Iba a estar complicado meter a una criatura que pesaba mínimo 25 kilos en casa, porque por mucho que lo escondiéramos, no sería como aquella vez que se le ocurrió a Andy tener un ratón chino y que cuando se escapó de la jaula mi madre grito “una rata” mientras iba a por la zapatilla.

Sin embargo, la ocasión en la que yo adopté un murciélago mi madre reaccionó bien, igual porque le conté que estos animalitos comían mosquitos, y la pobre ya parecía un vestido de gitana con tanta roncha roja.
Pero vamos a ver, aunque mi madre acepte a Roco en la casa, que encima ya le ha puesto hasta nombre, y de actor porno casi, ¿cómo se va a tomar Manolo esta usurpación de terreno?, y, sobre todo, ¿Creerá Roco que Manolo es su merienda cena? Mi madre no iba a consentir que su pequeña criatura de pelo negro y ojos amarillos pasara estrés o miedo por un pony en miniatura recién llegado, es que no iba a salir bien. Y Manolo quería siempre ser el dueño del cortijo.
Intenté debatir con mi hermano y hacerle entrar en razón.

- Hermano, piénsate bien todo esto, que estos perros requieren muchos cuidados y muchas horas, y paseos, y correr, y tu trabajas y…
- Pero lo puedes sacar mientras estés tú.
- Andy – Ya me iba a meter a mí el perro por los ojos y sabía el muy cabrito que yo no podía decir que no. – Es que yo ya mismo me voy.
- Hermana, que me conozco tus ya mismo me voy, que tú te irás cuando Roco alcance la madurez.
- ¡Que no! – Me defendí, aunque sabía que llevaba razón. – Que yo ya mismo me voy y ¿qué pasa con él? ¿Cómo lo vas a sacar?
- Pues que haga sus cosas en el patio y lo saco cuando llegue.
- Pero Andy, que mamá se va a enfadar… que sabes cómo cuida de Manolo.
- Pero este no le hará nada, si es muy bueno y juguetón, mírale.
- No, no le miro que me ablandas.
- Además, podría enseñarlo para llevármelo a la tienda.
- Pero… ¿tú ves el tamaño de este perro? ¡Si parece un lobo!
- Ya veré que hago, pero me daba pena dejarlo tirado donde lo he encontrado.
- ¿Y eso donde ha sido?
- Pues ¿te acuerdas de las ruinas abandonadas donde tienen prohibido el paso a gente no autorizada, al final del pueblo?
- Sí…

- Pues ahí.
- ¿Y qué hacías tu ahí? – Pregunté, sin saber realmente si quería saber la verdad porque me la veía venir.
- Eso no es relevante. – Dijo mi hermano mientras sacaba de su mochila azul de Nike, un par de palitos de cordero y pollo para dárselas a Roco. Qué bonito era.
- Está bien – Suspiré resignada, viendo a mi hermano tan encariñado con el perro. – te ayudo con mamá, pero no traigas más animales ya que luego me toca a mí apechugar con ellos.
- Gracias hermana – Me dio un abrazo y Roco se puso de pie a dos patas para apoyarse en mi muslo moviendo la cola. Que adorable. – Sabía que tú lo entenderías.
- ¿Estás seguro que no le hará nada al gato? – Pregunté otra vez cuando le cogí de la correa y nos encaminamos a casa. – Es que me impone hasta a mí.
- Había gatos por ahí, en las ruinas, y él pasaba de todos. Estaba el pobre en una caseta vieja hecha pedazos hecho un ovillo y temblando. Cuando le di parte de mi bocadillo no se separó de mí y de Marina.
- No voy a preguntar qué hacíais allí los dos porque es obvio.

Dejamos a Marina en la puerta del bar, después de que mi hermano se despidiera con un gesto de la mano de manera casual, igual que yo. Aunque a mí no me la daba con queso, estos dos estaban liados.

Fuimos hasta la casa de mis padres y donde también vivía él, que estaba cerca de allí a dos manzanas.

El perro era una bolita adorable de mucho amor. Gris, con una mancha blanca en el cuello que se extendía al pecho y en la parte baja de las patas. Le habían cortado las orejas, porque dudo que las tuviera así de nacimiento, y estaba en los huesos pese al gran físico que poseía.

Mi hermano le había puesto un collar improvisado con una cuerda, y él perro, como si entendiera, no tiraba, si no que le iba haciendo caso a él y a mí como si nos conociera de toda la vida.

Tenía la constitución ancha, pese a que se le notaba los huesos de las costillas del hambre y la desnutrición que tenía. Las uñas negras que resaltaban entre las patas blancas, y el rabo fino y corto.
Los ojitos eran negros color azabache y tenía una boca que parecía que estaba sonriendo constantemente. Era realmente precioso pese al estado de abandonado que tenía.
Paramos en camino a casa en una tienda de barrio que había y le compró un saco de pienso, algunas latas y un paquete de chuches como las que llevaba en el bolsillo. ¿Desde cuándo llevaría con el perro para llevar golosinas en el bolsillo?, pensé en preguntarle más tarde.

Cuando llegamos a casa y mi hermano abrió, entré yo con Roco hasta la parte baja de las escaleras. Manolo estaba al final de esta, como si fuese una sombra siniestra y ancestral que te observa desde el más allá.

El gato se puso tenso. Miró, agazapado, con los ojos como platos y un gruñido se escuchaba de fondo en pleno silencio.
El perro estaba a su total bola, ni miraba al gato, vamos que le importaba una mierda Manolo, pero el gato que es muy suyo y muy posesivo con la casa, siguió mirándolo con una cara extraña. Era una mezcla entre “te voy a destripar” y “qué coño haces tú en mi casa, vete”.

El gato gruñía, yo miraba a mi hermano, Andy acariciaba al perro y Rocco movía la cola. Pero Manolo no estaba dispuesto a hacer amistades con ese ser que iba a cuatro patas y que era claramente su competencia directa desde que el mundo es mundo.

- Manolo, ven… - Le llamé yo mientras le pasaba la correa de Rocco a mi hermano. - Toma…

Sí, toma. Toma zarpazo que me endiñó el gato. Me cago en tu estampa felina, gato maniático.
Manolo a estas alturas se había hinchado. Había empezado levemente, y ya parecía un pez globo. Yo creo que le había cambiado hasta la voz, digo el maullido, porque más que un gato parecía un puma. A ver quién se acercaba al final de la escalera con esta bola de pelo rabiosa ahí en mitad. Y mi hermano queriendo familiarizar a Rocco con él, para que fueran colegas… será iluso. Verás mamá.

- Manolo hombre, no seas así, ven que te voy a dar una gambita. – Subí pasando por su lado con el miedo de que el gato me amputara una pierna. – Andy, espera a que me lleve al gato y subes con Rocco. Llévatelo al patio de ahí a ver si este se calma.

Mi hermano me hizo caso, y yo me metí en la cocina dispuesta a sacar gambas del frigorífico para empezar con el soborno. Pero Manolo no venía, estaba muy bien plantado en la escalera como si fuera parte del decorado y no había quien lo sacara de ahí, ni con gambas ni con bogavantes.
Salí con la gamba, ya que no venía a mi llamada, dispuesta a suavizar el ambiente dándoselo en la escalera, a ver si así…
Nada. El gato me dio un manotazo y la gamba salió disparada hasta los lirios de mamá que estaban en la parte de la entrada.

La dejé ahí, total sería abono en breves. Ahora la prioridad era que no se convirtieran unas escaleras de una familia corriente, en un campo de guerra nazi.

Mi hermano estaba jugando con Rocco en el patio con una pelota de Manolo. ¡De Manolo! Pelota que no se ha acordado de utilizar en todos sus años de vida pero que ahora miraba por la escalera, como si fuera su objeto más preciado.

Su cara desprendía odio. A niveles indescifrables. Su humano, el favorito, con el que él echaba la siesta, estaba jugando con otro ser que no era él y encima era ¡un perro!, la sangre le hervía. Como estaría para no querer ni sus gambas. Ni Anakin sintió tanta ira por Obi-Wan en el episodio III, como el gato por el pobre perro.

Yo no sabía que hacer ya, y presa de la desesperación, cogí a Manolo por el lomo y, aprovechando que estaba estático, subí con él y me metí en el salón mientras le decía a mi hermano que subiera ya.

Metió el perro en su cuarto rápidamente, y yo solté al gato que me bufó y gruñó yéndose hasta un rincón del pasillo.

Desde la oscuridad del pasillo, y con lo oscuro que era él, parecía más un espectro que un gato.
Mi hermano y yo nos pusimos a planear como se lo diríamos a mamá, y como le explicaríamos que el gato no estaba dispuesto a ser amigo, así como así, del pobre perro. Tenía guasa que fuera el gato, que era una pata del perro en tamaño, el que tuviera asustando a esa bestia de más de 25 kilos.

Pensamos en la posibilidad de hacer cómplice a nuestro padre, para que nos fuera preparando el terreno con mamá, pero sabíamos cómo era mi padre y querría al perro tranquilo y suelto por la casa.
Tocaba agasajar a mamá unas horas hasta que se confiara y entonces, zas, le dábamos la noticia de que a partir de hoy seríamos uno más en la familia.

Mi hermano me pidió una fiambrera que no usáramos para echarle de comer el pienso a Rocco, mientras él le compraba sus accesorios. Nada más ponerle agua y comida el pobre perro comió con unas ganas, como si no hubiera probado bocado en meses. Y eso que mi hermano me contó que le había dado de su bocata y, seguramente, habría tenido más tiempo al perro de lo que decía, oculto en algún lado.
Yo sospechaba que, en la cochera de los padres de Marina, pero no lo terminaba de confirmar.

Rocco se sentía como si hubiera nacido y dado sus primeros pasos allí, no extrañaba nada la casa, y era muy cariñoso con nosotros, sobre todo conmigo pese a que no me había conocido hasta ahora. Me fui a la cocina y cogí del jamón cocido que le compraba mi madre a Manolo, el cual me vigilaba desde el fondo del pasillo aún, escondido tras el jarrón que tenía mi madre con orquídeas blancas, como llevaba en mis manos su comida y no era para él.
Tensión en el ambiente.

Estábamos con la puerta entornada en la habitación de mi hermano jugando con el perro, cuando sentimos una especie de vibración procedente de la puerta. Miramos y vimos un ojo asomado en plena oscuridad. El gato acechaba y gruñía. Claramente iba a hacerle buylling al perro para que se fuera de su hogar. Pero no contento con eso, el gato, como si creciera cual mono Ozaru, se bufó alcanzando el doble o triple de su tamaño y, con la giba en alto, fue andando daleado hasta a estar a escasos centímetros de Rocco, el cual intentaba olerlo al tenerlo tan cerca moviendo la colita.
Pero Manolo no estaba ahí para ser amigo de nadie, él quería proclamar una guerra por marcaje de terreno, y cuando levantó la zarpa, la suspendió en el aire y tensó la pata, supe que, o lo paraba o Rocco se iba a cagar vivo. Así que cogí y tiré al gato del rabo llevándome varios arañazos en mi mano derecha que me hizo hasta sangre y me estuvieron escociendo unos días después, para que el gato del demonio se tranquilizara.

Intenté cogerlo para acunarlo como a veces le gustaba, incluso lo intentó mi hermano, pero el gato se revolvía de los brazos, saltaba y se iba corriendo echando humo. Pero a los minutos volvía y se plantaba muy bien puesto en el umbral a espiar y con ganas de darle de hostias al pobre perro que no sabía que su vida dependía de una bola de pelo de 6 kilos.

Cuando mi madre llegó de comprar y subió la pobre con las bolsas, porque no la escuchamos llamarnos, al ver la luz del pasillo encendida nos reclamó. Mi hermano y yo nos miramos y cerramos, dejando a Rocco dormido y rezando porque no le diera por ladrar o llorar.

- ¿Dónde está Manolo? – Preguntó mirando en el lavadero. – Que raro que no estuviera en las escaleras para recibirme.

El aludido estaba en una esquina del salón agazapado, desde donde podía ver todos los ángulos de la casa.

- Ahí está, míralo. – Le dije señalándole con el dedo justo antes de acercarme a la bolsa de Mercadona y sacar lo que contenía.
- No se ha bebido su leche hoy, que raro.
- No tendrá ganas.
- Manolo, ven, toma una gambita.

Abrió mi madre la nevera, acto que hacía que el gato siempre se pegara a ella, alzara el rabo y se restregara en su pierna. Hoy ni se movía del sitio donde estaba.

- ¿Manolo? – Mi madre se asomó con la gamba en la mano y el gato la miraba, pero no se movía. – Yo creo que esta malo, no es normal esto…
- Que no tendrá ganas, mamá… - Dije mirando de reojo a mi hermano. – Ya comerá cuando tenga hambre.
- Hija, que en todos los años que tiene nunca me ha rechazado una gamba, te digo yo que el gato no está bien.

Peló la gamba, se la hizo trocitos y la puso en un platito de cristal en el suelo. Cogió la leche y la tiró, fregó el cuenco y le puso más recién echada. Nada, el gato no quería nada, sólo observar y vigilar desde su posición, que el perro que estaba en el cuarto de mi hermano, no saliera de ahí.

- Mira mucho para el pasillo, ¿hay alguien? – Miró a mi hermano. - ¿Hay alguien en tu cuarto, Andy?

Yo me puse tan nerviosa que se me resbaló de las manos el bote de azafrán. Por suerte era de plástico y no se rompió, si no aquello parecería el desierto del Sahara.

- Que va, mamá, no hay nadie. - Mi hermano cogió una coca cola y se sentó en el taburete de la cocina que siempre estaba pegado a la puerta. - ¿Y papá?
- Pues ahora viene, que va a venir Cristóbal y Lucilda, que hoy hay futbol y ha cerrado el bar porque nunca va nadie en los partidos, así lo ve aquí con tu padre. – Dijo mientras seguía mirando a Manolo y se acercaba hasta él.

“Que se lo digas cuanto antes” le dije moviendo la boca como si fuera la duquesa de alba.

- Estará al venir. – Dijo mi madre. – Eso sí, guarda la play que vendrá con el niño.
- No jodas… - La reacción de mi hermano me puso alerta. – El puto niño…

- Calla, que es el hijo de nuestros amigos, tenemos que aguantarnos.
- ¿Qué niño? ¿Qué pasa? – Pregunté desubicada.
- El crio tendrá unos 5 años y es más malo que un dolor de muelas.
- No será para tanto… - Que ilusa fui. Y debí verlo venir a juzgar por las caras de mi madre y mi hermano.

Mi madre estaba a centímetros de Manolo, hablándole dulcemente como si fuera un bebé en su moisés, pero el gato no apartaba la vista de la puerta de la habitación de mi hermano y yo estaba poniendo unas caras como si me estuviera dando un ictus.

- Ven aquí boni…¡Ayyyyy! – Gritó mi madre. - ¡¡Manolo!!
- ¿Qué pasa, mamá? – Salí asustada de la cocina con el paquete de patatas fritas en la mano.
- Que me ha arañado… el gato – Dijo sorprendida. – A este gato le pasa algo raro, en la vida me ha arañado.
- Mamá, estará estresado porque va a venir el niño. – Dijo mi hermano aguantándose la risa.

Él se reía, pero yo iba a sufrir una embolia. Mi madre se perdió en el pasillo y la seguí con la vista hasta que llegaba al final para entrar al baño a echarse agua oxigenada en el arañazo.
Yo me metí en la cocina con mi hermano y siseando como si fuéramos dos señoras de pueblo empezamos a hablar.

- Se lo tienes que decir, se está preocupando por Manolo.
- Luego, cuando se vaya la visita.
- Pero será mejor que se lo digas cuanto antes a que lo descubra ella. El perro podría ladrar y va a ser peor.
- Que no, ya verás, tu déjame a mí.
- Me pediste ayuda.
- Sí, para que la convencieras, pero pretendes que se lo confiese así sin más.
- ¿Y por qué no se lo dices delante de la visita? Así no se pondrá hecha un basilisco por guardar la compostura.
- Parece mentira que no conozcas a mamá… - Me dijo negando con la cabeza. – Si hay confianza le da igual quién haya delante.

- ¿Y qué hacemos? – Pregunté ya presa del estrés.
- Pues ya se lo diré, sólo necesito unos días para ir preparándola… Pero necesito que te encargues de Rocco cuando yo me vaya a trabajar.
- Está bien. – Dije resignada, como siempre que mi hermano me pedía algo y era incapaz de negarme.

Mi madre volvió del baño con una tirita y empezó a sacar platos que rellenó con frutos secos, patatas fritas, cortezas, aceitunas, jamón y queso.

Conociéndola, sabía que iba a preparar una gran cena de las que saldría yo esta noche rodando de allí.

Mi padre llegó al poco rato, mientras mi madre hacía unas rebanadas de pan con jamón serrano y huevos de codorniz encima. El olor me estaba matando de la ansiedad de querer hincarle el diente.

Entró y detrás de él vi a Cristóbal que me dijo que me acercara, vi a su mujer, y vi al famoso niño del que había oído hablar. Muy mal todo sea dicho.

Le di dos besos a todos, menos al niño, al cual le toqué la cabeza agitándole un poco el pelo, y pasaron hasta el centro del salón. Veo demasiado forzado dar dos besos a los niños, incomodándolos cuando no te conocen. Es un gesto personal de contacto que requiere decisión propia.

Se fueron sentando y mi madre salió a recibirlos con una sonrisa esplendida. Les preguntó que quería de beber y mi padre le dijo que ya iba él, y entró en la cocina por unas cervezas y una fanta de naranja para el niño.
Yo me cogí un Nestea y me cogí el taburete de la cocina y me lo llevé hasta la mesa del salón.
Conocía a la mujer de Cristóbal de vista, la última vez que vine fue un viaje exprés y no le vi, pero mi madre me contó que se habían casado.

El hijo no era de él, sino de una pareja anterior a él que tuvo y que desapareció cuando se quedó embarazada, aún así, Cristóbal la aceptó con el regalito. Si no era un problema su diferencia notoria de edad, tampoco lo sería un embarazo.
Lucilda, que era de Perú, tenía el pelo negro como el azabache, ojos marrones y una carita de lo más angelical y dulce. Era muy educada, llevaba de la mano a su hijo y le indicó que se sentara, recibiendo una respuesta del niño que me dejó anonadada.

- Que me dejes pesada.

Pero qué... Flipé en colores con que un crío de esa edad hablase así y a su madre encima. Ella se rio y se puso hablar con mi madre mientras el niño no dejaba de mirarme al pelo.

Mi madre me presentó a Lucida, la cual me dio dos besos, otra vez, que era muy cariñosa, diciéndome lo guapa que era y que chulo tenía el pelo. Además, me dijo que me parecía mucho a mi madre, cosa que me halagó. Yo no podía compararla con la suya porque no la conocía, así que dije un simple gracias y me quedé más ancha que corta.

Se fue detrás de mi madre y le pidió al niño que se sentase en el sofá junto a Cristo, como ella lo llamaba. Pero el niño no hacía ni puto caso de lo que su madre le decía.

Me puse con el móvil, donde tenía una palestra de mensajes de Rafa que no había mirado con el tema del perro por estar pendiente de él y aliándome con mi hermano. Pero el hecho de sentirme observada me estaba poniendo nerviosa.

- ¿Quieres beber algo? – Le pregunté dulcemente cuando se llevó el dedo a la boca y seguía con sus ojitos negros fijos en mi pelo. Él negó con la cabeza sin apartar su vista de mí. - ¿Tienes hambre?

Negó sin quitar los ojos de mí. Su madre estaba perdida con la mía, mientras que Cristóbal hablaba con mi padre, sentados ambos en el sofá, con una cerveza en la mano y con el mando de la tele mi padre buscaba el canal del partido.

Yo me estaba poniendo nerviosa con el niño, que me miraba como si tuviese yo monos en la cara o un espíritu japonés detrás de mí, parecía el crío del sexto sentido a punto de decirme “en ocasiones veo muertos”, y me perturbaba. Deseé que nuestras madres salieran pronto de la cocina, o que mi hermano, que se había metido en su cuarto con Rocco, saliera a salvarme de aquella pequeña estatua con vida, pero no, nadie venía en mi auxilio.

Me levanté y me fui a la cocina, y el niño vino detrás de mí y agarró la mano de su madre mientras tiraba de ella sin dejar de mirarme. La madre pasaba tres pueblos del crío, que no dejaba de llamarla tirando de su brazo, pero ella enquistada en la charla de la floristera del barrio, la que se había quedado viuda después de que su marido se ahorcara en la cochera. Anda que la charla delante del niño…

- ¿Qué quieres Felipe? – al fin hizo caso al hijo que había parido. – Esa niña es la hija de ella. ¿Es guapa verdad?

Yo me sentí una diva ante las miradas que me echaba el niño. Pero no, yo no era una diva para el niño, es que estaba extrañado por el color azul de mi pelo.
Desesperada ya por hacer algo y despegarme de aquellos ojos inocentes que me juzgaban en silencio, me puse a buscar a Manolo, el cual no vi.

- Mamá, ¿y Manolo? – A mi madre se le cambió la cara. - ¿Qué…?
- Está dormido. – Dijo mientras me guiñaba el ojo y alternaba con mirar a Felipe. – déjalo que está malito.

Pillé la indirecta de mi madre y supe que el gato lo había escondido como si fuese una caja fuerte, en su habitación, lejos del niño.

Entre las miradas que me echaba el infante, lo que dijo mi hermano de él, y que mi madre escondiera a Manolo, supe que aquel crío inocente con peinado de escupidera tenía que ser un elemento de los gordos.

Mi madre siempre presumía de gato, sólo lo guardaba cuando corría peligro la vida de éste. Ya fuera por cohetes, extraños o ruidos que le podían asustar.

Me fui a mi cuarto a ponerme el pijama ya que no saldría más ese día. Y cuando me cambié y salí, iba mirando el móvil tan tranquila hasta que apagué la luz, y vi al fondo una cabeza asomada por el umbral de la puerta.

Puto niño, que mal rollo daba. Pero la cosa no iba a terminar ahí, claro que no.
Volví al salón y le mandé un wasap a mi hermano para que viniera al salón.

Alma
Si me quieres ven a sacarme de este salón con el niño de la profecía, por favor.

Hermano
¿Qué pasa?

Alma
Este niño me mira mucho

Hermano
Pues menos mal que sólo te mira, espera que le dé por hacer algo más.

Alma
¿Algo como qué?
Mi hermano me puso varios iconos de ojitos mirando hacia arriba, manos llevándoselas a la cara, y caras de terror.
Le mandé un mensaje a mi madre.

Alma
Mami, este niño me mira mucho, ¿Cuánto os queda ahí?

Mi madre seguía hablando con Lucilda mientras cogía el móvil y me miraba de reojo, pero sin contestarme.

Entré en la cocina nuevamente y me senté en el taburete que quedaba, mientras estiraba el brazo y cogía del mueble un paquete de patatas. La ansiedad me estaba superando y necesitaba comer e ingerir calorías.

Después de estar un rato esquivando las miradas del niño y pedir auxilio por wasap, comer y rezar mentalmente, mi madre cogió los platos con los flamenquines caseros que había hecho y que había cortado en medallones, y los llevó al salón, con su amiga y el niño detrás.

Estábamos sentados todos comiendo cuando sentí un pisotón que me hizo tambalear mi bebida, la cual tenía en la mano. Solté un "joder" que captó la atención de mi madre y me siseó.
El niño me había pisado, sin querer supuse. Lo cual supuse mal, claro está.

Al rato, volvió a pisarme y ahí ya le miré con odio engurruñendo los ojos y me alejé de él con el taburete acercándome más a mi madre que estaba en el extremo del sofá.

Todos hablaban entre ellos menos yo, que estaba con mi móvil en la mano hablando con Rafa, David e Israel y comía, ajena a la conversación.

Pero el niño se puso detrás de su madre, que estaba enfrente de la mía sentada en una silla, y me tiró una patata.
Mi madre carraspeó, porque se dio cuenta y porque temía mi reacción.

Alma
Mamá, le voy a dar una hostia al niño.

Le mandé un wasap mientras masticaba con furia una almendra. Mi madre ni respondió, simplemente me miró, abrió mucho los ojos aprovechando que Lucilda hablaba con su hijo y le acercaba un trozo de flamenquín pinchado y yo arrugué la nariz, asqueada.

El niño se acercó nuevamente a mí muy suave mientras su madre era ajena a todo, o que estaba subnormal perdida y no se enteraba de nada o no quería enterarse, y me pegó otro pisotón y me sacó la lengua. Mi madre lo vio, y mi hermano que ya se encontraba en la mesa comiendo una rebanada de pan con jamón y huevo de codorniz, también. Se aguantó la risa, miró a mi madre y pegó otro mordisco mientras miraba su móvil.

Hermano
Es un angelito el niño, ¿eh?

Alma
Como me vuelva a pisar, le adelanto el crecimiento de los dientes de leche

Hermano
Déjate de rollos que su padrastro es el amigo íntimo de la familia

Alma
Pero no mío, no tengo porque aguantar al hijo de lucifer.

A mi hermano se le escapó una risa y se me contagió a mí. Entonces, sí, entonces, Lucilda nos miró y se cachondeaba de mí con mi madre, la cual nos conoce tan bien como que nos ha parido, para saber que realmente me estaba riendo de lo que estaba pensando de ella y del niño.
Mi hermano y yo no parábamos de reírnos, sin ser consciente la amiga de mi madre que nos reíamos del hijo de satanás que tenía al lado.

- ¿Con quién hablarás que sonríes tanto? – Dijo Lucilda tan chisposa.
- Con su marido estará hablando. – Quiso mi madre desviar el tema para que no se coscara que mi hermano también se reía a la vez que yo.
- ¿Estás casada? – Preguntó sorprendida.
- Sí, desde hace 12 años.
- ¿Pero cuantos tenías?
- 18
- ¿Te casaste embarazada? – Pero ¿qué me estás contando?
- No, ¿Por qué iba hacer eso? – solté con un poquito de desprecio a ese cliché.
- No sé, mujer… tan joven sin un motivo…
- Estaba enamorada, igual que lo estoy ahora. – Y dispuesta a dejar claro mi carácter dije – No necesito un bombo para pillar a un hombre, eso sólo es para inseguras.
- Ah, ya… - Pilló la indirecta.

No volvió a dirigirme la palabra en toda la noche. Sin embargo, el niño sí que estuvo dándome por culo un buen rato, hasta que cogí yo, y con el poco autocontrol que me quedaba le tiré la fanta encima dándole, “accidentalmente” con el codo. “Te jodes” pensé para mí.

Hermano
Te has pasado, hermana.

Alma
La vida es muy dura, que aprenda desde joven.

Mi madre se llevó la mano a la frente mientras me miraba y estaba al borde de la histeria. Lucilda secaba a su hijo con una servilleta detrás de otra mientras le regañaba, ahora sí, ¿eh? Y yo, satisfecha con mi cometido, me fui a la nevera a por un flan de huevo que había hecho mi madre aquella tarde.
Pero la noche no podía terminar ahí, no señor. Después de hablar con mi marido y decirle que me recordara esto, que se lo fui contando, cuando algún día en plena enajenación mental le pidiera tener hijos, fui a mi cuarto por el cargador y me senté cerca de la chimenea con el móvil en la mano.

Rafa
¿Tan malo es ese niño?

Alma
Lucifer es un ángel sin caer al lado de él.

Rafa
Me estás quitando las ganas de pedirte hijos

Alma
¿no deberíamos conocernos primero?

Y esto me hizo sonreír de una manera que cuando me di cuenta, tenía a la amiga de mi madre mirándome otra vez, pero esta vez no dijo nada, sino que se reía con mi madre comentando con ella teorías de porqué me reía.

Lucilda era un poquito gilipollas, pero tenía que intentar no dejar salir a la Alma que odiaba a los humanos ajenos a su familia por el bien de la familia, precisamente.

Rafa
Oye, que lo mismo nuestros hijos salen en condiciones con semejantes padres.

Alma
Pues espero que no tenga mi cuerpo

Rafa
Pues eres preciosa de pies a cabeza…

Alma
Es que tú me ves así

Rafa
Te veo cómo eres, preciosa.

Alma
Te cómo, ¿eh?

Rafa
Eso quiero, que me comas y comerte a ti.

Me revolví en el asiento nerviosa al leer nuevamente su comentario, y me imaginé la boca de él por donde se cerraban mis muslos. Un escalofrío me recorrió entera que por suerte nadie percibió.

Me olvidé del crio infernal, de la madre cotilla, y de los demás que ocupaban el salón y me puse a hablar con Rafa de todo tipo de cosas. Algunas con sentido, otras sin él. Algunas cómicas, otras subidas de tono.

Cuando me quise dar cuenta el partido había terminado y ellos se iban con el pequeño satanás.

A los minutos empezaron a escucharse cohetes, el claxon de los coches por la victoria del equipo que había sido vencedor.

Mi hermano y yo nos temimos lo peor… Hasta que finalmente pasó. Rocco empezó a ladrar y llorar arañando la puerta de la habitación de mi hermano mientras mi madre, que estaba en la entrada del salón despidiendo a los visitantes, se daba la vuelta y ponía cara extraña preguntándonos.

- ¿Qué es eso? – Mi hermano y yo estábamos quietos, ambos con el móvil en la mano dispuestos a buscar una explicación antes de abrir la boca, pero mi madre se puso más insistente. - ¿Quién llora? ¿De dónde viene?
- Yo no escucho nada. – Dijo mi hermano. - ¿Y tú?
- No, no. Nada. – Miré mi móvil disimulando, pero mi madre que no es tonta y es peor que un pastor alemán oliendo droga, volvió a preguntar.
- ¿Qué escondéis?
- Nada. – Dijimos al unísono.
- ¿Estás bien, Leonor? – Preguntó mi padre agarrándole el hombro, volviendo de cerrar la puerta.
- Sí. – Pero no estaba convencida. - ¿No oyes eso, Antonio?

Y el perro justo en ese momento volvió a llorar.

- Es un perro, ¿no? – Mi hermano cerró los ojos y yo me puse rígida.

Mi madre empezó a seguir el sonido del llanto canino hasta que llegó a la habitación de mi hermano. Abrió y el perro saltó hasta ella tirándola al suelo y sentándola de culo. Mi madre gritó, mi padre dijo un “pero que cojones…” y mi hermano y yo nos aguantamos la risa mientras mi madre se levantaba de un bote del suelo.

- ¿Pero que hace este perro enorme aquí? – Gritó mi madre. –Que se va a comer a mi Manolo.

Hostias, Manolo… que estaba aún encerrado. Verás tú la noche que nos esperaba.

Capítulo 12

Blackout (Scorpions)

El gato maullaba, el perro ladraba, mi madre suspiraba y mi padre roncaba.
Yo daba vueltas pasillo para arriba, pasillo para abajo.
Mamá no se fiaba de Rocco, y no la culpo porque veías al pobre cachorro del tamaño de un lobo de Alaska, y pensabas “Manolo para este perro, es un canapé”. Mi hermano intentaba dormir, pero Rocco no paraba de ladrar escuchando los restos de cohetes que tiraban del partido.

Eran las 1 de la madrugada y ahí el único capaz de conseguir conciliar el sueño fue papá, al que le ponías un tractor en pleno salón y el seguía dormido tan tranquilo. Daba igual que tocases la trompeta con la sonata militar en su oreja, que él no se despertaba.

Manolo que estaba agazapado retrocediendo cada vez más ante las palabras dulces de mi madre, finalmente salió pasillo arriba y se metió en la cocina en un rincón. No había probado agua, ni leche, ni gambas, ni pienso. No quería nada. Él sólo quería que aquel ser gigante a su lado, se fuera de su hogar.

- Pero vamos a ver, Andy, ¿Qué vamos hacer con este perro aquí? – Mi madre precavida, se situó en el umbral de la puerta mientras que Rocco, sentado en el suelo, seguía ladrando con cada cohete que sonaba.
- Que yo me encargaré de él, mamá. – Dijo mi hermano acariciando al perro y dándole una golosina que este ignoró. – Y mi hermana se hará cargo de él por las mañanas mientras esté aquí.
- ¿Y qué pasa con el gato? Se va a poner malo del estrés.
- Mamá –Dije yo – Se acostumbrará, intenta tratarlo igual que al perro, así no tendrá celos ni vera peligro de territorio.
- Ven aquí Manolo – Se fue mi madre a buscarle a la cocina. – si tú siempre vas a ser el dueño del cortijo.

Pero el gato que era un orgulloso profesional de nacimiento, alzó el rabo y le dio el culo a mi madre con un semblante frío y despiadado, mientras mi madre iba detrás de él arrastrándose, diciéndole palabras dulces y delicadas, y el gato la ignoraba enfurruñado porque ese ser peludo, le había robado su familia.

A mí me iba a estallar la cabeza. Mi móvil sonaba, el perro seguía ahora con la serenata del llanto y el gruñido del gato se oía desde la cocina. Mi madre estaba empezando a tener migraña y los ronquidos de papá completaban la orquesta que teníamos montada aquella noche en casa.

Al cabo de las horas conseguí disfrutar del silencio de estar todos dormidos y tranquilos y me metí en la cama, apagué el internet del móvil y me dormí tapándome hasta las orejas.
No había pasado mucho a mi parecer, cuando un ladrido grave y ronco me despertó sobresaltada haciéndome caer de la cama.

- La hostia que frío. Y que golpe. – Me levanté como pude, siendo consciente de que los años empezaban a pasarme factura. Eso y que tenía menos movilidad que la duquesa de Alba bailando sevillanas.

Me planteé entonces quedar con mi prima Alejandra para ir al menos los fines de semana a correr por las mañanas. Aunque claro está, dudaba mucho que ella accediera, porque levantarse a las 7 un sábado para ir a hacer deporte, ponía en riesgo la estabilidad mental de mucha gente, incluida la mía, que yo subía 10 escaleras y ya me ahogaba y tenía los pulmones reposándome en los brazos.

Rocco quería hacer sus cosas, eran las 10 de la mañana y mi familia ya no estaba en casa, por lo que me desperecé como pude, me puse un chándal cualquiera, el abrigo y las zapatillas de deporte, y le enganché la correa al collar que habíamos encontrado en la recamara, para salir.

Vi por el rabillo del ojo a Manolo en la cocina frente al cuenco de leche que le había puesto mamá antes de irse, sin quitarnos los ojos de encima al perro y a mí.

Salimos y nos dirigimos al parque que estaba a dos calles de allí, mientras lejos de pasear yo al perro, él me paseaba a mí.
Tiraba, conforme andábamos, haciendo que me llevase pequeños escalofríos que me hacían abrir los ojos del tirón, con el pánico de que se escapase y luego mi hermano quisiera mi cabeza en una pica.

Finalmente, en el quiosco del parque, compré un café caliente para llevar, y mientras paseaba al perro y me calentaba la mano con el vaso, conseguí entrar en calor pese a estar a 5º bajo cero.

Rocco iba tirando de mí y de la cuerda conforme olía toda planta que estaba a su paso, alzando la pata en más de una ocasión y volviendo a alzar sin llegar a echar nada. Quería marcar todo terreno donde pusiera sus patas, para dejar constancia de que ahí había estado él.

También hizo caca, y por supuesto me tocó recogerla y tirarla en una papelera que había al final del parque, haciéndome pasear con el crocante todo el camino hasta llegar al fondo.

Tiré también mi vaso vacío de café que aún conservaba una vez bebido, y salimos de allí de camino a casa. Al llegar y subir, cuando le quité el arnés, nos metimos en el baño, no sin antes encender el calentador del agua, y abrí el grifo para que empezase a salir caliente cuanto antes.
Me costó sangre, sudor y lágrimas meterlo en la bañera, porque coger a pulso a semejante bicho que encima estaba acojonado y encogido, me hizo ver las estrellas. Veríamos a ver si al día siguiente no acababa yo en urgencias con una lumbalgia. En peores plazas he toreao’. Pero también es verdad que he terminado siempre allí con un pinchazo en el culo, ante un señor con gafas que me miraba mientras masticaba un chicle.

Busqué el champú de Manolo, de aquella vez que intentaron bañarlo y aquello parecía una escena de Carrie, esperando que fuere unisex de perros y gatos.
Efectivamente lo era, por lo que después de mojar al perro bien y empaparlo lo suficiente, le eché bastante champú gastando casi todo el bote para poder enjabonarlo en condiciones.

Masajeé al pobre animalito mientras ponía cara de gusto y se le estiraba la boca, que parecía sacado de un anuncio de pasta de dientes conforme sonreía mostrando sus colmillos. Le aclaré con agua tibia y el perro al finalizar se sacudió, poniéndome perdida de agua hasta los calcetines que llevaba bajo las zapatillas.

Busqué una toalla grande que no estuviera muy allá y que no tuviera mucho uso, y lo sequé como pude.
Después de sacarlo y ponerlo sobre la alfombrilla, saqué el secador, lo enchufé y le di al botón.

El primer impulso del perro fue salir corriendo dejando un rastro de espuma de sus patas por todo el pasillo, con la consiguiente agua. Después de correr tras él expuesta a resbalarme y dejarme los dientes en las baldosas, conseguí alcanzar al perro y lo arrastré del cogote como buenamente pude hasta el baño. Allí cerré la puerta, y aprovechando que ya no podía escaparse le di con el secador secándolo con aire templado.
Al cabo de unos minutos el animalito se acostumbró y se estuvo quieto, comportándose como un campeón y un niño bueno.

Nada que ver con la vez que intentamos bañar a Manolo.
El gato, en uno de sus primeros celos, decidió que era un buen momento para salir a seducir a la gata de la vecina, la cual la muy sinvergüenza, lo provocaba desde el balcón. Entre miaus y ronroneos, a Manolo se le cruzó un cable y se escapó por el tejado de la terraza.

Tras estar dos días desaparecido con mi madre a punto de llamar al FBI, conseguimos encontrar a Manolo, el cual se había escondido asustado debajo de un coche que estaba aparcado en la misma puerta de casa. Un día, cuando mi madre estaba cerrando la puerta para ir al supermercado a comprar, se le cayeron las llaves y el gato al verla agacharse salió de allí. Tenía más aceite que un mecánico en horas altas, y mi madre cuando lo vio estaba entre la alegría y el horror por las pintas que tenía el gato. Así que cuando entró con él en casa, entre mi hermano y yo, que me pilló en unas vacaciones que decidí hacer, cogimos a Manolo y lo metimos en la bañera, mientras mi madre bajaba a la tienda de abajo de multiservicios a comprarle su champú.

El gato estaba tan asustado que de primeras no hizo nada. Pero cuando el agua empezó a caerle en la cabeza también, donde tenía más grasa, y luego empezamos a enjabonarlo, se ve que le tocó un poco la moral y empezó a revolverse salpicando champú y tirando agua por todas partes. Nos bañamos en seco con él, pero eso no fue lo peor. Si no que sacó las uñas y llamó a un tal Raúl para después dejarnos los brazos como si estuviéramos en la crucifixión de cristo. Aquello se convirtió en el escenario de Carrie y no paraba de ver sangre tintar el agua de la bañera. Mi sangre debo añadir.
Y ya cuando le pusimos el secador… bueno, bueno, bueno.

Manolo no era un gato, era el mismísimo Freddy Krueger con pelo y a cuatro patas con la misma ira que Zeus.
Desde entonces cuando escucha el agua y el ruido de ese artefacto satánico para él, se esconde en el rincón más recóndito de la casa.
Por suerte, Rocco era bastante noble y obediente, por eso cuando terminé de secarlo le pedí que me siguiera al lavadero, dónde estaban sus chuches, y le di un palito de carne. Y ahí repanchingado me encontré a Manolo durmiendo encima de las zapatillas de mamá completamente espatarrado dejando su barriga blanca, de haberse arrancado el pelo a mordiscos, al descubierto.

Pero en cuanto sintió nuestra presencia pegó un salto y se subió encima de la estantería para escabullirse y salir de ahí.
Parecía el pompón de una animadora de lo bufado que estaba, y temí por mi vida cuando pasó por mi lado, pero no me hizo nada, simplemente se escondió dios sabe dónde.

Le mandé varias fotos a mi trío, David, Israel y Rafa, del pequeño gran Rocco. El cachorrito causaba furor entre todo el que se le acercaba, y cuando contabas su historia ablandaba el corazón hasta del mismísimo hombre de acero.

Ambos nos pusimos en el sofá, él pillando más sitio que yo, que sostenía mi libro. Ese libro que después de un mes y medio aún no había leído porque dedicaba todo el tiempo a Rafa y al móvil cuando no estaba usándolo con mi familia.

Por la tarde, antes de entrar a trabajar, mi hermano me llevó a ver a mis abuelos. Les llevé una bandejita de dulces a mis abuelos paternos, ya que mi abuelo era de buen comer, y unas flores a mis abuelos maternos, que era algo que le encantaba tener en la entradita a mi abuela.

Estuve un buen rato con ambos y como siempre, cuando vas a casa de unos abuelos, la mesa se llena de comida en lo que tardas en dar un parpadeo. Mi abuela materna, María, no paraba de sacarme galletas, donuts, rosquillas de azúcar, que si un café, que si tomate un batido hija que estas muy delgada, y yo pero abuela, ¡si peso dos veces lo que debería! Pero ella nada, su obsesión era cebarme.
Por otro lado, mi abuelo Pedro vino con la morcilla que sabe que me encanta, esa sin cebolla y picante. Pues entre lo dulce y lo salado, salí de ahí que me podía ir rodando a casa.

Estuve hablando con ellos y me preguntaron por mi marido, que como estaba, mientras que yo de reojo miraba a la pantalla del móvil para leer el último mensaje que me había dejado Rafa.

Rafa
Pues yo estoy haciendo la compra, pásalo bien.

Porque sí, Rafa y yo hablábamos de cosas cotidianas como el hecho de ir a comprar. Cosas tan sencillas, naturales, del día a día, como si fuéramos una pareja.

¡Qué horror! Una pareja no.

Le eché una foto a la morcilla que estaba sobre un plato de esos verdes de cristal de los que tienen todas las abuelas en casa y se la mandé.

Alma
Tú ves normal comerme esto a las 5 de la tarde…

Rafa
Yo te haría comer otra cosa a cualquier hora del día, tarde y noche

Y sonreí mientras le respondía con iconos de sorpresa, guiños y sonrisas, incitándole a seguir. El tira y afloja con él era constante, nos pasábamos el día provocándonos con cosas tan simples como un chupachups.

Después de casa de mis abuelos donde obligué a mi hermano que nos hiciera varias fotos para tenerlas yo de recuerdo, fuimos a casa de los abuelos paternos, donde mi abuelo Luciano y mi abuela Candela, me sacaron una caja de bombones caja roja que prácticamente asalté.
Mi don de gentes con la comida era culpa de él, mi abuelo, que le gustaba tanto comer como a mí. De hecho, cuando nos quedábamos a solas y mi abuela no estaba en casa, nos preparábamos unos festines que ríete tú de los banquetes de bodas.

Porque mi abuela siempre lo tenía prácticamente a dieta en cuanto a dulces, pero todo eso por su bien. Sin embargo, yo era una mala influencia para mi abuelo, pero es que me gustaba tanto verlo disfrutar con la comida… era como un niño con sus juguetes nuevos.

Mi hermano hablaba con ellos de su trabajo y de Rocco, el cual se había quedado en casa en el patio hasta que volviéramos, sin atrevernos a dejar a Manolo cerca de él por lo que el felino pudiera hacerle.

Yo estaba cogiendo bombones, uno de tras de otro, empezando por los de chocolate blanco, los que tenían almendra o avellana, y terminando con los de chocolate con leche, haciendo discriminación a los de chocolate negro.

Pasamos un tranquilo rato con los abuelos en el que escuchamos como mi abuela le cantaba a su pájaro Lorenzo, para que éste le devolviera el canto.

Nos preparó unas galletas de chocolate y nueces que nos llevamos en un tupper para casa y que olían de maravilla. Y una vez más me entretuve mirando su pelo blanco como la nieve, que había dejado de pintarse hacía muchos años atrás.

Yo deseaba que pronto mi pelo luciera así, para poder lucirlo blanco o pintarlo del color que quisiera sin tener que pasar por la maldita decoloración, que era una tortura de Guantánamo para mí.
Llegamos a casa y mi hermano abrió, me fui escaleras arriba hasta la cocina donde dejé las galletas y busqué mi chaqueta para irme a casa de Cristina. Había refrescado bastante y no me apetecía mucho salir, pero había quedado con ella y no podía hacerle este feo… ¿o sí? La llamé antes de ponerme la chaqueta mientras miraba a mi hermano que estaba parado delante de mí en el salón esperando a que yo tomase mi decisión para irse a trabajar.

- Nena – Oí cuando descolgó – Justo iba a llamarte yo ahora.
- ¿Y eso? ¿qué pasa?
- Pues que me ha llamado mi madre, que se encuentra mal y que quiere que vaya un rato a verla, ¿te importa que dejemos la salida para otro momento?
- Para nada – respiré aliviada y preocupada a la vez – De hecho, yo no tenía ganas de salir, por eso te llamaba.
- Pues hablamos por wasap

Y colgó. Siempre era así de cortante.

La madre de Cristina, Alicia, tenía serios problemas de depresión cada dos por tres y como vivía sola desde que se separó, llamaba a su única hija para que fuera a hacerle una visita.

Cristina se había independizado hacía unos años en un piso de alquiler por ahí cerca de su madre, pero pasaba casi más tiempo con ella que sola por las depresiones que la progenitora tenía. Desde que se divorció del último marido, que no era padre de Cristina porque ella nunca lo conoció, había entrado en una espiral de desesperación, pena, y desánimo.

Le dije a mi hermano que abriera a Rocco y que lo dejase subir, me fui mientras a ponerme el pijama de pelo y pedí, antes de meterme en la habitación, que me dejase la chimenea puesta porque hacía un frío que se me iba a congelar hasta las pestañas.

Cogí el libro que nunca terminaba de leer, y del que me quedaba menos de la mitad, y me fui al salón con el cargador del móvil colgando.
Lo que hizo que Manolo saliera de sepa dios donde, y persiguiera el cable hasta llegar a mi destino.

Me tumbé en el sofá con los calcetines puestos y Rocco se subió en mis pies, acurrucándose en una esquina del sillón pillando casi más sitio que yo. Manolo observaba desde la esquina de la habitación como ese ser de cuatro patas, igual que él, pero en un tamaño XXL, le quitaba un sitio que siempre fue suyo.

Mi hermano se fue y me dejó con este par. Uno muy tranquilo, el otro en alerta dando paseos por el salón buscando la manera de molestar a Rocco y a su vez ponerse pegado a mí.

Al final, unos minutos después, acabé con el gato encima del sofá a la altura de mi cabeza a modo de sombrero, y estuvimos tranquilos un rato mientras yo hablaba con Rafa y dejaba en visto a mi marido, que me estaba contando su día a día en la última semana y que yo leía sin mucho interés.

Rafa
Y anoche soñé contigo

Alma
Ah, ¿sí? ¿El qué?

Rafa
Algo que me gustaría hacerte porque llevo meses con ganas de ello

Alma
Jajajaj yaaaa claro

Rafa
Que sí que sí
Pero yo seguía tomándome con humor cada cosa que me decía, sin darle mucha importancia para que no me fuera a gustar demasiado todo aquel embrollo.

Los días pasaron, la cena de noche buena llegó y estuvimos todos juntos, mis padres, mi hermano, mis cuatro abuelos y yo, cenando en casa, mientras que mis tíos, iban a casa de los familiares de sus parejas a pasar la cena.

Todo con Rocco se normalizó y mi madre, que aún tenía sus reparos respecto a lo que le pudiera hacer a su gato, comprendió que no iba a suceder nada. De hecho, se encariñó tanto con el perro que le compró hasta un gorrito de papá Noel.

Mamá preparó cordero asado que sabía que me volvía loca, y entre aquello y el marisco, no rodé aquella noche de puro milagro. Después de los postres, que fue una gran tarta de queso que hizo mamá, nos tomamos unas copas cortesía de mi padre mientras él miraba, ya que no podía beber aún.

Total, mis abuelos volvieron a casa poco después del postre, que los llevó mi padre, y ya en casa sin tener que salir, nos tomamos algo los cuatro juntos para celebrar la reunión por completo.

Cabe decir que yo cuando bebo, que es raramente, soy una esponja. Pero no porque el beber para mí sea algo donde no tengo tope, no. Si no porque cuando bebo, al estar tan poco acostumbrada, me pongo muy cariñosa y empiezo a dar rienda suelta a la imaginación, la lengua, las manos y las bragas.

Todo iba muy bien, genial, salvo por el detalle de que yo estaba demasiado efusiva con el teléfono dándome paseos del baño al salón y del salón al baño. Y no era que la ingesta de líquidos me pidiera eliminarlos, es que iba a hacerme fotos aprovechando el corsé negro de encaje que llevaba que realzaba el pecho, la falda corta con medias de rejilla, y las zapatillas de casa para estar cómoda.
Quién se iba a fijar en los pies, ¿eh? Nadie.

Le mandé un par de fotos a mi marido, que me dijo que cenaría solo y sería un bocadillo de lomo. Me dio pena, porque el pobre siempre estaba conmigo y tenía que pasar ese día en soledad, aunque bien podía haberse ido con sus padres en lugar de hacerme sentir mal.

Como siempre, cuando la foto era de mi cara me ponía iconos, recalcando en alto lo guapa que yo estaba y que siempre era, mencionando mi sonrisa. Pero cuando se trataba de fotos de cintura para abajo como en la penúltima, que se me veía agachada con los pechos presionados por el corsé haciéndome unas tetas de escándalo, se limitó a decir muy guapa y cambió de tema.

Con la foto en la que salía metiéndome la mano entre los muslos por debajo de la falda más de lo mismo, “muy guapa”.

Que mandes a tu marido fotos insinuantes con la intención de que te diga un “quiero follarte” para leer, sólo, lo guapa que estás, duele. Duele mucho. Así que presa de la ira y del despecho, esas mismas fotos que me había hecho para Israel, se las reenvié a Rafa. Su respuesta fue instantánea.

Rafa
Joder, quien fuera tela para apretarte así
Quita esa mano que ya pongo yo la mía. Y la mano también
Qué lástima que estés tan lejos
Lo que daría por tocarte
Qué suerte tiene tu marido
Madre mía, deja ya de beber

Alma
Tengo calor… ¿me ayudas a desvestirme?

Rafa
Eso no sería un problema

Alma
Y me metes en la cama, que voy de un ciego

Rafa
Y me meto contigo y te arropo

Alma
Pero te apegas a mí para dormir

Rafa
Mucho pides tú, porque eso de que sea para dormir…

La conversación fue subiendo de tono por minutos, y terminé yéndome a mi habitación después de despedirme de todos, darles el beso de buenas noches y lavarme los dientes.

Una vez en mi cuarto me quedé descalza sobre la alfombra de pelo que había delante de mi cama, y me bajé la cremallera del corsé un poco, lo suficiente para que se viera cada vez más mi escote, y me hice foto. Se la mandé.

Rafa
Joder…

Terminé de bajar la cremallera hasta que la prenda se abrió, quedando mis tetas sueltas, cubriéndose levemente los pezones por la tela del corsé. Otra foto que le pasé.

Rafa
Ya veo que tienes calor, sí

Bajé la cremallera de la falda y la dejé cayendo sobre mi cadera, viéndose la tira del tanga negro que llevaba. Otra foto que le mandé.

Rafa
Bonita… ropa interior
Me la quité, me apoyé con el culo en el escritorio, abrí las piernas y poniendo la tela en medio eché una foto, viéndose parte de mis piernas sólo con las medias de rejilla y la mano en mi sexo tapándolo con la falda arrugada.

Rafa
Joder, Alma…

Dejé caer el corsé, tapando la mitad de mi culo tras las medias de rejilla y el tanga, y le hice una foto desde abajo para que lo viese semi cubierto.

Rafa
Que uno no es de piedra

Y entonces me reí, poniéndole iconitos y diciéndole que me iba a la cama que estaba muerta.

Rafa
Pues yo me sé dé una que está muy viva

Lo cual me hizo reírme más aún. Me fui desvistiendo conforme hablaba con él y cuando me puse el pijama y me metí en la cama me despedí, dándole las buenas noches y quitando el internet del móvil.

Sin embargo, en mi cabeza no paraba de resonar su chat, lo que había dicho con cada foto, sus mensajes al verme, y una parte de mí, desconocida hasta el momento, hizo que me estremeciera, sintiéndome deseada, irresistible, juguetona y pícara con él.
Una parte muy interna de mí estaba desechando calor, y emanaba necesidad, necesidad de él, de Rafa, y no de mi marido. Quizás fue el alcohol que no me hacía pensar con claridad y me desataba, quizás era el tonteo que me había puesto juguetona, pero fuera lo que fuese acabé aquella noche con la mano entre mis piernas, acariciándome por encima del tanga, metiéndolo entre mis labios vaginales mientras cerraba los ojos y pensaba en él, empapándome rápidamente mientras en mi cabeza revivía frase por frase su reacción al verme. Al imaginarle. Al sentirle a través de mis manos en mi cuerpo. Y seguí acariciándome hasta que me corrí con él en mi cabeza y me quedé profundamente dormida.

Al día siguiente, me desperté con una pequeña resaca que no me hizo olvidar lo que había hecho antes de dormir. Me sentía mal, como una niña desobediente que merecía un castigo por algo que había hecho y estaba prohibido.

Sin embargo, pensé… la mente es libre, ¿no? ¿Qué hay de malo en ello y en fantasear? No había estado con otro hombre, no había sido infiel. Tenía que darme un margen para aclararme y no pensar en exceso algo que no tenía la menor importancia. De hecho, seguramente fue producto del alcohol y la necesidad de estar sin sexo y sin mi marido, lo que me hizo terminar así. Era una tontería.

Pero no podía sacarme eso de la cabeza, y cuanto más lo pensaba, y estaba ebria encima, más me excitaba la idea de tocarme con él. A la vez que esa idea me perturbaba a partes iguales.

Me metí en la ducha, no sin antes responder a sus buenos días que me daba como cada mañana desde que nos conocimos.
No salía de mi cabeza, hiciese lo que hiciese, fuera donde fuera, se había convertido en mi día a día, en mi mente, en mi todo, en mis ganas, hasta en mis fantasías.
Me enjaboné, sintiendo la presencia de él en el baño, observándome como si vigilara como me manoseaba bajo su atenta mirada y deseé, muy en el fondo, que eso fuera así. Por lo que saqué la mano de la bañera, la sequé en la toalla que colgaba de la puerta y cogí el móvil que estaba en el lavabo. Me eché una foto enjabonada donde no se veía nada.

Alma
Me pillas en la ducha, para quitarme el olor a ginebra de encima. Remedio tradicional de la resaca

Rafa
¿Te hecho una mano?

Alma
Puedes echarme las dos, que tengo sitio para ambas

Me estaba quedando helada, los pezones erguidos podrían dejar tuerto a alguien, y sin embargo ahí estaba, hablando con él hasta metida en la ducha, expuesta a pillar una pulmonía, mojada y con el frío que hacía. Era vicio, droga, morbo puro y duro, y mucha necesidad. Una necesidad terrible de estar en contacto con él, aunque fuera a través de una pantalla.

En la foto no se veían nada, salvo la espuma y mi brazo que cubría mis pechos enjabonados. Se veía parte de mi boca, pero eso para él era suficiente por lo que me había dicho.

Dejé el móvil donde antes estaba y me aclaré, sintiendo que sonaba de fondo y devorándome por dentro las ganas de mirar quién era. ¿quién iba ser? Pues él, que tanto me hablaba y yo respondía. Él, que me provocaba cuando yo también lo hacía. Él, que parecía tan enganchado de mí como yo de él. Él, el mayor problema de mi vida y del que aún no era lo bastante consciente.
De hecho, él era la razón mayor por la que yo tenía el móvil en mi mano constantemente, por la que lo miraba a cada minuto, por la que cuanto sonaba, daba igual lo que yo estuviera haciendo, que iba a mirar. Si eran otras personas sentía vacío, tristeza y decepción, pero si era él… esperaba que sonase el móvil sólo por ver “Rafa” en la pantalla.

Me puse el albornoz de mi madre y salí de la bañera después de ponerme una toalla negra, para que no despintara el azul del pelo. Me sequé, para poder mirar rápidamente si los mensajes que me habían llegado mientras estaba bajo el grifo eran de él. Y desde luego acerté. Pero no sólo estaban los suyos. Pude ver más abajo que me había hablado David, al que últimamente había abandonado y me sentía la peor amiga del mundo.
Primero por no contárselo, segundo por no dedicarle el tiempo que siempre había sido para él y que yo gustosa y con ganas le entregaba y tercero, porque inconscientemente de mi cabeza se habían esfumado todas las personas que formaban parte de mi vida y solo existía un nombre, Rafa.

También tenía mensajes de mi marido, al cual ya apenas le hablaba sólo para lo estrictamente cotidiano. ¿Cómo estás? ¿Qué haces? ¿Cómo están los pequeños? Mándame fotos de ellos. Os echo de menos… ¿Pero todo eso lo preguntaba de verdad? ¿realmente le echaba de menos? Porque yo amaba a mi marido y lo extrañaba, pero cuando entraba en contacto visual con el chat de Rafa, todo desaparecía delante de mis ojos, no existía nadie más en mi mente, y solo me importaba mirar el móvil y no quedarme sin batería para seguir hablando con él.

Visto desde fuera, estaba en esa fase previa al enamoramiento, pero no era consciente de ello, o en el fondo, muy al fondo, no deseaba darme cuenta.

Me tiré en la cama, abrí las piernas y pasé parte de la tela entre ellas, y abriéndome un poco el albornoz por el pecho me eché una foto que le envié. Ni me molesté en responder primero los mensajes de las dos personas que eran muy importantes para mí porque ansiaba seguir en contacto con Rafa, que no viera que yo pasaba, que tardaba o que no le prestaba atención, porque a mí me importaba muchísimo lo que él pensara, era como un fuego que habíamos hecho juntos y en el que ambos echábamos gasolina día a día y minuto a minuto para que esa hoguera siguiera creciendo.

Rafa
Sería una pena que la tela se cayera…

Y mi siguiente foto mostraba un poco más de carne y un poco menos de albornoz.

Rafa
A ver un poquito más…

Pero le dejé con la miel en los labios, jugueteando con sus ganas, poniéndole un icono que sale con la lengua fuera.

Me terminé de secar, me eché la crema corporal y me vestí, poniéndome unas mallas negras con dibujos blancos en los muslos, una camiseta de interior blanca térmica, y una sudadera con capucha, gris, con letras de color rosa en la parte frontal.

Me puse las zapatillas de deporte y al rato de desayunar, el colacao básicamente, le puse el arnés a Rocco y nos fuimos al parque, mientras yo seguía con el móvil intentando responder los mensajes de David e Israel, que aún los tenía pendientes porque daba prioridad todo el rato a los de Rafa.

Alma
Perdona, es que no he tenido tiempo

Me sentí la persona más falsa y mala del planeta por decir semejante excusa a mi mejor amigo.

Alma
Estaba en la ducha cariño, no podía coger el móvil. ¿Cómo están los peques?

Respondí a ambos y me senté en un banco en lo que Rocco hacía amistad con un rottweiler precioso que desprendía un brillo en su cabellera azabache.
Ambos estaban olisqueándose, mientras que yo estaba en guardia por si tenía que salir corriendo a separarlos, siseando a Rocco. Ellos seguían dándose con la patita pequeños zarpazos, besos, bocaditos, hasta que me acerqué al dueño del perro, un tío que entraba por los ojos, y me dijo que Natasha era muy buena, que no me preocupase.

El chico tendría más o menos mi edad, quizás un poco más, mediría a ojo superando el 1’80 y era moreno, con una barba que me hizo mirarlo más de lo necesario y estrictamente correcto.

Guardé el móvil mientras hablaba con él. Se presentó como Jesús, y que se había mudado hacía poco a un piso de los que hay cerca de ese parque, donde descubrió que podía bajar a la perra, en lugar de irse a la otra punta del pueblo.

Vestía unos vaqueros rasgados y una sudadera de Springfield color verde botella. Llevaba unas Nike en los pies llenas de marcas de huellas que le habría dejado Natasha seguramente.

Estuvimos hablando un buen rato mientras yo sentía la necesidad de mirar constantemente el móvil.

En cualquier otra circunstancia, yo me habría prendado de aquellos ojos marrones que me penetraban de arriba abajo y se deleitaba con mi boca cuando hablaba o sonreía. Pero estando tan colgada como estaba de mi chico virtual, no podía ni centrarme en hablar con alguien que no fuese él. Me sentí estúpida.

Espera… ¿acababa de decir “mi” chico virtual?, Alma, los problemas crecen.

Puso varias veces su mano en mi muslo, normalmente cuando algo le hacía gracia y rompía en carcajadas, y yo sentía un escalofrío, dudando entre si agarrar esa mano y frenarla o si estarme quieta, que igual yo veía cosas donde no las había porque últimamente estaba yo en babia.

Silbó a la perra, que vino corriendo con Rocco detrás. Empezaba a creer que este perro no sólo quería ser amiga suya, sino que se la quería trajinar deliberadamente y preñarla en consecuencia. Pero cuando se lo dije entre risas a Jesús, éste sonrió, diciendo que no pasaba nada que ella estaba castrada. Lo cual me recordó que tenía que hablar con mi hermano para hacer lo mismo con Rocco. No podíamos permitir que pasase por ese proceso de celo que eran tan dañino para ellos.

Conocía a mucha gente, garrula claro está, que veía la castración como algo estúpido, antinatural, desorbitado y dañino, sin saber los beneficios que esta trae y lo perjudicial que es el celo para nuestras mascotas.

Aparte de camadas no deseadas, suponía una mejora para su salud y calidad de vida, evitar pérdidas innecesarias del animal por echar a correr detrás del sexo opuesto, transmisión de enfermedades, pérdida de apetito, nerviosismo, excitación, incluso ataques cardiacos del mismo éxtasis que sienten y desesperación.

Me despedí de Jesús cuando vi que se acercaba la hora de irnos a casa y nos dijimos un "hasta luego" casual, de esos que se dicen, aunque no vayas a ver más a esa persona.
Cuando llegué a casa y me lavé las manos y puse cómodo a Rocco, bajo la atenta mirada de Manolo, que seguía con su desconfianza pese a los días que ya habían pasado, saqué la bolsa de tomates de la nevera, pelé los ajos y piqué el pan, eché aceite y sal para hacer un salmorejo fresquito, para la hora de comer.

Saqué tres gambas del frigorífico que le pelé y le di troceadas a Manolo, que comía con desgana. Este pobre gato estaba cogiendo una depresión de caballo por el nuevo integrante de la familia. De hecho, me había contado mi madre el día anterior, que cada mañana se encontraba una nueva figura del portal del belén tirada en el suelo, a modo de reivindicación. Y era verdad, ojo, que cada vez que miraba al pesebre, había menos miembros arropando al niño Jesús.

Y hablando de Jesús, que majo era ese chico. ¿Qué edad tendría? Pensé en la idea de compartir con Rafa aquella mañana, junto al papá de Natasha, a la cual le eché una foto mientras jugaba con Rocco.

Alma
Mira esta foto, que perrita más mona, se llama Natasha, la vi esta mañana en el parque donde paseo a Rocco.

Rafa
Qué bonita. ¿Estaba sola?

Alma
No, estaba con un chico muy majo, que estuvo hablando conmigo.

Rafa
Ah…que bien

Alma
Pues sí, parece nuevo en la zona, así que igual le veo cada día cuando lleve a Rocco… Me recuerda un poco a ti.

Rafa
¿A mí? ¿en qué?

Alma
Físicamente digo

Rafa
¿Y eso es bueno o malo?

Alma
Bueno supongo… no sé, jajajaja

Rafa
A ver si voy a tener que ir yo a pasear mi perra por allí

Alma
Pues aún no sé de dónde eres… no me lo has querido decir

Rafa
No lo veo relevante… igual el día que nos veamos te lo digo

Alma
¿Es qué tienes pensado venir a verme?

Rafa
¿Qué te hace pensar que no me hayas visto ya?

Y aquello hizo que se me pusiera la piel de gallina y en el fondo de mi ser me excitara y asustara a partes iguales. ¿Le habría visto y no lo sabía?

Capítulo 13

Take control (Old gods of Asgard)

El tiempo se iba agotando, y había llegado el día de noche vieja, donde estaríamos toda la familia junta por la noche, en una casa de campo que habíamos alquilado entre todos.

Mis padres y mi hermano no trabajaban ese día, y aquella mañana mi hermano me levantó temprano para ir a hacer un poco de ruta por el campo al que iríamos de noche para ir llevando unas neveras donde meter la bebida y algunos utensilios para dejarlos preparados.

Eran poco más de las 10 de la mañana, hacía un frío que congelaba hasta la agüilla de la nariz, que goteaba con ese incesante moqueo que te hace pasarte el pañuelo.
Las manos no se sentían ni aún con los guantes de lana puestos. El gorro que llevábamos no hacía su trabajo porque pese a él, el frío nos congelaba la sesera. Y la bufanda lejos de calentarnos la garganta, parecía más un estorbo que otra cosa.

Yo iba con un chándal sencillo de pelo por dentro y un chaquetón verde militar, con las zapatillas de deporte tobilleras. Mi hermano llevaba su chándal y parecía más fresco que una lechuga, sin llevar tantos utensilios contra el frío como yo.

Estaba claro, era una debilucha para este clima, un clima que, por otro lado, me encantaba sentir pese a estar todo el rato con los dientes tintineando como si fueran dos castañuelas.

Me había despertado con tanta energía que aún no había podido ni mirar el móvil, porque empezamos a cargar cosas en la furgoneta que usaba a veces para el campo, y hasta que no me hube montado en ella, no pude sacar el móvil del bolso. Ni desayunarme un colacao si quiera, con las prisas, ya que yo recién despierta no había nada que me entrara.

Me pilló de sorpresa, para que no pudiera negarme, aunque siendo sincera, soy incapaz de decirle que no a mi hermano menor.

Estuve consultando el WhatsApp donde tenía varios mensajes, y por la hora y costumbre que fui perdiendo, dejé de mandar mensajes a mi marido y David, para centrarme plenamente en aquellos buenos días que me hacían sonreír nada más mirar el móvil.

Lo cual era un triunfo, porque yo me despertaba con una mala ostia en la que no podía nadie ni respirar a mi lado.

Mi hermano puso su recopilatorio de Metallica, AC/DC y Zed Zeppelin, y con cada canción me iba espabilando más, y el gusanillo del hambre me entró de soslayo.

Paramos en mitad de la carretera, en un bar de desayunos que tenía un aparcamiento abierto lleno de pedrería y unos columpios de madera. Yo me pedí un batido de chocolate y un bocadillo de jamón con tomate, y mi hermano secundó.
Pagó él, negándose a que lo hiciera yo, como siempre, y salimos al cabo de un rato, tras entretenerme unos minutos en los servicios.

No pasó mucho tiempo cuando llegamos allí, a aquella casita de madera apartada de todo y que tenía varias habitaciones, las cuales nos íbamos a repartir para pasar allí la noche y el día de año nuevo.

Como pudimos entre los dos, fuimos metiendo los frigoríficos portátiles estos propios de la hostelería, y también metimos una caja con platos, vasos y cubertería que sería para cenar, y luego unas bolsas con vasos de plástico para cuando la cena y las uvas pasaran, sacáramos una barra libre de bebida para todos, aprovechando que no había que conducir. Algunos, claro, los que se iban a quedar.
Nos íbamos a reunir por lo menos 20 personas, y los que vivían más cerca y no bebían se irían tras terminar su fiesta, mientras que algunos, me incluyo yo aquí, me quedaría porque pensaba pillarme el pedo del siglo.

La cobertura era horrible, el internet de mi móvil se iba, evidentemente no había wifi, y yo me ponía muy nerviosa y tensa de ver que no recibía ninguna notificación y que cuando yo mandaba un mensaje, este no llegaba.

¿Pero dónde coño me habían traído? ¿al monte de Heidi?

Refunfuñé, pero sin querer que mi familia se diera cuenta de mi descontento porque se suponía que lo más importante era estar con ellos, no la cobertura de mi móvil para hablar con un tío de internet.

Ni se me pasó por la cabeza lo que podría ocasionarle a Israel intentar comunicarse conmigo y no poder, porque evidentemente yo no pensaba en estar hablando con él todo el rato como sí que quería hacerlo con Rafa, así que mi nerviosismo fue creciendo conforme veía que pasaban los minutos y mi móvil no sonaba, y no volvía la señal.

No me planteé que haría al final mi marido y como pasaría esta señalada fecha, si solo, si con su familia, o qué demonios haría.

En mi cabeza solo había 4 letras. RAFA.

Con David había cruzado unas cuantas frases en las que me deseaba feliz día y que disfrutase de mi familia, dándome espacio para estar con ellos, y yo sintiéndome mala persona por pensar más en el artefacto del demonio que tenía entre las manos, que el hecho de hacerle caso.

Limpié un poco mientras mi hermano se encargaba de colocar todo. Incluyendo las botellas de bebida que ya estaban dentro de las neveras enchufadas para que se fueran enfriando, y estar listas cuando llegase la cena.
Me di un repaso por toda la casa contando las camas. Había 4 habitaciones. Dos de ellas con cama de matrimonio, una habitación con tres camas pequeñas, y la otra habitación con dos camas pequeñas y una litera de dos. Además, había dos sofás.
Ya veríamos como nos las apañábamos.

Cuando terminamos cogimos la furgoneta y volvimos al pueblo, y cuando empezamos a salir a la carretera la cobertura comenzó a volver y los mensajes de Rafa me llegaron a patadas uno detrás de otro.

Rafa
¿Todo bien?
No te llegan mis mensajes…
Avísame si necesitas algo
¿Me lees?
Esta noche tengo cena en casa de mis abuelos, espero que tus planes se presenten bien

Una paz y una tranquilidad creció en mi pecho y se instaló en mi cuerpo haciéndome soltar un suspiro que hizo que mi hermano se percatara de ello y me dirigiera una leve mirada antes de centrarse de nuevo en la carretera.

Alma
Sí, sí. Todo bien. Es que esta noche cenaremos toda la familia en una casita de campo que hemos alquilado y aquí no hay cobertura apenas, Espero que esta noche vaya mejor o no podré hablar contigo

Rafa
Yo te hablaré, en caso de que no te lleguen ya sabré porqué es… ¿dónde estás ahora?

Alma
En la carretera. Vamos de camino a casa a ayudar a mis padres con los preparativos, y a prepararme yo para esta noche

Rafa
¿tu? ¿qué vas hacer?

Alma
Pues… pintarme las uñas, ducharme, plancharme el pelo, elegir ropa, ayudar a mi madre con la cena… ya sabes

Rafa

Yo voy a bañar a linda y después me ducharé yo, soy muy simple

Linda era su perra. Un samoyedo de 3 añitos, blanca como la nieve, peluda de arriba abajo y que hacía grandes trastadas como comerse la pared, robarle la ropa interior, o intentar escaparse por el balcón. Adoraba esos perros, eran como lobos domesticados, me recordaban al que tenía mi mejor amiga del instituto y que se llamaba Luna.

Cuando llegamos al polígono donde dejamos la furgoneta aparcada, subimos con el coche, que dejó al otro lado antes de coger el otro vehículo donde cargamos las cosas.

Llegamos a casa y cuando aparcó yo me adelante, recibiéndome Rocco en el pasillo poniéndose de pie, siendo casi más grande que yo, lo cual no era muy difícil.

Mamá estaba en la cocina con las manos en el cochinillo aliñado, mientras que papá, había salido a comprar algunas últimas cosas para la cena. Mis padres siempre se encargaban de todos los eventos familiares, eran como los líderes o algo así, siempre parecían llevar el control absoluto de todo a la perfección.

Rocco no dejaba de rondar el cochinillo, y Manolo no le quitaba los ojos a la merluza que estaba encima del fregadero que tenía mi madre pensado hacerla en salsa verde para los abuelos.
Tuve que bajar tres veces al gato de ahí porque no paraba de subirse e intentaba robar la bolsa con el pescado, el muy traicionero.

Las dos estábamos en la cocina mientras que mi hermano se había ido a la gasolinera con Rocco a lavar el coche. Y no lo vimos venir, nadie lo hizo. Estábamos tan ensimismados que de golpe escuchamos algo romperse en mil pedazos.

Yo me quedé quieta, que estaba pelando patatas, mi madre sacó las manos del barreño donde estaba aliñando el cochinillo y … plas, otra cosa más rota.

Nos lavamos las manos llamando a mi hermano y a mi padre, pero nada, ellos no respondían. Fuimos con cuidado asomándonos poco a poco al salón hasta que detectamos el culpable de los destrozos que comenzamos a ver por el suelo.

Casi todas las figuras del portal de belén estaban esparcidas en mil pedazos decorando todas las baldosas de su alrededor. Subimos la vista hasta el asesino de figuras para comprobar que una bola peluda, negra y con dos botones amarillos por ojos que nos observaba detenidamente, completamente tranquilo.

Manolo, harto de ver como pasábamos de él, y le negábamos su merluza, había tirado la mayor parte de figuras del belén y se había acostado entre José y María, como si fuese él el niño Jesús en el pesebre.

Mi madre no dijo ni mu, yo la miraba de reojo a sabiendas que ese objeto de decoración era de sus favoritos y le tenía un gran cariño, pese a que cada año había una pieza que tenía que reponer, pero es que el gato esta vez, se había creído que era el protagonista y ahí se había acoplado en mitad.
El gato nos miraba más tranquilo que un bebé mientras duerme, con cara de "aquí estoy yo porque me sale de ahí abajo" y no movía ni un bigote. Mi madre fue hasta el belén y miró las figuras que faltaban, es decir, el 80% de ellas. Yo mientras tanto fui al lavadero a por el cepillo de barrer y el recogedor para coger ese estropicio, porque alguien se podía cortar con tanta porcelana rota tirada por el suelo.

- Mamá… - Llamé mientras cogía uno de los bueyes que aún quedaban del suelo. – Mujer no pasa nada… si son sólo figuritas.
- La madre que parió al gato… tenía enquistado el belén y hasta que no lo ha tirado no ha parado, mírale, si se cree que es el niño Jesús.

Coño, Jesús, llevaba días sin saber de él.
Mi madre cogió al gato en brazos y lo puso en el sofá.

- Manolo, eso no se hace. ¿No ves que eso es faltar el respeto al señor? – Yo miraba atónita a mi madre. -Tú dirás, que señor ni que señora, yo planto mis pelotas ahí porque me sale de ahí. Pero

escúchame, como se te ocurra terminar de romperme las figuras que quedan, no ves una gamba más en lo que queda de fiestas.

Mi madre terminó de acomodar las pocas figuras que quedaban del belén y cuando se dio la vuelta vio al gato jugando con una guirnalda de uno de los cuadros de la pared, estirado, mostrando su cuerpo serrano de torero con esa barriga que parecía estar preñado.

- Manolo, estate quieto. – Resopló yendo hasta él con un trapo en la mano que había cogido de la mesa. – Pero tú que quieres, ¿cargarte la decoración entera hoy?

El gato salió corriendo pasillo adelante cuando mi madre le dio el sopapo con el trapo, metiéndose en el cuarto de mi hermano.
Subí a la recamara, a buscar el trasportín de Manolo, que aquella noche nos lo llevaríamos con nosotros para que no se comiera las uvas solo. Pobrecito, a mi madre le gustaba compartir el último y primer día de año con su gato cabroncete.

Cuando lo bajé le limpiamos un poco el polvo de la última vez que lo llevaron al veterinario, que fue una vez que se le ocurrió que era buena idea tragarse un hueso de aceituna, y que terminó tomando laxantes porque el gato no hacía de vientre.

Lo dejé en el salón, en un rincón de la entrada. Cuando el gato volvió de la habitación y lo vio se bufó, duplicando su tamaño como si fuese Broly en SSJ. Obviamente no le gustaba aquella sensación de creer que iría a un señor calvo y con gafas que le iba a hurgar en su maravilloso cuerpo.

Sopesamos la idea de cómo llevarnos a Rocco, que siendo un perro tan grande, en el coche no iba a caber, por lo que mi hermano se puso en contacto con uno de sus amigos que tenía animales y que solía hacer trasporte con ellos en el vehículo, y le dejó la camioneta para cuando subiéramos al campo.

Mi madre metió el cochinillo en el horno, y lo puso a fuego lento para que estuviese haciéndose hasta la hora de irnos. Mi padre volvió cargado de bolsas con aperitivos y cosas que le había encargado mamá para la cena. Marisco, ingredientes para la ensaladilla rusa, frutos secos, encurtidos, embutido… Desde luego íbamos a ser unas 20 personas, pero mis padres estaban comprando como si fuésemos 40. Éramos de buen comer, eso sí, pero iba a sobrar comida hasta para comer en año nuevo.

Con lo que, además, íbamos acompañar el consomé que mamá tenía en la olla exprés.

Al medio día, con la cosa de ver tanta comida yo tenía el estómago casi cerrado… me comí un plato de sopa y un trozo de tortilla de patatas casi sin ganas y más por la sensación de echarme algo al cuerpo que por hambre propiamente dicho.
Me duché después de comer, mientras mi móvil pitaba y me mensajeaba con Rafa acerca de la posibilidad de que estuviera en la ducha frotándome la espalda o echándome crema una vez me sacara, lo cual hizo dudar de la crema que usaría conmigo llegado el momento.

Siempre me sacaba una sonrisa con sus dobles sentidos, era como si estuviera en mi mente y encajara en mis pensamientos sucios y pervertidos. Ese chico, era como una pieza de puzle que encajaba a la perfección en mí.

Cuando salí y me sequé, me quedé con el albornoz puesto hasta la hora de vestirme. Me sequé el pelo y lo planché, me pinté las uñas negras, no sin antes salirme varias veces de ellas por mi penoso pulso, que no serviría para operar a nadie a corazón abierto. Me perfumé y me maquillé levemente los ojos, sólo con la raya, un poco de colorete, del que me arrepentiría después, y los labios rojos.

Sobre las 7 y pico de la tarde estaba vistiéndome. Elegí un conjunto de braguitas y sujetador blanco de encaje, una camisa fina blanca de manga larga, unos pantalones pitillo negros de cuero y unos tacones sencillos de tacón bajo del mismo color que el pantalón. Encima llevaría mi chaqueta de cuero negra porque hacía un frío que pelaba en la calle.

Fuimos cogiendo las cosas una por una, metiéndolas en el coche una vez envueltas en papel de plata, fiambreras o bolsas, y lo que podía derramarse lo llevábamos mi madre y yo cada una en brazos.

De traer a mis abuelos se iban a encargar mis tíos maternos y los paternos, por lo que nosotros sólo teníamos que llegar y empezar a colocar las cosas poco a poco en lo que iba llegando gente.

Conforme pasaban los minutos aquello se empezó a llenar y en cuestión de 30- 45 minutos estábamos ya todos sentados en la mesa con nuestro plato y bebida.
Una cantidad ingente de comida decoraba la mesa, que estaba cubierta por un mantel rojo y dorado navideño, servilletas del mismo color y platos de plástico que contenían los aperitivos y los entremeses.

Manolo estaba en un rincón, pegado a la chimenea como si estuviera en su propia casa. Ese gato veía un rastro de comodidad y le importaba un pimiento que fuese su hogar o no, él se acoplaba como si hubiera nacido allí. ¿quién dijo del estrés felino al cambio de casa?
Rocco estaba acostado en uno de los sofás, pillando todo a lo largo y a lo ancho, tan tranquilo, mirando todo sólo cuando algún plato de comida nuevo llegaba a la mesa.

Mi prima Alejandra llegó con su novio y se sentó al lado mía, estando yo entre ella y mi hermano. Y la cosa empezó a animarse mientras comíamos, picoteando de cada uno de los platos y las bebidas de los vasos bajaban sin control.

Puedo decir con rotundidad que un tercio del vino blanco que se gastó esa noche fue mi culpa, porque no paraba de llenarme la copa y beber como si estuviera sedienta cada vez que miraba el móvil y veía un mensaje nuevo de Rafa compartiéndome su noche, su vida, su familia conmigo. Lo cual nos acercaba aún más.

Por suerte, no sé qué había hecho mi hermano cuando estuvo trasteando algo en el tejado esa mañana, para que se viera la tele por la noche y las campanadas, que ahora la cobertura iba mejor y yo podía estar mensajeándome con Rafa tan tranquila.

Bueno, tranquila tranquila no. Porque yo estaba que me ardía la cara maldiciendo que me había echado coloretes, mientras bebía una y otra vez de mi copa y mi prima me intentaba frenar.

- Prima, que te vas a emborrachar – Decía muerta de risa.
- Déjala, cariño. Está contenta. – Decía Nacho, su novio, que me guiñaba un ojo.
- Hermana, come al menos. –Me decía Andy por el otro lado para intentar evitar la intoxicación etílica por vino blanco.
- Que estoy bien – dije riéndome, pero sin soltar el móvil de mi mano.

Le eché una foto a la copa y se la envié con muchos iconitos de cara sonrojada. Me respondió con risas y un “tranquila”. La siguiente foto era de mis labios posados en la copa.

Rafa
Que bien te sienta el alcohol

Después, seguí mandando alguna foto más en la que yo salía con un botón de la camisa desabrochado, sacando la lengua, guiñando un ojo, con la cara enrojecida por el alcohol con notables síntomas de embriaguez, y la última, una foto poniendo morritos como si le pidiera un beso.

Rafa
Anda que si yo estuviera ahí ibas a estar así…

Alma
¿Y qué ibas hacer?

Rafa escribió:
Quitarte el calentón del vino a golpe de besos

Aquello me gustó, me encendió, y me envalentonó. Así que me fui al baño y le mandé una foto abriéndome otro botón de la camisa viéndose parte de mi sujetador.

Pero no pasé de ahí. Volví a la cena y le di la vuelta al móvil sobre la mesa para que no me molestase aquella distracción y poder dedicar la última noche del año a mi familia que tanto amaba.
Cenamos, pasando plato por plato y poniéndonos morados, entre risas y anécdotas familiares ya contadas en otros años, disfrutábamos todos juntos. Incluso Manolo, que aquella noche se hinchó de gambas el jodío. Iba silla por silla restregándose pidiendo gambas a todos los miembros de la familia, sin repetir en ninguno para no levantar sospechas y que no le regañaran o le cerrasen el grifo.

Una vez se empachó y vomitó sobre la alfombra de la cocina cuando fue a beber agua después de la mariscada que se había dado, y tras la consecuente charla de mi madre al gato, éste se fue al salón y se acostó en un sillón donde se quedó dormido enroscado.

El cochinillo supo a gloría, yo me paseaba por la mesa larga en forma de L donde estábamos todos sentados, para hacerme fotos que tener durante el próximo año hasta que los volviera a ver. Y en una de ellas, que salía con mi prima Alejandra con una copa en la mano, pegadas y sacando la lengua, se la envié a Rafa.

Mi prima, a la que sólo le sacaba 8 años yo, tenía una melena lisa y rubia que le llegaba por la cintura, resaltando así sus ojazos verdes y nariz respingona. Tenía la piel blanquita y parecía una autentica diosa nórdica con aquel top de encaje negro que dejaba ver un escote precioso.

Sabía que todo el que la viera iba a enamorarse de ella, y que, si encima estaba yo a su lado, mi presencia iba a ser inexistente. Pero lejos de encelarme me enorgullecí de aquella preciosa prima que era la niña de mis ojos y que yo la enseñaba con orgullo.

La respuesta de Rafa, sin embargo, me hizo sobrecogerme y notar como mi corazón, no sé si por el alcohol que había ingerido, o por la necesidad de escuchar o leer cosas así, hizo que se me acelerara hasta sentir que se me iba a salir del pecho.

Rafa
Es muy guapa, pero es que mis ojos sólo pueden mirarte a ti

Alma
Sí, claro… es una diosa nórdica al lado de una andaluza normalucha como yo

Rafa
Es que tú me encantas, eres preciosa, eres mi tipo y eres mi motivo por el que sonrío últimamente

Alma
Parece que no soy la única que está cebándose con el vino eh

Rafa
Pues yo solo estoy tomando coca cola

Y me mandó una foto para verificar su comentario.
Yo me estremecía, sintiendo y releyendo cada una de sus palabras, aislándome del barullo de voces que hablaban, reían, gritaban o refunfuñaban. Me perdía en las letras de ese chico, que sabía muy bien como camelarme y atontarme, quizás diciéndome la verdad, quizás regalándome los oídos para que yo no me sintiera tan mal, tan sola, tan alejada de un calor humano desde que estaba sin mi marido.

A decir verdad, necesitaba un hombre… muchísimo. Estar sin mi marido y con la reciente amistad de Rafa, me estaba volviendo débil, impulsiva, perversa y juguetona. Una faceta mía que quedó oculta y dormida cuando conocí a Israel y que con el paso de los días he ido sacando del fondo del armario a base de tirar yo de una mano y Rafa de otra. Entre ambos, habíamos reanimado a la Alma que estaba dormida en plan *Blancanieves* esperando su príncipe azul, sólo que, en lugar de dormir por una manzana envenenada, había sucumbido al sopor del sueño por los votos matrimoniales y la monotonía de éste.
Volví a dejar el móvil bocabajo en la mesa, sintiendo a cada rato como vibraba, mientras yo preparaba mis uvas en la copa y las pelaba para no terminar en urgencias atragantada por una pepita.

Ayudé a mis abuelos a pelar y quitar las pepitas a sus uvas, mientras mi hermano y uno de mis tíos estaban intentando ponerse de acuerdo para poner el canal donde íbamos a ver las campanadas.

Como buenos andaluces lo pusimos en Canal sur, esperando que este año no nos hicieran la gracia y se fuera la emisión durante las campanadas dejándonos a dos velas y con la uva en los dedos de camino a la boca.

Las 12 de la noche se acercaba, todos estábamos ya en posición y las voces empezaron a cesar para dar paso a la televisión y escuchar todos alto y claro los cuartos.

Una de mis primas puso su móvil grabando encima de la chimenea para inmortalizar el momento.

El tiempo atrás comenzó, todos estábamos ya con la primera uva en los dedos y cuando comenzaron las campanadas tragamos sin pensar mirando fijamente a la televisión.

Es un hecho que, si en estos momentos miras a alguien de los que está en la sala, la risa descontrolada te dará, se contagiará y alguien terminará atragantado.

A mí estaba a punto de darme un ataque de risa, yo tragaba casi sin masticar metiéndome una uva detrás de otra sin pestañear. Mi prima al lado estaba igual que yo, como mi hermano, que nos estábamos conteniendo por no soltar la carcajada. Todos parecíamos tener una seriedad que lo único que conseguía era retener la risa de todos.
Hasta que yo, la primera, tras engullir las uvas como si fuera un pavo, di una palmada y esperé pacientemente sonriendo a que los demás terminaran. Mi hermano, mi madre, mi tía, mi padre y así hasta que una vez terminados todos gritamos el clásico ¡Feliz año nuevo! Y comenzamos a darnos dos besos entre todos deseándonos la nueva entrada de año radiando felicidad.

Fui al móvil rápidamente para felicitar a mi marido con un “feliz año, cariño” que me respondió al instante. Después se lo dije a David, seguido de Rafa y yéndome a Twitter para soltarlo también.

Algo que me alegró mucho, es que, al estar en pleno campo, nos librábamos del ruido cojonero de los petardos y cohetes que tan locos volvían a los animales. Por esa razón también nos trajimos a Rocco y Manolo con nosotros, para que estuvieran en familia como uno más, lejos del ruido molesto que los atormentaba.

Las mesas se empezaron a vaciar de platos que, entre todos, hombres y mujeres, íbamos llevando a la cocina, mientras mi padre abría una botella de champán e iba llenando las copas para brindar. Lo hicimos todos juntos deseando un nuevo año de alegría y prosperidad y que el siguiente estuviésemos todos nuevamente juntos. Que, al fin y al cabo, es lo más importante.

Mi tía sacó de la nevera un tronco de navidad de bizcocho de chocolate que había traído y empezó a servir. Mis abuelos no podían más y rechazaron educadamente la copa y el postre, pidiendo que cuanto pudieran los llevasen a casa.

Los pobres eran muy mayores para andar a estas horas fuera de la cama y de sus hogares, y lo único que querían era estar con su familia, haciendo un esfuerzo por nosotros.

Por lo que mi tío paterno se ofreció a llevar a mis abuelos antes de que la cosa se animase con las copas.
Mientras tanto fuimos preparando el salón, poniendo una mesa aparte con todas las bebidas, cubiteras, y los vasos de tubo de plástico que habíamos llevado mi hermano y yo por la mañana.
Preparó el equipo de música y enchufó varios dispositivos bluetooth con distintas listas de reproducción de Spotify.

Canciones de ese año, canciones del verano, las clásicas de las bodas y celebraciones como Paquito el chocolatero que hacía bailar hasta al propio Manolo, y una lista de canciones de los 70 y 80 de la época de los más adultos. Que sinceramente, eran las mejores.

Mi prima la pequeña sacó una guitarra y empezó a tocar mientras se partía de risa. Su madre había encendido sándalo y estaba correteando por todo el salón esturreando el humo para traer buenas vibraciones al año nuevo. Uno de mis tíos empezó a confundir la realidad con la ficción y le patinaba la lengua. Todo era alegría, risas y anécdotas que quedarían para el recuerdo.

Otro de mis tíos, que siempre era el alma de la fiesta, bailando una sevillana con mi tía, en una de las vueltas salió disparado y acabó bajo el árbol de navidad, provocando así las risas de todos mientras él se levantaba como si no hubiera pasado nada, y seguía bailando sonriendo. Él era así, pura alegría y siempre que no estaba se le echaba mucho en falta.

Yo me serví un puerto de indias para mí y otro para mi prima y me fui al sofá, a esperar que aquello subiera o no habría dios que me sacase a bailar. Pero por misterios de la vida, porque estaba muy alegre, o porque empezaba a reencontrarme con esa Alma que habitaba en mi armario desde hacía años, cogí el móvil y le dije a mi prima pequeña que grabase mientras yo bailaba con Alejandra la canción de Lady Gaga Teeth con la copa en la mano.

Un suave baile sensual pegadas mientras sonreíamos y tarareábamos la canción, yo no lo cantaba porque mi inglés era triste, pero ella lo sincronizaba a la perfección.

Rápidamente todo el mundo se vino arriba y empezaron a hacer palmas al compás de la música mientras bailaban a nuestro alrededor haciéndonos un corrillo. Cuando terminé me bebí la ginebra como si fuera un San Bernardo en pleno agosto.

Por supuesto envié el vídeo a Rafa, que no tardó en responder con iconos y con comentarios subidos de tono que, poco a poco, fueron in crescendo.

Una copa, otra, otra más, la gente empezó a irse a las camas que pillaban cuando el reloj marcaba las 3, las 4 y yo seguía hablando con Rafa, y no logro a día de hoy recordar de qué, sólo sé que yo estaba absorbida, decidida y muy cachonda, jugueteando con él mientras no paraba de darle viajes a mi bebida.

Cuando sentí que no podía más y que había llegado a mi tope, me retiré de allí, despidiéndome de todos y metiéndome en mi habitación, la que más tarde iba a compartir con mi hermano.
Aprovechando que estaba sola y hablando con Rafa, le fui dando paso a paso, detalles de lo que yo iba haciendo.

Alma
No puedo con mi alma, me acabo de quitar los tacones…
Tengo mucho calor, los pantalones me sobran

Rafa
Desnúdate y ponte cómoda, túmbate, que verás mañana que resaca vas a tener

Alma
Mira que pintas

Y la primera foto que marcaría un antes y un después sin yo saberlo, fue una en la que la camisa me tapaba hasta los muslos.
Me eché otra abriendo los botones y dejando entrever un poco del encaje del sujetador.

Rafa

Joder… así, ponte a gusto

Un pequeño video donde me iba contoneando desabrochando el resto de botones y dejando ver mi lencería…
Rafa no escribió, se limitó a estar en línea viendo lo que yo le mandaba y poniendo algún icono con los ojos en forma de corazón.

Me quité las bragas y me eché otra foto donde se veía la tela cubriendo mi entrepierna y mis bragas blancas, a juego con el sostén, estaban en mi mano sobresaliendo.

Rafa
¿No llevas bragas?

Alma
No… esta noche quiero divertirme antes de dormir

Rafa
Aún tienes ropa que quitarte

Me quité la camisa y me quedé en sujetador, mandándole foto solo de cintura para arriba. “Joder” era lo máximo que él decía mientras yo, completamente excitada y ebria, seguía desvistiéndome hasta quedar completamente desnuda.
Le mandé otra foto, tapándome con la camisa arrugada pezones y sexo.

Rafa
Joder, Alma… me has puesto malo, joder

Alma
Yo sí que estoy mala… llevo tanto sin estar con un tío, que creo que seré virgen de nuevo…

Rafa
Qué pena sería esa…
Y me metí en la cama después de ponerme el pijama y sin darme cuenta me quedé profundamente dormida con el móvil en la mano.

Cuando me desperté al día siguiente lo tenía en el suelo, apagado, sin batería, y recordé todo el proceso hasta llegar a la cama, donde estaba tapada bajo las mantas. Recordaba lo que le había dicho, lo que había hecho y del leve striptease que le hice y que disfruté, excitándome y preocupándome por no saber si aquello estaba bien. ¿Qué había hecho?

Había abierto sin darme cuenta, la caja de pandora y cerrarla iba a acostarme mucho trabajo, esfuerzo y voluntad.

Capítulo 14

Kickstart my heart (Moetly Crue)

Me dormí en el instante que mi cuerpo tocó la cama. El móvil de aquella manera, yacía en el suelo completamente apagado y sin batería, a la mañana siguiente.

En mi habitación no dormía mi hermano pese a que su cama estaba desecha. Sopesé la idea de que fuese tarde y estuviera en el salón con alguno más para hacer la clásica paella de año nuevo con el marisco que había sobrado la noche anterior, junto a los aperitivos.

Me incorporé en la cama, sentándome, viendo toda mi ropa por la habitación tirada y busqué en mi bolsa el cargador del móvil.
Lo enchufé en el enchufe que había tras la mesita de mi cama y mientras cargaba para poder, como poco, encenderlo, fui al baño a lavarme la cara.

Estaban todos despiertos, cuando pasé por el salón, desayunando unos churros con chocolate que había traído alguien y que no me interesaba quién fue. Lo último que mi estómago quería era ingerir algo. Tenía una resaca estomacal del quince, la boca la tenía seca y pastosa, y me olía el sudor a ginebra, o eso pensé yo.

La única que había estado dormida aún en la cama era yo, y hasta ahora no había dios que me levantase.

Me metí en el baño, me miré en el espejo y horror. Parecía el Joker. El pintalabios aún resistente pero corrido por mis labios, la raya del ojo haciendo churretes de mapache por mi cara, ojeras, pálida… estaba como para meterme en la cama y dormí un par de días más.

Pero me lavé como pude con jabón y agua templada hasta quedar decente., me recogí el pelo en una coleta y me metí en la ducha a darme un poco de jabón por el cuerpo para quitarme ese olor, posiblemente imaginario, de alcohol. Mientras estaba ahí bajo el agua caliente recordé a la perfección la charla con Rafa. Cómo habíamos tonteado, lo que yo le había mandado, y pensé en la idea de que mi comportamiento le hubiera ofendido o molestado y me encogí, nerviosa, presa del miedo. ¿Y si dejaba de hablarme por esto? Esto de recordar todo tras la borrachera no sé si era un don o una maldición. No era normal ni para eso, como el resto de mortales solían ser.

Pero también recordé la parte en la que ver como reaccionaba a mí, me excitaba, como desnudarme para él me envalentonaba y me subía a una pirámide de sensaciones que hacía muchos años nadie había escalado conmigo.

Me enjuagué y me fui a mi habitación envuelta en una toalla enorme de color blanco, me senté en la cama a encender el teléfono y tuve suerte, ya que tenía la carga necesaria para encender.

En lo que el teléfono llegaba a la pantalla central, me sequé, saqué de mi bolsa unas braguitas limpias y me las coloqué, después saqué las mallas negras que tan cómodas me resultaba, los calcetines y me quedé en zapatillas de casa. Total, después de aquí iría directa a casa de mis padres y no necesitaba otro calzado.

Estuve como un águila cuando se me ocurrió preparar una pequeña maleta para el día de después. Ya se sabe los consejos sabios de tu madre cuando eres niña, “los por si acaso”.

Recuerdo que pese a echar las mallas, una sudadera que me coloqué mientras pensaba, las zapatillas de casa y el pijama, sopesé la idea de echar las deportivas también. Pero la saqué de mi cabeza, ¿para qué? Íbamos a estar en familia y después de la noche de tacones, necesitaba comodidad.
Volví a la cama y aparté la toalla humedad para sentarme junto a la mesita, miré el móvil con cierto nerviosismo.

Varios mensajes de wasap llegaron cuando se conectó a internet. Muchos de ellos felicitaciones de año nuevo hasta de gente con la que no había hablado desde el 1 de enero del 2019, vamos, un año sin hacerme ni puto caso y venían a dar por saco ahora para quedar bien. ¡Ay, el postureo!

Respondí a mi marido, que me preguntaba cómo estaba con la resaca, porque me conocía, y la noche anterior ya le había mandado varias fotos conmigo empinando el codo y bebiéndome hasta el agua del cubo de fregar. Contesté a David, que tenía comida familiar en casa, el cual también se preocupó por mi estado deplorable de salud, como siempre, porque yo con resaca no es que dé pena, doy lo siguiente.

Varias amigas de Málaga, entre ellas Mónica, y por último Rafa. El cual me seguía hablando pese el mal rato que le haría pasar anoche.

Rafa
¿Qué tal la resaca, dormilona?

Alma
Deja… que doy un asco tremendo

Rafa
Ya será menos…a ver

Me retó, y me debatí seriamente si pasarle una foto o no, porque realmente, era la primera vez que me pedía una foto, y tampoco vi nada de malo en mandarle una foto de mi cara.
Se la pasé, guiñando un ojo y sacando media lengua con cara de enfurruñada. Se rio.

Rafa
Muy guapa hasta así

Alma
Si… ya… eh… oye, que siento haberme pasado anoche, es que estaba un poco ida de ginebra y bueno, se me va la mano jajaja

Rafa
Uy sí, menuda tortura fue verte…

Alma
Enserio, siento si te molestó

Rafa
¿Pero cómo me va a molestar? Lo único que me molestaba era no estar ahí XD

Alma
Anda, déjate de coñas, que hoy no pillo una con la resaca. Por cierto, tengo comida familiar, si tardo en hablarte hoy es por eso

Rafa
Ni te preocupes, preciosa, yo estaré aquí para cuando quieras

Dejé el móvil cargando y me fui con mi familia donde estuve escuchando chistes, anécdotas, y comentarios varios que me sacaron una sonrisa. Y eso que muchos de los comentarios eran respecto a mí y mi borrachera y que cuando bebo me da por evadirme de toda vergüenza o me da el bajón existencial.

Ese que te pasa cuando de repente algo o alguien te corta el rollo y empiezas a divagar, compadeciéndote de ti misma y con ganas de beber, o en su defecto de querer irte, vaya que supongas una molestia para alguien. O a llorar recordando momentos emotivos, buenos o malos. O ser cariñosa. Esto me pasaba mucho.

Mi madre se metió en la cocina y estuvo preparando las cosas para hacer la paella más tarde.
Yo me tiré en el sofá con mi hermano, después de haber ido ya a por mi teléfono que estaba más que cargado, y juntos nos pusimos a jugar al parchís online mientras mi padre y mis tíos jugaban a las cartas apostando monedas de 20 céntimos.

Mi madre salió de la cocina y se unió a ellos y ahí estábamos cada uno con lo suyo, mientras yo no podía sacar de mi cabeza a Rafa y la idea de lo que ocurrió la noche anterior. ¿el mayor problema de todo aquello? Pues no sabía si era que yo estaba casada, o que me había gustado hacer lo que hice. Pero me consolé diciéndome que no volvería a pasar más.

Mi madre preparó una paella que abarcaba más de media mesa. Entre yo y mis primas fuimos poniendo los cubiertos y los platos, mientras que mi hermano, más que acostumbrado por sus veranos en la hostelería, cargaba con bandejas llenas de vasos para las bebidas y el vino.

Yo no podía con más alcohol en mi organismo, así que me eché de la botella de Nestea que dejaron abierta la noche anterior y que se conservaba fresquita en la nevera.

Que no se me olvide destacar que acompañé el primer sorbito de té frío con un ibuprofeno que mi madre, como señora de su casa y reina de las previsiones que es, se subió en el bolso.

Manolo se comía en un rincón de la cocina su pienso, sabiendo yo que mi madre le habría puesto algún platito de gambas con mejillones cocidos que tanto le gustaba, porque según ella, “el pobre también tiene derecho, que es navidad”. Ya yacía olvidado el hecho de que el gato se había cargado prácticamente el portal de belén. No me extrañaba que el felino hiciera lo que le saliera de sus cataplines morenos, si siempre mi madre se lo pasaba por alto, aunque en su primer impulso fuese regañarle. Es más, diría que tenía más favoritismo con Manolo que conmigo y mi hermano cuando éramos niños.

Mi móvil vibró unas cuantas veces en la mesa, haciéndome mirar de soslayo por encima de mi brazo. Era Rafa.
No habían pasado unos minutos si quiera cuando volvió a suceder lo mismo, y efectivamente era él.

La tentación de responderle y continuar hablando de chorradas cada minuto era más que evidente y desesperante, pero me contuve. Primero porque tenía las manos llenas de arroz, de haber pelado los langostinos, y segundo, porque estaba con mi familia y no quería descuidarlos, más aún, por él.

Lo que me llevó a recordar que ya estábamos en enero… en algún momento yo tendría que volver a mi casa con mi marido y mis animales, pero es que no me quería ir. Pero no porque no los echara de menos, que lo hacía cada día, que conste, sino porque dejar a mi familia suponía dejar una gran parte de mí aquí y las despedidas siempre me rompían el alma en mil pedazos.

¿Cómo te separas de tus padres, tu hermano, tus tíos, tus abuelos, tus primos, con los que tanta familiaridad has tenido siempre? Cuesta. Cuesta muchísimo. Nunca sabes si será la última vez.

Pero claro, tampoco me veía con fuerzas de afrontar otra discusión más con mi marido del palo, “me voy a quedar otro mes”. Porque también iba a tener que hablar con Mónica y que, aunque ella estuviera encantada, lo mismo tenía otros planes ya.

Sin darme cuenta y pensando en mis propios asuntos, me fui comiendo todo el plato y empalmando con el postre.

Bendito tiramisú hizo mi madre el día anterior para hoy. Esto era lo más rico que había comido en los últimos años, y me supo a poco, me iba a comer hasta la cuchara y los palillos que usó para poner el papel albar.
La mesa la recogimos entres mis primas y yo, para darle un respiro a mi pobre madre que siempre cargaba ella sola con todo. Pero es que mi madre era así. Era la súper heroína de todos, la mujer maravilla, la incansable, el cohete que se encargaba de todo y todo lo hacía rápido, eficiente, y perfecto.

Una responsabilidad que se cargaba ella misma por una sociedad que siempre nos inculcó que las mujeres tenemos que encargarnos de todo en las celebraciones. Y permíteme que te diga una cosa, eso no debería ser así.

Fregué yo los platos mientras una se encargaba de secar y la otra de ir colocando en las cajas donde había venido todo.

También, fuimos recogiendo la cocina tirando, por desgracia, comida, cubertería y vajilla de plástico. Mi madre se había subido hasta la cafetera, café, y un brazo de gitano de chocolate que también hizo el día anterior. ¿Pero cómo le daba tiempo a esta mujer a cocinar tantas cosas a la vez?, sin duda era una mujer fantástica.

Mi padre puso la chimenea, que empezaba a refrescar a la hora de la siesta, y estuvimos tan tranquilos tomando el café mientras jugábamos todos a las cartas apostando chatarra.

Cuando la tarde cayó y la oscuridad se adentraba, empezamos a cargar el coche y a recoger nuestras cosas para ir a casa. Mis tíos se llevaron los sacos de basura para tirarlos en el contender que había en la entrada del camino de campo que llevaba a la casa.

Las neveras se quedaron para el día siguiente que iría mi hermano con la furgoneta a recogerlas.

Cuando llegamos a casa, dejamos todo en el pasillo tras abrir mi padre, subiendo nada más con Manolo en el trasportín, que se revolvía y maullaba para que lo sacásemos de su cautiverio.
Se había portado muy bien. No sé si porque era un gato cagón que le daba miedo hasta que le enfocases con el móvil, o porque realmente quiso ser bueno y no darnos la noche escapándose en un sitio que no conocía y que nos podría haber provocado un ataque de miocardio a todos.

Cuando salió del cajetín donde lo habíamos metido, el pobre se estirazó, casi besando el suelo que pisaba, como si fuese el papa llegando a Roma.

Fue a beber agua a la cocina a su cuenco. Rocco tiraba de mí, que iba yo detrás con él agarrado con una mano y con la bolsa de mis cosas en la otra mano. Lo solté e hizo lo mismo, ir a beber agua a la cocina a su cuenco, mientras escuchábamos de fondo el gruñido de Manolo.
Nada, que no se adaptaba a él.

Yo me metí con mi bolsa en mi habitación. La dejé sobre la cama, me quité la ropa y me puse el pijama ¡Bendito hogar!
Estaba reventada. Comer, bailar, beber, reír… todo eso terminaba cansando por la intensidad del momento. Le pedí a mi madre que me diese una pastilla de dormir de las suyas, pensando que aquello era flojo. Pero pese a su advertencia de que me tomase media, me tomé la pastilla entera y entre el cansancio y la droga, estaba en una nube que me dejó ligera como una pluma.

Les di un beso a todos y me metí en la cama, donde hablé un rato con Israel y David, para dar paso a una conversación que me tuvo más enganchada de lo normal y permitido.

Tenía frío, estaba cansada, drogada, dolorida, con agujetas, con mal estar general. Aquí en confianza… me apetecía un polvo que me doblara y dormir como un tronco las próximas 48 horas.
La ida de olla que me dio me llevó a coger y grabarme un clip acariciándome la entrepierna por encima del pantalón y subirla a mi historia de Instagram bajo el título “remedios contra la resaca, remedios contra el frío”. Obviamente Rafa lo vio y me estuvo lanzando tejas que yo iba recogiendo y guardándome en una mochila que sostenía en mis manos.

Rafa
Madre mía… pero que subes

Alma
Que tengo mucho frío… y así entro en calor, que además estoy muy sola

Y de Instagram pasamos a Twitter donde me puse a buscar porno, porque quería desahogarme, obviamente, y empecé a hacer retweet a todos los gifs sexuales que me iban gustando, poniendo o dando ideas.

Rafa
Pues para tener frío, yo te veo muy caliente

Alma

Entre las piernas no sabes cuanto

Yo no sé si era porque la pastilla me estaba quitando el poco filtro y autocontrol que tenía, si porque mi cabeza se había saltado el control matrimonial, o es que yo estaba tan necesitada que la lengua me patinaba y derrapaba sola. En este caso los dedos. Y en ambos sentidos.

Y más imágenes que compartía yo, recibiendo más mensajes suyos.

Rafa
Estás desatada… ya he visto la historia de Instagram también, joder

Alma
Me parece a mí que me voy a relajar un poquito antes de dormir con la técnica de entrar en calor que compartí

Rafa
Ya veo ya… y yo sin nada de nada desde hace tiempo

Alma
Pues como estoy yo, que no follo porque mi marido está lejos

Rafa
Ya, pero vas a tocarte ahora

Alma
¿Y qué te lo impide a ti?

Rafa
Pues que estoy hablando contigo

Alma
Ah, a mí no me molesta que te toques mientras hablamos eh, tu tranquilo

¿Por qué tuviste que hacerlo, Alma? De repente, sin planearlo, sin comérmelo ni bebérmelo, allí estaba yo, abierta de piernas bajo las mantas, acariciándome por encima del pantalón mientras me metía en twitter a compartir gifs sexuales que Rafa veía. Y ahí estaba él. Sobándose por encima de la ropa mientras veía lo que yo compartía y hablando conmigo. Y del ver al compartir gustos y experiencias, había un paso, y lo cruzamos.

Porque él me preguntaba y yo le respondía. Yo le preguntaba y él me contestaba. Ambos mirábamos el contenido porno por la red mientras que en un chat por wasap ambos hablábamos de ellos y nos tocábamos cada uno lo suyo, y jugueteábamos, fantaseábamos.

Imagina que estás así.
Imagina que soy yo.
Imagina que es mi polla.
Imagina que te pongo las tetas en la cara así.

Imaginando juntos, acariciándonos por encima de la ropa, rozándonos, metiendo la mano para tocar nuestra humedad, seguir hablando y fantaseando mientras nos empezamos a pasar contenido ya por privado. Él, yo, el porno de la red.

Ambos jugábamos a un juego morboso, placentero, excitante, que por una vez no iba a pasar nada. ¿No?

Y empezamos a decirnos sugerencias, a lanzarnos “órdenes” de que hacer el otro. Compartimos una intimidad divertida que estaba en los límites de lo legal ¿no? Después de todo, no había contacto físico, no había fotos personales, no había contenido íntimo.
Sólo dos amigos satisfaciéndose con una cosa en común, el porno. Entonces seguimos, hasta que ambos llegamos a un punto de placer extremo y nos corrimos, diciendo cada uno lo que habíamos disfrutado, dándonos un beso de despedida con un icono sencillo, habitual, común.
Dándonos nuestras buenas noches habituales, despidiéndonos con la naturalidad de siempre, porque no había pasado nada ¿no?, y me fui a dormir, y él también, cada uno a su cama, a través de la red, como dos buenos amigos.

Amigos.

Cuando me desperté al día siguiente lo primero que se me vino a la cabeza fue, ¿Qué cojones he hecho?
Lo segundo fue ¿Esto está bien?
Y lo tercero siguió, “No, no está bien”
Lo Cuarto, “no pasará más”.

Pero no sabía qué había hecho, desde luego que no estaba bien por mucho que lo hubiera disfrutado, y estaba por verse si no pasaba más. ¿Pero qué digo…? claro que no iba a pasar más.

Me desperté temprano porque dormí profundo con la pastilla y había descansado muchísimo, así que cuando miré el teléfono tras conectar el internet, no tenía mensajes. Lo cual me dio un margen de tiempo para montarme películas y posibles conversaciones que quizás ni se llevarían a cabo con Rafa.

No se me pasó por la cabeza en ningún momento contárselo a Israel, ¿para qué? Si era una tontería y le iba a molestar. Pero ahí estaba la cuestión, ¿Por qué le molestaría si no era nada?, en su momento no lo quise ver, pero hoy día soy consciente de que yo llego a enterarme que mi marido hace algo así y me convierto en Juana de arco.

Tras la tardanza de Rafa de darme sus buenos días, sopesé la probabilidad de que no quisiera saber nada más de mí. Lo cual me facilitaría las cosas y la posible charla que tenía ideada en mi cabeza para decirle que lo de anoche, pese a haber estado muy bien no se tenía que repetir y que no tenía que haber pasado.
Una cosa es tocarse cada uno por su lado, aunque estés hablando con alguien, y otra muy diferente es jugar sexualmente mediante palabras con otra persona.

Pero bueno, quizás la vida tenía esa manera de decirme que aquello estaba mal, y era haciendo que Rafa huyese de mí tras el ¿ciberpolvo?

Empecé a dar vueltas en la cama. Una parte de mí no quería que él apareciera, pero la otra me estaba comiendo viva por dentro porque quería explicación. Explicación.
Pero vamos a ver, Alma de mi corazón, que os habéis masturbado mientras hablabais y os decíais guarradas, ¿Qué explicación quieres? Y no, no tenía excusa. No estaba borracha, tenía plena lucidez por muy drogada que estuviera, y no me obligó, vamos, que lo hice porque me salió del toto hacerlo.
¿Qué yo estaba muy necesitada? Pues sí. ¿Qué Israel también y no iba haciendo esas cosas por ahí? También, o eso pensaba yo, claro.

Mi cabeza no paraba de divagar, y la ansiedad me estaba comiendo. Yo no sabía si el nudo que tenía en mi pecho y que estaba estrangulando mi estómago era la situación o que tenía resaca de la resaca.

En un momento dado mi móvil vibró y fui como una adicta al crack, a mirar quién era. Mi marido. Estuve hablando con él, pero cuando le respondía apagaba la pantalla, y cuando volvía a sonar volvía a mirar yo como si estuviera mi vida en juego. Pero nada, todo el rato era Israel.

Me dijo que iba a conducir, que iba a pasar el día con sus padres, y que ya me avisaría al llegar.
Mi móvil volvió a sonar. Como si fuera una gacela tras su presa, fui a coger el teléfono de la mesita para comprobar que era David, que me daba los buenos días y con el que empecé a hablar.

Tanteé la posibilidad de contarle todo en ese mismo instante, pero me dije ¿por qué? Si es una tontería que no se volverá a repetir… que más dará.

Mientras hablaba con él de algo tan cotidiano como el tiempo que hacía hoy en Jaén, vi un mensaje que me entró de Rafa.

“Buenos días, preciosa”

Leí sintiendo una descarga eléctrica que me recorría todo el cuerpo de arriba abajo y de abajo arriba. Me quité de en Línea y me quedé un rato mirando la notificación, por la pantalla en segundo plano intentando ordenar mis ideas, y mis pensamientos para decidir que cojones le iba a decir. “¿Buenos días?” ¿como si nada hubiera pasado? No sabía qué hacer, tenía un lío marinero que ni el capitán del Titanic podía deshacer.

Porque si le hablaba como si nada podría interpretar que aquello fue normal, y no lo fue. Pero si le hablaba cariñosa podría creer que teníamos algo, y no lo teníamos.

Y si le hablaba atajando el problema desde la raíz se iba a pensar que me había arrepentido y que lo rechazaba.

Pero Alma, ¿acaso no te arrepientes? ¿crees que hiciste bien? ¿A cambiado algo?

No, no, no, que yo estoy casada felizmente con mi marido. Que tenemos dos gatos y un perro. Que vivimos juntos desde hace mucho, que mi vida no se puede ir al garete por un orgasmo cibernético con porno de twitter, es que vamos a ver, Alma, céntrate.

Respiré, tan hondo que casi me mareo. Fui a la cocina con el móvil en la mano y me hice un colacao, necesitaba azúcar o me iba a dar una pájara muy mala. Todo esto sin soltar el teléfono y como si fuera un nuevo apéndice en mi cuerpo.

Por primera vez desde que Rocco había llegado a casa, estaba al lado de Manolo, sin que éste estuviera con los pelos como si hubiera metido las almohadillas en el enchufe. De hecho, ambos me miraban fijamente, como juzgándome. Como si me quisieran recriminar a lo que yo intentaba quitarle importancia y que en el fondo sabía que la tenía.

- ¿Qué? – Ellos me increpaban con sus ojitos inocentes. Rocco ladeaba la cabeza. Manolo me juzgaba con dureza. – No me miréis así. Soy humana. Cometo errores. No todo es tan fácil como montar a otro ser de mi especie y pasar de largo como hacéis vosotros.

Todo esto es más… complejo. ¿Qué coño hago hablando con el perro y el gato? Alma, vuelve a la realidad.

Yo esto tenía que hablarlo con alguien, no podía desahogarme con dos pobres animales, y le iba a tocar a David ser el consejero y el cura de confesión. Pero no, no podía ser ahora, tenía que hablar primero con Rafa y aclarar todo y que no se volviera a repetir.

Alma
Buenos días

Rafa
¿Cómo estás bonita?

Alma
Bien… a decir verdad dándole vueltas a lo de anoche

Rafa
Fue impresionante…

Alma
Sí… eh… Pero es que no sé, no creo que este muy bien eso que…

Rafa
No hicimos nada malo. No hubo fotos ni nada, sólo imágenes que vimos de la red. Además, ni nos vimos ni nos tocamos, no le des más vueltas

Alma
Ya, si no es eso, es que no sé, no quiero molestarte porque yo tuviera el calentón

Rafa escribió:
Relájate, que no me molestas. Yo también lo tenía, lo pasamos bien y ya está, no hicimos nada malo

Bien, Alma. No hicisteis nada malo, no lo ve como una muestra de amor, pero tampoco le da la importancia que tu creías, esto se quedará en una anécdota y ya está, no le des más vueltas, hija.

Estuvimos hablando normal, yo estaba sola en casa y estuve todo el día pegada al teléfono en pijama, sin moverme de allí.

Cristina me llamó para salir y no me apetecía, estaba un poco floja de ánimos, o lo que es lo mismo, tenía tal adicción al teléfono, que cualquier minuto fuera del aparato suponía para mí un castigo.
Sin saber cómo, el tema volvió a salir.

Alma
Que al final se nos va de las manos y acabamos como anoche, ajajajaj y eso no se puede volver a repetir

Rafa
¿Por qué mujer? Si no hicimos nada malo

Alma
Pero no tentemos a la suerte :P

Rafa
Entonces no te digo como estoy ahora mismo

Alma
¿Y cómo estás?

Rafa
Desnudo, sólo con la bata

Alma
¡Qué te va a dar frío!

Rafa escribió:
Ven tu a darme calor

Y una cosa llevó a la otra y que mira que calor, y que mira que frío y le mandé un clip que me sobaba por encima del pijama la entrepierna, porque total, ya lo había visto en otra ocasión en Instagram, pero hasta pasado un tiempo, no vi clara la diferencia.

Esa vez no me estaba tocando por hacer la gracia en internet, esta vez estaba mandándole algo en exclusiva para él. Y él me mandó una foto… lo suficiente para verse que estaba desnudo.

Lo que el tonteo de las fotos desencadenó fue un mensaje de él diciéndome "me he acordado de ti", pasándome el enlace de un gif porno. Y adivinad que… terminamos tocándonos otra vez juntos, con una diferencia destacable.

Nos mandábamos fotos y videos en los que sin verse nada, se decía todo. Sobeteos, marcas, insinuaciones, provocaciones…

Aquella noche me corrí tres veces seguidas mientras usaba el juguete que yo me había llevado para mis desahogos y también con el calor de mi mano. Todo esto impulsado por sus palabras, sus frases, sus fantasías, sus gifs…

Y antes de irme a dormir, tras despedirnos, le dije algo que nos metió en una confesión un poco íntima, como esa sesión post sexo que tienes con tu pareja tras hacer el amor.

Alma
Joder, como necesitaba correrme así

Rafa
Pues ya sabes, siempre que quieras búscame

Alma
¿Vas a ser mi juguete sexual?

Rafa
Jajaja, me refería que siempre que necesites algo, sea un día bueno o malo, aquí me tienes para lo que quieras

Alma
¿Qué clase de amistad es esta?

Le dije poniendo iconos de confusión.

Rafa
La que necesitamos y la que ha surgido. Una especial y divertida. Sana. No pasa nada, relájate y disfruta que no hacemos nada malo, sólo es… porno interactivo.

Alma
Bueno… me voy a dormir, buenas noches

No pude evitar darle vueltas, y repetirme que no volvería a pasar. Pero pasó un día, y otro, y otro más. Y no sólo por la noche, a cualquier hora venía bien. Yo me ahogaba en un mar de dudas. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no podía dejar de hacerlo? ¿Por qué era todo tan complicado de repente? Los amigos no hacen estas cosas, pero tampoco éramos nada porque no habíamos pasado de ahí.

Aquella tarde que se acercaba al día de reyes hablé con mi marido para decirle que quería quedarme un poco más, por lo menos hasta que pasasen los reyes, que me gustaría regalar algo a mi familia y estar presente. Además, pronto sería el cumpleaños de unas de mis primas, Alejandra, y quería celebrarlo con ella tras muchos años ausente.

Derivó en una discusión, obviamente. Mi marido no comprendía el estado de pena que me generaba estar lejos de mi familia, excusándose siempre en que si él no me importaba.

Y me importaba, claro que lo hacía, le echaba de menos a él, a David y a los peludos.
Pero mi familia era mi sangre, y la extrañaba y quería disfrutarla porque la lejanía después no me lo permitiría.
Siempre me costaba volver a la rutina cuando desconectaba con ellos, y él lo sabía, por eso siempre temía cuando le anunciaba mi partida.

Mi miedo eterno era decirle las palabras “me voy a quedar un poco más”, porque ya me ponía en el compromiso de decirle la fecha de caducidad de mis vacaciones, y yo no sabía hacer eso, no podía poner un punto final a las cosas, lo que me atraería muchos problemas a lo largo de mi vida.

También, sumado al hecho de no querer dejar a mi familia y a Cristina, estaba el tema Rafa. Habíamos “normalizado” el hecho de masturbarnos juntos hablando por wasap, sin más contenido que el de imágenes de internet. O algunas fotos o videos nuestros, donde no se veía nada explícito.

Israel no me lo ponía fácil. Por cada frase había un mosqueo, por cada explicación una excusa, por cada respuesta una indirecta, y terminamos colgándonos el teléfono de malas maneras mientras a mí me salía humo por las orejas como si fuese Buu de Dragon ball.

Iba a desahogarme con David cuando miré el wasap y vi varios mensajes sin leer de Rafa. Había estado casi 30 minutos hablando con Israel, o discutiendo más bien, y no me había percatado de que me habían mensajeado.

Mi padre estaba en el salón sentado mientras mi madre había ido a comprar con mi hermano los reyes de los abuelos.

Me senté frente a mi padre y mientras él veía el futbol, yo estaba distraía contándole a Rafa todo lo que había pasado.

Un error garrafal que no pude prevenir. Porque aquello le vino como anillo al dedo para aprovechar y decirme todo lo que yo necesitaba escuchar para quedarme más días aquí y poner los cojones sobre la mesa respecto a mi marido.
Y sin saber cómo, nuevamente, terminó diciéndome que me fuese al baño un momento, me echara las bragas a un lado y me lamiera los dedos mojándolos con mi saliva para metérmelos despacio hasta el fondo, pensando que era él quien me estaba follando con los suyos.

E hice caso. Y mientras le leía, yo me tocaba, corriéndome entre espasmos apoyada en la puerta del cuarto de baño con mi padre en el salón viendo el partido tan tranquilo, ajeno a lo que su querida, casada y dulce hija estaba haciendo a escondidas, como si tuviese 15 años y fuese una pajillera adolescente.

Pero Rafa no me acompañó. Él quería darme placer a través de la única manera que podía, y quedamos en un trato… yo le devolvería el orgasmo por la noche, haciendo que él se corriera para mí como yo había hecho con él.

El enfado con mi marido se me pasó, porque en mi cabeza sólo albergaba la desesperación y las ansias de que llegase la noche, me metiera en mi cuarto y hablar con él para que se tocase hablando conmigo.

La confianza fue aumentando, viéndose cada vez un poco más de carne y de menos tela, pero sin llegar nunca, hasta ese momento, a verse nada explícito. La fantasía era nuestro juguete y sabíamos cómo usarlo con el otro.

Las palabras eran el hilo conductor que nos llevaba al orgasmo, y el deseo, o necesidad, que sentíamos por el otro casi sin percatarnos, nos fue enredando en una tela de araña en la que yo cada vez fui más mosca que insecto arácnido.

¿Le pasaría igual a él? ¿O había tejido, él mismo, esta red para que yo fuese la victima de su juego? ¿Quería esto en un principio?, lo dudé, lo dudo y lo dudaré.
Porque la química no se puede forzar, ni fingir, ni el deseo, ni las ganas, ni tampoco puedes forzar a alguien a que sienta lo que tu deseas. Es el tiempo, la persona y las circunstancias, y en mi coctelera todo estaba muy bien calculado al milímetro, cada dosis de todo iba formando el cóctel perfecto para que Alma, o sea, aquí la menda, cayera redonda como víctima del juego, sólo que esta vez, fuimos dos víctimas, por lo que yo le fui avisando.

Alma
Que sólo somos amigos eh, no te vayas a enamorar de mí

Rafa
Jajajaj, ¿Pero por qué iba hacerlo? Además, eso no se puede controlar

Alma
Prométeme, que pase lo que pase, nunca te enamoraras de mí, por favor

Rafa
¿Y qué pasaría si lo hiciera?

Alma
Pues que no, que no se puede, ni quiero que lo hagas, prométemelo

Rafa
No puedo prometerte algo que no está en mi mano y que no puedo controlar

Tuve muchos “errores” yo misma, entre ellos poner sus sentimientos por encima de los míos propios. Le pedí y advertí que no se enamorase de mí, pero ¿qué pasaba conmigo? ¿Y si caía yo? Claro, en mis planes nunca estuvo enamorarme de él. ¿Pero qué ocurre cuando no estás buscando eso que se te perdió por casa?, que lo encuentras.
Y como él bien decía, los sentimientos no están en la mano para poder controlarlos. Y…fui bastante ciega y estúpida creyendo tener el control sobre mí en lo que a él se refiere. Porque siempre fue él… sólo él. El único que me hacía vibrar como nadie, casi sin darse cuenta.

Capítulo 15

Call me (Blondie)

¿Sabéis cuando estáis en el río intentando nadar contracorriente, y que por más que avances en dirección opuesta, el agua te arrastra hasta la desembocadura?
Pues así me sentía yo.

Sabía en el fono de mi alma que lo que había sucedido con Rafa estaba mal. Muy mal. Porque yo estaba casada, yo amaba a mi marido y yo no era de esas personas que ponían en juego una relación feliz y consolidada por una mera diversión.
Pero es que no lo planeé. Y sé que no es excusa.

Mi vínculo con Rafa se fue materializando de una manera tan extraña como especial. Fue el típico plato de cocina que lleva muchísima elaboración, para terminar siendo un mínimo bocado exquisito.

Conocemos el concepto básico del amor y la lealtad como dos personas que se quieren y se respetan, pero existe mucho más allá, todo es más complejo que esas dos palabras. Puedes sentir algo muy fuerte por alguien, pero no saber qué es ni por qué sucede eso. No saber ponerle nombre aquello, no quería decir que no lo sintiéramos y que no fuera real.

Aún no había tenido contacto físico con Rafa, conocíamos todo del otro de oídas, de lecturas, de palabras, de suposiciones, de confesiones, pero no había sentido sus manos por mi cuerpo, ni mi boca se pegó a la suya.

Nos venden desde niños, desde la profundidad de las películas Disney de mi época, que una vez amas a alguien, ya no existe nadie más. ¿Nos volvemos ciegos, sordos, mudos?
No. Seguimos siendo los mismos con todos los sentidos, incluso más abiertos, pero llega un punto donde alguien te toca el hombro, te giras y lo ves, observando cada facción de su rostro y cada milímetro de piel para entender que esa persona, también te atrae.

En mi caso era mucho más complejo. No existían palabras adecuadas para expresar lo que yo sentía con Rafa, como me hacía sentir, como me veía a través de él.

Me veía perfecta, deseada, inalcanzable, especial, suculenta, como ese fruto prohibido que Eva deseaba y al final cogió del árbol y se lo ofreció a Adán. Rafa era mi serpiente, yo era Eva sin darme cuenta, y bajo la atenta mirada de mi moralidad y mi conciencia, yo ansiaba y disfrutaba de los placeres que Rafa me hacía probar, incitándome a repetir.

Yo no era ciega, ni sorda, ni muda, y mucho menos manca, y estaba sola, necesitada y veía una atención de alguien hacia a mí que me hacía sentir un torbellino de emociones en mi estómago, bombeando mi corazón con cada réplica.

Cuando una persona comienza a estar con alguien, se usa una expresión que no me gusta nada, como el hecho de “que está fuera del mercado”.
Somos personas que sentimos, no un trozo de carne con nombre que dejamos de estar a la venta en el momento que alguien viene y nos compra.

Por favor, habíamos evolucionado un mínimo para decidir que una persona es tan libre como quiera ser sin sentir que falta el respeto y la libertad de otro.

Yo nunca estuve en el mercado porque nunca fui un objeto, pero cuando me enamoré perdidamente de mi marido era joven, romántica, incrédula… una niña inexperta que esperaba encontrar su gran cuento feliz y su final comiendo perdices.
Aprendí a base de discusiones, obstáculos y mucha gente entre medias, que las relaciones jamás de los jamases, será un cuento perfecto. Sólo será la historia que tú quieras crear junto al protagonista que elijas en tu vida.

Amaba a mi marido por encima de todo, no quería hacerle mal ninguno, pero entonces… ¿Por qué me había obsesionado tanto con Rafa? La novedad. Pensé en ese momento.

Y se lo hice saber pocos días después entre insinuaciones y bromas. Pero yo veía a un chico tan ilusionado y obsesionado como yo, y tenía miedo, pánico, autentico pavor, de que él se enamorase tanto de mí que después no me quisiera dejar ir.

Habíamos creado una fecha de caducidad imaginaria. Yo, concretamente. Disfrutaríamos el uno del otro el tiempo que mi estancia en Jaén durase, y que una vez yo estuviera en Málaga, volveríamos a ser amigos sin más. Yo estaría con mi marido, el estaría con mi amistad, y aquí paz y después gloria.

Pero yo aún no me atrevía a marcar con certeza la fecha de vuelta de mis vacaciones, seguía dando largas a mi marido que me aceptaba mi petición a regañadientes, refunfuñando, ocasionando alguna que otra discusión y suposición.
¿Has conocido a otro? Me dijo una de las veces. Mi respuesta fue un no rotundo.

Crecemos a la sombra de los mayores siendo niños, sin entender sus palabras, sus consejos, sus avisos, sus advertencias. Oímos una y otra vez que todo se acaba, pero nunca, si crecemos con las mismas personas, somos conscientes de que en algún momento se irán. Hasta que empezamos a perder gente cercana, amigos, mascotas, compañeros, amantes… sabemos que al igual que un yogur, la vida tiene caducidad y por consiguiente el trato con la gente.

Nadie estará a tu lado eternamente, da igual el vínculo que tengas con ella, todos se van o la vida te los arrebata.
Pero sin duda el hecho de que alguien te jure que siempre estará ahí es el indicativo de que, más aún, desaparecerá.

Al igual que con un yogur, las relaciones tienen fecha de caducidad y yo ya estaba planeando la nuestra. Nuestro fin como Alma y Rafa. Nuestro fin a aquella historia de deseo, placer y lujuria. Porque sólo era eso lo que nos unía, ¿no?

Estuve días dando vueltas a su respuesta cuando hablamos del amor y del enamoramiento. “No lo puedo controlar” ¿me quería decir algo? Esperaba de corazón que no, no podría cargar en mi conciencia con el hecho de hacerle daño, de que se enamorase de mí y yo no le pudiera corresponder y todo nuestro mundo y la burbuja que habíamos creado, se desmoronara.

Pero me di cuenta de algo, ¿Me preocupaba lo que pensase él y no en lo que podía pensar mi propio marido? Alma, estabas muy jodida.

Israel me preguntaba cada día cuando pensaba volver, el día de reyes pasaría pronto, ya no tenía excusa para seguir salvo los próximos cumpleaños.

Alma, ¿es que no lo ves? Estar en Jaén siempre hacía que me costara arrancar de allí, siempre sacaba una parte de mí que yacía dormida en la profundidad de la vida adulta, la seriedad, la madurez, que floreció cuando me casé y me independicé.

Aquel día apenas hablé con nadie, necesitaba desahogarme con alguien, contar lo que sentía, lo que me pasaba, lo que había ocurrido y lo que había hecho. Necesitaba que alguien me juzgara por mis pecados.

Por la noche, metida en la cama con el pijama de pelo puesto y con las mantas hasta la cabeza, no pude soportarlo más, abrí el chat de conversación de David y le hablé.

Alma
Tengo que contarte algo, ¿me llamas?

Cuando eran horas extrañas prefería pedirle a él que me llamase, para no molestar.
No tardó en hacerlo, en unos minutos mi móvil empezó a vibrar con nuestra foto en la pantalla y cogí los auriculares de la mesita de noche.

- ¿Qué ocurre? – Me dijo preocupado, pero como si en el fondo imaginase algo de aquello.

- No puedo más, te tengo que contar algo y quiero que me digas la verdad. – Tomé aire. – me ha estado pasando algo y no puedo seguir así.
- Dime. – Y se quedó callado a la espera de mi relato, dándome todo el tiempo del mundo para desahogarme.
- ¿Te acuerdas del chico que conocí por twitter y del que te hablé?
- Sí.
- Pues… - no sabía cómo empezar, pero lo que sí tenía muy claro es que, si había alguien en el mundo que me iba a escuchar, aconsejar y no juzgar, ese sería David. - Hemos estado hablando, cada vez más, y hemos ido creando un círculo de amistad muy, muy estrecho. Hablamos cada minuto, nos reímos, compartimos cosas, detalles de nuestra vida, desde los cotidianos a los más profundos, confidencias… de hecho me he acostumbrado a él, y él a mí. Es como si fuésemos la mitad del otro de un colgante que, tras juntar las piezas, comienza a brillar. Además, tenemos una confianza muy fuerte y muy "explicita". Hemos pasado de los comentarios de humor y provocaciones a mandarnos fotos.
- ¿Qué clase de fotos?
- Lo suficientemente directas para saber que necesito contártelo porque me quema la culpa. Porque, aunque no se viera nada, se decía todo.
- ¿Cuánto se ha visto ahí?
- No nos hemos visto desnudos explícitamente, si es eso lo que me preguntas. Pero nos hemos mandado enlaces con gifs y material porno mientras nos tocábamos cada uno hablando y fantaseando con el otro.
- ¿Sexting?
- Sí, en cierto modo.
- Alma…
- Dime lo mal que lo he hecho, porque no paro de darle vueltas.
- ¿Qué te ha dicho él?
- Rafa dice que no es nada malo, que no estamos haciendo nada que esté mal porque no hay nada explícito. Es algo así como porno interactivo.
- Él te lo dice para seguir haciéndolo.

- ¿Te crees que no lo sé? – Resoplé, intentando controlar mi tono de voz para que mi hermano no escuchara la conversación desde su habitación. – Le dicho que no quiero que se enamore de mí.
- Es que eso no se puede controlar.
- Es exactamente lo mismo que me ha dicho él. – Me puse la mano en la frente, me notaba palpitaciones. – Pero esto…no está bien. Terminará.
- ¿Cuando?
- Cuando vuelva a Málaga. – Dije convencida. - Ahí se acabará todo y cada uno por su lado.
- Cuanto más tardes en tirar de la tirita, más te dolerá.
- Se cansará de mí y la quitará él antes.
- No dejes en sus manos y su decisión la solución a esto que habéis creado. No dejes que dependa de él, porque si está tan ilusionado como parece, por lo que cuentas, eso no se pasa así como así.
- Pero a él sí…
- No tengas esa fe, Alma.
- No sabes cómo me hace sentir… es tan maravilloso y especial todo.
- Sé que luego te arrepentirás. – Suspiró amargamente. – Sabía que te traías algo, pero no hasta este punto.
- ¿Cómo? – Pregunté confusa.
- Apenas me hablas y estás en línea constantemente… era obvio que tenías a alguien con quien compartir el rato, y esta vez no era yo para una amistad.
- Yo no busqué esto.
- Pero tampoco lo has cortado.
- No puedo… me gusta.
- ¿Y qué pasará si se entera Israel? ¿Qué ocurrirá cuando quieras dejarlo tú o él y el otro esté enamorado? ¿o si te enamoras tú? Aquí va a sufrir alguien, estas cosas nunca terminan bien.

Así era David, claro y conciso. Te decía la verdad, lo que pensaba, pero sin juzgarte para hacerte sentir mal. Él quería que entendieras la gravedad de la situación, que comprendieras la complejidad del suceso, pero no que te martirizaras y sufrieras por ello, porque yo sé, que, en el fondo, David sufría de verme a mí así, en esta situación.

- ¿Cuántas veces ha pasado esto?
- Desde poco después de noche vieja… aquella noche le mandé unas fotos desnudándome, poco después empezamos a fantasear, y finalmente pues llegamos a las manos.
- ¿Le quieres?
- Como a un amigo.
- No. Como a un amigo no. – Y sé lo que me quería decir.
- Leí una vez, que no saber darle nombre al tipo de amor que sientes no quiere decir que no exista. Existe, pero no sabes ponerle etiqueta.
- Le quieres de una forma bonita y especial sin llegar a ser el amor de tu vida.
- Algo así.
- Una cosa sí te digo… lo especial y bonito siempre se acaba, no dura eternamente.
- Pero creo que mientras surja… tengo derecho a vivirlo. Me siento libre, especial, maravillosa…
- Pero en algún momento se tendrá que terminar. Y no será bueno para nadie.

David me escuchó todo lo que tenía que decirle, y lejos de echarme en cara mi ausencia pese a estar en línea, asintió comprensivo entendiendo la obsesión de la que yo era víctima.

También me advirtió, varias veces, de que aquello lejos de terminar cuando volviese a Málaga, iba a acarrear más problemas. No le escuché. Pensé que era un exagerado que se preocupaba en exceso por mí y mis problemas. Desde luego, cualquier día, iba a mandarme a la mierda.

Podría pensar que no le escuchaba o no entendía lo que quería decirme, pero el hecho es que sí, lo hacía, sólo que me dejaba llevar demasiado por la parte emocional de mí misma y volaba montada en la nube de emoción e ilusión que Rafa me había creado.

Mi móvil se quedaba sin batería a una velocidad de vértigo, no pasaban más de 10 minutos sin que mirase el teléfono, y el mayor tiempo que pasaba ausente de él era porque estaba dormida. Espacio, donde, por cierto, también estaba con Rafa.

Y es que la obsesión con él era tal, que dormida o despierta estaba en mi cabeza. Los acontecimientos de los últimos días no habían hecho sino más que empeorar mi obsesión por él.
David tenía razón, y es que aquello iba acarrear unos problemas enormes si no lo frenaba.
Aquella tarde de domingo hacía un frío helado, las noticias anunciaban que se preveía una ventisca de nieve con precipitaciones en Jaén. Yo me metí en la cama mientras chateaba con mis tres chicos, dándole más prioridad a uno que a los otros dos.

Por supuesto recurrí a la técnica de relajación para entrar en calor que Rafa y yo habíamos empezado a hacer algo tan habitual como los buenos días y las buenas noches. Correrno durante el día o provocarnos, era tan placentero como el hecho de meternos la mano en la ropa y tocarnos hasta satisfacernos para irnos después a dormir completamente relajados y con el otro en la cabeza.
Dormí como un bebé, como casi cada día desde que aquel ritual había comenzado.

Cuando me levanté por la mañana y salí al salón vi el vaho en los cristales del balcón, que tenía mi madre la persiana subida y la cristalera cerrada. Rocco y Manolo estaban sentados mirando por ella atentamente, a escasos centímetros del otro. Me sorprendí de que en ese momento no estuviese corriendo la sangre de alguno de los dos en una revuelta frenética.

Me acerqué arrastrando los pies enfundados en los calcetines gorditos de borreguito que hacían de botas y me asomé a ver lo que miraban con tanto interés.

¡Estaba nevando! Durante la noche había caído copos que habían ido cuajando y ahora la calle, coches y árboles, se cubrían de un manto gordito y frío de nieve. Mi madre apareció por la puerta de la cocina con una taza de café humeante en cada mano y se sentó en el sofá, no sin antes echar un palo más a la chimenea que estaba encendida.

- Hoy no se trabaja. – Me dijo mientras palmeó la silla de su lado para que me sentase.
- ¿Y papá? - Le di un sorbo al café, sonriendo porque mi madre sabía perfectamente cómo me gustaba tomarlo. Con leche, poco cargado y poca azúcar.
- Ha ido con tu hermano al mercado de carnes frescas que hay cerca de la antigua plaza. Hoy vamos hacer barbacoa en la lumbre, aprovechando el día que hace, y esta tarde tu hermano quiere que vayamos al campo a que Rocco conozca la nieve.
- ¡Qué bien! – Dije mientras me levantaba para ir a la cocina y coger del mueble un bollo de leche.
- Me gustaría llevarme a Manolo. – dijo la pobre removiendo su cucharilla.
- Mamá… el gato no pinta nada en la nieve, salvo estresarse.
- Que la vea…
- Pues sácalo al patio y verás que rápido se mete para adentro. Este es un Borja mari de la vida, no va a querer pisar el hielo. - Mi madre me dio la razón y se rio. – Que, por cierto, no sé qué me voy a poner para subir al monte.
- Yo te dejo gorro y bufanda que seguro que tú no has traído nada de eso.
- Mamá, quién iba a imaginar que iba a nevar.
- Lo que pasa es que no esperabas tu estancia aquí tan larga. –Me miró de soslayo, y yo sabía por dónde iba. – Hija, a mí no me molestas, todo lo contrario, pero ¿qué dirá Israel? Es tu marido.
- Pues que diga lo que quiera, mamá. Me paso todo el año allí, aguanto a su familia, hasta a la más arpía, lo mínimo que puede hacer es apoyarme cuando decido venir a ver a los míos.
- ¿Y sólo es ese el motivo por el que no quieres volver? – Mi madre que de tonta no tiene un pelo, intentó sonsacar. – ¿No tiene nada

que ver ese amigo nuevo?

- No, mamá. – cogí a Manolo en brazos y lo acuné entre las enaguas de la mesa camilla. – Es que, ya sabes, me cuesta irme cuando vengo… sólo unos días más.
- Por mi te tendría aquí siempre, hija, ya lo sabes. Pero me da pena Israel, y me preocupas tú.
- Estoy bien, mami. – sonreí. Pero no, no estaba bien. No dejaba de mirar el móvil para ver si aparecía Rafa con sus buenos días.

Cuando mi padre vino con mi hermano trajeron chorizos, chuletillas de cordero, churrasco, morcilla, pinchitos, panceta… mi madre preparó unas rebanadas de pan en un cesto, un platito de aceitunas y otro de berberechos con limón, y yo puse los vasos en la mesa y las bebidas mientras mi padre y mi hermano se ponían a preparar la chimenea que usaríamos de barbacoa.

Un rato después, en el que yo estuve haciendo tiempo hablando con Rafa, teníamos los primeros manjares en la mesa y mi madre me incitaba a comer y a que dejase el móvil.
Le eché fotos a todo y las subía a Instagram, mandándoselas también a Rafa al que le mandaba cualquier tontería porque hablábamos hasta de una mosca que pasara.

Me puse hasta arriba de pringá de barbacoa, y lo fui remetiendo en mi cuerpo con un vinito dulce fresquito que entraba como dios y que te calentaba el cuerpo por dentro. Roco estaba sentado a mi lado porque sabía que yo era la tita que lo consentía, y entre ración y ración para mí, ups, se me caía algo para Rocco, lo que él recibía con tanta ansía que ni masticaba.

- Hermana no le des, que él tiene su pienso.
- Si yo no le doy.
- Claro, por eso no se despega de ti.

A Manolo la carne le daba igual, él tenía fichado los berberechos que estaban en un extremo de la mesa y que, con su patita, intentaba alcanzar cuando quitábamos la vista.

Aunque cuando mi madre vio que ninguno la mirábamos, cogió uno, lo metió en su boca para quitarle el fuerte del limón, y se lo puso al gato en el suelo. Yo me di cuenta, pero me hice la tonta. Después de eso el gato pasó de todo, él si no había gambas no le interesaba el bufé.
La panceta y el chorizo picante es lo que más rápido voló, de lo demás sobró para cenar y para el día siguiente.

Después de comer y no poder catar ni el postre, que era un pudin que había hecho mi madre con leche condensada y sobaos, y que tenía una pinta para morir tres veces y resucitar una cuarta, me fui a lavarme los dientes y me hice una infusión digestiva, para bajar semejante festín de grasa que me había dado.

Nos tiramos los cuatro en el sofá y, curiosamente, me quedé dormida después del atracón.

Cuando abrimos los ojos uno detrás de otro eran las 17:15, y mi hermano propuso que fuéramos al campo a ver la nieve con el perro.
Me puse un chándal de los de mi padre, que eran más anchos y abrigaban más, las zapatillas de deporte con unos calcetines térmicos, el plumón azul, y mi madre me dio un gorrito de lana color beige que contrastaba con mi pelo azul. También me dejó la bufanda y los guantes a juego.

Hacía un frío que se te pelaban las orejas, la humedad dejaba la punta de la nariz congelada cual zanahoria en muñeco de nieve, pero aún así, cuando me saqué una foto y se la mandé a Rafa para que me viera de esta guisa, me dijo un “estás preciosa” que me hizo sonreír iluminando toda la calle como si hubieran puesto farolillos.

Le mandé más fotos, diciendo a dónde íbamos y con quién, me pidió que le fuese mandando fotos para vernos y que lo pasara bien.

Por el camino fui hablando con él, mientras íbamos mi madre y yo detrás y mi hermano conduciendo con mi padre como copiloto, el cual dijo hace unos años, que se había cansado de conducir, y desde que mi hermano se sacó el carnet es el chofer oficial de la familia.

Fui echando fotos por la ventanilla a todas las zonas nevadas y cuando llegamos a la parte del campo, donde la nieve hacía más resbaladizo el suelo, me puse tensa, imaginando todas las posibles maneras de morir por culpa de la nieve y un accidente de tráfico en el monte.

¿Sabéis a quién le hablaba y en quién pensaba? Sí, sí, en Rafa. Estaba tan enganchada y enchochada que si pensaba que iba a morir mi último pensamiento era que él me arrancase las bragas tras rescatarme bajo los restos del coche despeñado.

Subimos la maldita cuesta del infierno nevado hasta llegar a un prado que antes era todo verde, nos bajamos del coche con Rocco y lo soltamos cuando vimos que no había ningún tipo de peligro. El perro al ver por primera vez la nieve, andaba confuso levantando mucho las patitas mientras olisqueaba todo y se mojaba la nariz, apartándose al momento de sentir el frío en su trufa.

Qué clase de vida tendría antes de que mi hermano lo encontrase, que parecía que todo era nuevo para él, y es que, en el fondo, era aún un cachorrito que no tendría ni el año, y ya había visto la peor cara del ser humano.

Me coloqué cerca de una fuente de piedra que tenía el agua del canal congelada y llena de nieve, y me eché un par de fotos. Una sola, otra con mi madre.
Le mandé la que salía sólo yo a Rafa y me dedicó bonitas palabras que me hicieron arder por dentro, pese al frío que hacía.

Por suerte, mi madre no había llevado a Manolo, si no el gato hubiera acampado en el coche y hubiera dejado a mi hermano sin el cuero en los asientos.

A ese gato le gustaba demasiado la comodidad y la chimenea para estar ahí pasando frío como un vulgar plebeyo.

Cogí alguna que otra bola de nieve y se la lancé a mi hermano tras hacerla, consiguiendo que éste se picara y me la devolviera, jugando como cuando éramos niños mientras nuestros padres vigilaban muy de cerca al perro para que no se alejara ni corriera peligro.

Después de aquella reunión en el monte nevado, mi hermano nos llevó a una desembocadura de agua en las montañas. Lo que antiguamente había servido para el agua natural, ahora yacía como algo turístico, y que con la nieve y la gran vegetación que ahí había, hacían del lugar un sitio espectacularmente bonito.
Había pequeños caminos de tierra que ahora estaban con una capa de hielo por la nieve, que empezaba a derretirse en algunos puntos, y nos íbamos agarrando a la barandilla de madera rocosa que tenía. Bajamos hasta la parte más baja donde se podía escuchar el sonido del agua fluir y los pájaros cantar, siendo un concierto de total naturaleza que era vibrante y muy relajante. Era precioso.

Rocco iba oliendo todas las plantas que encontraba en su paso, alzaba la pata e intentaba marcar. Aunque ya no tuviese ni gotitas que echar.

Había mesas de madera natural donde no nos podíamos sentar sin mojarnos el culo por la humedad y la nieve.
Nos hicimos muchas fotos los cinco, todos juntos, separados, en parejas, con Rocco, encima del puente de piedras solidas que había sobre un pequeño riachuelo, entre los arboles gigantes que guardaban la especie de bosque, o en las zonas donde el agua comenzaba a fluir.

Me llevé grandes y bonitos recuerdos de allí, algunos en mi memoria y otros inmortalizados en fotografías.

Tras eso, mi hermano quería hacer de guía turístico y nos llevó a una ermita abandonada, sabiendo que a mí las cosas antiguas con cierta leyenda detrás o las ruinas, me gustaban mucho, y estuvimos observando cada resto de aquella zona sagrada bajo la atenta expectación de Rocco.
Cuando entramos en aquella especie de cueva, vimos varios ventanales con cristaleras de colores, que aún mantenían cierta cordura, y que estaban cubierto por enredaderas de vegetación.

Los bancos yacían totalmente destruidos en el suelo, casi enterrados en escombros de las paredes que habían caído años atrás y nadie había quitado. En el centro, un gran altar con telas viejas colgaba casi arrastrando por el suelo. No se podía saber los años que aquello llevaba ahí, porque estaba desde que nosotros estábamos en el mundo o incluso más.

Rocco se empeñó en escarbar en un punto concreto cuando pasamos a una nueva "sala" donde había en el techo un agüero desde donde se veían las vigas de la ermita. Le dije a mi hermano que lo quitase de allí a ver si el perro iba a desenterrar algún cadáver oculto o algo y encima nos iban a tener toda la noche interrogándonos. Se rio, obviamente.

Sonaban remolinos de pájaros encima de nuestras cabezas, gruñidos de ratas correteando y escondiéndose por la vegetación más alta y los recovecos más ocultos, y algún que otro ruido de quejidos de las propias ruinas. Pero era un espectáculo digno de admirar y ver. Todo era realmente atractivo si te gustaba el ambiente post apocalíptico. ¿qué historias escondería? ¿Quién habría estado ahí? ¿A qué santo, virgen o cristo venían a adorar? Yo era de esas personas que buscaban miles de respuestas en cientos de preguntas. Cada lugar tenía una historia y éramos nosotros, sus visitantes, quienes teníamos que descubrirla.
Mi padre estaba engatusado con todo lo que veía porque le encantaba aquel entorno, y mi madre se montaba sus películas sobre de quién era la virgen que ahí había estado. Mis padres, ambos, les encantaba estas cosas, y quizás por eso, sin más remedio, mi hermano y yo terminamos con ese gusto por explorar sitios abandonados.

Pero la oscuridad se estaba acercando, y cuando salimos de allí la luz del día ya se había ido completamente y empezaba a caer la tarde noche, fría y oscura, de un mes de enero.

Nos montamos en el coche y nos fuimos a casa.

Después de ponerme cómoda y calentarme en la chimenea que había encendido papá, decidí que no quería más pringa o iba a reventar y me iría a Málaga rodando. Por lo que opté por hincarle el diente a ese pudin de mamá mientras subía a Instagram todas las fotos que había hecho aquella tarde, y de paso, se las pasaba a Rafa.

Me pidió que el día que nos conociéramos en persona, lo llevase a ese lugar y juntos anduviéramos por esas antiguas historias pasadas de misterios para nosotros. Ahí me vino a la cabeza las palabras de David, “en algún momento se terminará”, y un nudo se me formó en el pecho empujándome a llorar.

Tanto fue así que me tuve que ir al baño a echarme agua en la cara fingiendo que me picaban los ojos del humo de la chimenea, para no levantar sospechas.
Intenté hablar con Rafa de aquel tema, de nuestro próximo final, decirle que la fecha de caducidad estaba próxima, porque ya tenía más o menos decidido cuando volvería a casa, tras casi dos meses o más de ausencia.
Y es que no sabía ni cuanto llevaba aquí, porque me había estado limitando a disfrutar, descansar y gozar, perdiendo la noción del tiempo y de los días, sin pensar ni querer mirar el calendario, porque sabía que, si lo hacía, mi gran burbuja de felicidad iba a explotar y la realidad iba a ahogarme en el pozo de la amargura, y que no iba a tener a Rafa en mi día a día, y que había empezado algo a espaldas de Israel, y que estaba poniendo a David en un aprieto convirtiéndolo en mi confidente, en que iba a dejar, nuevamente, a mi familia para vivir mi vida de manera egoísta.

Eran tantas cosas… que cuando me metí en la cama sólo pude hacer una cosa. Abrir el chat de Rafa, decirle que necesitaba desconectar, y que me hiciese vibrar cómo sólo él sabía y conseguía hacerlo.

Capítulo 16

Should i stay or should i go (The clash)

Debido a las discusiones constantes con mi marido, y pese haber planeado quedarme hasta después del cumpleaños de mi prima que era dentro de una semana, lo arreglé todo para salir para Málaga después de reyes.

No podía seguir así. Mi relación con él se estaba desgastando mucho con la distancia y empezaba a creer que Israel tenía en la cabeza, que tenía algún lío.

- Es que no tienes interés en volver. – Me dijo aquella mañana cuando me llamó y me acusó de tener a alguien.
- Claro que lo tengo. – Cerré los ojos negando con la cabeza. – Pero tú no comprendes la importancia de estar con mi familia para mí, cuando me paso todo el año sin verlos.
- Yo no veo a mi familia todos los días tampoco. – Le quiso quitar importancia a mi drama.
- Pero tú no te pierdes los cumpleaños de todos, ¿verdad? – Le recriminé, - Yo en cambio no sé si cada vez que vengo, será la última vez que los vea vivos.

Guardó silencio y colgamos con un “haz lo que quieras” por parte de él bastante agresivo.

Mi madre acababa de llegar y estaba haciendo la comida cuando yo estaba aún al teléfono.
Salí al salón y por su expresión sé que había escuchado todo.

- El día después de reyes me voy, mamá.
- Te echaré de menos hija. – Me agarró la mano. – Pero tienes que entenderle también… se debe de sentir abandonado por ti.
- ¿Y yo no?
- Hija, tu estas acompañada por todos. Él llegará de trabajar y salvo vuestros animales nadie estará ahí para él.

- Ya… - Sopesé las palabras de mi madre. – Pero debería entender…
- Y no dudo que lo entenderá, pero te echa de menos, te ve sin entusiasmo por verle y además… - Puso los ojos en blanco.
- Además… ¿qué, mamá?
- Que es un hombre hija, y eso tanto en mi época como en la tuya sigue igual.
- No te entiendo…
- Acostumbrado a toda una vida contigo, necesitará que alguien le caliente la cama.
- Ah, ya… Bueno, y yo también, y no me quejo.

Estaba siendo una hipócrita. Mi marido estaba solo y él no habría hecho ni una parte de las barbaridades que había hecho yo con Rafa. Me sentí mal al pensar que pudiese hacerme lo mismo.

Y posteriormente mal por él y por mi abandono y lo que había estado haciendo a sus espaldas. Tenía que hablar con mi "¿ciber amante?'"

Fui a por mi móvil que estaba cargando, porque desde hacía semanas, o meses más bien, mi móvil sólo estaba en dos posiciones. Mi mano o enchufado. Había desarrollado tan nivel de adicción a ese aparato, que me tenía realmente preocupada.

Alma
Ya tengo decidida la fecha de vuelta a mi casa…

Contestó al instante, igual que hacía yo.

Rafa
Tendrás ganas, ¿verdad? ¿Cuándo te vas?

Alma
Sí, tengo ganas… el día después de reyes

Rafa
Eso es dentro de tres días entonces

Alma
Sí…

Le vi en línea, pero no me escribía. Suponía que estaba buscando las palabras adecuadas para este momento, pero no pude esperar a su mensaje.

Alma
Ha estado bien…

Rafa
Sí, más que bien

Pero pese a lo bien que nos lo habíamos pasado, no, no estuvo bien nada de lo que habíamos hecho, igual que tampoco estaba bien nuestro… vínculo, ahora que yo me iba a ir.

Las fechas de caducidad que dije más atrás, ¿recuerdas?
Ninguno sabía que decir, y eso en parte me hizo aplaudir por entro porque si era tan extraño todo para él, es que no había tenido esto con nadie más que conmigo, igual que yo con él.

Y eso me estaba generando unas raíces que más tarde florecerían llamándose problemas. Me estaba creciendo una punzada de celos, o vacío, de pensar que ahora buscaría en otra lo que yo le había ofrecido este tiempo y que se olvidaría de mí. Aunque eso era lo que yo le dije a David que quería, ¿no? Entonces ¿por qué me sentía así?
No sabíamos de qué hablar, la conversación se volvió, por primera vez, tensa y estirada entre nosotros y pese a vernos en línea mutuamente, ninguno de los dos escribía ni una vocal.

Me fui a mi habitación mientras mis padres se echaban la siesta después de la comida y empecé a preparar la maleta para que, llegado el día, no se me olvidase nada.

Cuando empecé a empaquetar la ropa interior, se me ocurrió una manera divertida de romper el hielo, y me puse el sujetador de encaje negro que me había comprado unos días antes y me hice un par de fotos que le mandé.

Me habló al instante. Y efectivamente, la cosa terminó con ambos tocándonos pensando en el otro e imaginando las escenas que cada uno narraba. Y es que quizás os parezca algo imposible, pero cuando fantaseas con imágenes pueden tener la misma fuerza de impacto que si las estuvieras viendo a través de la retina. Además, no sólo estaba el factor mental aquí, estaba el hecho de estar compartiendo ese momento con esa persona que te implanta las imágenes en tu cerebro, escuchando su voz, viendo fotos para poder imaginar mejor aún las escenas que te describe. Dar rienda suelta a la imaginación cuando tienes tantas ganas a alguien, puede ser una explosión de morbo.

Después de aquello apareció la charla rompe momentos post coitales cibernéticos.
Yo cada vez iba sintiendo más, en todos los aspectos de la palabra, y no era consciente aún de lo mucho que me estaba metiendo en la piscina, y sin flotador a la cintura que me sacase a la superficie después. Me había ido separando de los bordes de la piscina donde estaba mi relación con Rafa, y me iba metiendo cada vez más al fondo, costando que hiciera pie, y el agua en forma de sentimientos me iba llegando cada vez más a la boca, impidiéndome respirar.

Alma
Me va a dar pena cortar esto aquí

Rafa
Y a mí también

Escribiendo…
Escribiendo…
Escribiendo…
Escribiendo…

Rafa
Pero si alguna vez quieres repetir, dímelo sin dudarlo

Eso me generó dos caminos, y mi cabeza luchaba entre sí misma por cual coger.
El camino en el que no me iba a presionar y dejaría la pelota en mi tejado, dándome la posibilidad de seguir, o el camino de que, al haber descubierto este juego conmigo ahora lo quisiera realizar con otras. Una punzada de celos me quemó el pecho al pensar esto último y me aferré a la necesidad de pedirle algo.

Alma
No me gustaría que nuestra amistad se terminara

Rafa
No seas boba, ¿por qué iba a pasar eso?

Alma
Porque se termina la diversión

Rafa
A mí me importas mucho como amiga, como persona, y no porque me lo haya pasado genial con eso, al no tenerlo ya, lo que siento por ti se va a esfumar

Din din din… peligro… ¿Siente por mí? ¿He leído bien?

Alma
¿Y qué sientes por mí?
Ya te dije que no te enamorases de mí…

Rafa
No se puede controlar lo que sentimos, y no se puede evitar el enamoramiento. Pero aún así no es amor lo que siento, no te asustes XD

Alma
Te lo digo enserio, no quiero que te enamores

Rafa

Pero es que eso no se puede evitar, además, ¿qué problema habría con ello?

Alma
Pues… no está bien

Rafa
¿Por qué?

Alma
No querría que lo pasaras mal…

Rafa
No te preocupes por mí. Pero si te quedas más tranquila lo que siento es mucho cariño, paz, y me encanta hablar contigo, por eso haya jugueteo o no, no dejaré de hablarte si es eso lo que te preocupa.

Alma
No me gustaría que eso rompiese la bonita amistad que tenemos

Rafa
Y no lo hará. Se corta eso y seguimos tan amigos y aquí no pasa nada. No voy a perder tu amistad por eso.

Sentí un alivio inmenso. Pero mi cabeza, que es propensa a fantasear todo tipo de escenarios catastróficos, no estaba tranquila. Y seguí con parte de miedo a que aquello hubiera arruinado nuestra amistad.
La conversación se tornó tensa y un poco seca, algo que no había ocurrido hasta ese momento, y terminé por hablar menos creyendo que se había molestado por algo.

El día de reyes llegó y por la noche fuimos en familia a ver las cabalgatas. En primera fila llenos de ilusión como si fuéramos niños, estábamos los cuatro, siendo esta una tradición familiar que esperábamos compartir durante muchos años más.

Aquella noche, tras acabar el desfile de las cabalgatas, comimos fuera, en un restaurante chino de la salida de Jaén, donde había bufet libre.

En la mesa no cogía un plato más, y entre las muchas cosas que recuerdo de aquella cena, destaco el pato pequinés, el pollo al limón y los tallarines con ternera y salsa de setas.
El paraíso del postre vino después, donde entre profiteroles, tarta de queso y mouse de brownie, me puse tibia.

Llegamos a casa y nos tomamos una copa, mi madre y yo una ginebra rosa con seven up y granadina, mi padre un JB cola y mi hermano un Larios con tónica de cereza.

Mi madre saco una bolsita de gominolas y estuvimos charlando de trivialidades un rato, de Rocco y Manolo que descansaban cada uno en una cama en el salón, al lado de la chimenea, y obviamente de mi retorno a Málaga.

- No me quiero ir… - Dije removiendo con la pajita las gominolas que había echado en la bebida.
- Pronto volverás, hija, nosotros no queremos que te vayas tampoco.
- Hermana si es que deberías venirte a vivir aquí con Israel.
- Eso quisiera yo, pero tiene su trabajo ahí…
- Pues se busca otro aquí. – Sentenció mi hermano.
- Él no va a querer, tiene su familia allí.
- ¿Y tú qué? – Mi hermano dio una palmada en la mesa mientras mis padres se miraban mutuamente. - ¿No tienes a tu familia aquí? Llevas muchísimos años allí, debería ser comprensivo y plantearse vivir aquí una temporada, no sólo tú tienes que hacer sacrificios.
- Ya… - Mi hermano tenía razón. De hecho, no es algo que sólo me hubiese dicho él. Yo lo había pensado. Cristina me lo había dicho. Era una verdad a gritos.
- Hermana… quizás deberíais hablar, tantear otras posibilidades, poner unos límites…

Límites. Eso es algo que últimamente saltaba conmigo de la cama al despertarme cada día. Límites. Los mismos que debería haberme puesto a mí misma con Rafa. Límites. Los mismo que debería haber puesto con él.

Me veía pequeñita recibiendo consejos tan importantes de mi hermano pequeño, cuando la mayor era yo y la que había vivido fuera de casa y en general, la vida, había sido yo.

Se zanjó el tema cuando mi hermano vio que estaba tocando hueso y no quiso hurgar más en mi herida, y nos tomamos aquello mientras jugábamos al UNO.

A eso de las 1 de la mañana nos fuimos cada uno a nuestra habitación y mi madre se quedó despierta, para hacer de reina maga.

Da igual los años que tengas, tus padres siempre actuaran contigo como si fueses una criatura que aún depende de ellos.

Llamé a David cuando me metí en la cama para charlar un rato y ponernos al día de aquel día mágico, y aunque fue extraño, fuimos breves. Poco después yo ya estaba dormida y escuché a mi madre abrir la puerta despacio y entrar a hurtadillas a dejarme los regalos encima del escritorio. Sonreí mientras dormía.
Y sonreí al despertar y ver con ilusión varios regalos y una cesta de chuches y chocolatinas que siempre me dejaba, desde que era niña. Así era mi madre, tenía la misma ilusión que cuando éramos pequeños por darnos regalos y que nos despertásemos con ellos allí.

Le mandé un wasap a mi hermano.

Alma
¿Estás despierto?

Hermano
Sí, ¿por?

Alma

Distrae a mamá en tu cuarto, le quiero dejar sus reyes en su habitación

Hermano
Ok

Cuando abrí la puerta e hice amago de meterme en el baño la vi entrar en la habitación de mi hermano y éste cerrar la puerta.

Aproveché y dancé hasta su cuarto sorteando a Rocco, que se quería poner de pie para ver que contenía los paquetes, y le dejé sobre su cama una cesta de productos de belleza y cuidado, que sabía que le encantaban, y un perfume, que era su debilidad.

A papá le regalé una camisa y una colonia de las de toda la vida, era sencillo, clásico y de estrictas costumbres como Manolo.

Al gato le puse en su camita un ratón y un paquetito de sopa de gambas para gatos.

A Rocco una pelota que sonaba, y destruyó minutos después, y un hueso.
A mi hermano le regalé Death Stranding para Playstation 4, un nuevo juego que sacó Hideo Kojima, el papá de la saga Metal Gear Solid, en noviembre de 2019 y que, a mí que lo había jugado, me encantó.

Yo estaba la mar de contenta con mi chaquetón de pelo reversible en tonos pastel, y el pijama de gatitos que me habían regalado mis padres. Mi hermano me sorprendió cuando me entregó mi paquete, un par de libros románticos y un Blu-ray de Bayonetta. Me conocía bien.

Tenía un sabor agridulce, contenta, por una parte, triste por otra, que en breves me iba.

Así que hice caso al mensaje que me mandó David después de comer, donde me dijo que aprovechase el tiempo que me quedaba con ellos.

Eso hice. Por la tarde fuimos a ver a los abuelos, donde mis abuelas me dieron dinero a escondidas como si me estuvieran pasando droga. Es un clásico de ellas, igual que el hecho de atiborrarte como un pavo en navidad, llenando la mesa de dulces e insistiéndonos que comiéramos, alegando lo que siempre decían “a ver si vas a coger anemia de no comer”.
Benditos abuelos, deberían ser eternos.

La despedida fue triste, dolorosa, llena de incertidumbre para la próxima vez que pudiese volver, y que en dicho momento estuvieran todos, mínimo, como me los dejara al irme.

El tiempo voló, cuando me quise dar cuenta y miré el reloj, estábamos en casa y eran cerca de las 10 de la noche, así que terminé de ultimar las maletas porque al día siguiente, mi marido vendría por mí y no quería que se me olvidase nada.

Di las buenas noches a Rafa, después de una conversación trivial sin mucho interés, pues la tristeza de la despedida en unas horas, me hacía sentirme desganada.
Aunque por otro lado tenía muchas ganas de abrazar a Israel, que estaba muy feliz y emocionado de que fuese a volver a casa.
Me fui a dormir, soñando aquella noche con lugares abandonados, reyes con su corona en la cabeza, animalitos que jugaban con Rocco y Manolo, y lo último que recuerdo, es ver a lucifer a mi lado sentado.

Me despertó el olor a chocolate con churros que venía de la cocina, que se coló por el lavadero y llegó hasta mi ventana. La cual, al ser vieja, tenía fisuras por las que entraba el aire frío de enero y el dulce olor que alimentaba.

Me levanté de la cama, me puse las gafas y la bata, y salí a la cocina con el móvil en la mano. Pese a lo que me gustaba remolonear en la cama al despertar, hoy era un día especial, mi último día de vacaciones con mi familia, y no quería perder ni un minuto.

Mi madre había llevado en una bandeja las cuatro tazas de chocolate, y lo churros ya estaban en medio de la mesa esperando a ser devorados. Rocco se sentó a mi lado mirándome, y cuando se cansó de mi ignorancia, posó su carita en mi muslo para pedir en silencio un churrito. (Que le di de soslayo después).

Todas las miradas se centraban en mí, que estaba más callada de lo normal mojando el churro. Miré el móvil cuando sonó.

Israel me avisaba de que llegaría al medio día, también tenía los buenos días de Rafa, a los que no hice mucho caso. Ni entré en la app de wasap, directamente miré la notificación por la barra de tareas del móvil, y llamé a mi marido.

- Hola amor. - Dije con parte de interés fingido.
- Te acabo de escribir
- Lo sé, pero quería llamarte. – Me llevé el churro a la boca, mastiqué y tragué para preguntar rápidamente. - ¿A qué hora llegarás entonces?
- Pues creo que sobre las 13:30 o las 14.- Se escuchaba ruido de fondo. - ¿Por qué?
- Para comer en casa de mis padres e irnos después de comer. – Miré a mi madre, que me hizo un gesto de “Bien” con la mano.
- Claro, cariño. Te avisaré cuando esté en la puerta.

Nos despedimos con el mismo cariño de siempre, y ambos nos dijimos las ganas que teníamos de vernos.

Terminé de desayunar y ayudé a mi madre a fregar la cocina y recoger la casa, ya que yo tenía ya todo preparado. Y las horas se pasaron volando, con lo que cuando me quise dar cuenta, Israel me mandó un audio avisando que estaba a punto de llegar.

Me estaba vistiendo cuando Rafa me escribió, y le mandé una foto de mi proceso.

Rafa

Madre mía, que bien te queda ese sujetador

Alma
¿verdad que sí? Me flipa

Rafa
A mí sí que me flipa. Y no sólo a mi…

Alma
Ah, ¿no?

Se me pasó tan rápido el tiempo con aquel tonteo, que cuando mi móvil sonó y vi que era mi marido, supe entonces que estaba en la puerta.

Alma
Mi marido ya está aquí

No recibí respuesta por su parte pese a verlo en línea un buen rato.

Bajé a abrirle a mi chico, que me saludó estampándome un beso en los labios que me dejo sin respiración, en un abrazo apretado lleno de amor y sentimiento, y con un poquito de necesidad. En todos los aspectos. Me entregó mis reyes, que si me permitís me voy a guardar lo que es para mí, porque fue algo que me derritió y me llegó al corazón de la manera más emotiva que podáis imaginar.

Nuestro abrazo en la puerta duró unos minutos que no quería que se terminaran, bajo la atenta mirada de los vecinos cotillas de la calle que no lo conocían y nos miraban con un interés insólito para luego decírselo a mis padres.

Extrañaba su olor, su calor, el roce de su pelo entre mis dedos, su brazo rodeando mi cuerpo hasta abarcar mi cintura, su sonrisa tímida y picarona cargada de promesas cuando estuviéramos solos, su voz en mi oído, que me susurraba “te he echado de menos” mientras me pegaba más a él y me apretaba el cachete del culo.

A los pies de la escalera antes de subir, nos volvimos a besar, mientras colaba sus manos por debajo de mi jersey y me apretaba contra su cuerpo. Nuestra respiración acelerada hablaba por nosotros de lo que queríamos en ese momento, pero el achuchón de Rocco nos sacó de aquella burbuja de necesidad en el reencuentro después de casi dos meses, para devolvernos a la realidad.

Quizás esto era lo que necesitaba para sacar a Rafa de mi cabeza. Quizás esto me pondría las ideas y las preferencias claras, volviéndome a la realidad.
El perro olía a Israel alertado por el olor de Bruce, se le ponía de pie y le intentaba lamer la cara. Él lo acariciaba. Cuando conseguimos llegar a la planta de arriba, Manolo estaba detrás de la puerta de pie, estático, como si fuera un suricato petrificado. Intentaba pasar desapercibido fingiendo que era una estatua de piedra o creyéndose que nadie lo veía. Cuando Israel fue a tocarlo, el gato pareció tener nitro en el cuerpo y echó a correr, consiguiendo que Rocco lo persiguiera ladrando, intentando jugar al pilla pilla.

Mientras mamá preparaba la comida, ahí estábamos los dos, como una pareja de novios que se ven en sus primeras veces, con la mano bajo la mesa entrelazada, con un pie rozando al del otro, sonrisas, susurros, besos en la mejilla y nerviosismo por volver a reencontrarnos después de un mundo para nosotros.

Puedo aseguraros que no pensé en nadie más en todo ese tiempo, ni miré el móvil, ni lo eché en falta, ni presté atención al hecho de que lo tenía en mi dormitorio cargando.

Comimos el solomillo en salsa de almendras de mamá y la tarta de queso que ella hacía que tanto gustaba a mi marido. Nos tomamos el café y las excusas para no irnos se me acababan.

Nos hicimos varias fotos todos en familia, me hice unas cuantas con mi marido donde nos mirábamos con ilusión y amor de primerizos y besándonos en otras.

Había llegado el momento, y agradecí no haberme puesto maquillaje de ojos cuando me despedí de todos. Bajamos mi equipaje a la puerta (que misteriosamente se multiplicó respecto a lo que yo traje en un inicio) y me volví a despedir entre “te quieros” lágrimas y promesas de escribir por el camino y volver pronto.
Al montarme en el coche una sensación familiar me acogió, como cuando vuelves de viaje y tu cama te recibe con su confort, pues igual. Me puse el cinturón y miré por la ventana a mi familia que me decía adiós con la mano hasta que abandonamos la calle y los perdí de vista.

Los primeros minutos fueron silenciosos, incluso algo incómodos. Tenía el dilema moral de si contarle mi jugueteo con Rafa o no, al cual volví al recordar al mirar el móvil para escribirle a David, y decirle que salía ya de Jaén, y ver que no me había respondido.

Me rallé, creando un abanico de posibilidades de por qué no lo hacía. Ignoré ese hecho y saqué la cámara para echarnos una foto en el coche y mandársela a mi mejor amigo.

Hay una cosa de ir de copiloto en pareja que me encanta y me ilusiona. El hecho de que su mano viaje de la palanca de cambios a mi muslo, haciéndome ver que está conmigo.

Puse el bluetooth y la playlist de Scorpions empezó a sonar a bajo volumen mientras íbamos en silencio, disfrutando sólo de la compañía el uno del otro con *No one like you* de fondo.

El camino parecía eterno, o era cosa de tantos silencios, tristeza por mi parte por dejar atrás a mi familia, dudas de él de que quisiera volver… y un desasosiego en mi interior porque mi móvil sonaba y no era Rafa en ningún momento.

Le escribí, para poder calmar mi propia duda del porqué de su silencio repentino y mi necesidad de reconectar con él.

Alma
¿Has dejado de hablarme por alguna razón?

Rafa
No, es que me quedé dormido

Alma
Es que justamente ha sido cuando te he dicho que estaba aquí mi marido…
Rafa
Ah, bueno… sí. Es que no soy estúpido, querréis tener intimidad tras tanto tiempo separados

Y ahí debí verlo. Debí darme cuenta del primer síntoma de posesión que más adelante nos enredaría a ambos el uno con el otro, con los celos que ello conlleva.

Alma
Que va, hemos estado en familia y ahora vamos de camino

Rafa
Pensaba que iba a ser un folleteo constante al veros

Casi me sentí incómoda pensando en la posible visión que tenía de mí. Le dejé en visto, no me salía una contestación tras ese mensaje que me generó un poco de rechazo.

Pese a entrar varias veces y coincidir en línea, ninguno volvió a escribir. Escena que me anunciaba algo futuro. Pero nuevamente, no era consciente.

Cuando llegamos a casa y descargamos todo el equipaje, y tras dar los mimos oportunos a mis niños, mi marido y yo tuvimos un ratito placentero y relajante de intimidad para nosotros.

Se pueden decir muchas cosas con sólo fijar unos ojos en otros. Con una caricia. Con un gesto. Con la respiración que se acelera al ser consciente de lo que vendrá después.

Había pasado mucho tiempo. Mucha necesidad. Ganas. Deseo. Dudas. Y la intimidad en pareja es mucho más que sexo placentero. Es comunicación sin palabras, confianza, necesidad, entregarse al otro.
Me besaba el cuello despacio, mientras sus manos se metían bajo mi jersey, hasta sacarlo por la cabeza. Me acarició la espalda cuando su boca viajó a la mía. Una de sus manos llegó hasta mi pelo y enredó sus dedos en mi melena azul apretándome contra él.

Mis manos aferradas a su cintura lo pegaban a mí por completo y tardaron poco en buscar el cinturón para desabrocharlo y bajarle los pantalones.

Se apartó para quitarse la chaqueta y seguido la camiseta. Volvió a mi boca, como si temiera que se perdería si dejaba de prestarle atención unos segundos, y me bajé los pantalones mientras seguíamos unidos por los labios.

Me desabrochó el sujetador, tirándolo al resto de prendas que yacía en el suelo, se apartó lo suficiente para agarrar mi cara con sus manos y observarme, confesándome que me había echado de menos. Le respondí con palabras y con hechos, fundiéndome nuevamente con su boca mientras agarraba sus manos y las llevaba a mis pechos, para que los acogiera con ellas.

Me sentó en la cama despacio y con su mano sobre mi pecho me invitó a tumbarme, “abre las piernas” susurrado en mi oído fue el detonante del erotismo.

Se puso de rodillas, a mi altura para ir besando desde mis rodillas hasta mis ingles, deleitándose en mis muslos, besando despacio mientras subía las palmas de sus manos trazando un camino hasta llegar a la cima, mi sexo.

Posó su boca con delicadeza, abarcando con toda ella mi intimidad y me acogió, recorriendo con su lengua mis pliegues, mientras yo me retorcía de ganas por más y con mi mano presionaba su cabeza contra mí.

Agarrando mis muslos para evitar que me escapase (como si fuese a querer), hundía su lengua y me lamía despacio, dando toquecitos con su lengua en mi clítoris, succionando y provocando espasmos en mi cuerpo del placer que me otorgaba.

Metió un dedo, mientras seguía con su lengua, y poco después introdujo el segundo. Me deshacía en su boca bajo sus atenciones y con una mano me acariciaba los pechos, dejando la otra que siguiera custodiando su cabeza.

Sentía mi orgasmo aproximarse, y me dejé llevar, habiendo pensado tanto en esto y habiéndolo necesitado tanto en su ausencia. Me contraje en su boca mientras convulsionaba bajo el placer y mis gemidos le hacían saber cuánto estaba disfrutando.

Se apartó y se puso entre mis piernas, sin ningún tipo de tela que nos separase, y acercó su polla a mi sexo empapado y lo recorrió con ella, antes de que pudiese siquiera alcanzarla con mi mano.
“Después, ya tendrás tiempo” me dijo cuándo se dio cuenta de lo que pretendía.
Estaba tan necesitado como yo por fundirse conmigo. Entró en mí despacio mientras ambos sentíamos la invasión de la unión, y una vez dentro se quedó quieto, besándome, entrelazando nuestras manos contra la almohada. En cada arremetida su beso se volvía más intenso. Nuestra unión iba más allá de la penetración, así de la propia fricción que llevaba. Éramos un amasijo de carne, sudor y miembros entrelazados que supuraban sentimiento.

El placer en el acto sexual se podría decir que va por prioridades. El placer de proporcionárselo a tu pareja, el placer de recibir sus atenciones y el placer de sentir esa confianza y ese deseo con esa persona antes, mientras juegas, durante, mientras lo sientes, y después, cuando ambos habéis sentido todo el uno del otro y habéis terminado exhaustos coordinando las respiraciones aceleradas.

Cuando ambos nos dejamos ir en la cúspide del placer casi al unísono, me apoyé en su pecho como tanto me gustaba y tanta tranquilidad me proporcionaba, y me quedé dormida oyendo sus latidos. Poco después sentí que se movía, yo me ponía en posición fetal, y él me abrazaba haciendo la cucharita. La sensación más placentera del mundo, más hasta del acto en sí, ahora sentía que estaba realmente en casa. Porque casa no sólo era algo habitable, sino esa paz y tranquilidad que te da el hecho de compartir espacio con una persona.

Mi móvil me despertó al vibrar en la mesita de noche.

Rafa
¿Qué tal el viaje?

Alma
Viaje el que me han dado

Me arrepentí casi al momento de mi confesión.

Capítulo 17

You shook me all night long (AC/DC)

Durante los primeros días de mi vuelta a casa estuve más unida aún de lo normal a mi marido. Siempre pasaba igual. Cuando hay distancia de por medio durante algún tiempo, al reencontrarse con esa persona, nuevamente pasa a ocupar todo tu tiempo posible, supongo que es un método ancestral que tenemos los humanos de intentar recuperar el tiempo perdido con quien nos importa.

Rafa, sin embargo, cada vez hablaba menos, era más seco, más distante, y parecía haber perdido ese interés que tanto me atrapó, en mí. No quería decirle nada, claro, no era cuestión de recriminar a nadie el tiempo que te quiere brindar. Más aún cuando no sois nada. Como se suele decir, “si lo tengo que pedir, no lo quiero”.

Pero yo sentía que mi lazo rojo, hasta ahora sólo unido a Israel, se había duplicado y tenía una extensión hasta el de ese chico con el que yo había tenido sexting, no una, sino varias veces.

Y llámame exagerada o romántica, pero cuando yo tenía esa intimidad con alguien (aunque fuera cibernética) generaba sentimientos.

Pero lo peor era la dependencia. Cuando estamos tan a gusto con alguien podemos generar una adicción similar a la que se consigue con el tabaco, las drogas o el alcohol. Al fin y al cabo, es lo mismo.
Nos genera satisfacción, placer, nos evadimos del estrés y buscamos una recompensa patológica. Al fin de cuentas da igual que sea una sustancia, acción o persona. Podemos volvernos adictos por igual.

Y es algo que la neurociencia actual considera posible, ya que la adicción a las sustancias y a comportamientos comparten las mismas bases neurobiológicas. Pero al igual que la adicción al tabaco, o una máquina tragaperras o la droga, esa necesidad y dependencia de una persona te puede traer grandes problemas. Yo no fui consciente de dicha adicción hasta más tarde, y hoy día aún no logro comprender por qué me pasó así, ni que lo desencadenó.

Pero Rafa era parco en palabras y yo sospechaba que se debía a mi vuelta a casa con mi pareja, lo cual podía significar que le sentaba mal, o que ya había obtenido algo de mí, de utilidad, y ya no le aportaba yo el más mínimo interés ni nada.

Creedme, sentirte utilizada como una zapatilla vieja es muy, muy triste y verdaderamente humillante, pero más aún cuando empiezas a desarrollar sentimientos por esa persona.

¿Conoces la teoría del perro apaleado? Vuelve siempre al dueño que le hace daño una y otra vez. Y esa teoría era algo que me iba a perseguir durante mucho tiempo.

Empezaba a sentir los efectos secundarios de un encoñamiento a mis 31 años, cuando yo pensaba que esa etapa ya la había más que pasado con mi pareja actual, y que, dado que tenía una relación estable y consolidada, jamás me volvería a ver en esa tesitura.

Ay, Alma, que gilipollas eres cuando te lo propones.

Durante todo el día miraba el móvil esperando ver alguno de los miles mensajes que en los últimos meses había tenido por parte de Rafa, spoiler, no fue así. Hablaba poquito, casi tenía que arrancarle las palabras yo, y por momentos llegué a pensar que alguien le estaba apuntando con una pistola en la sien para que me escribiera.
Esperé que aquello fuera un simple bache en el camino de rosas que habíamos comenzado meses atrás.

Volví a retomar mi trabajo, después de que Cristina me estuvo cubriendo varios meses, necesitaba volver con mis abuelillos. Quizás la rutina de mi vida cotidiana simplificaría mi relación con Rafa y dejaría de estar tan desesperada por hablar con él. Después de todo, lo que había pasado en Jaén fue producto de la debilidad por estar lejos de mi pareja y verme sola tanto tiempo, ¿no?

Eso quise pensar. De hecho, me auto engañé durante bastante tiempo con aquella penosa idea. Pero la realidad era que Rafa me había hecho brillar de nuevo, descubriendo un poder en mí misma que creí perdido muchos años atrás. Mis hormonas de la felicidad tenían una fiesta montada en honor a ÉL, y desde que lo conocí rebosaba de ellas. Estaba en un buen lío emocional y dependiente.

Era un lunes cuando retomé el contacto con mi trabajo de cuidadora, yendo a primera hora a casa de Justi. La encontré más callada de lo normal después de darle un abrazo y volver a confundirme con su prima nuevamente. Nos llevó un rato a mí y a su hijo convencerla de que era la chica que la cuidaba unos meses atrás, y aún así no estaba muy conforme.

Se quedó mirando el retrato de su marido con cara de enfado cuando yo me metí en la cocina a por la bandeja del desayuno, y cuando le estuve danto la medicación, mostraba un poco de resistencia.

Salimos a dar un paseo cuando la aseé, de unos 30 minutos y cuando volvimos y le dejé la comida, puré de verduras y pescado cocido, preparada, me fui a casa de Rafaela.

Me la encontré más delgada y estropeada, tenía la cara consumida, y la encontré más mayor que cuando me fui, parecía que le habían pasado años en lugar de meses, por encima. Lo cual me apenaba. Porque con los mayores era muy común que en cualquier momento podían tener un bajón y que aquello los dejase ya en las últimas.
Me reconoció y se alegró mucho de verme, y cuando le dije Rafi, como a ella le gustaba, me abrazó emocionada de ver que me acordaba de aquello. Incluso aquel día no puso pegas para tomarse la medicación y no tuve que recurrir al *Actimel* con sustancia.

Me encogió el corazón lo que me preguntó cuándo me iba.

- ¿Te volveré a ver otra vez?
- Claro que sí, mujer. – Le di un beso y le cogí de la barbilla como a los niños cuando les quieres hablar con ternura. - ¿Te crees que no volveré más?
- Ay hija, a mi edad… nunca se sabe cuándo será la última vez.

El tercero en la lista, y último por ver, fue Julio, que hizo su comprobación de glúteos nada más llegar. Los ojos se le fueron para mi culo y sonrió, el viejo zorro.

Después de adecentarlo un poco con la ayuda de su hijo, salimos a dar el paseo y lo llevé al parque donde se encontró con Francisco, y al no ver a Genaro pregunté por él extrañada.

- Ah… claro, no estabas – Dijo compungido – una semana después de irte le dio un infarto y se lo encontró su hijo al llegar a casa.
- ¡No! – Cogí aire. – Pobre hombre. No sabía nada.
- No te preocupes hija, es normal, no estabas aquí.

Siguieron echando su partida de cartas en el sol, mientras yo le daba vueltas y sentía pena por Genaro, era un hombre con edad, pero no era tan mayor, y siempre tenía una sonrisa amable.

Ellos sin embargo parecían verlo de lo más normal, y lo era, la muerte forma parte de la vida, pero, aun así, verse tan cerca de ella debe de imponer.
Aunque, a decir verdad, estamos cerca de la muerte con el simple hecho de estar vivos. Entonces me retumbó más la frase de Rafaela “nunca se sabe cuándo será la última vez”.

La última vez que vi a Genaro vestía su camisa de cuadros azules de manga larga con su rebeca de lana oscura, y su pañuelo en el bolsillo. Sus pantalones de pinzas negros y sus zapatos de piel ortopédicos. Sonrió cuando nos vio llegar y puso el tapete en el banco para jugar los tres a las cartas mientras tomaban el sol como hacían los días que los rayos de luz estaban tan vivos.

Sentí congoja, le iba a echar de menos al llegar y no verle como siempre hacía con su sonrisa habitual. Pero la vida seguía, y esos dos ahí sentados me daban una lección de vida y superación cada día, siempre reponiéndose a todo lo que vivían, sufrían y les rodeaba.

Miré mi móvil y tenía un mensaje de David respondiendo al que yo le había dejado nada más levantarme, al que todavía no había visto desde que llegué porque me había centrado en desconectar y pasar tiempo con mi marido.

Quedamos para merendar en La bella Julieta, y cuando fui ya me estaba esperando en la mesa del fondo, la que siempre me gustaba coger por tener el asiento acolchado con cojines como si fuese un sofá.

Estaba tomando un Di de oreo y cuando me senté pedí uno de kínder.

Aunque antes de eso le di un abrazo en el que casi le dejo las costillas rotas. Me aferré a él con tanta fuerza que me tuvo que apartar intentando coger aire. Le había echado mucho de menos y tenía muchas ganas de verle, y aparte, era reconfortante esa sensación de estar en casa.

Por supuesto, uno de los temas que salió a la mesa cuando nos dejaron un gofre party, fue Rafa.
Necesitaba chocolate para dejar salir esa cantidad de emociones contradictorias que tenía. Y ahí estaba, con el trozo de gofre, mojándolo en nutella, fresas y filipinos blancos, sin saber cómo empezar.

- Pasó. – Le di un bocado y mastiqué despacio intentando alargar la explicación. – Estaba sola, me sentía cómoda con él, estaba… cachonda… le dije que no me importara y…

- Sí, si eso ya me lo has contado. Y lo puedo entender en un momento de desliz. Pero es que tu desliz se ha repetido continuamente en este tiempo.
- Fue un error…
- Un error es pisarme, tirar un vaso al suelo, pisar el rabo al perro… - Dio un sorbo de su Di. – tener sexting diariamente con una persona, yo diría que es algo más intencionado.
- No podía parar… - Me tapé la cara con las manos. – Sé que está mal. No quería hacerlo.
- Pero aún así lo has hecho.
- No sé por qué no me puedo negar y porqué quiero en ese momento. Me hipnotiza.
- ¿Ha vuelto a pasar?
- No, de hecho, apenas hablamos…
- Pareces decepcionada.
- Puede ser. – Jugueteé con el chocolate. – Se habrá cansado.
- Nadie se cansa de eso, más bien no insiste por temor a tu negativa. – Me miró fijamente - ¿Te negarías?
- No lo sé… - Confesé. - También ahí pensé en no hacer nada y luego mira, pasó. Y varias veces.
- Tienes que tener claras tus prioridades si vuelve a darse el caso.
- Lo dudo.
- Yo no.

Lo mire confundida, tan seguro de sí mismo mientras a mí me comía la sombra de la duda porque apenas me mandaba un mensaje.

Le conté algunas anécdotas que había vivido con mi familia, sobre todo de Manolo, que era el líder del humor en esa casa. Y ahora tenía un compañero que sería participe de sus fechorías, aunque seguramente sería maltratado por el gato, porque era más áspero que un estropajo de fregar la cocina.

Lo puse al día de mi relación marital a la espera de sus sabios consejos y le comenté por encima el recibimiento de Israel en nuestra casa.

El tiempo con mi amigo pasaba a una velocidad de vértigo y siempre se me antojaba poco para estar con él, supongo que por eso para mí es casa, como he dicho antes. No es un amigo, no es una persona sólo, es mi hogar, el sitio donde siento que soy y puedo ser yo misma sin ningún tipo de máscara ni miramiento, porque sé que no me va a juzgar por muy mal que yo lo haya hecho.

Cuando nos despedimos para ir a casa me fui dando un paseo por la calle central, doblando la esquina para pasar por la floristería del barrio que tanto me gustaba y el aroma a mil flores me hizo entrar. Compré un ramo de florecillas pequeñas y silvestres, en tonalidades lilas, moradas, blancas y amarillas, que olían de maravilla y que me auto regalé como muestra de amor a mí misma. Porque si te apetecen flores, no debes esperar a que te las regale nadie, sino darte el placer de regalártelas tu misma. Quiérete. Mímate. Date caprichos.

Llegué a casa y las puse en un jarrón en la entrada, en el aparador, me puse el pijama después de darle unos besos eternos a mis pequeñajos, y cuando estaba cómoda me lavé la cara y me eché mi crema para ponerme a preparar la cena y que estuviera lista cuando llegase Israel.
Preparé una ensaladilla rusa casera y de postre una tarta de manzana. La metí en el frigorífico, cuando se templó a temperatura ambiente, y me senté en el sofá con una serie de fondo a la que no hacía mucho caso mientras me leía un libro (sí, el mismo que no acabé en mi viaje por hablar con Rafa) con mis animalitos encima.

Poco se dice lo reconfortante que es ser la cama de los peludos que viven contigo.

Mi móvil sonó con un mensaje de David que me avisó que acababa de llegar a casa y me enseñó lo que había comprado por el camino, dándome cuenta de que tenía un mensaje de Rafa preguntándome como estaba.

Respondí antes a él que a mi amigo, presa de esa ansia viva de querer hablar con él como fuera.

Le dije que estaba sola en casa y sin darme cuenta le confesé que le echaba de menos, a lo que él me respondió que él a mí también pero que no quería molestar ni buscarme ningún lío con mi marido.

¿Qué pasó? Bueno, te lo imaginarás. La conversación se fue calentando, las indirectas se fueron volviendo más directas, y pasamos a fotos insinuantes en cuestión de minutos.

En el sofá de mi casa, la que compartía con mi marido, abierta de piernas con la mano en las bragas mientras chateaba con un tío de internet. Hoy día lo pienso y me parece tan increíble como inaccesible.

Había quitado la tele para escuchar el tintineo de las llaves y que Bruce me avisara con su ladrido cuando Israel estuviera ahí. El libro reposaba en el suelo de cualquier manera doblado, y la mantita que teníamos en el sofá, me cubría de cintura para abajo. Estaba totalmente extasiada y cegada con ese tío y nunca podía negarme a lo que iba surgiendo, era una fuerza que se apoderaba de mí y me incapacitaba mentalmente para razonar y pensar con lógica.

Rafa
Abrirte de piernas, rozarte con mis labios tus muslos y subir hasta tu coño, besarte, lamerte, comerte hasta que te corras en mi boca

Leía mientras me acariciaba despacio, impregnándome los dedos y echaba la cabeza hacía atrás para cerrar los ojos e imaginar lo que me había escrito.

Alma
Te quiero apretar la cabeza contra mí, sin dejarte apartarte, enredando mis dedos en tu pelo, disfrutando de ti hasta correrme en tu cara

Me mandó un vídeo donde se veía que se tocaba con la ropa puesta. Le mandé yo uno, tocándome por debajo de la tela con mi respiración gimoteando de fondo.

Rafa
Joder… quiero que me veas como me tienes

Alma
Ya te veo, ya…

Rafa
Sin nada… y verte a ti

Dudé unos segundos qué escribir, pero el calentón del momento hace que no pienses con claridad, y el frenesí de querer disfrutar el placer al máximo, me hizo tomar una mala decisión.

Alma
Pero sólo esta vez…
Pude disfrutar entonces de cómo se masturbaba en todo su esplendor para mí, como disfrutaba conmigo, y eso solo hizo que el deseo y la excitación crecieran en mí y me impulsaran hacer lo mismo para él, acercándonos mucho más, aunque solo fuera a través de la pantalla.

Me bajé el pantalón hasta las rodillas y puse el móvil delante de mí. Abrí las piernas más y me pasé la mano, acariciándome despacio para que viera cada movimiento deleitándose, me abrí con los dedos y me metí uno mientras gemía para que lo oyera cuando reprodujera el vídeo.
30 segundos. Lo mandé. Recibí otro, donde se pajeaba conmigo, y podía escucharlo con la respiración agitada susurrándome cosas obscenas que me hicieron estremecerme y tener ganas de seguir tocándome. Cada vez más ganas de correrme, se lo hice saber, y él mismo me lo pidió.

Rafa
Córrete para mí, Alma.

Y me dejé llevar mientras lo grababa todo. La satisfacción, las ganas, el deseo de que me viera… todo era demasiado embaucador y maravilloso, estaba en una nube enorme.

Le pedí que él también lo hiciera para mí, y en su próximo vídeo lo vi, estallando de placer por mi exigencia.

El sentimiento de placer que se quedaba, y de satisfacción, una vez nos corríamos “para el otro” era embriagador. Me hacía sentir en esa nube que mencionaba arriba, y a él también.

Teníamos la sensación de jovialidad que tienen los adolescentes en sus primeras veces cuando están tan ilusionados por alguien que todo les parece mágico e irreal.

Que incluso dentro de lo malo, sigue estando bien, porque no hacen mal a nadie, solo disfrutan.
¿Qué película me estaba montando? Por supuesto que en nuestro caso estaba mal, yo estaba casada. De hecho, mi marido entró por la puerta poco después pillándome corriendo al baño con el pantalón a medio subir. Menos mal que Bruce avisó con su ladrido.

Me iba a volver loca. Esto tenía que parar.

Dispuesta a hablar de esto con Rafa y frenarlo ahí, le hablé al día siguiente. Pero no me contestaba, así que seguí trabajando con Rafaela, dándole su medicación y poniéndole el parte, como ella llamaba a las noticias. Hablaban de un virus que estaba en china y que los muertos no hacían más que subir. Parecía un noticiario de una película zombie.

- Estos chinos… no traen nada bueno. – Dijo ella mientras se subía las gafas y cerraba los ojos asintiendo. – Nos van a matar a todos.
- Anoche leí algo en internet y mi marido dijo que eso no saldrá de ahí, no te preocupes Rafi, si china está muy lejos. – Dije sin dar mucha importancia.
- Hoy día todo está conectado, hija, ya verás ya…acuérdate de la peste negra o la gripe española.
- Pero eso fue hace muchísimo tiempo, hoy día todo está más avanzado.

Pero ella no parecía conforme. Y no me sorprende.

Capítulo 18

Maniac (Michael Sembello)

No os voy a recordar el trauma de aquella pandemia que nos tuvo en vilo a todo el mundo, y que causó innumerables muertes. Pero si os diré que aquello que la Tv estaba retrasmitiendo cada día como una alarma social y sanitaria fue a peor.

Como bien sabéis se instauró una cuarentena, se restringieron las salidas, los supermercados estaban siempre en las últimas y el papel higiénico por alguna razón, era extremadamente valioso e importarte y una prioridad para la gente.

Que un virus que te estaba matando, para el que no había cura ni tratamiento, ni vacunas, y que era totalmente desconocido, te preocupase menos que poder limpiarte el culo, daba mucho que pensar como sociedad y como especie dominante en la cadena alimenticia.

Recuerdo los días madrugando para ir a comprar, una persona por vivienda, esperando a que abrieran el supermercado para ser los primeros como si eso fuera el día de rebajas. Llenando los carros en tropel con cantidades ingentes de todo, dejando estantes vacíos, creando más alarma aún y demostrando como el ser humano, es tan egoísta como siempre pensamos.
“Saldremos mejores” decían en ese momento. Igual que cuando se ponían a aplaudir en los balcones y ventanas, en honor a los sanitarios por estar en primera línea en el frente. ¡qué rápido se olvida todo! Y qué manera tienen los humanos de apegarse a la conveniencia y la falsa moralidad.

Los coches de policía hacían guardia constantemente para evitar que se saltase el protocolo que ese señor del gobierno que, según él, sólo tendríamos un caso o dos como mucho, había terminado por declarar el estado de alarma.

Perdí mi trabajo, mi pareja también. Ambos eran trabajos físicos a los que no se podía acceder debido a la cuarentena, y todo el que podía teletrabajaba en casa. Por supuesto salir era un lujo, y sólo se hacía bajo necesidad y teníamos que ir ataviados con mascarillas y desgastarnos las manos de tanto lavarnos y echarnos alcohol o gel hidroalcohólico.

Estábamos todo el día en casa, lo cual fue al principio maravilloso, hasta que en mi cabeza resonaba que Rafa también estaría con su pareja.

Ah, ¿No os lo había contado aún?, resulta que me confesó una mañana que había vuelto con su ex, a la que realmente nunca había dejado, porque seguían en la misma casa, compartían vida y eran una pareja consolidada. Pero se ve que al momento de conocerme le pareció buena idea no contarme que tenía pareja.

Aquella confesión generó en mí una punzada de celos que me atravesó el estómago hasta la garganta, de abajo arriba, quemándome. Fue el inicio de nuestra primera discusión.

Primero le dije que me alegraba por él, aunque no era cierto, y quise poner sobre la mesa en qué quedaba entonces “lo nuestro”. Me dijo que por su parte nada había cambiado hacía mí. Sin embargo, para mi si generó un problema porque mis sentimientos hacia él cada vez eran más fuertes y empezaba a desarrollar un apego ansioso por él y unos celos enfermizos que me llevaban a estar pendiente de todo lo que ponía o decía.

Una mañana me desperté y tenía un mensaje de buenos días de él como era habitual. Le respondí, pero su respuesta no llegó hasta pasado un par de horas, lo cual me parecía ya extraño. Al volver su primera respuesta a mi mensaje es que acababa de follarse a su mujer.
Si me hubieran atravesado el corazón con un cuchillo no me habría dolido ni una parte de lo que me dolió leer aquello, y es ahí donde empezó la primera discusión como dije antes, pero la primera de muchas y que siempre serían por lo mismo en mayor medida. Los celos.

Me aclaró que había pensado en mí mientras se acostaba con su mujer, lo cual generó cierto rechazo en mí, que sin poderme callar salté hiriente. Le recriminé y aquello desencadenó una pelea brutal en la que le dije que estaba faltando el respeto a su pareja y a mí contando eso, todo porque mis celos estaban fuera de control. A lo que la conversación terminó de malas maneras con un “no te preocupes que no os faltaré el respeto nunca más, adiós” y me bloqueó de todos lados.

La ansiedad me estaba ahogando cuando vi que todas las vías de comunicación con él estaban cerradas, y pese a correr yo tras él buscando que volviéramos a hablar, él no daba su brazo a torcer, su orgullo se lo impedía mucho. Era más importante eso que yo. Siempre lo fue, y echando la vista atrás soy más consciente aún de ello.

El error lo cometí yo desde el minuto uno. Cuando acepté su mensaje, cuando empecé a hablarle, cuando le di mi móvil, cuando empezamos a juguetear, cuando empezamos a vernos, cuando empezamos a guarrear, cuando pese a decirle miles de veces “no te enamores de mí”, la que cayó en la tela de araña como una mosca estúpida fui yo.

Ahora ya estaba perdida. Tenía un grado de obsesión que no hacía más que crecer y crecer. ¿Amor? No, posiblemente no lo fuera y nunca lo ha sido. O sí, porque sentí muy intensamente, a flor de piel y en carne viva, y quería todo a manos llenas con él.

Aunque tampoco sabría ponerle nombre a ese sentimiento que tenía.
Porque quererle, le quería, con muchísimas ganas además. ¿Dependencia? Muchísima. Era esa droga que sabes que es mala y que quieres evitar, pero que la necesitas, y cuando vuelves sientes un placer inmenso creyendo que podrás graduarla poco a poco hasta dejarla por completo.

Volviendo a la discusión que comenzó esta tóxica relación de adicción y vicio, tuve que pedirle perdón en reiteradas veces. Yo. La que había sido humillada. La que no había hecho nada. La que estaba dolida. La que se sentía el segundo plato y la que se estaba conformando con las migajas de una relación rota, siendo el juguete de él. Yo. Pedí perdón una y otra vez. Me arrastré todo cuanto me fue posible, comiéndome mi orgullo y mi dignidad para no dejar marchar esa droga que por mucho daño que me había hecho ese día, me hacía sentir tan bien cuando estábamos genial…
Otro error.

Vivir presa de la nostalgia, creyendo que lo que un día nos hizo bien, nos lo hará siempre. Ya os digo yo que no. Y estoy en proceso de desintoxicación de esa adicción a él y a los recuerdos que tan bien me hicieron pero que me convirtieron en su esclava.

Volvimos, como lo hace una pareja, estableciendo un nuevo termino a la relación extraña que habíamos engendrado. ¿Follaamigos? Quedaba demasiado feo, y muy frío, ya que cuando la discusión se enfrió y me desbloqueó y volvimos a hablar, me confesó algo que me dejó la piel erizada “te quiero”.

Dos palabras simples que dichas de la boca de cualquiera te pueden resultar indiferentes, pero cuando su portador es alguien que te genera un sentimiento y que te hace vibrar e impulsa a tu corazón a que lata más fuerte, esas dos palabras generan un torbellino de emociones que te revoluciona por dentro y te nubla el juicio.
“Yo también a ti”.
¿Pero por qué dije eso? Yo misma consideraba que aquello no era amor, pero la duda siempre estaba sembrada y nunca florecía una respuesta aceptable que me dejase claro que era lo que sentía. Mi cabeza estaba hecha un lío.

Reconectamos nuestra relación, de igual manera que lo hacen las parejas, ¿Cómo se arregla mayormente una pareja cuando hay una discusión fuerte? Exacto. El sexo era nuestro tema de inicio, y volver implicaba demostrarnos, aunque fuera telemáticamente, cuanto nos deseábamos, cuanto nos queríamos, y que nivel de obsesión teníamos mutuamente.

Digamos que me intenté adaptar al hecho de que él tenía pareja, y empezaron a encajarme cosas que hasta ese momento no me había planteado.

Sus audios susurrando, cuando supuestamente vivía solo, una chica que aparecía siempre en su Instagram etiquetada y hasta en fotos con él, y algunas cosas más a las que no le di importancia hasta aquella frase. “He vuelto con mi ex”.

Me costó. La ansiedad galopaba por mi cuerpo cada vez que le escribía y él no contestaba al momento como solía hacer, porque me venía a la cabeza aquella mañana, en la que su ausencia fue porque estaba manteniendo relaciones con ella.

Creedme si os digo, que imaginar constantemente que la persona que te tiene loca y que te dice que te quiere se está follando a otra duele, DUELE Y MUCHO.

Por lo que mi obsesión empezó a crecer más aún si cabe, imaginando todas esas ausencias conmigo llenándolas con ella. Empecé a fijarme más en sus movimientos en redes sociales, a quién seguía, a quien comentaba, sus likes.

Siempre supe que estaba con una obsesión enfermiza y tóxica, pero aún así no pude dejar de hacerlo.
Pero volvamos… Cuando se instaló la cuarentena por el virus y estábamos todo el día en casa con nuestras respectivas parejas, seguíamos hablando y haciendo cosas de las que no me siento orgullosa hoy día. Pero el come come en mi cabeza de que estaba todo el día con su mujer generaba que yo estuviera hostil, enfadada, molesta, irascible con todo lo que me rodeaba. Fue así como empecé a ir dejando de lado mi vida, mi vida real, mi vida personal, mi vida de pareja, mi todo.

Empecé a vivir pegada al teléfono esperando un mensaje suyo, haciéndome mil preguntas cuando tardaba 5 minutos en responder, creando todos los escenarios posibles en mi cabeza del porqué de su tardanza, todos malos obviamente y todos desatando una vorágine de celos. Pero no penséis que solo yo soy la tóxica aquí, o la pobre Juana la loca moderna que perdió la cordura por un tío.

Él estaba igual. Mis tweets hacia mi marido, mis comentarios a otros, mis fotos en las que otros comentaban, el contacto con otros chicos, generó en él exactamente el mismo comportamiento.
Si buscábamos en el diccionario relación tóxica, saldría la nuestra con nuestra foto. Nos alimentábamos los celos, la obsesión, y todo lo malo que una pareja no debería tener nunca.

Fueron tantas las peleas que tuvimos, que sería imposible nombrarlas una a una y el porqué de todas, cada cual más surrealista, pero compartiendo un mismo problema. Los celos.

Si bien a veces yo ponía algo sin mala fe, él me devolvía el golpe aposta para crearme los celos. Y si era al revés, más de lo mismo. Ambos buscábamos la manera de dañar al otro, o hacerlo reaccionar de manera activa bajo lo que poníamos en internet, y generando siempre una discusión ridícula, que iba acumulando mucha mierda hasta formarse la gran bola que reventaba.
Pero destaco algunas entre tantas, y fue la de aquella vez que sin venir a cuento me pasa captura de su Instagram donde una tía, que según él no conocía de nada, empezó a darle likes a todas sus fotos.
El típico truco de algunas personas para captar seguidores, y el muy gillipollas cayó. Yo le recriminé que cual era el objetivo diciéndome aquello, que si es que buscaba ponerme celosa o qué sé yo, no encontraba razón ni sentido aquello. Por lo que mi reacción desorbitada quizás le pilló de sorpresa y vio la metedura de pata, pero aquella vez fui yo la que quiso poner punto y final a nuestra historia.

Un par de días más tarde en los que no habíamos hablado, me habló. Le respondí por cortesía, aunque me moría por hacerlo, estaba tan dolida que no quería hablarle, sin embargo, lo hice, y pactamos ser amigos normales, de esos que no se dicen guarradas, de esos que no se ven desnudos, y de esos que no se corren juntos. Lo que se dice amigos normales de toda la vida. Pero no parecía funcionar, o tampoco le bastaba como a mí.
Pero yo opté por el silencio y seguí tratándolo como alguien más, hasta que un día él no pudo más y por primera vez conmigo, se tragó su orgullo y me dijo que no podía estar sin mí, que me necesitaba, que lo sentía, que la había borrado, que no quería a nadie ni tenía interés por nadie que no fuera yo. Y volvimos.

Éramos el cuento del lobo constante, lo dejábamos y volvíamos, dejábamos y volvíamos, y cada vez más desgastante, mas irascibles, con menos margen de tiempo para una nueva discusión por celos que se terminaba solucionando con un ciber polvo, con una o varias corridas mutuas con el otro de espectador a la vez que se auto complacía.
Era desgastante. Pero seguimos así toda la cuarentena, incluso pasando por alto el dolor penetrante que sentí el día que me dijo que su mujer le había pegado el virus, hilando en un juego estúpido de twitter con la última vez que habías tenido sexo. Encajaba, obviamente. Era su mujer, vivían juntos, claro que follaban. Igual que yo lo hacía con mi marido.

Cada día que pasaba había un detalle nuevo que nos hacía sentir celos. Cosas que hasta entonces no nos habían molestado, empezaban hacerlo. Y no tenían que ser meramente sexuales o románticas, bastaba con usar expresiones como “mi chico” “Mi marido” “Mi mujer” para que a alguno de los dos se nos retorcieran las tripas. Incluso comentarios del tipo ver una peli o jugar con nuestra pareja generaba un dolor intenso haciendo que nos pusiéramos tirantes el uno con el otro y que aquello fuera agrandándose hasta terminar explotando en una discusión de reproches y celos.

Es cierto que el problema son los celos, pero hacer creer a una persona que es todo tu mundo por encima de otras, que haces por ella lo que haga falta, que te saltas tus supuestos límites, y que no existe nada más que esa persona, es un problema mayor. ¿Porqué? Pues porque en el momento que alguna de esas cosas se ve que no es así, lo cual es lo normal, empieza a deteriorarse. No puedes prometer cosas que no puedes cumplir o generarás en la otra persona un sentimiento de engaño que la destrozará por dentro y la meterás en una espiral de desconfianza que la hará dudar de todo cuanto le digas.

Todo era terriblemente atractivo, atrayente, adictivo, doloroso, y obsesivo. Era droga. Con el me sentía tan bien y especial, que era probable que al cabo de unos minutos por cualquier nimiedad me sintiera expuesta y gilipollas, creyendo que se estaba aprovechando de mí. Y debido a tantas discusiones con confesiones de ambos, soy consciente de que él pensaba igual.
Pero no os voy a engañar, ni me voy a repetir recordando momentos de yin y yang. Nos alimentábamos, nos dañábamos, nos culpábamos y volvíamos. Y debo reconocer que de todas las veces que volvimos, la culpa fue solamente mía que iba detrás de él. Para él parecía fácil y sencillo bloquear y hacer que no existía, sin embargo, yo me pasaba las horas muertas con depresión, llorando y amargando la existencia a mi marido, que no entendía que me pasaba, y a David, el cual sabía todo y tenía que estar pendiente de mí para que yo no estuviera drogada hasta las cejas.

Seguimos así un buen tiempo, años en realidad, pasamos la cuarentena, pasamos el dichoso virus, y en ese tiempo, que recordaréis cuanto duró, seguíamos con nuestro tira y afloja, pero manteniéndonos juntos.

Yo a veces hacía mis escapadas de la red para evitarle, y ver si me buscaba, pero era muy desolador comprobar que en la mayoría de casos si yo no hacía un llamamiento, se olvidaba de mí.
¿Me quería, pero me ignoraba? ¿me estaba utilizando?

Tantas preguntas me carcomían, que con David intentaba buscar la explicación. Incluso me tiraba las horas muertas mirando si estaba en línea para auto convencerme que había encontrado a otra y me había reemplazado.

Siempre estuvo ahí ese miedo. El miedo a que un día lo especial y bonito, tan lejano ya años después, estuviera desapareciendo, y que ahora ese cuento de hadas lo estuviera empezando con otra más. Otro de mis grandes errores, era tirar de la nostalgia e intentar vivir en ella en cada proceso de ruptura o similar con él.

Pero quiero hacer un inciso, recordando que yo estoy felizmente casada y que amo a mi marido, y aquí no tenía duda alguna, era amor, con todo lo que conllevaba. ¿Pero por qué Rafa me tenía así? ¿Por qué esta adicción y desesperación? Creo que la respuesta era más que evidente y lógica.
Al principio las parejas todo es nuevo, las primeras veces son maravillosas, esa sensación de ser especial, de vivir algo que nadie más vive, aunque sea equivocado desde luego, pero ese sentimiento de sentirte protagonista de tu cuento con la persona que te hace vibrar, sentir, ser especial, sentirte deseada… te sientes una diosa.

Pero con el paso de los años ese sentimiento va decayendo, y no porque no haya atracción o no haya amor, sino porque hay tal confianza que no importa si un día no hay sexo, no tienes que autoimponerte un cupo semanal para ver cuánto deseo hay, ni tienes que estar diciendo a tu pareja 24 horas que te pone y que te la quieres follar. Es evidente en como la besas, como la abrazas, como le das una nalgada al pasar, como le abrazas desde atrás en la cocina, como le agarras el culo o la cabeza mientras la besas, o como metes la mano bajo su falda cuando pasa por tu lado. O el simple hecho, de dormir abrazados el uno al otro y que el sonido latente de su corazón, baste para hacerte sentir paz y calma.

La magia de toda relación nace en las primeras veces, en la incertidumbre, en la inexperiencia, en el error de creer que hay que ser perfectos y activos.
Rafa me daba la magia que Israel dejó ir. Ahí estaba mi obsesión. Necesitaba sentirme deseada y cada vez que Rafa me decía algo yo… me encendía locamente.

Perdí la lógica con la realidad, las ganas de salir, de socializar, de vivir… sólo quería estar por y para él, y cada vez era más peligroso. Por eso me imponía en más de una ocasión alejarme lentamente de él para que él hiciera lo mismo e ir desenganchándome poco a poco de él. Quizás así dolería menos la distancia al final, ¿no? Se había inventado la metadona para la droga, pero ¿Qué metadona le das a alguien que quiere desintoxicarse de una persona? No la hay.
¿Qué ocasionaba aquello? Que ambos nos alejáramos, sí. Indirectas por las redes, sequedad en nuestras conversaciones, para reprocharnos uno al otro que estábamos secos y distantes, volviendo al punto de partida y cayendo en el sexo, otra vez.

Parecía casi imposible salir de aquello, y cada vez estábamos más como una pareja, pese a tener una propia fuera de la pantalla, y teniendo la certeza de que no iba a pasar de internet.

Aunque en reiteradas ocasiones, él aseguró que en algún momento nos íbamos a ver. Yo siempre decía que no, pero en el fondo de mí, yo misma me cuestionaba si eso iba a ser verdad o no, ¿Cuántos límites me había pasado ya por alto por él? ¿Cuántas cosas había hecho o dicho y que siempre juré no hacer?, nada con él era seguro, todo parecía poder cambiar de un segundo a otro con un chasquido sin necesidad de un Thanos con guantelete rondando por ahí.

Había discusiones que derivaban de cosas cuestionables a ojos de una pareja, y otras que, vistas con la frialdad de los días posteriores, eran absurdas y ridículas.
Lo que estaba claro con cada una de las peleas que teníamos, es que esa nube en la que nos habíamos subido tan alto, estaba perdiendo altura cada vez más, y el algodón de ésta se deterioraba.

Siempre que estábamos sin hablar y vigilaba su perfil, me auto saboteaba con que tenía a otra, al volver a arreglar las cosas, me confesaba que estaba mirando mi chat. Y así fue una y otra vez, hasta que dejé de creer esa teoría.

Hemos estado muchas veces al borde de la ruptura, y en una de ellas le pregunté que, si me iba a dejar por algo, ni recuerdo el que era, y su respuesta me dejó como un tempano de hielo, al que después golpeas hasta hacerlo añicos.
Me dijo que no podía dejarme, dado que no éramos nada, que había que ser realistas, que eso era algo de ahí y que no iba a ir a más. Y era cierto. Pero dolía. Joder si dolía.

- Ah… vaya, yo pensaba que teníamos algo, pero veo que ya está claro que no.- escribí y envié para después escribir antes de darle ocasión a replica. – No sé qué decir la verdad, me siento… muy idiota.
- A ver es que… - Quiso explicar algo, pero no le dejé.
- Necesito dejar el móvil un rato, ya hablamos en otro momento, no me siento bien.

Puse el móvil en silencio cuando colgué, porque en esta ocasión estábamos en una llamada, pero aún así noté la docena de veces que vibraba entre mensajes y llamadas, pero no hice caso.

Me limité a llorar desconsolada, alejada en una parte de la casa, frustrada, engañada, dolida, sintiéndome imbécil, expuesta, ninguneada. Me había abierto a él como no había hecho con nadie, le había confesado cosas que no he hecho con nadie, me había expuesto íntimamente como con nadie, le había dado todo de mí, le había dado mi alma, mi esencia, todo cuanto yo era lo tenía él en sus manos y para él no había significado absolutamente nada.

Tenía el corazón, el ego, el orgullo y la dignidad rotos, no quería coger el móvil porque imaginaba que iba a ver y no quería seguir perdiendo mi identidad en una persona para la que era una muñeca usada y rota, de esas que te cansas de jugar y metes en el baúl de los juguetes esperando que alguien la reclame para volver a hacerle caso. ¿Pero sabéis que era lo que más me dolía de todo aquello? Que aquel batacazo me pegara en la frente diciéndome “por esto has traicionado a tu marido. Por esto has puesto en peligro a tu matrimonio. Por esto has destruido algo sano que tenías, por esto has ensuciado algo que realmente es amor. Por alguien para quien no eres más que un simple entretenimiento y al que le importas cero”.

Lloré, durante una media hora estuve encerrada en el baño llorando sin parar, con el grifo abierto para que no me escuchasen. Y otra media hora en la terraza hasta que se me bajase la hinchazón en los ojos de tanta lágrima. Sin embargo, no sirvió, porque quien bien te conoce, lo hace hasta con la cara tapada.

Mi marido sabía que algo me pasaba, y tuve que recurrir una vez más a la mentira con un poco de realidad.
“He vuelto a caer en la depresión, pero no sé por qué”

Cogí el móvil para meterme en la cama y darle las buenas noches a David y vi las 8 llamadas perdidas de Rafa y los 15 mensajes de whatsapp, que no pude evitar leerlos, mientras las lágrimas volvían a desbordarse por mis ojos.

Capítulo 19

Heavens divide (Donna Burke)

Rafa
Espera no te vayas
Enserio creo que no me he explicado
No era eso lo que quería decir
No me mal interpretes
Lo siento no tenía que haberlo dicho así…
Claro que para mí eres mucho más
Siempre has sido mi novia, aunque fuera a través de la red
Perdóname por favor
Háblame, dime algo

Y algunos mensajes más que de sólo recordarlos se me encoge el corazón, pensando en la cantidad de mentiras que uno mismo se puede llegar a creer, por retener a alguien, aunque en ese momento estaba bastante sorprendida de que fuera él quien estuviera intentando arreglar las cosas conmigo.

Pero yo no tenía ganas de hablar, sólo quería llorar hasta que el cansancio del esfuerzo de deshidratarme me venciera por el sueño.

Tuve muchas pesadillas, todas relacionadas con él, con nosotros, con nuestro futuro inerte que iba a ser imposible. Con tantas cosas que nos habíamos dicho “cuando nos viéramos” con tantos sueños pendientes por cumplir y que él me aclaró que eso era una utopía. Todo roto. En un momento.
Pero ¿a quién quería yo engañar? ¿Me dolía la crudeza y realidad de sus palabras? O ¿era el hecho de “escuchar” en voz alta lo que yo siempre había pensado? Quizás una parte de mí siempre vivía feliz en la ignorancia en esa película que habíamos creado juntos donde él, el guionista principal, siempre aseguró que un día nos veríamos y haríamos todo cuanto imaginábamos en nuestras fantasías. Pero las verdades duelen.

Puedes tener la evidencia clara en tu cabeza, pero hasta que esta no se materializa a través de otra persona, en su voz, sus letras o sus actos, puedes no ser consciente de todo. No sabía que me dolía más, la evidencia de que él llevaba razón, o el hecho de sentirme estúpidamente ilusionada durante los tres años que llevábamos ya.

Al día siguiente miraba constantemente su chat, viendo que estaba en línea cada vez que miraba yo. No sabía si era coincidencia o que tenía ya alguna en la reserva, como siempre me imaginaba.

Pero por la noche me atreví a responderle intentando no esquivar más el problema.

Alma

Es lo que piensas, es la realidad… sólo que… duele verla tan directa. No te culpo por decir las cosas como son, es lógico que pienses así, tiene todo el sentido del mundo. No intentes consolarme quitando parte de verdad. Yo vivía en un cuento donde éramos una pareja, ajena a la que tenemos en físico por individual, pero no te falta razón en todo lo que has dicho. Nunca saldrá nada de aquí, no somos nada, pero me siento verdaderamente gilipollas creyendo que lo había. Por mi parte siempre lo hubo.

Me respondió rápidamente.

Rafa

Estaba cabreado y no sabía lo que decía, tu para mí eres todo, eres mi puta novia en todos los sentidos, perdóname.

Y tras mucho leyendo y releyendo, perdoné su agresión verbal realista, y volvimos a ser esas dos personas apasionadas el uno por el otro. Pero… ¿Hasta cuándo iba a durar esto? Realmente poco, como siempre que teníamos una bronca monumental en la que empezaba con una gilipollez y la bola de mierda nos terminaba atropellando.

Me agasajaba con regalos, me llenaba de atenciones sexuales, pero… ¿y lo demás? Yo no quería de él sus regalos, su dinero o que todo se convirtiera en lo que encaminaba, sólo sexo.

Yo tenía sentimientos, y parecían salir solo a flote cuando teníamos una pelea gorda. ¿Era necesario llegar a eso para recibir una muestra de amor o atención desinteresada?

Quería ser lo que fuimos en un principio, dos personas que se contaban todo, que se reían juntos, que se contaban las penas, se consolaban, se llevaban genial, no había malos rollos, celos o malas interpretaciones. Pero todo eso murió el día que sin darnos cuenta “nos liamos” y formamos un vínculo que, no sé aún hoy día, como llamarlo.

Al principio se interesaba por cómo estaba cuando me preguntaba cada mañana como estaba, con el paso del tiempo empecé a ver que cada vez leía menos, retenía menos sobre mí, prestaba menos atención siempre que la conversación no fuera por los derroteros sexuales. Lo cual me llevaba a pensar una y otra vez que todos los caminos que recorríamos juntos terminaban en el mismo punto. Un orgasmo por whatsapp. Era triste. Muy doloroso.
Yo tenía la maldita costumbre de sentir y encariñarme de verdad, y con él unas veces me sentía la más importante y otras, una muñeca que usa para su beneficio cuando se aburre y a la que puede cambiar por algo tan simple como un videojuego. No me prestaba atención. Si le mandaba una foto provocativa me escribía al instante y la conversación iba cogiendo forma por si sola. Si le escribía algo rutinario o le hablaba de algo se tomaba su tiempo en contestar y no le daba importancia.
Pero era dejar de escribirle o ser seca y distante y me lo recriminaba al instante, lo cual nunca llegué a entender, ¿Qué era lo que pasaba? ¿Le molestaba? ¿Le agobiaba? ¿Era una pesada? ¿no quería que me alejara?
Era tan contradictorio sus acciones con sus palabras que siempre llevaba a confusiones, a que mi ansiedad abrumadora montara escenarios donde nos veíamos en el más trágico final, a que aquello llegase a más y más, y al final lo inevitable. La discusión nuevamente.

Tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe, y lo nuestro estaba en el proceso de hacerse mil pedazos. Estaba cada vez más agrietado, y los cimientos se habían escondido tan bien, bajo aquellas grietas, que ya no sabía que era lo que realmente impulsó esta relación.

Me refugiaba en mi marido. Salía a pasear con él, veíamos cosas juntos, jugábamos, y todo aquello a él le ocasionaba celos, le molestaba, y la desconfianza era más grande cada vez respecto a todo. Por su parte y la mía.

Yo no podía asimilar que piropeara a otras mujeres por la red, y menos si en algunos piropos veía la frase exacta a lo que me decía a mí. ¿Era una más del montón para él?

Pero él tampoco podía aceptar que yo hablase con algún chico por privado siendo simpática y pusiera captura dando las gracias por cómo era ese chico conmigo. Aquello le mataba.

Sin embargo, era incapaz de ver su parte tóxica, sólo veía la mía, mis celos incontrolables, mis películas, para él, todo lo que decía u hacía él, tenía razón y justificación.

Siempre me sentí pequeñita frente a él. Nunca fui capaz de sacar el orgullo que todo el mundo que me conoce sabe que tengo dentro.
Ese caparazón de titanio que cuesta mucho romper, pero la adicción con él se lo comía.
Dejé de ser yo misma, alegre, espontanea, provocativa, orgullosa, arrogante con humor, con muy mal genio, porque cuando él se enfadaba podía ser muy cruel, y sus castigos eran silencio. Ignorancia. Hacer que yo no existía e ir con lo que me dolía, a darme celos con la que pillase primero. Lo que conocemos como la ley del hielo.

Intenté echar valor tantísimas veces que cuando veía su respuesta ardiente de ira, yo me iba rebajando un poquito más, tragándome mi reacción, mis comentarios sátiros, mi esencia respondona por miedo a… ¿qué? ¿A perder a una persona que sólo me busca cuando se aburre? ¿a perder a una persona que sólo me quiere para satisfacerse? ¿A qué mierda has tenido siempre tanto miedo, Alma? Reculaba siempre en mis respuestas intentando dar la vuelta para que él no se sintiera atacado, ofendido y así pudiera perdonar mi atrevimiento de desconfiar de él, pese a ver tenido más que motivos suficientes.

Me disculpaba y justificaba, dando mil explicaciones mil y una vez para que no pensase mal y estuviera tranquilo, y me perdonase, pese a no haber hecho yo nada malo, y pese a que, de ser la situación contraria, la reacción de él era discusión, pelea, y bloqueo permanente y a hacer que yo no existo.

¿Qué estaba haciendo con mi vida con una persona así? ¿merecía la pena pasar por este dolor constante, ansiedad, preocupación, por una persona que a la mínima me castigaba con silencio e indiferencia? Yo tenía una vida. Plena. Feliz. Con sus problemas rutinarios de pareja, un marido al que amaba de verdad y por el que me moría por abrazar y besar, pero la droga a veces puede más que toda lógica.
La droga echa a perder a las personas, incluso echa a perder familias enteras.

Realmente no pensaba que valiera la pena sufrir tanto sólo por sonreír a veces. Pero ahí seguíamos, el uno para el otro. Día tras días. Incapaces de soltarnos, porque cada vez que él me soltaba iba yo detrás a por él, salvo en alguna que otra ocasión como os he comentado.
Todo iba estable, dentro de nuestra rutina, hasta que un día, pasó lo que debió pasar. Por una tontería. Una discusión absurda sobre algo ficticio de lo que no estábamos de acuerdo y… Me dejó, definitivamente. Le pedí, le supliqué, le rogué, que por favor no saliera de mi vida, que mantuviéramos una amistad al menos. Se negó. Le pedí hablar de vez en cuando. También se negó. Y las señales de que tenía que dejarlo ir vinieron con sus siguientes mensajes.

Rafa
No quiero saber nada más de ti. Me eres indiferente. No me hables porque no te responderé, no te bloquearé porque no me merece la pena, pero no quiero verte nunca más.

Alma
Vale. Ya ante eso no puedo decir nada más, sólo que te vaya bien, y si alguna vez quieres que seamos amigos o necesitas algo, me busques donde me has dejado. Intentaré no molestarte nunca más.

Dejar salir esas palabras de mí fueron como varios cuchillos clavarse en mi cuerpo uno por uno. Porque por primera vez significaba la verdadera pérdida, la derrota, la aceptación, la realidad. Mi amor propio me dio un tortazo en la cara exigiendo que reaccionara de una maldita vez y que dejase ir lo que no quería estar. Y eso hice.

Sin embargo, todos los días me despertaba a mirar el móvil con ansiedad, porque había soñado que me escribía y hablábamos.

Pero no ocurrió ni un solo día.

Me quedaba con la ventana abierta esperando ver su escribiendo, pero tampoco pasaba.

Retumbaba en mi cabeza sus palabras en varias ocasiones, cuando me decía que no le quería.
Si yo no quisiera no tendría el corazón roto. No me dolería cada segundo que paso despierta desde que abro los ojos por la mañana. No lloraría hasta dormirme. Y créeme, que la persona que quieres, piense que no le amas, es otra manera de apuñalarte.

A mí se me había olvidado como olvidarle, y no dejaba de pensarle un puto mísero segundo del día o de la noche, porque ni dormida dejaba de tenerle presente.

No existía una cura a esa maldita enfermedad, que quizás, sólo con un electroshock que friera los recuerdos se podría solventar. Pero el corazón manda, y lo que está destinado a ser pensado, ni así se iba a olvidar.

Durante la primera semana no tenía ganas de salir de la cama, de mirar el móvil o de hacer algo más aparte de dormir. Aunque también me costaba conciliar el sueño y me despertaba abruptamente. Pero la medicación para mantenerme drogada, tranquila y dormida funcionaba medianamente bien. Apenas comía, y terminé en urgencias por una gastritis emocional.

Desaparecí de redes sociales, apenas entraba en whatsapp para hablar con mi familia y con David y a mucho esfuerzo, ya que la mayor parte del tiempo que hablaba con mi mejor amigo lo hacíamos por llamada y me escuchaba llorar, destruida, rota de dolor, pero por primera vez en más de tres años, era consciente yo misma de que estaba asumiendo una realidad y que por muy dolorosa que fuera, y por muy dura que fuera la abstinencia, terminaría recuperándome.
Los momentos donde podía ser un poquito más yo, más de mí, de Alma, y menos de Rafa, era cuando estaba con David, que venía a hacerme visitas a casa, trayéndome alguna tontería para animarme.

El chocolate y lo dulce siempre funciona un poco, ¿no? Pero hablando seriamente, desahogarme con él, romper a llorar recordando lo que había pasado con Rafa, y como me había vuelto una sombra de lo que fui, me hacía sentirme mejor.
Entre otras cosas salía un poco mi esencia y orgullo, y David me animaba a ser consciente de que estaba dando pasitos hacía mi recuperación.

Era muy pesada con el tema Rafa cuando hablaba con David, ya que era algo que no hablaba con nadie y que sólo él conocía. Sabía que le tenía asqueado, que le cansaba, y que le dolía verme así. También sabía que podía hablarle de todo eso y que él no me juzgaba ni me cortaba, pero mi amigo tampoco merecía tener esa carga constante en sus hombros, no podía estar recogiendo los pedazos una y mil veces de mí, que Rafa esparcía por el suelo cada vez que se enfada y me dejaba, y esta era la definitiva. David no tenía la obligación de ser mi pegamento emocional, y bastante me sentía yo totalmente agrietada mentalmente con ello, como para que David gastara su tiempo hablando de alguien como Rafa. No lo merecía.

La siguiente semana empecé a salir, daba paseos con mi marido, me entretenía cocinando, meditaba, saqué mi lado más chill out y busqué en la bruja que había en mi interior que yacía años muerta, para hacer rituales de limpieza, liberación y prosperidad.

No, no estaba perdiendo la cabeza. Necesitaba algo a lo que agarrarme para no caerme y esta era mi fe. Igual que en muchas personas su fe es Jesús, en la mía una anciana con nariz larga, sombrero y escoba me pasaba un libro de las sombras con rituales para renacer. Y me sirvió.
Supongamos que fue todo sugestión, o nuevamente fe. Pero el caso es que me iba encontrando mejor, iba asumiendo todo por a poco y me empezaba a acostumbrar a no tener ese mensaje de buenos días por su parte, a no hablar con él todo el día, a no darle las buenas noches, a no contarle que hacía durante el día, estaba empezando mi recuperación.
Comencé a volver a las redes sociales, poniendo en los estados de Instagram mensajes que me salían (caprichos del algoritmo), pero no indirectas cargadas de dinamita, sino como me sentía, como intentaba renacer, como intentaba salir del agujero, y deseando si en algún momento me leía, que viera que no le guardaba rencor.

Me refugié en los libros, devorando sin control, y acabé el que él un día me regaló con un final tan trágico como el nuestro, no pudiendo evitar compartirlo en mis redes con un emoticono y una frase “no todos los finales son felices, de ahí que sean reales. Y es tan real que duele”.

Intenté actuar con normalidad dentro de mi cuadro clínico de ansiedad depresiva, intentaba resurgir, hacer mi día a día, no me quería hundir por quien se había ido y me había abandonado, quería vivir por quienes estaban a mi lado y me agarraban la mano para que saliera del agujero, esos ángeles que me rodeaban, que me escuchaban, arriba o en la tierra.

Y comencé a vivir. Necesitaba cerrar una etapa de mi vida que me había hecho ser feliz, pero que me había destruido en todos los sentidos como persona y como mujer. Me cambié el pelo, me mimé físicamente, me cuidé. Ya no había indirectas punzantes para que él las viera, puesto que no sabía nada de él tampoco, desapareció. Me dijo que no iba a saber nada de él y así fue. Yo iba volviendo a mi vida, a mi día a día, como había hecho hasta ahora en las redes, aunque en casa en momentos clave me hundiera y llorara abrazada a mi marido que me consolaba, sin saber el pobre todo lo que yo le había hecho y que él no merecía en absoluto.

Me sentía la peor basura del mundo, y me sentía mal por lo que me habían hecho a mí y peor aún por lo que había hecho yo. Quizás esa fue la lección del karma, que recoges lo que siembras, y yo había hecho algo mal, y el dolor se estaba cebando conmigo.
Vivía. Ese es el resumen. Compartía lo que leía, comentaba cosas, compartía mi familia… intentaba volver a la Alma de antes de conocerlo, aunque habiendo aprendido algunas cuantas cosas en el camino muy a mi pesar.

Dejé de mirar su chat, el cual archivé con el paso del tiempo, dejé de mirar si salía su "escribiendo" que lo esperaba los primeros días, teniéndolo fijado para poder verlo en algún momento, ilusa de mí, en definitiva, dejé de esperar algo que acepté que nunca iba a volver. Y me sentí libre. Triste en cierto modo, pero liberada.

Al tiempo empecé a verlo aparecer por mis redes sociales, se le veía bien, tranquilo y enfadado a la vez, y yo no me atreví a molestarle como le prometí que intentaría. Tampoco ponía nada que sabía que le podía sentar mal o podía afectarle de algún modo. Intenté ser invisible para él si es que él aún no me había silenciado o algo así.

El corazón me latía con fuerza cada vez que veía un tweet suyo, y cuando veía algún RT de indirectas se me encogía el pecho hasta hacerme pequeñita. Sabía que era cuestión de tiempo que me sacase del todo de su vida. Un bloqueo general. Sólo que esta vez no iba a ir detrás como le prometí. Me costó entender el concepto de que le dejase, pero cuando lo pillé, no le iba a insistir más.

Es terriblemente doloroso querer hablarle a alguien, y tener que aguantarte las ganas porque esa persona te lo pidió, y te dijo que no quería saber nada más de ti ni tenía nada que hablar más contigo.

Una indirecta suya me hizo derramar lágrimas "cuando la conexión es real, nunca se va", citándolo él con "hasta que te lo cargas todo".
Ahí comprendí nuevamente que seguía enfadado conmigo, que esa pulla iba para mí, y que estaba todo totalmente destrozado, hecho añicos y convertido en polvo.

Guardé el móvil y me centré en algo que estaba haciendo, limpiando una casa que me había encargado una mujer.

Me evadí en la música y al cabo del rato cuando paré para hablarle a David vi una notificación en archivados.

Mi sorpresa fue mayúscula en ese momento.

Cuando pensé que había llegado mi hora para ser yo misma y resurgir, un mensaje lo cambió todo. Me quedé temblando, mirando el teléfono con las manos incapaces de estar quietas, releyendo una y otra vez por si estaba equivocada, por si era uno de los tantos sueños que había estado teniendo en este mes sin saber de él. Todo esto sin ser capaz de entrar aún a su chat.
Un mes.
Un mes en el que habían pasado tantas cosas para mí y que no pude contarle, y que me confesó que había estado mirando cada puto mensaje que ponía.
Un mes con contacto cero de él hacía a mí, sin embargo, él había visto todo sobre mí. Ahí me debí dar cuenta que, nuevamente, él llevaba la ventaja sobre mí, usando su superioridad moral.

Su mensaje se clavó en mi retina, igual porque lo había leído 50 veces, o igual por mi sorpresa y lo que me costaba creer que, algo que había soñado, se hiciera realidad.

Le escribí a David antes de entrar en su chat,

Alma
No te vas a creer el mensaje que me acaba de llegar

David
¿De qué?

Alma
Rafa me ha escrito

David

Es toda una sorpresa, pero piensa bien que haces

Abrí el chat de Rafa, que permanecía en línea.

Rafa
Hola. No sé qué decir, salvo que lo siento. Te pido que me perdones. He sido muy gilipollas contigo, y te echo de menos. No tienes que responder si no quieres, pero necesitaba decírtelo.

Leí una y otra vez, temblando, llorando, con el corazón que se me iba a salir por la garganta, presa de la ilusión de no saber si era real o irreal, o una fantasía trucada de un sueño espontáneo. Pero no, era él, y todo era cierto. Le vi en línea, claramente esperando mi respuesta y al cabo del rato le respondí.

Alma
Hola. Acepto tus disculpas. Y todo está… bien. Yo también te echo de menos, pero no sé qué puedo decir.

Rafa
No tienes que decir nada que no quieras, pero por mi parte podemos estar como siempre si tú quieres

Alma
Te echo de menos. Pero yo ahora mismo no puedo volver a eso… mi amistad la tienes si quieres, pero no más de ahí.

Rafa
Me parece más que de sobra tu amistad. No sé cómo puedes hablarme si quiera después de todo lo que ha pasado… ¿no me odias?

Alma
No, no te odio. Simplemente las cosas se dieron así.

Rafa
No quiero que termine tan mal como en el libro que leíste

Alma
¿Qué? ¿cómo sabes tú eso?

Rafa
He visto todo este tiempo todo de ti en la red. No he dejado de observarte, pero te veía recuperándote, te veía bien, y no quería joderte…

¿Os hago un spoiler? Sí. Pese a las advertencias de David, pese a lo que me costó salir del pozo, pese a lo que me costó resurgir y desengancharme, pese a todo eso, volví a caer.

Y él estuvo servicial y complaciente, cariñoso y simpático como cuando nos conocimos, hasta que la confianza unos meses después empezó a brotar de nuevo y todo volvió al desagüe de la amargura tóxica que nos envolvía años atrás.

Toda paz era temporal, quizás no estábamos hechos el uno para el otro, o precisamente por ser tan afines nos tocó una guerra de desgaste al no caer en el mismo tiempo ¿amoroso? ¿Emocional? todo era circunstancial, pensé, cuando todo se podía, cuando ambos éramos libres, cuando había elección.

Quizás no era nuestro tiempo, porque las circunstancias y la mochila que cargábamos cada uno no era la adecuada para la conexión entre los dos. Puede ser que tuviéramos una fecha de caducidad como pusimos al principio de todo aquello, y que pasarla por alto sólo ha hecho que todo se agrie, como los yogures, y que vaya a peor, intoxicando, pudriendo, haciendo que lo más coherente sea tirarlo a la basura antes de que alguien enferme por ello.

Era la mujer más feliz del mundo con mi marido, pero él me complementaba, me hacía sentir importante, atractiva, llena de sentimientos que con mi marido no tenía desde hacía tiempo.

Pero hubo algo que Israel me dio y que Rafa jamás pudo darme. Confianza, estabilidad, y la tranquilidad de acostarme sabiendo que al día siguiente estará ahí. Saber con constancia, que cada día me quería, y no esa intriga de pensar que un día me quería y otro no, pese a lo que se empeñaba en decir que me amaba. No como él, que podía molestarse por algo y bloquearme y desaparecer.

Le dije a lo largo de estos años que se cansaría de mí y él siempre lo negó, le dije en reiteradas veces que sabía que era muy pesada y que no quería molestar, siempre me lo negó.
El tiempo terminó dándome la razón. Quizás no se cansó de mí en sí mismo de la palabra, sino de todo lo que nos rodeaba y que era cargante, tóxico y mugriento, sin embargo, sí, lo hizo.

Pero ¿qué hay de lo que una misma siente al respecto? Yo puedo decirte que no estoy sangrando, pero si tú ves una herida abierta que supura sangre, ¿de qué te sirve lo que te estoy diciendo? Es evidente lo que se ve.

No todo era tan malo con Rafa, teníamos momentos de conexión sincronizada perfecta, pero en su mayoría todas abarcaban lo mismo, la satisfacción. Rafa era una debilidad, y cuando quieres ser fuerte, las debilidades empiezan a sobrar.

Capítulo 20

Dile quién soy (Feat. Nyno Vargas y María Artés)

La montaña rusa en la que vivía me tenía totalmente descontrolada. No sabía en qué día vivía a veces, se me olvidaban cosas importantes, todo se centraba en él, todo giraba en torno a él y todo mi mundo daba vueltas por y para él.

Nuestra rutina era estar bien unos días, para luego por alguna nimiedad estar mal otros tantos.

En cada pelea él tomaba distancia y me dejaba hecha mierda, sin querer salir de la cama, sin comer, apática, triste, sin poder hacer nada de lo que me gustaba… Porque todo mi ánimo estaba en la cadena de la que él tiraba.

¿Sabéis lo peor? Que mi entorno, mis animales, mi marido, mis amigos… intentaban ayudarme. Pero no es fácil ayudar a quién no se deja, y yo me había quedado atascada ahí, y tenía arraigada esa adicción como un maldito tumor imposible de extirpar. No es que Rafa fuera algo malo para mí, nunca lo consideré así, por mucho que en determinadas ocasiones hiciera alarde de que, ojalá, jamás hubiera respondido ese mensaje que originó este vínculo innombrable.

Rafa para mí era muy bueno, y ese fue el verdadero problema realmente. Me hacía reír, disfrutar, sonreír, sentirme viva, joven, como ese espíritu adolescente que se enamora por primera vez y vive todo a flor de piel, intensamente, sin pensar en las consecuencias. Y esto era algo precioso, pero no para alguien como nosotros.

Tanto su mundo como el mío se pusieron patas arriba por esta obsesión, pero él lo podía controlar algo mejor debido a su orgullo.

Sin embargo, mi chip de orgullo tenía cortocircuitos con él y me tenía en la palma de su mano cuando quería. Daba igual si se iba por decisión propia o porque yo le obligase, como decía él en alguna ocasión, donde decía abiertamente que lo había echado a patadas con mi actitud, el caso es que siempre era la culpable yo de una manera u otra, y puedo contar con los dedos de una mano las veces que él ha asumido sus errores.
Y me sobran dedos.

Yo sentía la necesidad constante de saber que me quería, que no había otra, que era todo para él, como lo fui en los inicios, y el realmente, con el paso del tiempo, se ve que normalizó nuestra relación. Yo en cambio, quería vivir en ese proceso idílico del enamoramiento primitivo de unos adolescentes.

Ese en el que no puedes comer, porque las mariposas te llenan el estómago, en el que no puedes dormir, porque las emociones te hacen crear escenarios maravillosos en tu cabeza, y el que te crea una dependencia porque quieres más, más y más. Y todo lo que estés o hagas con esa persona, te sabe a poco.
Todo el que haya vivido su primer amor entenderá de lo que hablo.

Pero volvemos a la pregunta del millón, ¿de verdad era amor?

Unas veces lo aceptaba yo, otras veces decía que no, pero David me dijo una vez, que él sí que creía que había algo de amor, por mucho que en mis enfados con Rafa yo pensara todo lo malo y saboteara mi cabeza para ver fantasmas donde no los había.

Ahora entendía a esas personas ex drogadictas que decían, “lo probé porque quise, pero me quedé porque lo necesitaba”. Yo le necesitaba.
Estaba enganchada a él y a sus buenos días, sus buenas noches, ir corriendo a contarle cosas, buenas o malas, a enseñarle lo que me compraba y cómo me quedaba, a enseñarle cuando salía de la ducha… era todo el maldito día siendo uno en la red. Fusionados por un chat. Eso, amigos, generó una dependencia terrible y una abstinencia letal cuando no la tenía.

Llegué a tomar muchas más pastillas de las necesarias para caer en el sueño profundo y que las horas o los días, pasasen rápido con su ausencia.

Por eso cuando estaba rota por él, me enfadaba, y le decía a David que jamás volvería con él, aunque sabía que él no me lo fuera a pedir, yo no iría detrás. Pero por una cosa u otra siempre me comía mis palabras y volvíamos a lo mismo. El bucle infinito de nunca acabar.

En otra de nuestras tantas peleas, me quedé rota, otra vez, siendo bloqueada por él durante días. David vino a casa en una de mis crisis. Era por la tarde noche, y me instó a que me vistiera elegante. No era una sugerencia. Me obligó en cierto modo con gracia.

Me puse un vestido verde de terciopelo, unas medias negras de cristal y unos tacones negros de cordones. Corría el frío de diciembre y me cogí del armario un abrigo rojo con cuello de pelo suave.

No tenía ni idea de a donde me llevaba, pero haciéndole caso, me maquillé incluso un poco. Me pinté los labios color vino tinto, eyeliner y un poco de colorete, con una coleta vikinga entrenzada que me hizo mi vecina cuando se lo pedí de prisa y corriendo.
¿Por qué salir con David y no con mi marido? Porque mi marido odiaba salir, y conocía lo suficiente a David como para dejarme en sus manos y sentir que iba a estar segura.
Además, él veía que yo necesitaba a mi amigo, y esa sensación de que las dos personas que más quieres se lleven bien por ti y busquen lo mejor de ti, es una de las mejores del planeta.

Me llevó a cenar a una pizzería del centro comercial, donde con esfuerzo me comí media pizza carbonara con un poco de ensalada césar. Comía por obligación, de mí misma inclusive, y por el hecho de no hacerle el feo a David con todo lo que estaba haciendo por mí. Cenamos mientras me sacaba alguna sonrisa y yo soltaba algún comentario lastimero con parte de gracia.

Y hablamos de varias cosas, entre ellas de la amistad. Con Rafa.

- Le pedí que fuera mi amigo, y no quiso ni eso. – Dije bajito, convenciéndome de que no era razón para llorar.

- No es fácil actuar como con una amistad cuando sientes otras cosas por esa persona.
- Pero al principio lo éramos…
- ¿Y en qué derivó? – Soltó el cubierto en el plato. - ¿Cuántas veces habéis intentado ser amigos?
- Muchas. – Confesé con tristeza y melancolía. – Pero quizás…
- ¿Quizás sin ganas suficientes?
- No lo sé, David. El caso es que si una vez se pudo se debería de poder nuevamente. Hay parejas que son amigos después de terminar una relación.
- Pero es que aquí ambos sentís aún, ambos queréis más. No os satisface una relación de amistad porque en el fondo ninguno quiere eso, y por más que lo intentéis, seguiréis dándoos con la puerta en la cara, porque queréis un tipo de cosas, o necesitáis un tipo de cosas, que no está dentro de una amistad.
- Hay quién puede…
- Tú no vales para eso, Alma. Te da celos todo lo que le rodea, igual que le pasa a él contigo. Tenéis sentimientos de pareja, no de amistad. No puedes pretender tener con él una amistad como tienes conmigo. Eso no se fuerza, ni se busca, ni se puede organizar. Eso surge sólo. Como el amor.
- Fuimos amigos… buenos amigos.
- Que acabaron enrollándose y sintiendo algo más. – Me cogió la mano cuando notó que me temblaba sobre la servilleta. – Hay determinadas personas que se cruzan en nuestro camino, y cada una tiene un rol que cumplir. Y enamorarse de una persona no es el rol de la amistad. Porque por más que lo intentéis, nunca va a salir.

Me quedé callada, sopesando las palabras de mi amigo, masticando la realidad, tragando la desesperación de la aceptación de que tenía razón. Lo habíamos intentado mil veces eso de ser amigos, y siempre terminábamos empezando por una foto, y acabando por un orgasmo. Volviendo a lo mismo y estableciendo nuevamente unos límites inexistentes para nosotros y reconociendo que éramos una pareja, otra vez.

Sólo nos hacíamos daño. Mantenernos en contacto fingiendo ser algo que no éramos, y actuando de una forma forzada, seca y distante, no era para nosotros. Y sufríamos con el hecho de que el otro llevase una vida normal, con su pareja, con sus amigos, con sus respuestas a otras personas que nos generaban celos. Y en este punto de la "relación", ninguno tenía derecho de quejarse o pedir explicaciones al otro por lo que hacía. Porque éramos sólo "amigos".

Ahí podemos indagar un poquito también. Las explicaciones.

Yo sentía la necesidad, siendo pareja o no, de darlas para que la otra persona estuviera tranquila sin pájaras mentales. Él en muchas ocasiones también tuvo esa consideración. Sin embargo, en muchas otras sus palabras "no tengo por qué darte explicaciones" me abofeteaban la cara con crudeza y realidad.
No creo que os lleguéis ni a imaginar el trastorno mental que esto me estaba generando. La ansiedad, la depresión, el estrés de mantener algo paralelo a mi matrimonio con tanta preocupación y descontrol.

Mi cabeza estaba al borde del colapso y pensé seriamente en varias ocasiones en coger y desaparecer de la vida de todos, porque no podía más con tantas piedras en la mochila.

David era partícipe, o cómplice, de todo lo que me ocurría o se me pasaba por la cabeza, era mi única vía de escape de aquel torbellino que era mi vida y que tenía que tener mantenido bajo secreto extremo y bajo llave. Le cargué con algo a su espalda, teniendo él bastante con su vida y sus problemas, y nunca me reprochó nada.

Terminamos de cenar y nos fuimos, siendo yo más bien un autómata que le seguía, porque no tenía idea de donde me llevaba.

Acabamos en un polígono donde había un festival de música y estaba todo plagado de gente.

Mientras yo miraba anonadada donde me había llevado y con la incertidumbre de qué hacíamos ahí, él fue al coche con mi abrigo y a por una bolsa de puerto de indias con seven up.

- ¿Qué cojones hacemos aquí? – Dije sonriendo.
- Quería sorprenderte – Pilló un par de vasos de plástico grandes y anchos con hielo, de un puestecito que había ahí. – Sé que no es nuestro estilo, pero necesitas evadirte, y que mejor que con algo que no es propio de ti y no te haga pensar.
- ¿Pero… qué es esto?
- Pues un festival de todo tipo de edades, míralos. – Miré a mi alrededor y las edades fluctuaban desde los 17 hasta los 45, posiblemente, calculando a ojo. – La gente trae su bebida, y sólo puedes comprar los vasos de plástico estos con el hielo.
- Esto es un botellón XXL camuflado con música.
- No exactamente. – Se rio. – Te va a tocar bailar.
- Oh, no. – Dije lastimera. – Ni de coña.
- Cuando lleves unos cuantos de estos tendré que pararte para que no lo hagas.
- Si tu objetivo es emborracharme para olvidar las penas…
- Mi objetivo es que te diviertas, para que pienses en todo lo que te queda por vivir, lo que mereces, lo que disfrutas siendo libre, y que no necesitas a nadie como una garrapata en tu mente.

Me quede callada y le abracé en un acto reflejo para que no viera como se me inundaban los ojos de lágrimas.

Al principio de la noche yo bebía, mientras hablaba con él, con el típico ritmo tonto que tenemos la gente que no queremos bailar. La música era de todo tipo, e iba cambiando dependiendo del DJ que subiera. Lo que haces cuando no quieres bailar, es beber, y lo que pasa por beber es que terminas bailando.

Cuando me di cuenta estaba pidiendo a David que me acompañase a uno de los baños públicos que había fuera de la carpa, y abriéndonos paso entre el gentío, terminamos haciendo cola mientras yo me hacía pis por tanta ginebra.

Cuando me tocó mi turno le di mi vaso y entré, quedándose él en la puerta custodiándome.

Quiero que imaginéis la escena tal cual la viví yo. Un baño portátil público, donde habían entrado ya cientos de personas, cada cual más borracha, habían hecho de todo ahí dentro, todo lleno de papel y de pis por el suelo, aquello estrecho como un sarcófago, y que encima no tenía papel ya.
Yo me encontraba embutida en las medias como una morcilla de burgos, con los tacones, que gracias a mi cabeza eran gordos y con plataforma y me ayudaban a mantener un poco más el equilibrio, y el bolso colgando de un brazo.

Yo me intenté bajar las medias como podía, teniendo en cuenta mis ganas de mear exageradas, lo estrecho que era aquello, que todo estaba orinado y que no tenía espacio ni equilibrio para maniobrar. Y por supuesto, con un nivel de alcohol en sangre considerable ya.

Acabé sudando, arrancándome las medias y mientras me sujetaba de la puerta me sacaba un zapato para quitármelas y después el otro. Me abrí de piernas de pie inclinando un poquito el cuerpo lo justo para hacer pis dentro de aquel tugurio, y rebusqué como pude un pañuelo de papel en mi bolso.

Me lavé las manos en el chorrillo de agua que había en una esquina que se activaba pulsando un pedal con el pie, y salí.

David me vio sin medias y con una interrogación enorme en su cara me tendió el vaso.

- ¿Pero y tus medias?
- En el bolso, y de ahí a la basura porque están rotas. – Di un trago largo a la bebida. – Tú no sabes lo que es mear ahí dentro.

Y me empecé a reír contagiándole mi risa. Volvimos a la carpa, donde la música cada vez cogía más ritmo y ponían temazos que nos gustaban, tanto a nosotros como a la mayoría que, borrachos como cubas ya, empezaban a bailar y a montar espectáculos.

Al final sí que acabé bailando, incluso con uno de los DJ's que estaba descansando cambiando el puesto por el compañero.
Le pedí a David que me hiciera fotos, vídeos, y que después me lo pasase todo. Incluso terminó bailando conmigo, porque este hombre merecía el cielo y a mejor amigo no le ganaba nadie.

Creo que eran las 4 o las 5, no recuerdo bien, cuando nos fuimos de allí y me dejó en casa. Y no os preocupéis por que David bebiera y cogiera el coche después porque estábamos prácticamente al lado de nuestras casas y a esas horas todo estaba vacío. Y al contrario que yo, David mantenía sus cinco sentidos. Yo, si me hubieras preguntado en ese momento, no sabía ni quien era yo. Sólo me reía y me reía, arrastrando las palabras y enganchándome al cuello y al brazo de David cada vez que tenía ocasión diciéndole lo mucho que lo quería.

Llamó a la puerta y abrió Israel entre risa y sueño al verme, le agradeció a David por llevarme sana y salva y me tuvo que acostar, porque no recuerdo más.

Al día siguiente la cabeza era un bombo de bingo. Daba vueltas y retumbaban cosas ahí y a mí me dolía hasta abrir los ojos.
Pero con un ibuprofeno después del bollito de leche y el colacao, estuve mucho mejor y estuve mirando las fotos y todo lo que me había mandado David por Whatsapp la noche anterior.

Me veía suelta, desinhibida, feliz, contenta, alegre, nada se acercaba a la realidad de cómo me sentía realmente. Pero colgué cada foto en la que me veía bien en Instagram.
Por la noche, Rafa, me desbloqueó, no sé muy bien para qué, pero el caso es que no me habló, solamente le veía en línea y yo no me atrevía a escribirle, aunque como siempre, me moría de ganas por hacerlo, pero no quería tentar a la suerte y terminar bloqueada nuevamente.

En cada pelea que acabábamos así, pese a ser consciente de su orgullo y del final, en el fondo de mi corazón albergaba algún tipo de esperanza de que me escribiera. O al menos ver un amago, un escribiendo, un like, un… algo. Pero no.

Tenía claro que había visto mis fotos del festival, era demasiada casualidad su acción, pero me carcomía por dentro que podía pensar. Porque ahí parecía el alma de la fiesta, y la realidad es que era David el que me sacó un ratito de mi caos.

Quizás él creía que era lo que yo quería y estaba feliz. Al fin y al cabo, siempre me lo reprochaba, que era yo la que le obligaba a tomar esa decisión, que yo lo echaba a patadas, que yo lo buscaba, y que yo lo conseguía.

Me tentaba mucho la idea de escribirle, y abría su chat constantemente como una obsesa para verlo en línea y crearme mis propias películas de aquello.

Que había encontrado a otra era la que tenía más peso y la que se repetía una y otra vez en mi mente. Aunque contándole estas inquietudes a David, este me dijera que lo más seguro es que estuviera espiándome a mí, igual que lo hacía yo con él.

Sin embargo, por más que me dijera David, yo estaba obcecada con que tenía a otra y por eso estaba en línea, hablando con ella y recreando nuestra relación, y que me había reemplazado rápidamente, o lo que es peor, me había estado engañando con alguien.

Quiero dejar claro que en el fondo de mi ser, muy en el fondo, bajo los escombros pesados de la inseguridad y el dolor, estaba mirándome mi Alma interior que me aseguraba que no tenía a nadie, y que siempre había sido la única para él en ese sentido. Pero cuando los celos y la ansiedad te ciegan, cuesta muchísimo ser consciente de la realidad.

Me pasé el día tumbada, leyendo junto a Israel y por la noche vimos una película, donde me quedé dormida con la cabeza en sus muslos.

Seguían pasando los días y todo estaba igual. El chat, nuestro contacto, nosotros… yo parecía no levantar cabeza, y al final terminé escribiéndole, con un escueto mensaje cargado de miedo a terminar mal.

Alma
Hola, no quiero tentar a la suerte… pero quiero saber cómo estás

Rafa
Hola, la verdad es que mal…

Alma
¿quieres hablar de algo?

Volvimos a hablar, algo más tranquilos, y poco a poco volvimos a caer en lo mismo, dando el brazo a torcer ambos, y arreglándonos de nuevo.

Volvía a ser la Alma feliz y efusiva de siempre, con esa alegría y energía que desprendía, y el culpable era él, el que estaba siempre controlando mis emociones como si fuese por control remoto.

Una tarde quedé con Mónica, que me llamó por la mañana diciendo que iban a poner una feria celta por el polígono, y me preguntó si quería ir o si quería acompañarla. Acepté. Estaba tan feliz últimamente otra vez, que no dudé ni un segundo. Así que comí pronto y a las 16:00 estaba esperándola con mucho entusiasmo.

Me recogió y fuimos en su coche, aparcó cerca y nos metimos en la feria.

Estaba aún tranquilo.
La verdad es que no había tanta gente como para sentirse incómoda, supongo que por ser aún viernes y la hora que era. Prácticamente estaban abriendo algunos puestos aún. Aunque el que nos interesó a ambas fue el esotérico. Que, como buenas fanáticas de lo oculto, lo mágico y lo sobrenatural, nos fuimos directas sin mirar a ningún lado más. Mientras me iba acercando, la dueña de la tienda me iba observando, clavando más aún la vista en mí, cambiando las expresiones de su cara.

- ¡Hola! Qué bonito todo… - Dije nada más estar frente al puesto.

Nos saludó a ambas, y tomó silencio, y yo vi que había un cartel que ponía que hacía lecturas del tarot. Me picó la curiosidad.

- Me gustaría una lectura, ¿hay que pedir cita?
- A ti no te hace falta una lectura – Me dijo dejándome asombrada, pero me sonrío. Supongo que para que no pareciera una respuesta seca. – Sólo necesitas tomar una decisión en el amor, y dejar de estar a dos bandas, sin atreverte a soltar lo que a veces quieres dejar ir.
- ¿Pero qué…? – No supe que más decir, bajo la atenta mirada de Mónica que me miraba sin atreverse a preguntar.
- No le des más vueltas a eso que te está quitando tantas veces el sueño en las noches que tanto te agobia.

¿Cómo sabía aquella mujer eso? ¿Cómo sabía que mi consulta iba a ser referente a Rafa? Tragué la bola de angustia que tenía en la garganta, le sonreí vagamente y asentí.

Estuvimos mirando mi amiga y yo el puestecito y compramos algunas cosas, yo un collar de turmalina para espantar lo malo, unos pendientes con la triqueta celta, y ella un par de pulseras para la salud y la fortuna. Fuimos de puesto en puesto observando las distintas cosas que había en cada uno, empezando por el de chuches gigantes, y acabando por el de infusiones de todo tipo. Había muchísimas hierbas diferentes.

La zona tenía un recorrido con varios puestos de todo tipo de cosas clásicas, hasta uno para niños donde enseñaban tiro con arco.

Estuve callada, sumida en mis pensamientos sobre lo que me había dicho Tina, la vidente, y Mónica al final no pudo aguantarse las ganas de preguntar.

- ¿A qué ha venido eso?
- ¿El qué? – Quise quitar importancia haciéndome la tonta.
- Lo de la decisión… - Dijo muy despacio. - ¿Qué estaba diciendo?
- Ah, eso. No lo sé, no tengo la menor idea.
- Estabas muy nerviosa tía, algo tiene que ser.
- Se ganan la vida en ferias, algo tiene que inventar.
- Venga ya, tú crees en esas cosas, ambas creemos. – Se puso delante de mí obligando a mirarle. – Si quisiera sacarte el dinero te había

hecho una lectura y te habría cobrado. Sin embargo, te ha dado un consejo gratis.

- No sé Moni… Quizás quería asegurarse un par de clientas.
- Me ocultas algo.
- No te vas a rendir, ¿verdad? – Ante su gesto interpreté que no. – Digamos que hay un chico con el que me llevo demasiado bien y a veces tenemos unos roces un poco… extendidos. Y eso me tiene la cabeza loca.
- ¿Te estás viendo con alguien? – Preguntó muy sorprendida.
- No, no. Es un chico de internet. – Le conté lo mínimo de lo mínimo posible, sólo porque como amiga, estaba siendo una puta nefasta y muy injusta con ella.
- Ten cuidado… No pierdas a Israel, y lo que tienes, por un tío que no sabes que quiere de ti. Al final acabará mal.

Otra punzada de realidad, junto a las advertencias que me hacía David y que mi propia cabeza y Tina, me clavaban como puñales.

Hicimos hora dando un paseo por todos los puestos, y nos regalaron muestras de casi todo en cada uno de ellos. Había uno artesanal de jabones y ambientadores que nos dio dos piedrecitas que olían genial.
El de las hierbas nos regaló un ramillete de lavanda. Otro de frutos secos y dulces artesanales nos dio algunas almendras garrapiñadas y un par de bombones frutales.

Y cuando estuvimos empachadas con las chuches que nos habíamos comido, tanta azúcar nos pedía agua.

Había una taberna medieval que estaba abriendo fogones para empezar a hacer toda la carne que tenía en palestra, y mientras Mónica se sentó en un fardo de paja a mirar el tiovivo medieval que había, fui por un par de botellas allí.

Me atendió una camarera rubia con una túnica medieval, muy simpática, guapa y agradable, y le pidió a su hijo que me cobrase, un guapo jovencito de ojos verdes. En los fogones había un hombre, que hablaba en rumano con otro que estaba con él, que tenía muy buen humor y que también vestía del mismo tipo.

Estuvimos sentadas ahí un rato bebiendo agua, empachadas, incapaces de movernos, hasta que vimos una luz al fondo encenderse, y escuchamos unos altavoces empezar a sonar.

Una chica joven vestida con un bodi negro de cuero y pintada de forma llamativa, con un moño recogido y mucha purpurina, se colgó de aquellos barrotes con un trapo o sábana, y se colgó, haciendo malabares al ritmo de la música.
Era muy emocionante y te dejaba totalmente hipnotizada. Yo grababa y hacía fotos que le iba pasando a David, Israel y Rafa.

Cuando la noche cayó por completo, estábamos ya cada una en casa, y mientras esperaba a que Israel viniera a la cama, mientras me mensajeaba con David y le contaba lo de la vidente, también se lo conté a Rafa.

En qué mala hora.

Se enfadó conmigo, cosa que no vi venir. Empezó a hablarme seco, distante, hasta que ya molesta y saturada le pregunté directamente, qué había hecho yo ahora para que estuviese así. Su respuesta fue cortante como una hoja de cuchillo afilado.

Rafa
Te crees la mierda que te cuenta una impostora, y por eso ahora me vas a dejar.

Alma
¿cuándo he dicho yo que vaya a dejarte?

Rafa
Basta con leer lo que dices de ella. Te lo crees todo.

Alma
Porque me resulta curioso que sin conocerme de nada diga eso

Rafa
Y ya por eso crees que es verdad

Alma
Joder, es que es raro… y me da que pensar

Rafa
En dejarme. Porque te lo ha dicho una sacacuartos

Alma
Si no me ha pedido un duro

Rafa
Pero esta gente sabe mucho, y come el tarro así para que el boca a boca haga que vaya gente. Y tú te crees esas tonterías.

Alma
Ah, que ahora me llamas tonta

Rafa
No. He dicho que dice tonterías

Alma
Y básicamente te enfadas conmigo porque me parece curioso un consejo de una vidente…

Rafa
Porque me vas a dejar

Alma
Yo no voy a dejarte

Rafa
Vas a pensarlo

Estuvimos en una conversación de besugos en bucle en la que él me criticaba por creer a una vidente, enfadándose conmigo por eso, y yo intentando negarle todo. Pero nada, todo fue en vano, tuvimos otra de esas discusiones “rutinarias”.

A veces me sentía enredada en su red, atrapada en ella, aferrada a un imposible. Porque me obsesionó amarle, a él desnudarme. Lo que un día fuimos no puede ser lo que será, es algo que cada vez veía más claro pese a todas las capas que tenía encima de mi propia nostalgia, amor y obsesión.

Y era algo que no podía decir, algo que nadie sabía de mí. Sólo David.

Aún así, con todo esto, prefería un recuerdo, a vivir sin él.

Capítulo 21

Todo tiene su fin (La húngara)

Cuando estás en el tira y afloja con alguien, cuando pasas por tantos momentos malos como buenos, sabes que ahí no es.

Pero una parte de ti, la nostálgica, la que creció con los cuentos Disney de princesas y finales felices, esa parte soñadora e infantil ansiosa de su propio cuento, pasa por alto muchas cosas.

Detalles que hasta que no estás con el agua al cuello, llena de dolor por tanta acumulación, no empiezas a ver.

Con Rafa al principio todo era perfecto. Tenía la ilusión diaria, todo era felicidad, nos contábamos todo, hablábamos de todo, nos reíamos, bromeábamos, y nos dábamos placer a nuestra manera.

Pero con el tiempo empezamos a contarnos cosas que no procedían en un tipo de relación como la que teníamos nosotros.

Hablar de nuestras parejas era un error, y David, como siempre, me advertía de ello en reiteradas ocasiones.

Yo me enfadaba con Israel y me desahogaba con Rafa.

Un error garrafal porque él aprovechaba para meter mierda y darme la razón sólo a mí, dejándome como la pobre víctima inocente frente a un marido cabrón y malvado.

Llegando incluso al insulto fácil o deseos pocos agraciados, hasta el punto de que por muy enfadada que estuviese con mi pareja, tenía que defenderlo frente a él. Se creía con ese derecho, y yo tenía la culpa por contarle mis problemas maritales.

Sin embargo, cuando la discusión era de él y mía, ahí la mala sí era yo. Siempre fue incapaz de ponerse en mis zapatos. Yo no podía hacer nada, pero él podía hacer todo. Si yo hablaba con alguien estaba mal, si él lo hacía, era normal y yo era una histérica celosa. Si el lanzaba un halago innecesario a alguien, ¡es que es una amiga!, pero si lo hacía yo, es que me lo quería tirar.

Sólo veía la paja en el ojo ajeno y aquello era una gran cantidad de plomo para la mayoría de discusiones.

Claro está, cuando él discutía con su mujer venía a desahogarse conmigo, pero yo lejos de hacer lo mismo que él e insultarla, podía darle la razón a él, pero sin faltar el respeto a ella. Entre otras cosas porque no sabía su reacción y porque no quería meter mierda entre ellos, bastante mal me sentía siendo la otra.

No podía entender como a ojos de los demás, siempre que estábamos mal, claro, hablaba de su mujer como si fuera un ser de luz especial y divina, intentando claramente, hacerme el mayor daño posible. Pero aquello aparte de celos, me daba más bien repulsión, asco y pena. En muchísimas ocasiones llegué a sentir pena por ella, tanto como por mí. Por ella por todo lo que le estaba haciendo conmigo, y porque lo veía capaz de hacerlo con alguien más, y por mí, porque me dejé enganchar, usar y manipular por un tío.

Y llegué a ser tan “mala” como él, teniendo en cuenta que yo le estaba haciendo lo mismo a mi pareja.

Aquí volvemos a su gran ego y orgullo, a su hipocresía.
Él podía hacer cualquier cosa, hablar con quién le diera la gana, presumir de su mujer, pero yo no podía hacer nada de eso, no tenía derecho, de lo contrario, entonces sí estaba mal.

Estas acciones que tanto rechazo me generaban, me hacían replantearme siempre qué estaba haciendo con mi vida, con alguien como él. Y que debía de hacer de una maldita vez lo que tantas veces había intentado, sobre todo pensado; terminar con aquello de una jodida vez, aunque el infierno fuera el largo camino a la cura.

Una persona que te habla de una pareja que quiere dejar, que le pide que se vaya de casa, según me decía, y que no la quiere para nada, que está más feliz sin ella, ¿Qué te puede ofrecer a ti como pareja? “Replantea, Alma”.

Siempre fue el único con derecho a enfadarse, siempre tenía justificación sus actos, pero la verdadera razón de todo es que era porque lo hacía él. Si yo actuaba igual era la mala, la loca, la celosa tóxica. Y es muy cierto que lo fui, y pese a ser consciente de ello me costó muchísimo ir curando esa herida que me atravesaba de costado a costado.

Yo me encelaba por cualquier cosa, si se lo decía era un problema, si intentaba gestionarlo yo misma, también lo era. Todo le venía mal. No podía seguir así, me estaba muriendo por dentro de pensar que cualquier mañana me levantaría y sin aviso alguno me habría bloqueado y habría desaparecido. No tenía la certeza de que fuera a estar teniendo en cuenta que a la mínima de cambio salía huyendo, culpándome a mí por supuesto, y teniendo que ir tras él a suplicar perdón.

Me fui volviendo chiquitita con cada discusión, con cada bloqueo, con cada desplante, con cada acción. Cada pelea era un trozo de mí que se desvanecía, hasta dejarme blanca, como un lienzo inerte y sin colores.
Yo… necesitaba volver a ser aquella chica fuerte y risueña que siempre tenía una sonrisa en la boca, aquella mujer que no dependía de un hombre para estar bien y alegre, la que no necesitaba un mensaje para que su día fuese a mejor, ni tampoco necesitaba que me validara él como persona o como mujer. Tenía que terminar.

Pero como siempre ocurría, yo cometía el error de dejarlo en sus manos, un error que David me recriminó mil veces y al que no le quitaba yo razón. ¿Por qué iba a terminar él con aquello?

Se iba y venía cuando quería. Se iba enfadado, volvía y yo aceptaba sus disculpas, y si no venía él, le buscaba yo. Nadie huye de donde hace lo que quiere.

Llegó otra pelea. No recuerdo ni la razón, así de absurda fue. Sin embargo, estuvimos días sin hablarnos para que él terminase diciendo que no quería hablar conmigo. Le dejé en paz. Él mismo volvió a los dos días pidiéndome perdón por haberse pasado conmigo por una gilipollez. Y volvió con un regalo. Que acepté como parte de su perdón.

Pero yo no podía más. Una parte de mí le quería y le necesitaba, pero la otra estaba siendo apretada por una mano oscura en el fondo del océano que tiraba hacia ella, ahogándome.

Nuestro estado de ánimo y de salud JAMÁS debe depender de una persona, en el momento que eso ocurre te conviertes en su esclava.
Yo perdí la cuenta de las veces que me había sometido a él… emocionalmente hablando, pero dice el dicho, que sarna con gusto no pica, y yo debía tener una vena masoquista bastante elevada. O simplemente es que yo era gilipollas.

A fin de cuentas… Son las cosas que más amamos, las que más nos destruyen.

- Echo de menos a la Alma feliz. La Alma de hace unos años.

Me dijo David un día mientras nos tomábamos un café en la bella Julieta. Mi desgana era tan enorme que ni miré la carta para los dulces.

- Yo también la echo de menos. – Le confesé al darle un sorbito al capuchino. – Echo de menos estar alegre, estar tranquila, vivir con calma y no con esta opresión en el pecho constante. Echo de menos estar sin llorar a la mínima, sin pensar que no valgo nada, y estar sin todos estos pensamientos intrusivos que me atormentan noche y día. Echo en falta acostarme y levantarme sin el miedo y el pánico

de que cuando me despierte, la persona que me importa no me haya abandonado.

Se quedó pensativo ante mi diarrea verbal. Me conocía bastante bien, mejor que nadie incluso, a veces creía que mejor que yo misma. Y su mirada lo decía todo. Me cogió la mano y me apretó, reconfortándome como sólo él sabía hacerlo siempre.

- Tienes que centrarte en los que estamos, en quien te quiere, en quien no se va a ir, en quien no te recrimina, en quien no se enfada, y en quien no te castiga con silencio y palabras hirientes que saben que te van a destrozar. – Yo estaba a punto de echarme a llorar. – Tienes que salir de ahí, porque esto, ya te lo dije en su día, nunca tendrá un buen final. Para nadie.

Me tuve que ir al baño a llorar unos minutos, a lavarme la cara y a despejar el pecho de la ansiedad que me estaba invadiendo. Necesitaba llorar, llorar mucho, y no me preocupaba que David fuera mi espectador, pero no quería un número en la cafetería.
Fuimos dando un paseo cuando salimos de allí hasta su casa, y yo necesitaba desahogarme, y él lo sabía. No podía hacerlo en casa con mi marido, no podía hacerlo con él porque no podía explicarle nada, pero David sabía todo, y era el único ser de la tierra que sabía toda la verdad, todo lo que yo sentía, lo que había ocurrido, y lo más importante, la única persona que, por muy mal que yo lo estuviera haciendo, jamás, bajo ninguna circunstancia, me iba a juzgar.

Era como mirarse al espejo y dejar fluir tus miedos y dolor, sólo con la bonificación de que David me abrazaba y ahí me sentía querida, protegida, apoyada, reconfortada. Como cuando eres una niña y corres con miedo a los brazos de tu padre, porque sabes que tu héroe no dejará que te hagan daño y te protegerá de esos demonios que habitan en tu armario.

Siempre que tuve miedo de niña, iba a papá, él lo arreglaba todo, se enfrentaba a todos, y me salvaba de todos. Igual que hacía mi mejor amigo.

David era la palabra suerte y tesoro hecha persona, porque como me sentía con él, no me sentía con nadie. Quizás lo más cercano a él era lo que he dicho más arriba, los brazos protectores de mi padre.

David siempre quería lo mejor para mí, siempre me iba ayudar, siempre iba a estar ahí, y yo me sentía tremendamente mal de ser tan consciente de las veces que le había dejado de lado también a él… y que, sin embargo, cada vez que Rafa me rompía, él recogía mis pedazos y los volvía a juntar poquito a poquito, sin reproches, con cariño, con amor, con confianza, con mimo, con bondad.

Tantas veces a lo largo de estos años me he hecho la misma pregunta, ¿Qué hice yo para tener la suerte de tener a alguien como David en mi vida? Porque esa tranquilidad y serenidad, no la conseguía con nadie. Y aunque estaba mal decirlo, ni con mi marido, pese a los años, la confianza y el amor que nos teníamos, me sentía así.
Digamos que David era una parte de mí, una parte que me complementaba, una parte que necesitaba, y de la que no podía ni imaginar vivir sin ella. Era mucho más que una pareja o un amigo, no había logrado dar con la palabra correcta para calificar lo que era para mí o la relación que teníamos.

Pero era donde iba cuando estaba feliz, cuando tenía algo que contar, cuando tenía que llorar, cuando estaba triste, la primera persona a la que iba cuando sufría algún tipo de emoción, cambio de humor o noticia. Era algo que, quizás él mismo, no tenía claro. Pero era uno de los pilares fundamentales de mi vida y un chaleco salvavidas que me había ayudado en innumerables ocasiones a no ahogarme. Era de lo más valioso que el azar y la vida me habían dado. Amigos del alma, dicen, y no me cabía duda siempre que lo pensaba, que en esta y en otras mil vidas, nos volveríamos a encontrar.

Nunca he llegado a agradecerle lo suficiente por todo lo que ha hecho por mí, pero algún día le dejaré claro que el hecho de no haberme soltado la mano jamás es algo que me mantiene aún en pie.

Me desahogué con él, llorando amargamente desconsolada, gastando pañuelos de papel mientras él sólo me abrazaba, y era el mejor consuelo que se podía tener. Porque a veces cuando estás mal, no necesitas palmaditas en la espalda, sólo que alguien te abrace, sólo la presencia, sólo saber que no estás sola. Y David nunca me abandonó en cada paso que di, fuera correcto o erróneo, siempre estuvo ahí agarrando mi mano para que no cayera.

Me quedé tranquila, en paz, satisfecha. Su apoyo incondicional era algo que siempre me reconfortaba y que valoraba, aunque fuera tan gilipollas de no demostrarlo cuando la obsesión por Rafa me cegaba.
Tenía que tomar una decisión, no podíamos seguir jugando al gato y al ratón. No podía permitirme más daño a mí misma, y daño indirecto a mi pareja y a David. O a Rafa. Tenía que ponerle fin, todo tenía que volver a su cauce. Todo era tóxico, turbio, demasiado enfermizo y dañino.
Nada se sostiene cuando está enfermo, había que ir cortando las partes malas para que volviera a florecer lo bueno, acabar con ese gusano que se estaba comiendo la planta alegre y vivaracha que adornaba el jardín de la vida. Me iba a doler, iba a sufrir, pero también iba avanzar, iba a curarme, y cuando sanara sería la Alma que fui en el pasado.

Lo tenía decidido, hablaría con él y se terminaría todo. No esperaba un final feliz ni mucho menos, de hecho, esperaba al menos una amistad, aunque en el fondo de mi ser, pensase que no iba a ser ni cordial.

Quise hacerlo por teléfono, de la manera más cercana posible. Era de las pocas veces que hablaríamos por ese medio, irónicamente resultaba extraño.

Alma
¿Te importa que te llame?

Rafa
Me sorprende, pero puedes hacerlo

Con dedos temblorosos busqué su contacto en la agenda, y pulsé llamada. Lo cogió al instante y el nudo en la garganta y la vergüenza me tenía ansiosa y nerviosa.

- Necesito hablar contigo de algo importante, y … necesito que sea por aquí.

Silencio por su parte unos segundos eternos.

- No sé por qué me veo venir algo que no me va a gustar.
- Yo he vivido contigo algo increíble, pero también me he dormido muchas noches llorando, con la cabeza destrozada, con miedo a mirar el móvil y que un día simplemente no estuvieras, llorando en silencio por mis celos, por mi temor a perderte y realmente he visto que la que se ha perdido he sido yo.
- No entiendo que quieres decir ni a cuento de qué viene esto ahora.
- Que creo que es hora de que cada uno siga su camino. Y podemos seguir como amigos.
- Ah, qué quieres que se acabe todo, ¿no? - Su voz aquí empezó a sonar borde, tensa y nerviosa. Se estaba enfadando. – Pues nada como quieras. Y olvídate de lo de amigos. Empiezo a cansarme de estar así ya.
- Esta será la última vez. Y al contrario que otras veces, no te pediré nada, sólo te pido que no desaparezcas de mi vida, contacto cero un tiempo quizás, porque necesito curar, necesito renacer, necesito desintoxicarme de ti. Pero me gustaría saber de ti.
- Eso no va a pasar…Que bien planeado tenías el discursito, ¿llevabas mucho con ganas de dejarlo? Porque no entiendo esto cuando estábamos bien ahora.
- No, Rafa, hace muchísimo que no estamos bien. Años, quizás.
- ¿Y me lo dices ahora?
- Todavía no sé por qué volviste cuando me dejaste, cuando yo estaba sanando, ¿para qué? ¿para seguir este círculo vicioso de cariño, sexo, y discusión?
- ¿Cariño? – En este punto casi escupía las palabras con rabia, estaba muy enfadado y sabía que en cualquier momento sería el fin de la conversación. – Pues mira, si lo llego a saber no vuelvo, es lo que tenía que haber hecho, seguir con mi vida y tú con la tuya, ya que tienes tantas ganas.

- Yo te quiero, pero…
- Me quieres mucho, sí. Por eso estamos con una mierda así cada dos por tres.
- Esto no es sano.
- Te estás pasando esta vez y no voy a aguantar otro numerito más.
- Te quiero, de una manera que no se explicar, ni voy a etiquetar. Me has dado mucho, bueno y malo. He vivido contigo cosas fantásticas, y descubierto el lado malo de la obsesión y amor por alguien. Quizás nunca fue nuestro tiempo, sólo fuimos dos casualidades en la misma red. Yo nunca cambiaré mis celos si la persona que me importa está detrás de otras mujeres con la excusa de ser amable o porque son amigas. Y no quiero migajas, no quiero ser la otra, no quiero llorar más cada vez que vea algo que no me gusta, no quiero estar con la duda constante a la mínima de que sólo me utilizas porque te conformas conmigo, no quiero ser la, no me queda otra, o la única que cae, de una lista de atracciones. He llegado hasta aquí, me ha costado mucho esta decisión, pero por más que me vaya a doler y lo mal que lo voy a pasar, a veces es mejor pegar el tirón de cera de una vez, que ir pelo a pelo. Lo siento.
- Esto es otro numerito de celos, ¿ahora por quién? Según tú me quiero follar a todas.
- No es por nadie, y es por todas. No confío en ti, y lejos de eso, es que no está bien. Además, como bien dijiste una vez, seamos realistas, esto nunca irá a ningún lado.
- ¿Ahora me sales con aquello?
- Era un ejemplo. – tragué el nudo en la garganta y aguanté un poco más las ganas de llorar, no podía permitirme romperme ahora. – Cuídate mucho, Rafa, y se feliz. Te agradezco mucho todo lo bueno que me has dado, y quizás deba agradecerte incluso lo malo, porque de ello espero haber aprendido algo.
- Sí, muy feliz sí. – Estaba a punto de colgarme. - ¿Algo más que decirme?
- Me gustaría ser amigos, como te he dicho… de lo contrario no me verás por ningún lado, me pondré candados, y tú no estarás ahí, bloqueo mutuo en WhatsApp y cero contacto, que el tiempo sane lo que nosotros hemos roto.

- Muy bien, como quieras. – Orgulloso hasta el final, como era de prever. – Pues nada…contacto cero. Yo no puedo ser amigo tuyo. Ni te quiero en mi vida. Ni me hables ni nada. Cada uno por su lado, con su vida.
- Que te vaya bien, Rafa. Espero que con el tiempo podamos encontrarnos con otros pensamientos.
- Adiós. – fue todo cuanto dijo y colgó.

Entonces ahí me dejé caer, lloré desconsolada, borré su chat en el acto porque sabía que de lo contrario no lo iba hacer, y vi que él ya me había bloqueado. En todas mis redes igual.

Bloquee su número de teléfono incluso. Me aislé en mi propio dolor que sólo compartía con David, ajeno mi marido del porqué de mi depresión.

Tanto tiempo, años, y todo se había terminado, por suerte o por desgracia, para él o para mí.

Yo estaba rota. Él sé que también. Ambos teníamos una herida profunda que sangraba y supuraba. La mía tristeza y dolor, la suya más bien odio y rencor.

Y me volvió a costar la vida levantarme de la cama cada día. No podía comer. El sueño era una ruleta rusa, podía dormir mucho por la medicación o despertarme presa de la ansiedad y no poder pegar ojo. No me centraba en nada, estaba irascible, rabiosa, llorona, triste, frustrada, con ganas de buscarle, de pedirle perdón, de suplicar que volviera, de buscarlo en las redes, de saber algo de él, de quitarme los candados… estaba fuera de mí, loca, tenía el síndrome de abstinencia al borde del colapso.

Era una bomba de relojería a punto de estallar. Pero recordé los pasitos que fui dando cuando me dejó la primera vez meses atrás.

Me centré en mí, mi imagen, mi espiritualidad, empecé a perderme en libros, en juegos, pasear, mi familia, a ignorar un poquito cada día más el móvil… Empecé a ver la luz, y pude ir agarrándome a las piedras que formaban ese pozo profundo para ir subiendo cada día una piedra más. Y a veces iba más rápido, ¡subía dos! Porque la mano de David aparecía y me agarraba, tiraba de mí y cogía más fuerza.

Empecé a sonreír más y llorar menos, a comprarme flores demostrando que me volvía a dar cariño a mí misma, y que todas las heridas que él había ido dejando en mi corazón, iban cicatrizando con el paso de los meses. Meses eternos, largos, de recaídas, de pensamientos e impulsos por volver, pero con la voz de mi cabeza diciendo "date la vuelta, mira todo el camino que has hecho, y mira lo que te queda para llegar.

¿Merece la pena perder el progreso?" y seguí avanzando un poco más, cada día, cada semana, cada mes… muchos meses necesité para sacar algo que tenía tan dentro de mí, pero que al final logré. Aún así, las dudas siempre asomaban ¿y si…? ¿qué? ¿Hubiera sido diferente? ¿Hubiéramos estado solteros? ¿Hubiéramos seguido igual? No nunca iba a llevar a nada bueno o sano.

Mis impulsos por saber de él seguían de vez en cuando, pero cuando se me pasaba por la cabeza, hablaba con David y me hacía recapacitar. Descartaba la intención y la idea, porque verle sería recaer, sería hacerme preguntas, sería sufrir otra vez porque vería algo que no me gustaría, sería la recaída del drogadicto cuando pasa por el centro de desintoxicación y le ponen cocaína en la cara una vez curado, al salir. No había que tentar a la suerte, porque siendo sincera, no me fiaba de mí misma.

Me costó año y medio volver a ser yo, dejar de pensar, dejar de creer e imaginar escenarios imposibles que sólo se daban en mi cabeza.

Nunca le busqué, me desconecté de todo lo que compartí una vez con él renaciendo nueva en todos lados, cubriendo mi identidad, sabiéndola sólo mi círculo más íntimo. Como que me llamaba Alma, mi alma renació, sané, y volví a disfrutar de la gente que me hacía bien, de lo que me gustaba, de vivir ajena a la pantalla, de dar importancia a quién me la daba, de huir de lo que olía mal.

Porque aprendí a detectar errores futuros.

Tenía algún tipo de antivirus mental que se pasaba automáticamente cada vez que alguien nuevo me hablaba, y en la mayoría de casos les bloqueaba por sospechosos.
Mi esencia volvió. Me liberé de la carga. Aprendí del error. Seguí con mi vida.

Seguimos cada uno con nuestra vida. Tal y como él me pidió que hiciera, la noche que me dejó fuera de su vida.

El diario de Alma

Hand of Sorrow (Whitin Tempation)

Fue todo demasiado deprisa, frenético, inesperado. Cuando quise mirar atrás y darme cuenta, era tarde y fui consciente cada día de lo que no quería aceptar. Estaba en un bucle.

Mis conversaciones con David eran tremendamente satisfactorias porque me ayudaban a sobrellevar el dolor y el engaño que sentía.

Pero pude buscar también, consuelo en un hábito que leí a una terapeuta en Instagram. Escribir en un diario como me sentía.

Yo estaba en una batidora de emociones que se mezclaban entre sí y el cóctel era abrumador, daba tanta pena ajena, como a mí misma, y empecé a dejar la mente en blanco y dedicarme cada día unos minutos para reflexionar y plasmar algo en las hojas que me miraban juzgando mi inaptitud.

Porque no hay peor trampa que la que te tiendes a ti mismo, y con Rafa, no paraba de ser yo mi propio señuelo.

Aquí encontraréis los fragmentos que se venían a mi cabeza cada vez que discutíamos, que yo me sentía mal, cuando me encontraba sola, utilizada, incomprendida…

Y entonces te cuesta respirar, porque hasta el aire, su aire, te ahoga. El nudo se incrementa, formándose una trenza perfecta de sentimientos, de cariño, deseo, remordimientos y celos, que se anuda con cansancio.
Abres el libro que minuciosamente quieres terminar, pero no puedes dejar de escribir en él. Poniendo puntos y comas, sin saber cuándo escribir el final.

Mientras tanto, el recorrido te lleva por lugares soñados que siempre fueron deseados y familiares, pero nunca habitados, dejando una estela de recuerdos como letras de canciones perfectas y repetitivas que se adaptan a ti.
Te cansas de esperar lo que no llega y que promete ir hasta a ti, dibujando pequeños pétalos de una flor que te es conocida. Desconcierta hasta tal punto que lo mejor es huir, despojando cada hoja que envuelve todo del capullo, hasta quedar solamente el tallo que siempre estuvo ahí.

Hay personas que no quieren leernos, ni contestarnos y que intentan olvidarnos. Esas personas me niegan la posibilidad de explicarles cómo disfrute con ellos y cuánto los echo de menos.

Tengo que alejarme de lo que más cerca quiero, sin pensar. No mirar atrás. Centrarme en lo que está y olvidar lo que no me conviene, y lo que no tiene ningún camino.

Me dijiste que me querías, cuando más necesitaba oírlo.
Pintaste mi lienzo de colores, para que yo viera la imagen perfecta en él y me dejase llevar.
Ahí estabas, expectante, tranquilo, al acecho para aprovechar la oportunidad.
Fui ilusa cuando te creí, tonta cuando pienso en ti, idiota, ciega y sin razón en lo que se refiere a ti.
Pero tú has ido quitando cada hilo que sostenía la venda, he escuchado más mi yo, ese que se sentía pequeño y minúsculo en semi silencio para darte margen a ti.
Tardé mucho en verlo, demasiado en aceptarlo, y eterno en asumirlo. Que hay cosas que suceden solo para recordarnos lo que no debe ser. Lo que no debe continuar. Lo que tanto, querido, nos costó calmar.

Si accedes a condiciones para que esté ahí... Igual es que no debe ser. Estar porque se quiera, no por lo que acceda o exija el otro.

Oímos lo que más ansiamos cuando más lo necesitamos. Corriendo tras algo que creemos pillar sin llegar alcanzar. Pensamos en parar y dejarlo ir, pero justo en ese instante, no sólo se frena, sino que retrocede para darte aún esperanza. Es lo que pasa con las personas. Perseguimos una estela que nos guía y que queremos abrazar, pero cuando lo rozamos con las puntas de los dedos desaparece y nos deja rotos.
Aun siendo conscientes de que somos como un libro de varios personajes que pasan por tu vida, te empeñas en ceñirte a la novedad, el descubrimiento, la intensidad, el colocón de oxitocina o dopamina, que nos eleva a la cúspide de la satisfacción.

Entregar, dar, esperar, los tres errores humanos que nunca nos dejan avanzar.
Era bonito al principio, cuando nada se rompía, cuando todo surgía, cuando nada molestaba y todo encantaba.
Era bonito al principio cuando conmigo te reías, ninguno lloraba, cuando más me necesitabas.
Era bonito al principio cuando nadie salía herido y sentía que volaba.

La noche cae mientras tú ausencia me machaca.
Mi silencio grita, bajo el manto de tus manos.
Quiero verte regresar, pero no como un simple humano.
Eres fuego y yo leña para tu hoguera.
Me quieres apresar, pero me escapo entre tus brazos.
Te escucho gritar como un náufrago a la deriva pidiendo socorro, pero me niego a mirar porque sé que tú ya no estás, y no eres más que otro.

Bésame, con los ojos cerrados sin medir la pasión.
Bésame, con tus manos en mi cintura arraigándonos el uno al otro en un único furor.
Bésame, mientras oyes los latidos de mi pecho retumbando en tu corazón.
Bésame, fundiendo tu cuerpo con el mío embriagándonos de calor.
Pero sobre todo, bésame, para demostrarme que siempre seremos tú y yo.

Quería ser de ti, mientras mirabas sin saber si acercarte.
Quería ser de ti, cuando me mirabas desnudándome.
Quería ser de ti, cuando tu boca comenzó a devorarme.

Quería ser de ti, cuando tus manos estaban acariciándome.
Quería ser de ti, cuando empujabas una y otra vez, penetrándome.
Así quería ser de ti, en cada uno de los pasos, de las formas, haciéndome tuya, como en una canción cada nota, quería ser de ti, pero no querías, algo que al final comprendí, aunque fuera tardía.

No puedo pasar la página, cuando el libro es mi favorito
Fuiste la historia más bonita. Esa que jamás pudimos contar.
Toda mi vida temiendo perder a la gente, pero nadie teme perderme a mí.
Empezando por mí misma.

Te quiero.
Pero me dueles.
Te quiero.
Pero no me ilusionas.
Te quiero.
Pero me siento decepcionada.
Te quiero.
Pero me siento sola.
Te quiero.
Pero no me escuchas.
Te quiero.
Pero me utilizas.
Te quiero.
Pero soy reemplazable en tu vida.
Te quiero.
Pero no soy, ni seré tu prioridad.
Te quiero.
Pero soy la Z de tu abecedario.
Te quiero.
Pero si no es bonito, no es amor. Si duele no es amor. Si lloro no es amor. Si sufro no es amor. Si no me siento yo, libre de ser y decir, no es amor.
Te quiero.
Pero te has convertido en nostalgia de lo que fuimos, y jamás volverá a ser.
Te quiero.
Pero extraño lo que éramos, quién eras, quién era yo contigo.
Te quiero.

Pero fuiste deshaciendo la nube de felicidad que me creaste, cayendo en gotas de lluvia por condensación de tu pasotismo.
Te quiero.
Pero en la tabla periódica de nuestra química nos falta oxígeno.
Te quiero.
Pero más me quiero a mí, que yo voy primero.

Era bastante triste ver como tú me intentabas buscar reemplazo, con cualquiera que se pusiera a tiro, tuvieras o no oportunidad. Mientras tanto, yo no quería reemplazarte por nadie, ni lo pensaba, porque bastante tenía con lo nuestro, no quería repetir el holocausto de amor, obsesión, celos y paranoia, pese a todo lo bueno que nos dimos.

A menudo me martirizaba por mantener personas en mi vida, tirando sólo yo de la cuerda. He soltado y ellos no están. Hay gente que debe estar fuera de mi vida.

Te quise,
Te quiero,
Te querré,
El pasado divertido,
El presente dolorido,
Y el futuro que no fue.

Después de pasar por muchas fases como la decepción, el enfado, la traición, la rabia, la ira, la tristeza, la pena, la duda, y al final la aceptación.
No dudé de lo que sentías al principio del camino, durante y después. Dudaba al final del trayecto, cuando cerraste la puerta sin querer mirar. Supongo que esa fue nuestra historia. Un principio frenético, una historia intensa, con un agridulce final. Una de esas cosas que la vida sólo te da una vez. Para que tengas la oportunidad de creer en la magia siendo adulta, la magia que te crea una persona. La simbiosis perfecta de dos personas químicamente complementarias. Fue lo más bonito que encontré en el camino, lo que me hizo vivir mi historia de cuento, y la que guardaré bajo llave en el recuerdo, extrañándote cada día. Gracias por hacerme sentir, vivir, imaginar y soñar.

Pero daba pena. Pena ver que tanta intimidad, nos dejó siendo dos extraños.

Y quizás, sólo quizás, debo dar la razón en algo a ese anuncio.
Es que conforme salían mis pensamientos en forma de palabras hasta quedar delante de mis ojos, yo iba siendo más consciente de todo el daño que me estaba haciendo.

Seguramente mutuo, porque no dudo que él no pasase por la fase de enganche emocional y obsesión como la llevé yo, pero sí que es cierto, o al menos lo pienso así… es que las mujeres somos más emocionales, impulsivas, intensas, y el factor amoroso obsesivo nos lleva a perder la cabeza.

Pero también os contaré un secreto, yo siempre he sido una puta loca, en un mundo de cuerdos.
Una ansiosa (no en el ámbito de querer tener todo lo material a mi alcance o no) con una habilidad digna del Doctor Strange, donde visionaba millones de futuros posibles y múltiples escenarios.

Todos malos por supuesto. Haciendo creer a mi cabeza cosas que realmente no eran.
Me costó tiempo, revisionar nuestra historia en el pasado, para darme cuenta que él sintió tanto como yo, se obsesionó tanto como yo, y comprender, que, pese todos sus fallos yo no era ningún ser de luz, y querer a alguien como yo con mis constantes paranoias, era muy difícil.
Y desgastante.

No puedo culparlo por querer paz, calma y tranquilidad, y una vida sin miedo a cometer un error que nos llevase a una pelea. Sin embargo, mi diario estaba lleno de aquellos pensamientos donde, presa del dolor y los pensamientos intrusivos, parecía que él no me quería. No fue así. Ambos sentimos mucho. Intensamente. De manera obsesiva, frenética, montados en una montaña rusa de adrenalina que supurábamos juntos.

Sé que me quería a su manera, sé que lo fui todo para él, sé que fui importante, la única, la novedad, la marca y la cicatriz que siempre le seguirá. Porque, aunque no quiera verme, sé que, en el fondo, se acordará siempre de mí.

Y cada verso de despecho y dolor que has leído aquí, fue conjugado por las distintas emociones que iba sintiendo. A veces amada, otras utilizada, y otras querida. Pero sabiendo en mi ser lo más importante y real. Que Rafa sentía tanto por mí, que se le escapaba de entre los dedos. Igual que yo sentía tanto por él, que una parte de mí se fue aquella noche con él.

Quizás sentimos tanto, que no supimos gestionarlo. No sabíamos qué hacer con tanto que nos envolvía, y nos sobrepasó todo. Porque queríamos más de lo que podíamos, de lo que podía ser, y tanto como queríamos, acabó por ahogarnos en una burbuja de malas decisiones y discusiones que nos hicieron una herida enorme. Pero algo tenía muy claro. Siempre sería ÉL.

Epílogo

Flowers (Miley Cyrus) and Take on me (A-ha)

Era feliz con mi vida. Tenía un marido al que amaba y que me correspondía, teníamos una familia peluda. Habíamos adquirido un trabajo estable donde estábamos juntos, permitiendo que pasásemos prácticamente todo el día el uno con el otro. Aquello nos unió mucho más, en el momento en el que yo dejé de hacer más caso a un aparato que a él, claro.

Nunca le confesé nada, pero sé que él lo sabía, o algo intuía, porque en alguna discusión que otra, había salido a relucir el reproche. Pero quizás con madurez perdonó mi desliz, ya que no pasó a físico.

Bastante generoso por su parte, porque si hubiera sido al revés yo no hubiera tenido esa consideración con él. Pero lo hizo, me perdonó, continuamos cada vez más unidos, hacíamos cosas juntos los días libres, salíamos como nunca antes habíamos hecho.

Aprendí a controlar mis celos y a confiar en él, pese a que siempre tuve el miedo de “si yo hice esto, él podría hacérmelo a mí también”, pero con calma, cariño y paciencia infinita por su parte, cambié. Me perdonó aún sin hablarlo, lo sentía y lo sabía. Me volvió a demostrar una vez más, porqué yo siempre lo elegiría a él, porque él no era como Rafa, porque quizás no me decía constantemente lo que yo le ponía, o lo que me deseaba, pero el sentimiento de amor era tan enorme, y sus acciones tan claras, que estaba cada día más enamorada de Israel.

Al cabo de los dos años me quité los candados de las cuentas nuevas que me hice.
Quería llevar una vida social cibernética compartiendo mis aficiones, pero esta vez sin claves secretas a mi marido, sin ocultar nada, todo a la vista, aunque él ni mirase, pero con esa tranquilidad de lo mío es tuyo y lo tuyo es mío, que es lo que hace un corazón unido.

Me puse mis datos, empezó a aparecer gente que conocí tiempo atrás, retomé contactos, volví a una rutina ajena en este tiempo, pero con la cabeza amueblada y de la mano de mi marido. Nunca más cometería ese error.

Salimos de trabajar aquella tarde y fuimos a la bella Julieta a merendar, iba distraída con el móvil publicando un tweet sobre un libro que acababa de salir y que me había pedido por Amazon.
Me senté en la mesa y le dije a Israel que me pidiera lo mismo de siempre cuando se acercara el camarero.

Cuando acabé puse el móvil en el bolso, un hábito que había conseguido desde que superé aquella obsesión y que realmente me venía genial, y me parecía más sano. Aprendí a valorar la compañía de al lado, sin vivir en la pantalla.
Porque era increíble pensar que cuando los teléfonos estaban atados, nosotros éramos libres, y ahora que no tienen ataduras, somos nosotros los que estamos atados.

- Ese de ahí no para de mirarte. – Me dijo mientras me puse a hacerle una carantoña al cruasán de mantequilla y mermelada.
- ¿Quién? – Me di la vuelta y en el instante me arrepentí, y sentí alivio a la vez. – Creo que le conozco.

Es lo único que dije mientras pegaba un bocado a la merienda. Y él no quiso indagar más. Pero cuando nos íbamos miré y seguía observándome.

- ¿Te importa si voy un momento a hablar con él?
- Te espero fuera. – Y me dio un beso en los labios y se fue a la puerta.

Dudosa me acerqué a él. No sabía cómo empezar aquello.

- Si me sigues mirando de esa manera, cualquiera puede pensar que eres Joe Goldberg.
- No tengo ni idea de quién es ese. – Sonrió. Parecía estar calmado y no tener rencor.

- Un acosador muy divertido, tienes la serie en Netflix, se llama You. – Me senté. - ¿Qué haces aquí, Rafa?

Era un buen momento para exorcizar los demonios, y en mi mente me veía frente al espejo, mirándome a mí misma, después de todo este tiempo, recordando Take on me de A-ha y pensando seriamente en la letra. ¿Otra vez?

- Quería tomar un buen café. Y siempre dijiste que esta era tu cafetería favorita.
- Lo que yo no sabía es la distancia que tenías de mí, nunca me lo dijiste, siempre fue un misterio si te vería alguna vez al doblar la esquina.
- Nunca tuve intención de forzarte a vernos, pero me moría de ganas. – Silencio incómodo unos segundos. – Veo que te va bien. Y con él.
- Me ha costado, pero sí. ¿Y tú? ¿Todo bien?
- A ratos.
- Siento oír eso.
- Fue desesperante estar furioso todo el día durante un tiempo, odiándote y necesitándote – Tragué saliva – miraba cada día por redes a ver si te veía, pero te había tragado el ciber espacio.
- Era necesario estar oculta, por el bien de los dos.
- Hasta que te quitaste los candados y volviste a resurgir. – Mi cara debió preguntar lo que mi boca no se atrevió. – Sí, he estado mirando hasta que te encontré.
- Eso suena raro, la verdad.
- Me gustaría hablar con calma, con normalidad, sin cosas raras.
- No sé, Rafa, creo que nuestro tiempo pasó. Y siempre tuvimos algún tipo de obsesión enfermiza que nos hacía recaer. Intentamos ser amigos miles de veces y fue imposible, y yo no pienso volver a sentirme así.
- Siento mucho lo que te hice.
- Y yo a ti. – Sonreí. - Nunca pensé que verte en persona sería para esto.
- Créeme que yo nunca imaginé que sería para esto, sino para otro tipo de cosas.

- Ese fue uno de los problemas, reducimos todo a eso. Y eso era precioso y excitante en cierto modo, me hacías sentir muy especial, pero no era para personas como nosotros que teníamos ya algo importante y nuestro. – Dudé si coger su mano, pero lo hice. – Fue bonito, aunque dolió mucho, y te mentiría si te dijera que quiero ser tu amiga, porque temo enormemente volver a caer.
- No tiene por qué pasar.
- Pero pasaría – Me reí. – Siempre va a pasar. En esta o en mil vidas estamos conectados sexualmente, y eso nunca cambiará. Podemos hablar de vez en cuando si quieres, si tienes un problema puedo escucharte, pero ten presente una cosa, mi móvil está abierto a mi marido y no quiero nada más que a él.
- Eso me consta desde que finalizaste esto.
- Tengo el mismo número, te quitaré el bloqueo. Pero no me des los buenos días, no me des las buenas noches, no me hables todo el día, no me des indirectas, no me piropees, porque no te responderé y si veo peligro pulsaré el botón de bloqueo.
- Me parece bien. – Agarró mi mano fuerte. – Comprendí que realmente, aparte de obsesión, me enamoré bien fuerte de ti.
- Pero tú estabas casado y alardeabas de tu mujer, y seguirás con ella. – Retiré la mano
- Sí, sigo con ella, pero dejaste una marca en mí… que sé que tú también tienes de mí.
- La marca de guerra, se podría decir.
- ¿Fue una guerra lo nuestro?
- Quizás una batalla más bien… nuestras peleas eran tremendas. Y ahí dejó de ser onírico como los cuentos perfectos. Pero también era algo necesario. No se podía mantener aquello.
- ¿Y si hubiéramos decidido dejar a nuestras parejas y estar juntos?
- Que no lo hiciéramos responde a la pregunta en cierto modo. – Miré a través del cristal, Israel estaba sentado en la plaza mirando el móvil. – tengo que irme, me esperan. Pero antes necesito saber una cosa.
- ¿Qué?
- ¿De dónde cojones eres?
- Vivo a 600 km de ti. – Se rio.

- Este va ser el café más caro y lejano de la historia.
- Pero ha valido la pena por verte. Y por recordarme lo imbécil que fui y lo mal que hicimos las cosas.
- Hicimos. Muy bien dicho, sí. – Me levanté de la silla. - Gracias por la visita y la charla, espero que todo te siga yendo bien y bueno, ya nos leeremos por ahí.
- ¿Un beso? – Se puso de pie y le miré confusa. – En la cara, como personas normales.

Dude un momento. Pero accedí. Sentí su barba en mi cara, junto a sus labios en mi moflete depositando un beso, más lento de lo necesario, junto a una caricia en la mano. Sé que me olió, que aspiró mi perfume.

- Fresa y nata… - Se rio – Como no…
- Has sido tanto para mí, que ni en cien vidas sabría calcularlo.

Sonreí y me alejé con un nudo en el estómago, salí por la puerta sin mirar atrás sabiendo que me estaba mirando, y me acerqué a Israel, le besé y me agarré a su brazo y nos fuimos mientras le contaba que era un amigo que conocí hace tiempo y que perdí el contacto con él.

Y cogiendo prestada una frase de una de mis películas favoritas diré, que el corazón de una mujer, es un profundo océano de secretos.

Agradecimientos

Podría extenderme mucho y nombrar a mucha gente para quedar bien. Pero la realidad es que tengo poco a quién agradecer.

Gracias, Miguel. Por ser mi compañero de vida, de lo bueno y de lo malo, de cogernos de la mano y sostenernos en el aire para que el otro no termine de caer. Gracias por el amor de estos 17 años y siempre apoyarme en mis ideas. Las lleve o no a cabo.

Gracias, Iván. Porque no eres sólo un amigo, eres lo que David es para Alma, eres mi todo, eres mi pilar junto a mi pareja, eres familia. Mi familia elegida. Y el mayor regalo que la vida y el destino me pudo dar sin ser de sangre. Gracias a ti entendí que, en la vida, “alguien” nos pone personas delante, unas se van, otras se quedan, pero que a veces tenemos la suerte de encontrar un tesoro que nos acompañará todo nuestro camino, y que estará ahí para recordarte quién eres, qué quieres y lo más importante, qué mereces. Fuiste mi apoyo y mi mochila propulsora cuando te conté esta idea, la que fui masticando mucho tiempo. Gracias a ti verá la luz. Espero que algún día se pueda normalizar que las almas gemelas existen, como amigos, y que el amor de tu vida, también puede ser un amigo. Como lo eres tú.

Juanma, no me he olvidado de ti, que siempre tienes en la boca que escribo bien. Te agradezco tu apoyo, aún así estemos mucho sin hablar y otro tanto sin parar. Gracias. Porque contigo siempre es tener esa constante.

Gracias a mi familia, pero no a toda, sino la parte que está conmigo cada día, aunque sea a distancia, porque jamás me cortaron las alas con mis pensamientos y decisiones.
No pondré en qué orden vais, porque creo que eso no sería justo, ya que todos formáis mi corazón.

Gracias a ti, que sostienes este libro en tus manos y te llevas un trocito de mi alma, de Alma, de mi mente y de su corazón.

Y gracias a ti, “Rafa”, por enseñar a Alma como puede una persona curar su corazón.

Alma vive su vida normal y feliz con su marido,
compartiendo su día a día con él y su mejor amigo.

Alma también vive en las redes sociales,
donde el destino le cruza con alguien
que pone su vida patas arriba.
La toxicidad, los límites, la obsesión y la lealtad...



¿QUÉ ALMA RESISTIRÁ?